Ashley Poston

AUTORA BEST SELLER
DEL NEW YORK TIMES



A Siete Años de Ti





A Siete Años de Ti

Ashley Poston

A Siete Años de Ti



Traducido por Eva Pérez Muñoz



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *The Seven Year Slip*
Editor original: Berkley Romance, un sello de Penguin Random House LLC.
Traducción: Eva Pérez Muñoz

1.ª edición: junio 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2023 *by* Ashley Poston
All Rights Reserved
Esta novela se publica en virtud de un acuerdo el autor, c/o Baror International Inc, Armonk, New York, USA.
© de la traducción 2025 *by* Eva Pérez Muñoz
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-87557-39-3

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para todos los apasionados de la comida que queman las palomitas en el microondas. Si también supiéramos cocinar, seríamos lo más.

UN PRINCIPIO

Mi querida Clementine

—Este apartamento es mágico— me dijo una vez mi tía Analea, sentada en su sillón orejero, azul como los huevos de un petirrojo, con el pelo recogido con una horquilla en forma de daga plateada. Lo dijo con una chispa de picardía en los ojos, como si me estuviera desafiando a preguntarle a qué se refería. Yo acababa de cumplir ocho años y estaba convencida de que lo sabía todo.

Claro que ese apartamento era mágico. Mi tía vivía en un edificio centenario del Upper East Side, con leones de piedra medio rotos en las cornisas que parecían aferrarse a las esquinas. Todo allí era mágico: la forma en que la luz entraba en la cocina por las mañanas, dorada como la yema de un huevo. O cómo el estudio parecía contener más libros de los que era posible, desbordando de las estanterías y apilándose contra la ventana más alejada, en montañas tan altas que apenas dejaban pasar la luz. Yo dibujaba mapas de tierras lejanas en la pared de ladrillo del fondo del salón. El cuarto de baño, con su ventana alta perfecta y su cristal esmerilado que proyectaba arcoíris sobre las paredes del color del cielo, junto con su bañera de patas ornamentadas, era el lugar ideal para pintar. Allí, mis acuarelas cobraban vida y los colores goteaban de mis pinceles mientras me imaginaba lugares remotos que nunca había visitado. Por las noches, la luna parecía estar tan cerca desde las ventanas de su habitación, que tenía la sensación de que casi podía tocarla.

Sí, el apartamento era mágico. Nadie podría haberme convencido de lo contrario. Aunque yo creía que era mi tía quien lo hacía mágico, con su forma de vivir, libre y apasionada, que impregnaba todo lo que tocaba.

—No, no —señaló con un gesto de la mano; la misma mano en la que sostenía un Marlboro encendido. El humo salió flotando por la ventana abierta, alborotando a las dos palomas que arrullaban en el alféizar, hasta perderse en el cielo despejado—. No lo digo en sentido *metafórico,* mi pequeña Clementine. Puede que no me creas al principio, pero te prometo que es verdad.

Luego se acercó un poco más a mí, y esa chispa traviesa en su mirada se transformó en una sonrisa que iluminó sus brillantes ojos marrones, justo antes de contarme un secreto.

1
Almuerzo de editores

Mi tía solía decir: «Si no encajas, haz creer a todo el mundo que sí lo haces hasta que sea verdad».

También insistía en que siempre debía tener el pasaporte en regla, acompañar los vinos tintos con carne y los blancos con todo lo demás, encontrar un trabajo que satisficiera tanto a mi corazón como a mi cabeza, no olvidarme nunca de enamorarme cuando se presentara la ocasión (porque el amor, al final, depende del momento adecuado) y que intentara alcanzar la luna en todo momento.

Siempre, *siempre* hay que tratar de alcanzar la luna.

Sin duda fue algo que le funcionó, porque con independencia del rincón del mundo en el que estuviera, mi tía siempre se sentía como en casa. Se movió por la vida como si fuera la invitada de honor en todas las fiestas, se enamoró de cada corazón solitario con el que se cruzó y supo sacar algo positivo de cada una de sus aventuras. Tenía ese algo especial que hacía que los turistas le preguntaran por direcciones cuando estaba en el extranjero, los camareros le pidieran su opinión sobre vinos y *whiskies* exclusivos y las celebridades mostraran interés por su vida.

Una vez, durante una visita a la Torre de Londres, mi tía y yo terminamos, por casualidad, en una fiesta exclusiva en la Capilla Real de San Pedro ad Vincula y logramos quedarnos gracias a un cumplido oportuno y a un collar llamativo de imitación. Allí

conocimos a un príncipe de Gales, o de Noruega, o de algún otro lugar, que hacía de DJ en su tiempo libre. No recordaba mucho más de esa noche porque sobreestimé mi tolerancia al *whisky* escocés absurdamente caro.

Pero todas las aventuras con mi tía eran así. Era una experta en encajar donde fuera.

¿No sabes qué tenedor usar en una cena formal? Imita a la persona que tengas a tu lado. ¿Te pierdes en una ciudad en la que has vivido casi toda tu vida? Finge ser un turista. ¿Asistes a una ópera por primera vez? Asiente y menciona lo impresionante que es su vibrato. ¿Estás en un restaurante con estrella Michelin bebiendo una botella de vino tinto que cuesta más que el alquiler de tu apartamento? Habla de su cuerpo y actúa como si hubieras probado algo mejor.

Lo que, en ese caso, además era cierto.

Porque la botella de vino de dos dólares de Trader Joe's sabía mejor que aquella, pero los deliciosos manjares lo compensaban: dátiles envueltos en beicon, queso de cabra frito con miel de lavanda y buñuelos de trucha ahumada que se deshacían en la boca. Todo ello mientras estábamos sentadas en un pequeño y acogedor restaurante, iluminado por una cálida luz amarilla, con las ventanas delanteras abiertas dejando entrar el murmullo de la ciudad, enredaderas de potos y helechos de hoja perenne colgando de los apliques y el aire acondicionado acariciando nuestros hombros. Las paredes estaban decoradas con molduras de caoba y los asientos, tapizados en un cuero suave, amenazaban con pegarse a mis muslos con el calor de principios de junio si no me andaba con cuidado. El lugar ofrecía un ambiente íntimo, con mesas lo suficientemente separadas como para que no pudiéramos oír las conversaciones de los demás comensales, ahogadas por el tenue y constante murmullo

de la cocina.

Si los restaurantes tuvieran el poder de seducir, habría caído rendida a los pies de este.

Fiona, Drew y yo estábamos compartiendo una mesa pequeña en el Olive Branch, un restaurante con estrella Michelin en el SoHo al que Drew había estado *suplicando* ir durante la última semana. No soy de comidas largas, pero era un viernes de verano y, para ser justa, le debía un favor a Fiona, la mujer de Drew, ya que la semana anterior había tenido que cancelar a última hora una obra que Drew había querido ver. Drew Torres era una editora incansable, siempre en busca de autores únicos y talentosos, y solía arrastrarnos a su mujer y a mí a los conciertos, representaciones teatrales y algunos de los lugares más raros que había conocido en mi vida. Lo que ya era mucho decir, porque había recorrido cuarenta y tres países con mi tía, y a ella se le daba de maravilla encontrar los sitios más insólitos.

Este, sin embargo, era muy, muy agradable.

—Creo que esta es la comida más elegante en la que he estado nunca —señaló Fiona, llevándose otro dátil envuelto en beicon a la boca. De todo lo que habíamos pedido hasta ese momento, era lo único que podía comer. Las exquisitas lonchas de *wagyu* poco hecho no eran opción para una embarazada de siete meses. Fiona era alta y delgada, con el pelo teñido de azul lavanda y piel clara. Tenía las mejillas salpicadas de pecas oscuras y siempre llevaba pendientes llamativos que solía comprar en algún mercadillo los fines de semana. El modelo de ese día eran un par de serpientes de metal con letreros en la boca con el texto: JÓDETE. Era la mejor diseñadora de Strauss & Adder.

A su lado estaba Drew, pinchando otra loncha de *wagyu* con el tenedor. La acaban de ascender a editora sénior en Strauss & Adder.

Tenía el pelo largo, rizado y negro, y la piel de un suave tono marrón. Siempre se vestía como si estuviera a punto de partir a una excavación en Egipto en 1910, y ese día no era la excepción: pantalones beis holgados, una camisa blanca y tirantes.

A su lado, me sentía un poco desaliñada con mi camiseta promocional del Eggverything Café, la cafetería favorita de mis padres, unos vaqueros claros y unas bailarinas rojas que tenía desde la universidad, con cinta adhesiva en las suelas porque me negaba a deshacerme de ellas. Para colmo, llevaba tres días sin lavarme el pelo. Esa mañana me había echado champú en seco, que tampoco hacía muchos milagros, pero con las prisas por no llegar tarde al trabajo, había decidido no darle más vueltas al asunto. Era publicista sénior en Strauss & Adder, alguien que siempre lo planificaba todo al detalle, pero que, por irónico que pareciera, no había organizado nada para esa comida. Aunque, para ser sincera, era un viernes de verano y no había esperado encontrarme a nadie en la oficina ese día.

—Sí, este sitio es muy refinado —coincidí—. Mucho mejor que el recital de poesía en el Village.

Fiona asintió.

—Aunque reconozco que me gustó el detalle de que todos los cócteles tuvieran nombres de poetas muertos.

Hice una mueca.

—El Emily Dickinson me provocó la peor resaca de mi vida.

A Drew se la veía realmente orgullosa de sí misma.

—¿A que este sitio es una maravilla? ¿Te acuerdas del artículo que te envíe? ¿El de *Eater*? Pues su autor, James Ashton, es el chef principal aquí. El artículo tiene unos cuantos años, pero sigue mereciendo la pena leerlo.

—¿Y quieres que publique un libro con nosotros? —preguntó Fiona—. ¿Un libro de cocina, quizá?

Drew la miró dolida.

—¿Me tomas por una plebeya? Por supuesto que no. Sería un desperdicio limitar a alguien con semejante don para las palabras a un simple libro de cocina.

Fiona y yo intercambiamos una mirada cómplice. Drew había dicho lo mismo de la obra de la que había logrado librarme la semana anterior, mientas me mudaba al apartamento de mi difunta tía en el Upper East Side. Ese mismo sábado, mientras subía un tocadiscos en el ascensor, Fiona me había comentado que jamás volvería a nadar en el mar.

Aun así, Drew tenía una habilidad especial para ver el potencial de lo que una persona podía escribir, más allá de sus logros previos. Era una experta en detectar posibilidades. Disfrutaba con ellas.

Eso era lo que la hacía única: siempre apostaba por los talentos emergentes y los ayudaba a brillar.

—¿A qué viene esa mirada? —preguntó Drew, fijándose en nosotras—. Sabía que no me iba a fallar la corazonada que tuve con ese músico que vimos en Governors Island el mes pasado.

—Cariño —respondió Fiona con calma—, todavía estoy asimilando la obra de teatro a la que fuimos la semana pasada sobre un hombre que se enamoraba de un delfín.

Drew puso cara de disgusto.

—Eso fue… un error. ¡Pero acerté con el músico! Y con el TikToker que escribió ese *thriller* del parque de atracciones. Va a ser todo un éxito. En cuanto a este cocinero… Este chef tiene algo especial, lo sé. Estoy deseando saber más sobre ese verano en el que cumplió veintiséis años; lo mencionó en *Eater*, pero no entró en detalles.

—¿Crees que detrás de eso hay alguna historia? —preguntó Fiona.

—Estoy completamente segura. ¿A que sí, Clementine?

Ambas me miraron expectantes.

—Pues… La verdad es que no lo he leído —reconocí. Fiona chasqueó la lengua de esa forma tan suya con la que, sin duda, conseguiría que su futuro hijo sintiera un remordimiento tremendo por cualquier travesura. Bajé la cabeza, avergonzada.

—¡Pues deberías! —replicó Drew—. Ha viajado por todo el mundo, igual que tú. Y tiene una manera de conectar la comida con la amistad y los recuerdos… Quiero ficharlo. —Lanzó una mirada ansiosa hacia la cocina—. No os imagináis las ganas que tengo de conseguirlo para la editorial. —Cuando ponía esa mirada, nadie podía detenerla.

Bebí otro sorbo de aquel vino demasiado seco y abrí la carta de postres para echarle un vistazo. Aunque solíamos comer juntas (era una de las ventajas de tener a tus mejores amigas trabajando en el mismo edificio), casi siempre nos quedábamos en Midtown, y los restaurantes allí eran…

Bueno…

Digamos que había comido más sándwiches y macarrones con langosta y queso de los *food trucks* de lo que estaba dispuesta a admitir. En verano, Midtown era un hervidero de turistas, por lo que encontrar un lugar para comer que no fuera un *food truck* o alguna zona verde de Bryant Park era prácticamente imposible sin reserva.

—Cuando lo fiches, me gustaría resolver una duda que tengo sobre esta carta de postres —dije, señalando el primero de la lista—. ¿Qué narices es una tarta de limón deconstruida?

—Oh, esa es la especialidad del chef —nos informó Drew mientras Fiona me quitaba la carta para leerla—. Y tengo clarísimo que quiero

probarla.

—Como al final sea solo una rodaja de limón espolvoreada con azúcar sobre una galleta tipo Graham —señaló Fiona—, me voy a reír.

Miré el móvil para comprobar la hora.

—Sea lo que sea, deberíamos pedirla ya e irnos. Le he dicho a Rhonda que estaría de vuelta a la una.

—¡Pero si es viernes! —protestó Fiona, agitando la carta de postres frente a mí—. Nadie trabaja los viernes en verano. Menos aún en el sector editorial.

—Bueno, yo sí —respondí. Rhonda Adder, mi jefa, era directora de *marketing* y publicidad, además de copropietaria de la editorial. Era una de las mujeres más influyentes del sector. Si había un libro con posibilidades de convertirse en un superventas, ella sabía exactamente cómo sacarle el máximo partido, lo que ya era un talento por sí solo. Hablando de talento, y para que Fiona y Drew se hicieran una idea de mi situación, añadí—: Ahora mismo tengo tres autores de gira; seguro que algo acaba saliendo mal.

Drew asintió convencida.

—Es la ley de Murphy aplicada al mundo editorial.

—Sí, la Ley de Murphy —corroboré—. Y Juliette ha estado toda la mañana llorando a mares por culpa de su novio, así que estoy intentando quitarle algo de carga hoy.

—Que le den a Romeo-Rob —sentenció Drew.

—Que le den a Romeo-Rob —repetí.

—Ya que estamos con las relaciones… —Fiona se enderezó y apoyó los codos sobre la mesa. Vaya, sabía lo que significaba esa mirada, así que, mientras veía cómo se inclinaba hacia mí y arqueaba las cejas, contuve un suspiro de fastidio—. ¿Cómo te va con Nate?

De pronto, la copa de vino me pareció la cosa más fascinante del mundo, pero cuanto más tiempo pasaba Fiona mirándome, esperando una respuesta, menos fuerzas tenía para resistirme, hasta que, al final, suspiré y confesé:

—Lo dejamos la semana pasada.

Fiona abrió la boca, escandalizada.

—¿La semana pasada? ¿Antes o después de que te mudaras?

—Mientras me mudaba. La noche que estuvisteis en el teatro.

—¿Y no nos dijiste nada? —preguntó Drew, más intrigada que consternada, a diferencia de su mujer.

—¡No nos dijiste nada! —repitió Fiona con énfasis—. ¡Eso es algo importante!

—No fue para tanto, de verdad. —Me encogí de hombros—. Lo hicimos a través de un mensaje de texto. Creo que ya está saliendo con alguien que conoció en Hinge. —Mis amigas me miraron con cara de pena, pero yo hice un gesto para restarle importancia—. Estoy bien, en serio. Tampoco éramos muy compatibles.

Lo que era cierto, aunque no mencioné la discusión que había precedido a los mensajes. Bueno, llamarlo discusión era exagerar un poco. Había sido más bien un gesto de resignación, una rendición mutua en una relación que ya estaba condenada.

—¿Otra vez? ¿De verdad tienes que volver a quedarte trabajando hasta tarde? —me había preguntado Nate—. Sabes que esta noche es especial para mí. Quiero que estés conmigo.

Para ser sincera, había olvidado que esa noche era la inauguración de una galería con su obra. Era un artista, un artesano del metal, y aquello significaba mucho para él.

—Lo siento, Nate. Esto también es importante.

Y lo había sido, estoy segura, aunque no recordaba qué urgencia

me había retenido hasta tan tarde.

Se había quedado callado durante un buen rato antes de preguntar:

—¿Así es como va a ser nuestra relación? No quiero que siempre priorices tu trabajo sobre mí, Clementine.

—¡Eso no es verdad!

Pero lo era. Sin ningún género de duda. Había mantenido a Nate a cierta distancia para que no pudiera ver lo rota que estaba por dentro. Así podía seguir mintiendo, fingiendo que estaba bien, porque estaba bien. *Tenía* que estarlo. No me gustaba que la gente se preocupara por mí cuando ya tenían suficiente con sus problemas. Ese era mi encanto, ¿verdad? Que no hacía falta preocuparse por Clementine West. Ella siempre sabía cómo arreglárselas.

Nate había soltado un suspiro profundo, de esos que parecen salir del alma.

—Clementine, creo que deberías empezar a ser honesta contigo misma. —Ahí estaba, el punto de no retorno—. Eres tan inaccesible… Siempre escudándote en tu trabajo. Creo que ni siquiera te conozco. No te abres. No dejas que nadie vea tu lado vulnerable. ¿Qué le pasó a la chica de las fotos? ¿La que tenía restos de acuarelas en las uñas?

Que ya no existía, y él lo sabía. Me había conocido después de que ella desapareciera. Creo que por eso no rompió conmigo la primera vez que cancelé nuestros planes, porque seguía intentando encontrar a la chica con restos de acuarelas en las uñas que había visto una vez en una foto de mi antiguo apartamento. La chica que solía ser.

—¿Me quieres siquiera? —había continuado—. No recuerdo habértelo oído decir ni una sola vez.

—Solo llevamos saliendo tres meses. Es un poco pronto, ¿no te

parece?

—Cuando lo sabes, lo sabes.

Apreté los labios.

—Entonces, supongo que no lo sé.

Y eso fue todo.

La relación había llegado a su fin. Antes de soltar algo de lo que pudiera arrepentirme, había colgado y le había enviado un mensaje diciéndole que todo había terminado. Que le mandaría su cepillo de dientes por correo. Ni loca iba a ir hasta Williamsburg si no era estrictamente necesario.

—Además —añadí, mientras me servía más vino de esa botella ridículamente cara—, creo que ahora mismo no quiero tener ninguna relación. Prefiero centrarme en mi carrera; no tengo tiempo para perderlo con hombres a los que podría acabar dejando por mensaje dentro de tres meses. El sexo ni siquiera era tan bueno. —Bebí un buen trago de vino para intentar digerir aquella verdad amarga.

Drew me miró asombrada, negando con la cabeza.

—Mírala, ni una sola lágrima.

—Nunca la he visto llorar por ningún hombre —comentó Fiona, mirando a su mujer.

Intenté protestar, decir que no, que en realidad sí lo había hecho, pero cerré la boca porque… tenía razón. Apenas lloraba. ¿Y por un hombre? Jamás. Fiona insistía en que eso se debía a que todas mis relaciones terminaban siendo con un «tipo más», alguien que nunca llegaba a importarme lo suficiente como para dejar huella en mi memoria. «Eso es porque nunca has estado enamorada», me comentó en una ocasión, y quizá tuviera razón.

«Cuando lo sabes, lo sabes», me había dicho Nate.

Ni siquiera sabía qué se sentía al estar enamorada.

Fiona hizo un gesto con la mano.

—Pues nada, ¡que le den a él también! —exclamó Fiona, moviendo la mano con desdén—. No se merecía tener una novia con estabilidad financiera que está triunfando en su trabajo y con su propio apartamento en el Upper East Side. —Eso pareció recordarle algo de lo que yo prefería no hablar—. ¿Qué tal el apartamento?

El apartamento. Ambas habían dejado de referirse a él como «el apartamento de mi tía» desde enero, pero yo no había logrado quitarme esa costumbre. Me encogí de hombros.

Podría haberles confesado la verdad: que cada vez que entraba por la puerta seguía esperando ver a mi tía allí, sentada en su sillón orejero del color de los huevos de un petirrojo, pero el sillón ya no estaba.

Ni tampoco su dueña.

—Está genial —decidí responder.

Fiona y Drew intercambiaron una mirada que dejaba claro que no me habían creído. Era lógico; nunca se me había dado bien mentir.

—En serio, está genial —insistí—. Pero ¿por qué estamos hablando de mí? Mejor vamos a por ese chef tan famoso tuyo y atraigámoslo hacia el lado oscuro. —Estiré el brazo sobre la mesa para agarrar el último dátil y me lo comí.

—Claro, claro, solo tenemos que llamar al camarero… —murmuró Drew, mirando a su alrededor para intentar captar la atención de alguien, pero era demasiado educada y tímida para hacer algo más que dirigirles una mirada significativa—. Levanto la mano o… ¿qué se hace en estos restaurantes tan elegantes?

En los últimos meses, Drew se había mostrado mucho más activa en la búsqueda de autores para su lista, pero no podía evitar preguntarme si alguna de esas salidas (el concierto en Governors

Island, la obra de teatro que me había perdido, la ópera del mes anterior, el *influencer* de TikTok que conocimos en una librería en Washington Heights o la exposición de un artista que pintaba con su cuerpo) no tenían como objetivo distraerme. Ayudarme a superar mi duelo. Aunque hubieran pasado casi seis meses de aquello y ya estuviera bien.

Porque lo estaba. De verdad.

Pero era difícil convencer a alguien de eso cuando te habían visto llorar en el suelo de tu baño a las dos de la mañana, completamente borracha, la noche del funeral de tu tía.

Habían presenciado lo peor de mí, mi lado más vulnerable, y aun así, no habían eliminado mi número de sus contactos. Nunca había sido la persona más fácil de tratar, y que siguieran estando ahí significaba más de lo que jamás podría expresar. Las escapadas de los últimos meses habían sido un soplo de aire fresco.

Así que lo mínimo que podía hacer era llamar a un camarero por Drew.

—Yo me encargo. —Solté un suspiro y levanté la mano para hacer señas a nuestra camarera mientras se alejaba de otra mesa. No sabía si esa era la forma adecuada de actuar en un restaurante tan caro, pero, en cualquier caso, se acercó de inmediato—. ¿Podría traernos el… eh…? —Eché un vistazo a la carta de postres.

—¡La tarta de limón deconstruida o como se llame! —se adelantó Fiona.

—Eso —confirmé—. Y también, ¿podríamos hablar con el chef principal? —Drew sacó a toda prisa una tarjeta de visita de su bolso y se la entregó a la camarera mientras yo añadía—: Por favor, dígale que somos de la editorial Strauss y Adder y queremos hablarle de una propuesta de negocio. En concreto, un libro.

A la camarera no pareció sorprenderle nuestra petición; tomó la tarjeta de visita y se la metió en el bolsillo de su delantal negro. Luego nos dijo que vería qué podía hacer y se marchó para pedir el postre.

En cuanto desapareció, Drew aplaudió con suavidad.

—¡Allá vamos! ¿Sentís esa emoción? Esto nunca pierde su encanto.

Su entusiasmo era contagioso, aunque a mí ese chef me importaba más bien poco.

—Nunca —contesté.

Justo en ese momento, empezó a vibrarme el teléfono en el bolso. Lo saqué y vi la notificación de un correo. ¿Por qué me estaba escribiendo uno de mis autores?

Fiona se acercó a su mujer.

—¿Y si le presentamos a Clem a ese chico nuevo que se ha mudado al piso de al lado?

—Es mono —coincidió Drew.

—No, gracias. —Abrí mi correo electrónico—. Después de lo Nate, no estoy lista para otra relación.

—¡Pero si acabas de decir que estás bien y que no fue para tanto!

—Todavía estoy en el periodo de duelo… ¡Ay, mierda! —exclamé mientras terminaba de leer el mensaje y me levantaba de la silla de golpe—. Lo siento, tengo que irme corriendo.

—¿Pasa algo? —preguntó Fiona, preocupada—. ¡Ni siquiera nos han traído el postre!

Saqué la cartera de mi bolso de imitación Kate Spade y dejé la tarjeta de crédito de la empresa sobre la mesa, ya que, a efectos prácticos, era una comida de trabajo.

—Una de mis autoras que está de gira se ha quedado atrapada en Denver y Juliette no responde a sus correos. Pagad esto con la tarjeta

y nos vemos en la oficina, ¿de acuerdo? —me disculpé mientras Drew recogía la tarjeta.

Parecía desolada.

—Espera, ¿qué? —Miró rápidamente a la cocina y luego a mí.

—Tú puedes con esto —le aseguré mientras recibía otro correo lleno de pánico de mi autora. Les di un abrazo rápido, me comí una última bolita de queso de cabra frito, que acompañé con lo que me quedaba del vino, y me di la vuelta para irme.

—¡Cuidado! —gritó Drew. Fiona dio un respingo.

Demasiado tarde.

Me choqué con un camarero que estaba detrás de mí. El postre que llevaba salió disparado hacia un lado y él hacia el otro. Extendí la mano para atraparlo al mismo tiempo que él me sujetaba y evitaba que perdiera el equilibrio. Tropecé, pero me sostuvo con fuerza del brazo.

—Menudos reflejos —dijo con amabilidad.

—Gracias, yo… —Ahí fue cuando me di cuenta de que tenía la otra mano apoyada sobre su pecho firme—. ¡Ay! —Me apresuré a devolverle el postre y retrocedí un paso—. ¡Lo siento mucho! —Noté cómo el calor subía a mis mejillas. No era capaz de mirarlo a los ojos. Acababa de tocar a un desconocido más tiempo de lo que era apropiado.

—… ¿Limón? —preguntó él.

—Sí, lo siento, lo siento, es nuestro postre, pero tengo que irme —respondí a toda prisa. Debía de tener la cara roja como un tomate. Pasé junto a él lo más rápido que pude y, mientras salía del restaurante, miré a mis amigas y pronuncié un silencioso «Buena suerte».

Dos llamadas a Southwest Airlines y cuatro manzanas más tarde,

había conseguido que mi autora estuviera en el siguiente vuelo hacia la última parada de su gira. Bajé al metro para regresar a Midtown y volver al trabajo, intentando borrar de mi mente la sensación de su fuerte agarre, la solidez de su pecho y la forma en que se había inclinado hacia mí. Porque se había inclinado hacia mí, ¿verdad? ¿Como si me conociera? No me lo estaba imaginando… ¿O sí?

2
Strauss & Adder

La primera vez que pasé bajo el arco de piedra del edificio de la calle Treinta y cuatro y subí en los ascensores cromados hasta la séptima planta, supe que Strauss & Adder era un lugar especial. Las puertas se abrían a un vestíbulo pequeño, con estanterías blancas repletas de libros, tanto de su propio catálogo como de otros que adoraban, y unos sillones de cuero que parecían invitarte a sentarte en ellos, abrir un libro y sumergirte en sus palabras.

Strauss & Adder era una editorial pequeña pero influyente en Nueva York, especializada en ficción para adultos, memorias y obras de no ficción sobre estilo de vida (como libros de autoayuda, de cocina y manuales), aunque su verdadero prestigio le venía por sus guías de viaje. Si necesitabas que te orientaran sobre algún lugar lejano, el logotipo del pequeño martillo de Strauss & Adder te informaba sobre los mejores restaurantes en los rincones más remotos de ciudades extranjeras, donde te sentirías como en casa.

Podría haberme dedicado a la publicidad en cualquier sitio, y seguramente habría ganado más, pero no habría tenido guías de viaje gratis en ninguna gran empresa tecnológica o en alguna agencia de relaciones públicas estresante. Recorrer todos los días un pasillo lleno de libros sobre Roma, Bangkok y la Antártida, con ese encantador aroma a papel envejecido, como el perfume de un gran almacén, te transmitía una sensación de estabilidad y placer. No

quería escribir ningún libro, pero me fascinaba la idea de que pudiera existir alguna guía de viaje de la que nadie se acordara, que describiera con detalle catedrales antiguas y santuarios de dioses olvidados. Me maravillaba cómo un libro, una historia o unas frases bien dispuestas en el orden exacto podían hacerte añorar lugares que nunca habías visitado y personas que jamás habías conocido.

La oficina tenía un diseño de planta abierta, rodeada por estanterías llenas de libros que llegaban hasta el techo. Era un espacio impecable, blanco y lleno de luz. Los empleados trabajaban en pequeños cubículos de media pared, y en cada escritorio se veían toques de color, ya que cada uno decoraba el suyo con sus objetos favoritos: obras de arte, figuras y colecciones de libros. El mío estaba junto al despacho de mi jefa. Los directivos disponían de despachos con puertas de cristal, como si eso sirviera para compensar la falta de privacidad que suponía escuchar a Juliette en el cubículo de enfrente llorar desconsoladamente por su novio intermitente desde hacía diez meses (Que le den a Romeo-Rob).

Por lo menos, incluso en sus impolutos despachos de cristal, podías verlos evadirse mentalmente un lunes a las dos de la tarde, igual que el resto de nosotros.

Y, aun así, allí seguíamos todos, porque si algo nos unía era el amor por los libros.

Cuando Fiona regresó a la oficina, había conseguido enviar unas cuantas propuestas de entrevistas.

—El postre estaba espectacular —comentó mientras se acercaba para devolverme la tarjeta de crédito. A ella, como al resto del equipo de diseño, la habían relegado a un rincón lúgubre y lleno de telarañas de la planta, el típico lugar donde los directivos enviaban a sus excéntricos creativos, como si fueran hongos que crecen en la

sombra. Era tan oscuro que al menos tres diseñadores habían tenido que empezar a tomar suplementos de vitamina D—. Y el chef también.

—Qué rabia habérmelo perdido —dije.

Fiona se encogió de hombros y me devolvió la tarjeta.

—En realidad, te chocaste con él.

Me quedé inmóvil un instante. El hombre que me había agarrado con firmeza, con ese pecho cálido y sólido…

—¿Ese… era él?

—Claro que sí. Es un encanto. Y muy dulce. Oye, ¿al final lograste salvar a tu autora del caos del aeropuerto?

—Por supuesto —respondí, volviendo a la realidad—. ¿Acaso lo dudabas?

Fiona negó con la cabeza.

—Te envidio.

Me quedé inmóvil de nuevo.

—¿Por qué?

—Siempre que tienes que hacer algo, simplemente lo haces. Directa al grano, sin dudar. Creo que por eso le caes tan bien a Drew —añadió en voz más baja—. Eres una hoja de cálculo de Excel frente a mi caos.

—Solo me gusta que todo esté como yo quiero —respondí.

Entonces Fiona aprovechó para explicarme lo que me había perdido en el restaurante. Por lo visto, alguien de Faux había contactado con el chef para hacerle una propuesta sobre un libro (Drew suponía que Parker Daniels), al igual que Simon & Schuster, dos sellos de HarperCollins y uno de Macmillan. Y seguramente habría más.

Silbé por lo bajo.

—Drew va a tener una gran competencia.

—Lo sé. Ardo en deseos de escuchar cómo esto se convierte en su único tema de conversación —ironizó Fiona. Echó un vistazo a su reloj y soltó un gemido—: Será mejor que vuelva a la cueva. ¿Quedamos para ver una película esta noche? Creo que ya han estrenado esa comedia romántica sobre dos asesinos que se enamoran.

—¿Te importa si lo dejamos para otro día? Todavía estoy abriendo cajas de la mudanza. ¿Tienes el recibo? —pregunté. Fiona sacó la factura de la comida de su bolso. Mientras regresaba a su rincón oscuro y sombrío, entré en el despacho de Rhonda para dejársela, aunque no estaba allí.

Casi todos los directivos, incluido Reginald Strauss, tenían fotos de sus familias, vacaciones y otros recuerdos en las paredes o en sus escritorios. El de Rhonda, en cambio, estaba lleno de fotos con famosos en presentaciones de libros o eventos de alfombra roja, y los premios literarios se apilaban en las estanterías en los lugares donde deberían haber estado regalos de nietos. Estaba claro cuál había sido su elección, la vida que había escogido vivir, y cada vez que ponía un pie allí, me imaginaba sentada en su silla naranja, llevando una vida como la suya.

De pronto, la puerta de cristal del despacho se abrió y Rhonda Adder hizo su entrada, derrochando glamur.

—¡Ah, Clementine! Feliz viernes, como siempre —me saludó alegremente, impecable con su traje pantalón negro y unos tacones de estampado floral. Llevaba el pelo gris, con un corte estilo Bob, recogido detrás de la oreja con una horquilla.

Cada vez que Rhonda entraba en una habitación, se adueñaba de ella de una forma que yo aspiraba a lograr. Todas las miradas se

volvían hacia ella. Todas las conversaciones se detenían.

Rhonda Adder era tan brillante como carismática. Directora de marketing y publicidad, además de copropietaria, había comenzado en una modesta agencia de relaciones públicas en el SoHo, recortando artículos de periódicos sensacionalistas y atendiendo llamadas comerciales. Ahora se encargaba de planificar y coordinar campañas de libros para algunas de las mayores figuras del sector. Era un ícono entre los amantes de los libros, la persona que todos querían ser, que *yo* quería ser. Alguien con una vida perfectamente estructurada, con un plan, con objetivos definidos y que conocía las herramientas adecuadas para llevarlos a cabo.

—Feliz viernes para ti también, Rhonda. Siento haber alargado tanto la comida —me disculpé a toda prisa.

Ella hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—No pasa nada. He visto que has solucionado el pequeño desastre de Adair Lynn en el aeropuerto.

—No está teniendo nada de suerte en esta gira.

—Deberíamos enviarle unas flores cuando regrese a casa. —Abrió un cajón y sacó una bolsa de almendras cubiertas de chocolate.

—Claro. He cargado la comida en la cuenta —comenté, dejando la tarjeta y la factura en la mesa. Rhonda las miró con una ceja enarcada—. Drew está intentando fichar a un autor para un proyecto de no ficción.

—Ah. ¿Quieres una almendra? —Me ofreció la bolsa.

—Gracias. —Saqué una, me senté en la silla que rechinaba frente a ella y le conté lo que había pasado durante la tarde: entrevistas pactadas en pódcast, itinerarios revisados y nuevos eventos confirmados en librerías. Rhonda y yo trabajábamos como una máquina bien engrasada. Por algo me consideraban su mano

derecha, y yo esperaba ser su sucesora algún día. Todos daban por hecho que lo sería.

Rhonda guardó la bolsa de almendras, se giró hacia su ordenador y yo empecé a levantarme, asumiendo que la reunión había terminado, pero entonces dijo:

—He visto que has cancelado tu solicitud de vacaciones para finales de verano. ¿Hay algún motivo?

—Ah, eso. —Intenté aparentar calma mientras me alisaba la parte delantera de la blusa arrugada. Mi tía y yo siempre hacíamos un viaje juntas a finales de verano: un año a Portugal, otro a España, después India, Tailandia, Japón… Tenía el pasaporte lleno de sellos de los lugares que habíamos visitado juntas a lo largo de los años. Desde que había empezado a trabajar en Strauss & Adder, me había pedido los mismos días de agosto, así que era lógico que Rhonda se diera cuenta—. He pensado que sería mejor quedarme aquí, así que no voy a hacer ningún viaje.

Nunca más.

Me miró extrañada.

—¿En serio, Clementine? No te has tomado un solo día libre en todo el año.

—¿Qué quieres que te diga? Me encanta mi trabajo. —Sonreí, porque era cierto. Me gustaba muchísimo lo que hacía y, además, me proporcionaba una forma perfecta para distraerme de… todo. Mientras me mantuviera ocupada con mis responsabilidades, evitaría que la pena se apoderara de mí a las dos de la mañana, como parecía empeñada en hacer.

—A mí también me encanta mi trabajo, pero eso no me ha impedido irme de vacaciones a las Maldivas este año. Allí me dieron un masaje estupendo. Si decides ir, puedo pasarte el número de mi

masajista.

Claro, como si pudiera permitírmelo. Bueno, tal vez ahora que era la propietaria del apartamento de mi tía sí que pudiera. Esbocé una sonrisa forzada.

—Estoy bien, en serio… Además, esa semana se publica *Boston en otoño,* y ya sabes lo quisquilloso que es el autor. Prefiero encargarme yo, antes que dejar que Juliette tenga que lidiar…

—Clementine —me interrumpió ella —. Haz el favor de usar esas vacaciones acumuladas. Para eso están.

—Pero…

—Tu petición de anular la solicitud queda denegada.

—Si ya no me voy a ir a ningún sitio —dije, intentando no tener un ataque de pánico—. ¡Devolví los billetes!

Me miró por encima de sus gafas de montura roja.

—Entonces tienes dos meses para pensar en otra cosa que quieras hacer. La mitad de nuestro catálogo son guías de viaje. Llévate una, seguro que encuentras algo que te inspire. Porque vas a necesitar unas vacaciones, ya te lo digo yo.

—Sinceramente, no lo creo.

Giró la silla hacia mí con un suspiro y se quitó las gafas, que colgaban de una cadena de cuentas alrededor de su cuello.

—Está bien. Cierra la puerta, Clementine.

Ay, no. Obedecí en silencio, aunque con algo de vacilación. La última vez que me pidió que cerrara la puerta fue para comunicarme que había despedido al diseñador de marketing. Me volví a sentar con cautela.

—¿Pasa… algo?

—No. Bueno, sí, pero no es nada malo. —Juntó las yemas de los dedos y me miró fijamente. El rímel oscuro y el delineador aún más

intenso hacían que sus miradas fueran más penetrantes—. Eso sí, esto tiene que quedar entre nosotras, Clementine, hasta que llegue el momento adecuado.

Me enderecé en la silla. Entonces se trataba de algo importante. ¿Un libro nuevo? ¿La autobiografía de alguna celebridad? ¿Strauss había decidido vender la editorial? ¿Por fin había dimitido Michael, el de Recursos Humanos?

—Tengo pensado jubilarme a finales de verano, pero solo si estoy segura de que Strauss y Adder queda en buenas manos.

Por un momento, no tuve claro si la había escuchado bien.

—¿Que tú… qué? ¿Te jubilas?

—Sí.

No supe qué decir.

No había palabras suficientes para expresar mi profunda… ¿Tristeza? ¿Decepción? Strauss & Adder sin Rhonda sería como un cuerpo sin alma, una estantería sin libros. Ella había levantado esa editorial con Strauss; todos los éxitos de las últimas dos décadas llevaban su sello.

¿Y ahora quería jubilarse?

—No me mires así —me pidió Rhonda con una risa nerviosa. Ella nunca se ponía nerviosa, así que no me estaba tomando el pelo. Lo decía en serio—. ¡Ya he cumplido con creces! Pero no me iré si este barco está condenado a hundirse sin mí. Le he dedicado demasiados años de mi vida a esta empresa —añadió, como si el hecho de que su apellido figurara en el nombre de la editorial fuera algo secundario —. De momento, solo lo sabéis Strauss y tú, y me gustaría que siguiera siendo así. A saber qué clase de carroñeros atraerá la noticia cuando se haga pública.

Tenía la boca seca.

—Va…Vale.

—Mientras tanto, quiero que te encargues de la mayoría de los proyectos y adquisiciones este verano, para ver cómo te desenvuelves. Obviamente, estaré presente en las reuniones, pero vamos a considerarlo como una prueba piloto.

—¿Para ver si puedo arreglármelas sin ti?

Me miró desconcertada y luego se rio.

—¡Oh, no, querida, para que ocupes mi puesto!

Si no hubiera estado sentada, las rodillas me habrían fallado al instante. ¿Yo, ocupar el puesto de Rhonda? Apenas capté fragmentos de lo que me decía: lo arduo que yo trabajaba, lo ejemplar que era, lo mucho que le recordaba a ella a mi edad y que esa era la clase de oportunidad por la que ella habría matado. ¿Qué mejor manera de apostar por el futuro que dándole la posibilidad de triunfar?

—Bueno, parte de mi puesto. Cuando Strauss y yo fundamos la editorial, asumí el cargo de directora de publicidad y marketing, además de coeditora, porque éramos muy pocos, pero no le desearía esa carga a nadie más. Al fin y al cabo, no son yo —añadió—. Ahora bien, dependiendo de lo que consigas este verano, estoy considerando proponerte para ser la nueva directora de publicidad. Eres la persona con más antigüedad del equipo y me parece lo más justo. Por no mencionar que estaría cometiendo un error tremendo si no lo hiciera.

No… no sabía qué decir.

Aunque, por lo visto, no esperaba que dijera nada, porque se puso las gafas y volvió a centrar su atención en el ordenador.

—Como ves, creo que tendrás que tomarte unas vacaciones antes de empezar en tu nuevo puesto. Te daré el número de mi masajista en las Maldivas.

Abrí la boca atónita y solté un leve gemido ahogado. La cabeza me daba vueltas por tanta información.

—Bien, ¿puedes enviarme las reuniones que tengo programadas para la semana que viene? Tengo el presentimiento de que a Juliette se le va a olvidar. Otra vez.

Ese fue el momento en el que supe que debía irme.

Mientras me ponía de pie, recé para que las piernas no me fallaran.

—Ahora mismo te las mando —repuse antes de salir de su despacho.

¿Primero me había denegado la solicitud de cancelar mis vacaciones y luego me había soltado que estaba pensando en jubilarse? ¿Y que yo sería la que ocuparía su puesto como jefa del departamento?

Prefería no pensarlo.

Mi cubículo estaba justo al otro lado del pasillo, frente a la puerta de su despacho, a unos tres metros de distancia. Era un espacio ordenado y sencillo, de esos que Drew llamaba «de una sola caja». Es decir, que si me despedían, me bastaría una caja para recoger mis pertenencias. No es que tuviera pensado cambiar de trabajo (llevaba allí siete años), simplemente no tenía muchas cosas que me gustara exhibir. Solo algunas fotos, unas cuantas postales que había pintado a acuarela de algunas zonas de la ciudad (el lago de Central Park, el puente de Brooklyn desde Dumbo y un cementerio en Queens), uno de esos muñecos cabezones con resorte de William Shakespeare, un set de colección con las obras de las hermanas Brontë y una lámina firmada por un autor cuyo nombre ni recordaba ni era capaz de leer.

Me dejé caer en mi silla, sintiéndome aturdida y, por primera vez en años, un poco fuera de mi elemento. ¿Jubilarse? Rhonda se iba a jubilar.

Y quería que yo ocupara su puesto.

Noté cómo se me contraía el pecho de puro pánico.

Unos minutos después, Juliette, una mujer menuda de piel blanca, con el cabello rubio trenzado, unos ojos enormes y los labios pintados de rojo cereza, volvió a su cubículo con paso cansado y se desplomó en su silla. Tenía los ojos llorosos y se estaba sorbiendo la nariz.

—Lo hemos vuelto a dejar…

Sin pensar, agarré la caja de pañuelos de papel que tenía debajo de la mesa y le ofrecí uno.

—Qué mal, amiga.

3
Hogar, dulce hogar

No era que no quisiera tomarme los días de vacaciones que me correspondían; claro que sí. Todos los años, durante los últimos siete, me había reservado esa semana y había volado a algún rincón lejano del mundo. Solo que… ya no quería ser esa chica que seguía buscando en los aeropuertos a una mujer con un abrigo celeste, una risa estruendosa y unas gafas de sol en forma de corazón que agitaba en el aire para que me diera prisa.

Porque esa mujer ya no existía.

Y tampoco la chica que la quería con locura.

No, ahora esa chica había sido reemplazada por una mujer que se quedaba trabajando hasta tarde un viernes por propia elección, que prefería acudir a compromisos laborales antes que a primeras citas y que guardaba un par de medias de repuesto y un desodorante en el cajón de su escritorio «por si acaso» tenía que pasar allí toda la noche (aunque todavía no se hubiera dado el caso). Siempre era la última en salir del edificio, incluso cuando las luces con sensor de movimiento se apagaban al no detectar más actividad, como si dieran por hecho que ya no seguía allí.

Y era feliz.

En serio.

Por fin cerré la sesión en mi ordenador del trabajo, me levanté de la silla y me estiré. La luz fluorescente sobre mí parpadeó y volvió a

encenderse. Eran las ocho y media de la tarde. Tenía que irme antes de que el personal de seguridad empezara sus rondas, porque entonces se lo contarían a Strauss y a Rhonda, y esta última tenía una política estricta de no trabajar hasta tarde los viernes. Así que agarré el bolso, me aseguré de que todo estuviera listo en el escritorio de mi jefa para la reunión del lunes por la mañana y me dirigí al ascensor.

Al pasar junto a una de las estanterías de la editorial, esas en las que la gente solía dejar galeradas y copias finales para que se las llevara cualquiera, me detuve. Había de todo: novelas, biografías, libros de cocina y guías de viaje. Ya me había leído casi todos, pero hubo uno que me llamó la atención:

Guía de viaje: Nueva York

Debía de tratarse de una edición reciente. Había algo deliciosamente irónico en leer una guía de viaje de una ciudad en la que vivías. Mi tía solía decir que podías pasar toda tu vida en un lugar y, aun así, seguir descubriendo cosas que te sorprendieran.

Durante un instante, pensé que a mi tía le encantaría tener un ejemplar, pero en cuanto lo saqué de la estantería y me lo metí en el bolso, la realidad me golpeó como si recibiera un puñetazo.

Estuve a punto de devolverlo a la estantería, pero sentí tal vergüenza por haber olvidado que ella ya no estaba, que me apresuré hacia el ascensor. Decidí que lo donaría a una librería de segunda mano ese fin de semana. La única guardia de seguridad que había en la entrada del edificio levantó la vista de su teléfono mientras pasaba a su lado a toda prisa, sin sorprenderse lo más mínimo porque siguiera trabajando tan tarde.

Fui andando hasta la estación de metro y tomé dirección al Upper East Side. Me bajé en mi parada y saqué el móvil. Llamar a mis

padres mientras caminaba desde la estación hacia el edificio de mi tía se había vuelto casi una costumbre.

Antes no solía hacerlo, pero desde la muerte de Analea se había convertido en una especie de consuelo. Además, estaba convencida de que también ayudaba mucho a mi madre, ya que Analea era su hermana mayor.

Tras dos tonos, mi madre respondió con un:

—¡Dile a tu padre que no pasa nada porque lleve mi bicicleta estática a tu antigua habitación!

—Hace once años que no vivo allí, así que, por mí, no hay problema —dije, esquivando a una pareja que estaba consultando Google Maps en su teléfono.

Mi madre gritó, haciendo que me estremeciera por dentro.

—¿LO VES, FRED? ¡Te dije que no le importaría!

—¿Qué? —oí decir a mi padre al fondo. Luego se puso al teléfono, seguramente el de la cocina, y añadió—: Pero ¿y si vuelves a casa, cariño? ¿Y si necesitas tener de nuevo tu habitación?

—No va a volver —replicó mi madre—, y si lo hace, puede dormir en el sofá. —Me froté el puente de la nariz. Aunque llevaba fuera de casa desde los dieciocho años, a mi padre le horrorizaban los cambios. A mi madre, por su parte, le encantaba la rutina. Estaban hechos el uno para el otro—. ¿Verdad?

—Pero ¿y si…? —empezó mi padre.

Lo interrumpí.

—Haced lo que os dé la gana con mi habitación. Incluso podéis convertirla en vuestro cuarto rojo, si os apetece.

—¿Un cuarto rojo? —dijo mi madre.

—¿Eso no es la mazmorra sexual de esa película?

—¡FRED! —gritó mi madre antes de agregar—: Bueno, no deja de

ser una idea…

Mi padre soltó un suspiro que pareció abarcar sus treinta y cinco años de matrimonio.

—Está bien. Puedes poner tu bicicleta allí… pero la cama se queda.

Di una patada a un trozo de basura en la acera.

—De verdad, no tenéis por qué.

—Pero queremos hacerlo —repuso mi padre. No tuve el valor de confesarle que hacía mucho tiempo que ya no consideraba mi hogar aquella casa azul de dos plantas en Long Island. Aunque tampoco lo era el apartamento al que me dirigía en ese momento, cada vez más despacio, como si en realidad no quisiera llegar nunca—. ¿Cómo te ha ido el día, cariño?

—Bien —respondí a toda prisa. Quizá demasiado rápido—. De hecho… Creo que Rhonda se va a jubilar a finales de verano y quiere que sea la nueva directora de publicidad.

Mis padres soltaron un jadeo de sorpresa.

—¡Enhorabuena, cariño! —chilló mi madre—. ¡Qué orgullosos estamos de ti!

—¡Y en solo siete años! —añadió mi padre—. ¡Todo un récord! ¡Yo tardé dieciocho años en ser socio del estudio de arquitectura!

—¡Justo cuando vas a cumplir los treinta! —señalo mi madre con entusiasmo—. Ay, esto tenemos que celebrarlo…

—Todavía no me han dado el puesto —me apresuré a puntualizar mientras cruzaba la calle hacia la manzana en la que estaba el apartamento de mi tía—. Estoy segura de que habrá más candidatos.

—¿Y cómo te sientes al respecto? —preguntó mi padre. Tenía una capacidad asombrosa para saber lo que me pasaba por la cabeza; algo que mi madre nunca había conseguido.

Mi madre soltó un resoplido.

—¿Cómo se va a sentir, Fred? ¡Está exultante!

—Es solo una pregunta, Martha. Una fácil.

Sí, era una pregunta fácil, ¿verdad? Debería haber estado emocionada, por supuesto, pero no lograba quitarme ese nudo en el estómago.

—Creo que estaré más ilusionada cuando termine de instalarme del todo —respondí—. Solo me quedan unas pocas cajas por colocar.

—Si quieres, podemos ir este fin de semana a echarte una mano —sugirió mi madre—. Seguro que mi hermana dejó un montón de trastos por todas partes…

—No, no, tranquila. Además, este fin de semana trabajo —mentí, aunque probablemente acabaría encontrando algo que hacer relacionado con el trabajo—. Bueno, ya casi estoy en casa. Hablamos luego. Os quiero —dije antes de colgar, justo al girar la esquina y ver la imponente fachada del Monroe, el edificio en el que se encontraba el apartamento que, en otro tiempo, había pertenecido a mi tía.

Y que ahora, muy a mi pesar, era mío.

Me había resistido todo lo que había podido, pero cuando mi casero me avisó de que me iba a subir el alquiler del piso en el que vivía en Greenpoint, no me quedó otra. Allí estaba el apartamento de mi tía, vacío, en uno de los edificios más codiciados del Upper East Side, y era mío por herencia.

Así que metí todas mis pertenencias en cajas pequeñas, vendí mi sofá y me mudé.

El Monroe era como otros tantos edificios centenarios de viviendas de la ciudad: un armazón de ventanas y puertas que había dado cobijo a personas que llevaban mucho tiempo muertas y olvidadas. Su fachada, de un blanco hueso, estaba decorada con molduras que recordaban vagamente al diseño de mediados del siglo, con leones

alados tallados en las cornisas y en la entrada, a los que ya les faltaban orejas y dientes. Justo detrás de las puertas giratorias, estaba el portero, con aspecto cansado. Llevaba allí desde que tenía memoria, y esa noche estaba sentado en el mostrador de recepción, con el sombrero un poco torcido, leyendo la última novela de James Patterson. Cuando entré, levantó la vista y sonrió.

—¡Clementine! —exclamó—. Bienvenida a casa.

—Buenas noches, Earl. ¿Cómo estás? ¿Qué tal el libro?

—Este tal Patterson nunca defrauda —respondió alegremente. Luego me dio las buenas noches y yo me dirigí hacia los ascensores dorados. Sentí una ligera punzada de dolor en el pecho al darme cuenta de lo familiar que me resultaba todo aquello, de lo mucho que sentía aquel entorno como mi hogar. El Monroe siempre olía a antiguo; no encontraba otra forma de describirlo. No olía a humedad, ni a polvo, simplemente a… antiguo.

A vida.

A historia.

A un lugar amado.

El ascensor emitió su característico ding al llegar y entré en él. El interior estaba adornado con paneles de latón, al igual que el vestíbulo, que pedían a gritos un buen pulido. Los zócalos estaban decorados con flores de lis, y en el techo había un espejo desgastado en el que mi reflejo cansado y borroso me observaba desde arriba. Pelo castaño cortado a la altura de los hombros que se rizaba por la humedad del verano y un flequillo recto que siempre daba la impresión de ser un intento apresurado a las tres de la mañana con unas tijeras de cocina y un corazón roto.

La primera vez que me quedé en el apartamento de mi tía tenía ocho años y todo el edificio me pareció sacado de un cuento. Algo

que bien podría haber leído en la abarrotada biblioteca de mi pueblo. Un lugar en el que podrían haber vivido Harriet la espía o Eloise. Así que me imaginé que era como ellas.

Al fin y al cabo, Clementine era el tipo de nombre perfecto para un personaje excéntrico de un libro infantil.

La primera vez que subí en ese ascensor mágico, llevaba una bolsa de viaje demasiado grande, de un rojo cereza, y me aferraba con todas mis fuerzas a Chunky Bunny, mi peluche, que aún conservaba. Los lugares nuevos me aterraban, pero mis padres pensaron que ese verano iba a estar mejor con mi tía mientras ellos organizaban la mudanza de nuestra casa en Rhinebeck a Long Island, donde llevaban viviendo desde entonces. En ese momento, los espejos del techo ya estaban deformados, y durante el lento ascenso, encontré un punto donde se me curvaba la cara y se me retorcían los brazos, como en los espejos de las ferias.

—Ese es tu yo del pasado mirándote —me dijo mi tía con aire de misterio—. Un breve instante en el que tu yo del pasado y tú os cruzáis.

Solía imaginar lo que le diría a ese yo de hacía un instante.

En aquella época, me creía todas las historias y secretos de mi tía, cuando era fácil de convencer y me fascinaban las cosas que parecían imposibles, como destellos de algo extraordinario en medio de lo cotidiano: un espejo que te mostraba a tu yo pasado, un libro que se escribía solo, un callejón que te llevaba al otro lado del mundo, un apartamento mágico…

Ahora, aquellas historias tenían un regusto amargo, pero aun así, mientras miraba mi reflejo, no pude evitar entrar en el juego, como siempre había hecho.

—Mintió —le confesé a mi reflejo, viendo cómo su boca se movía

al compás de mis palabras. Y si mi yo de hacía un instante se sorprendió por lo que le dije, no lo demostró.

Porque ella también lo sabía.

El ascensor volvió a sonar y me bajé en la cuarta planta. Los apartamentos estaban clasificados por letras. Durante los veranos posteriores a mi primera visita, me dediqué a memorizar el abecedario al revés con ellas.

L, K, J, I, H, G, F…

Doblé la esquina. El pasillo no había cambiado en todos esos años. La alfombra, con un diseño persa, seguía descolorida, y los apliques, olvidados, tenían telarañas. Pasé los dedos por la moldura intermedia blanca que recorría el pasillo, notando cómo la áspera madera me pinchaba en las yemas de los dedos.

E, D, C…

B4.

Me detuve frente a la puerta y saqué las llaves del bolso. Eran casi las nueve y media de la noche, pero estaba tan cansada, que lo único que quería era dormir. Abrí la puerta y me quité las bailarinas al cruzar el umbral. Mi tía solo tenía dos normas en ese apartamento, y la primera era quitarse siempre los zapatos.

La semana anterior, cuando me había mudado, no había podido evitar recorrer con la mirada todas las sombras alargadas que llenaban el lugar, como si esperara encontrarme a un fantasma. En el fondo, una pequeña parte de mí lo deseaba. O quizá lo único que quería era que una de las historias de mi tía se hiciera realidad. Pero, como era de esperar, no pasó ni lo uno ni lo otro.

En ese momento, sin embargo, apenas levanté la vista al entrar. No encendí las luces ni me detuve a observar las sombras, buscando algo extraño o nuevo en ellas.

Mi tía siempre decía que ese apartamento era mágico, pero ahora solo parecía un lugar vacío, un espacio solitario.

—Es un secreto —me había confesado con una sonrisa, mientras se llevaba los dedos a los labios. El humo de su Marlboro salía en volutas por la ventana abierta. Recordaba aquel día como si acabara de pasar. El cielo estaba despejado, el verano estaba siendo caluroso y la historia de mi tía, pura fantasía—. No se lo puedes contar a nadie. Si lo haces, puede que nunca te pase a ti.

—No se lo diré a nadie —le prometí, y durante veintiún años mantuve mi palabra—. ¡A nadie!

Entonces me lo contó en un susurro, con sus ojos marrones brillando con una mezcla de fascinación y misterio, y yo la creí.

Esa noche, el apartamento olía como siempre: a lavanda y tabaco. La luz de la luna entraba por los ventanales del salón, iluminando a dos palomas que estaban acurrucadas en el nido que habían construido sobre el aire acondicionado. Los muebles parecían reducidos a meras sombras, y todo seguía exactamente donde lo recordaba. Dejé el bolso junto al taburete, las llaves sobre la encimera y me dejé caer en el sofá de terciopelo azul del salón. Aún olía a su perfume. Todo el apartamento olía a ella, incluso seis meses después de que hubiera sustituido la mayoría de sus muebles por los míos.

Agarré la manta de ganchillo que estaba sobre el respaldo del sofá y me envolví con ella, con la esperanza de poder quedarme dormida. Ahora el apartamento me resultaba extraño, como si le faltara algo vital, pero seguía conservando esa esencia a hogar que ningún otro sitio tenía. Era como un lugar que conocía bien, pero que ya no me daba la bienvenida.

Cómo me habría gustado poder odiar ese apartamento en el que todavía parecía que mi tía seguía viviendo y que podría salir de su

habitación, reírse al verme tirada en el sofá y decirme: «Ay, cariño, ¿ya te vas a acostar? Aún queda media botella de merlot en el frigorífico. ¡Anda, levanta! La noche es joven. Te hago unos huevos y luego jugamos a las cartas».

Pero ella ya no estaba, y lo único que quedaba era ese apartamento, junto con todos esos secretos absurdos e inventados que solía susurrarme. Si de verdad era mágico, ¿por qué no me había devuelto todavía a mi tía, después de todas las veces que había entrado y salido de allí en los últimos seis meses?

¿Por qué continuaba sola, en ese sofá, escuchando los sonidos de una ciudad que seguía adelante, y adelante, y adelante, mientras yo permanecía anclada en un duelo que pertenecía al pasado?

Porque todo era mentira. Ese apartamento era como otro cualquiera, como el A4, el K13 o el B11, y yo ya era demasiado mayor para creer en un lugar que pudiera transportarme a un momento que había dejado de existir.

El apartamento de mi tía.

Que ahora era mío.

4

Extraños en un tiempo extraño

Me desperté con una mano sobre el hombro, zarandeándome con suavidad.

—Cinco minutos más —murmuré, apartando la mano. Entre el dolor de cuello y el martilleo que sentía en la cabeza, solo quería hundirme en el sofá, entre las migas de patatas fritas, y no salir nunca más. Reinaba un silencio tan absoluto que me pareció oír a alguien en la cocina. A mi tía tarareando, buscando su taza de café favorita; la desportillada en la que se leía: «Que le den al patriarcado». Estaba preparando café.

Era casi como volver a los viejos tiempos, cuando llegaba a casa de madrugada, con la cabeza embotada por el vino, demasiado cansada (y demasiado borracha) como para volver a mi piso en Brooklyn. Siempre me desplomaba en el sofá y me despertaba por las mañanas con la boca pastosa y un vaso de agua en la mesa baja frente a mí. Ella esperaba en la mesa amarilla de la cocina, lista para que le contara todos los cotilleos de la noche anterior: los autores que se habían portado mal, las publicistas que se lamentaban de la falta de hombres interesantes, qué agente había tenido un lío con sus autores, la última cita a ciegas que Drew y Fiona me habían organizado.

Pero cuando abrí los ojos, dispuesta a contarle a mi tía lo de la jubilación de Rhonda, mi última ruptura y el chef que Drew quería fichar…

Me acordé.

Ahora vivía allí.

La mano volvió a zarandearme el hombro con suavidad, pero con firmeza. Y luego oí decir a una voz grave y tranquila:

—Eh, oye, despierta.

En ese momento, me di cuenta de dos cosas:

La primera, que mi tía llevaba meses muerta.

Y la segunda, que había un hombre en su apartamento.

En un acto de puro terror, me incorporé de golpe, agitando los brazos de forma descontrolada. En uno de esos movimientos le di de lleno a la cara del intruso, que soltó un grito de dolor y se llevó las manos a la nariz, mientras yo me ponía de pie sobre el sofá y blandía como arma el cojín con borlas de adorno de mi tía con la cara de Jeff Goldblum.

El extraño levantó los brazos.

—¡No voy armado!

—¡Pues yo sí! —Y le asesté un golpe con el cojín.

Y luego otro, y otro, hasta que retrocedió hacia la mitad de la cocina, con las manos en alto en señal de rendición.

Fue entonces cuando, en medio de mi estado de confusión entre el sueño y el pánico, lo observé con atención.

Era joven, de veintipocos años, con la cara afeitada y los ojos abiertos de par en par. Mi madre habría dicho que era uno de esos hombres guapos con cara de adolescente. Llevaba una camiseta oscura con el cuello dado de sí y un dibujo de un tomate en el pecho con las palabras: «Tómatelo con calma, colega», y unos vaqueros azules desgastados que habían visto días mejores. Tenía el cabello castaño rojizo alborotado y sin peinar, unos ojos de un gris tan claro que casi parecían blancos y un rostro pálido y apuesto salpicado de

pecas en las mejillas.

Volví a alzar el cojín, apuntándolo hacia él, mientras me bajaba (con bastante torpeza) por el respaldo del sofá y me tomaba un segundo para analizarlo. Era más alto que yo y de complexión más bien delgada, pero con presencia, aunque yo tenía las uñas largas y muchas ganas de vivir.

Seguro que podía con él.

Miss Agente Especial me había enseñado a defenderme y yo, como buena milenial con crisis existencial incluida, no iba a quedarme de brazos cruzados.

Él me lanzó una mirada vacilante, con las manos aún en alto.

—No pretendía asustarte —se disculpó con un ligero acento sureño—. Supongo que eres… mmm, Clementine, ¿verdad?

Al oír mi nombre, levanté aún más el cojín.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Bueno, verás…

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Eh… por la puerta de entrada, pero…

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Has estado mirándome mientras dormía? ¿Qué clase de puto perver…?

—Toda la noche —respondió en voz alta, interrumpiéndome—. A ver, no he estado mirándote toda la noche mientras dormías. Estaba en la habitación. Me he vestido, he salido de allí y te he visto en el sofá. Mi madre es amiga de tu tía. Me ha alquilado el apartamento este verano, aunque me avisó que podría tener compañía algún día que otro.

Aquello no tenía sentido.

—¿Cómo?

—Analea Collins —contestó con la misma vacilación que antes. Se

llevó la mano al bolsillo trasero.

—Mira, ¿lo ves?

—Ni se te ocurra moverte —le espeté.

Se quedó paralizado.

Después, volvió a levantar las manos muy despacio.

—De acuerdo, pero tengo una nota.

—Pues venga, dámela.

—Pero si acabas de decirme que no me mueva.

Lo fulminé con la mirada.

Se aclaró la garganta y continuó:

—Puedes sacarla tú misma. Está en el bolsillo trasero izquierdo.

—Yo no voy a sacar nada.

Me miró con exasperación.

Sí, claro. Le había dicho que no se moviera.

—Está bien. —Me acerqué con cuidado y alargué la mano hacia el bolsillo trasero izquierdo de su pantalón…

—Y aquí podemos observar al raro ejemplar de caballero en su hábitat natural —empezó a narrar, con un pésimo acento australiano, todo sea dicho—. Hay que acercarse con cautela para no asustarlo…

Volví a fulminarlo con la mirada.

Él enarcó una ceja, molesto.

Saqué lo que tenía en el bolsillo y retrocedí de inmediato hasta mantener una distancia prudencial. Mientras lo hacía, reconocí la llave del apartamento de mi tía. Lo supe porque seguía en el pequeño llavero que había comprado hacía años en el aeropuerto de Milán, durante el viaje que hicimos después de que me graduara en el instituto. Creía que esa llave se había perdido. Junto a ella estaba la nota, doblada como una grulla de origami.

La desdoblé.

Iwan:

¡Me encanta que esto haya salido adelante! Dale recuerdos a tu madre de mi parte y no te olvides de revisar el buzón todos los días. Si Nome y Jodas se acercan a la ventana, no la abras. No son de fiar. Espero que disfrutes de Nueva York. Es preciosa en verano, aunque algo calurosa. ¡Hasta pronto!

Besos,

AC

P.D. Si ves a una a una mujer mayor deambulando por los pasillos, sé amable y acompaña a la señora Norris a la puerta G6.

P.D.2. Si aparece mi sobrina, por favor, dile a Clementine que te he alquilado el apartamento este verano. Y recuérdale lo de los veranos en el extranjero.

Me quedé mirando el papel más tiempo del necesario. Aunque tenía un montón de tarjetas de cumpleaños, de San Valentín y de Navidad que me había escrito guardadas en el joyero de la habitación, ver aquellas nuevas letras trazadas con su característica caligrafía me provocó un nudo en la garganta. Porque nunca pensé que volvería a encontrarme más palabras suyas juntas.

Sabía que era una tontería.

Pero era un pedacito más de ella que seguía conmigo.

«Los veranos en el extranjero».

La voz del desconocido me trajo de vuelta a la realidad cuando preguntó con bastante confianza:

—¿Todo aclarado?

Apreté la mandíbula.

—No, la verdad es que no.

Su seguridad se desmoronó.

—… ¿No?

—No. —Porque la señora Norris había fallecido hacía tres años, y ahora vivía una pareja joven en su apartamento, que había tirado todas sus cajas de música antiguas y su violín, ya que no tenía a quien dejárselos en herencia. Mi tía había intentado salvarlos, pero antes de que pudiera hacerlo, se habían estropeado en la acera bajo la lluvia—. No sé qué entiendes tú por alquilar, pero desde luego no significa que puedas colarte aquí cualquier verano que se te antoje.

Frunció el ceño, visiblemente contrariado.

—¿Cualquier verano? Pero si hablé con ella la semana pasada.

—No tiene gracia —espeté, abrazando contra mi pecho el cojín con la cara de Jeff Goldblum cubierta de lentejuelas.

Parpadeó despacio y asintió con calma.

—De acuerdo… Voy a recoger mis cosas y me marcho, ¿vale?

Intenté no parecer demasiado aliviada mientras respondía:

—Bien.

Él dejó caer las manos y regresó en silencio al dormitorio de mi tía. Dentro, esperaba encontrarme con mi cama con su estructura negra de metal de IKEA, pero en lugar de eso vislumbré una manta que no había visto desde que la había guardado hacía seis meses. Aparté la vista de inmediato. No, solo se parecía a esa manta. No podía ser la misma.

Sentí una opresión en el pecho, pero intenté reprimir esa sensación. «Eso pasó hace seis meses», pensé, frotándome el esternón. «Ella ya no está aquí».

Mientras él recogía, me puse a andar de un lado a otro por el salón, como hacía siempre que me ponía nerviosa. El apartamento era más luminoso de lo que recordaba, con la luz del sol entrando a raudales por los ventanales.

Pasé junto a una foto colgada en la pared; una de mi tía sonriendo

delante del Teatro Richard Rodgers, la noche del estreno de *Cuando el corazón importó.* Una foto que estaba convencida había quitado de allí cuando me había mudado la semana anterior. Sí, la había guardado junto con el jarrón que ahora estaba en la mesa y los coloridos pavos reales de porcelana que Analea había comprado en Marruecos y que, en ese momento, vi perfectamente colocados en el alféizar de la ventana.

Fue entonces cuando me fijé en el calendario de la mesa baja. Estaba segura de haberlo tirado y, aunque sabía que mi tía había dejado de marcar los días, no hacía *siete años…*

—Bueno, creo que ya he recogido todo. La comida la dejo en la nevera —comentó él, cargando un macuto sobre el hombro mientras salía del dormitorio de mi tía.

Apenas me di cuenta de lo que decía. La opresión en el pecho estaba aumentando. Apenas podía respirar.

Siete años. ¿Por qué marcaba el calendario una fecha de hacía siete años?

¿Y dónde estaban mis cosas? ¿Las cajas que aún no había abierto y que había apilado en un rincón? ¿Y las fotos que había colgado en las paredes?

¿Habría tocado ese desconocido mis cosas? ¿Las había cambiado de sitio para confundirme?

Vi cómo se detenía en el salón.

—¿Te encuentras… bien?

No. Para nada.

Caí pesadamente sobre el sofá aferrándome con tanta fuerza al rostro de Jeff Goldblum que las lentejuelas perdieron su forma. Empecé a darme cuenta de todos los pequeños detalles, porque mi tía nunca hacía cambios en su apartamento, así que era imposible

pasar por alto cualquier alteración o ausencia. Las cortinas que había tirado a la basura hacía tres años después de que un gato callejero se meara en ellas. La vela de santa Dolly Parton en el centro de la mesa baja, que prendió fuego a su bata de plumas (terminó lanzando ambas por la ventana). La manta con la que me había tapado la noche anterior, que debería haber estado guardada en una caja en el armario del pasillo.

Había tantas cosas que ya no estaban allí.

Incluido…

Miré el sillón orejero del color de los huevos de un petirrojo. Un sillón que tampoco debería haber estado allí. Porque… porque ahí fue…

—Mi tía. ¿Te dijo a dónde se iba? —pregunté con voz quebrada, aunque ya conocía la respuesta. Siete años atrás había estado en…

Él se frotó la nuca.

—Mmm, creo que dijo… ¿Noruega?

Noruega. Huyendo de las morsas, haciendo fotos de glaciares y buscando billetes de tren rumbo a Suiza y a España, disfrutando de una botella de vino añejo que había comprado en una tienda cerca de nuestro hostal.

Unas manchas negras comenzaron a oscurecer mi visión. No podía respirar hondo. Sentía como si algo me obstruyera la garganta, me faltara el aire, mis pulmones se negaran a funcionar y…

—Mierda —susurró él, dejando caer el macuto al suelo—. ¿Qué te pasa? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Aire —jadeé—. Necesito… necesito aire fresco… necesito…

Irme. Escapar. Vender ese apartamento y mudarme al otro lado del mundo y…

Él fue hacia la ventana en dos zancadas.

En cuanto lo vi, negué con la cabeza, desesperada.

—¡No, ni se te ocurra…!

La abrió de par en par.

Lo que sucedió a continuación fue algo digno de *Los pájaros* de Alfred Hitchcock. Porque mi tía tenía la manía de poner nombres a todos los animales que adoptaba. ¿La rata que vivió en sus paredes durante años? Rompe Ralph. ¿El gato que adoptó y que se meó en las cortinas? Liberad a Willy. ¿La generación de palomas que anidaba en su aire acondicionado desde que tenía uso de razón?

Dos borrones grises y azules entraron volando al apartamento con arrullos frenéticos.

—¡No me jodas…! —gritó él, protegiéndose la cara.

Entraron como murciélagos salidos del infierno, ratas nocturnas, portadoras de venganza.

—¡Las palomas! —chillé. Una de ellas aterrizó con un golpe seco en la encimera; la otra dio otra vuelta por el salón antes de caer sobre mi pelo. Sus garras me arañaron el cuero cabelludo y se enredaron en mi pelo ya hecho un desastre—. ¡Quítamela! ¡Quítamela de encima!

—¡No te muevas! —exclamó. Agarró a la paloma y empezó a tirar de ella con cuidado para apartarla de mi pelo, pero el animal parecía empeñado en no soltarme. Por un momento, me planteé seriamente afeitarme la cabeza. Sin embargo, él movía las manos con tanta delicadeza que mi corazón, que estaba a punto de desbocarse, comenzó a latir con más calma—. Tranquila, tranquila, buena chica —murmuró en un tono bajo y apacible, aunque no supe si se refería a mí o a la paloma.

Menos mal que no pudo verme ruborizarme.

Y por fin, quedé libre. Me aparté a trompicones del ave, buscando

refugio detrás del sofá, mientras él la sujetaba con el brazo extendido, como si intentara mantenerla lo más lejos posible.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó, inseguro.

—¡Suéltala!

—¡Pero si acabo de atraparla!

Gesticulé, simulando que la lanzaba.

—¡Fuera! ¡POR LA VENTANA!

La paloma giró la cabeza como la niña de *El exorcista* y lo miró, parpadeando. Él frunció el ceño y, con una mueca, la lanzó por la ventana. El ave emprendió el vuelo y se marchó hacia el tejado del edificio de enfrente. Al verlo, él soltó un suspiro. La otra paloma observó la escena mientras arrullaba, y luego se bamboleó hasta el borde de la encimera y empezó a picotear una carta.

—Mmm, supongo que estas son… ¿Nome y Jodas? —preguntó, con cierto tono de disculpa.

Me pasé las manos por el pelo.

—Vaya, ¿ahora te acuerdas de lo que decía la nota?

—No habría estado mal especificar que eran palomas —replicó, antes de ir a por la otra. El animal se movió a toda prisa hacia el otro lado, pero él chasqueó la lengua en un intento por acorralarla.

Yo los miré, cada vez más nerviosa.

Hacía siete años, había tenido pensado recorrer Europa con mi novio de aquel entonces, pero lo dejamos justo antes de partir. En retrospectiva, me dolió más perderme el viaje que nuestra ruptura. Y entonces mi tía apareció en casa de mis padres, con un pañuelo de viaje en el pelo, unas gafas de sol con forma de corazón y una maleta, me miró desde el porche y sonrió.

—Vamos a alcanzar la luna, mi querida Clementine.

Y lo hicimos.

Ella no sabía a dónde íbamos, y yo, por supuesto, tampoco.

Mi tía y yo nunca teníamos un plan cuando salíamos en busca de aventuras.

¿Mencionó en algún momento que hubiera alquilado su apartamento? No… No lograba recordarlo. Aquel verano había sido como un borrón, como si lo hubiera vivido otra chica sin mapa, sin itinerario ni destino.

«Este apartamento es mágico», resonó la voz de mi tía en mi cabeza, pero sabía que no era verdad. No podía serlo.

—Tengo que… Tengo que irme —balbuceé mientras tomaba mi bolso que estaba junto al sofá—. Será mejor que te hayas ido cuando vuelva. O… o si no…

Y escapé de allí a toda prisa.

5
El tiempo compartido

Salí tambaleándome del ascensor, inhalando grandes bocanadas de aire, tratando de aliviar la presión en el pecho. Calmarme. Respirar.

Estaba bien, estaba bien…

«Estoy bien».

—¡Clementine! Buenos días —me saludó Earl, tocándose la visera del sombrero—. Parece que la mañana se presenta con algo de llovizna… ¿Va todo bien?

Me habría encantado decirle: «Hay un intruso en mi apartamento».

—Solo voy a dar un paseo —me apresuré a responder, con una sonrisa que esperaba pareciera convincente, antes de salir hacia la mañana gris y apagada. El ambiente era sofocante, la humedad se me pegaba como una segunda piel y había demasiado ruido en la calle para ser las nueve y media de la mañana.

Me había quedado dormida con la ropa del día anterior; algo que no había notado hasta ese momento. Me alisé la blusa, me recogí el pelo en una pequeña coleta y recé para que el rímel no se me hubiera corrido demasiado. De todos modos, aunque así hubiera sido, seguro que no era la persona con peor aspecto del barrio.

Al fin y al cabo, Nueva York era la ciudad que nunca dormía.

¿Por qué no le había dicho a Earl lo del hombre que estaba en mi apartamento? Podría haber subido y echarlo de allí…

«Porque, en el fondo, te sigues creyendo la historia».

A mi tía se le daba muy bien contar historias, y la que me había contado sobre ese apartamento se había quedado grabada en mi memoria.

Claro que ese apartamento tenía sus rarezas: las palomas del aire acondicionado que se negaban a marcharse, generación tras generación; la séptima tabla del suelo del salón que crujía sin motivo aparente; que nunca, bajo ningún concepto, debías abrir el grifo y la ducha al mismo tiempo…

—Y —me dijo con solemnidad aquel verano en el que cumplí ocho años, cuando creía saber qué era lo que hacía mágico a ese apartamento, aunque no era así—, juega con el tiempo cuando menos lo esperas.

Como las páginas de un libro, uniendo un prólogo con un final feliz, un epílogo con un comienzo trágico, dos desarrollos, dos clímax, dos historias que nunca llegan a encontrarse fuera de esas paredes.

—Estás en el presente, en el pasillo… —indicó con un gesto hacia la puerta principal, como si estuviera reviviendo un viaje que ya hubiera recorrido, volviendo sobre los pasos marcados en el mapa de su memoria—… y un instante después, abres la puerta y te ha transportado al pasado. Siete años —añadió en un tono más bajo—. Siempre son siete años.

La primera vez que me contó aquella historia, sentada en su sillón azul, del color de los huevos de un petirrojo, con un Marlboro en la mano, solo me habló de los momentos buenos. Después de todo, yo tenía ocho años y mi primer verano con mi tía se extendía como un horizonte infinito ante mí.

—Hace unos veinte años, mucho antes de que nacieras, el verano fue sofocante y una tormenta cubrió la ciudad. El cielo se iluminaba

con los relámpagos…

Sí, a mi tía se le daba de maravilla contar historias. Tenía un don para hacer que quisiera creerme todo lo que me contaba, incluso aunque en ese momento estuviera descubriendo que Papá Noel no existía.

Lo narraba como si acabara de comprar el apartamento y mi madre la hubiera ayudado a mudarse esa misma mañana. Había cajas de cartón apiladas contra las paredes, con palabras escritas con una caligrafía larga y redondeada que indicaban lo que contenían: cocina, dormitorio, música. Acababa de terminar su trayectoria en *Cuando el corazón importó,* la obra de Broadway que había protagonizado. Tenía veintisiete años, y nadie entendía por qué había decidido no volver a subirse a un escenario.

Según me contó, el apartamento estaba vacío. Era como una habitación sin libros. Su agente inmobiliario se lo había conseguido a un buen precio (por lo visto, el vendedor quería deshacerse de él cuanto antes), y mi tía nunca dejaba pasar una ganga. Salió a comprar comida (y vino), porque no iba a pasar la primera noche en su nuevo hogar durmiendo en el suelo sobre un colchón hinchable, sin un buen trozo de queso brie y un poco de merlot que la acompañara.

Pero cuando volvió a su nuevo apartamento, algo no iba bien.

No había cajas en el salón. Y estaba completamente amueblado. Había plantas por todas partes, discos de vinilo de grupos clásicos colgados en las paredes y un gran equipo de música con un tocadiscos bajo las ventanas del salón. Pensó que había entrado en el apartamento equivocado, así que dio media vuelta y se marchó.

Pero no, era el B4.

Volvió a entrar… y todos los muebles seguían allí.

Junto a una joven desconocida, sentada en el alféizar, con la ventana abierta, dejando entrar cualquier brisa que pudiera aliviar el bochorno del verano neoyorquino. El ambiente estaba cargado de humedad, y el cielo, despejado, sin rastro de la tormenta que debería haber empapado la ciudad hacía apenas unos minutos. La joven llevaba unos pantalones cortos beis que le quedaban demasiado grandes y una camiseta de tirantes tan chillona que parecía sacada de una clase de aeróbic. Tenía el pelo rubio recogido en una coleta alta con una goma de un tono azul intenso y estaba dando de comer a dos palomas, susurrándoles con suavidad. Entonces vio a mi tía, apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal y alzó sus cejas gruesas con interés.

Según contaba mi tía, el sol formaba un halo de luz a su alrededor, y a ella le pareció la mujer más guapa que había visto en su vida. Ese fue el momento exacto en que se enamoró.

(«Siempre lo sabes», me confesó en un susurro. «El momento preciso en el que ocurre»).

La mujer miró a mi tía un tanto desconcertada y dijo:

—Vaya, ha vuelto a pasar.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién eres? —preguntó mi tía, confundida, porque estaba convencida de que no se había equivocado de apartamento. No tenía tiempo para tonterías. Estaba de mal humor por ese calor sofocante, tenía los zapatos empapados por una lluvia que había desaparecido sin dejar rastro y necesitaba guardar la leche en el frigorífico antes de que se estropeara.

La mujer se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Te va a parecer muy raro, pero tienes pinta de ser el tipo de persona que podría creer en algo así.

—¿Tengo pinta de ingenua?

La mujer abrió los ojos de par en par.

—Oh, no. No he querido decir eso en absoluto. Te acabas de mudar, ¿verdad? Al Monroe. Todavía se llama así, ¿no?

—¿Por qué no iba a seguir llamándose así?

La mujer se llevó un dedo a los labios, golpeándolos con suavidad.

—Las cosas cambian. Me llamo Vera. —Le ofreció la mano—. Yo antes vivía aquí.

—¿Vivías?

—En teoría, para mí, sigo viviendo aquí. —Su sonrisa se hizo más amplia e hizo un gesto hacia la compra que llevaba mi tía—. Puedes meterla en el frigorífico. Estaba a punto de hacer unos fetuchini veraniegos. Si te quedas, puedo explicártelo.

Mi tía se dio la vuelta, nerviosa, y se dirigió hacia la puerta.

—Ni hablar.

Así que se marchó y buscó al conserje, que le abrió la puerta (la misma por la que había salido, la B4, confirmando que no se había equivocado anteriormente) y la dejó entrar en su pequeño apartamento vacío. Sus cajas de cartón estaban allí, esperándola. Para tranquilizarla, el conserje inspeccionó el interior, pero no encontró a la intrusa menuda por ninguna parte. Mi tía tampoco vio ninguno de los muebles que habían estado antes. Ni el tocadiscos, ni las plantas. Nada de nada.

No volvió a toparse con la mujer hasta unos meses después. Para entonces, mi tía ya había dejado de dormir en el suelo, había comprado un sillón orejero del color de los huevos de un petirrojo que había colocado en un rincón del salón y tenía el frigorífico lleno de vino y queso, junto con una guía de viaje a Malasia abierta y boca abajo en la encimera de la cocina.

Dejó su apartamento solo un instante (el tiempo justo para recoger

un paquete del buzón de la planta baja) y, cuando abrió la puerta y entró, se encontró de nuevo en ese apartamento extraño, con discos en las paredes y plantas que desbordaban las encimeras y se amontonaban en el alféizar.

La misma mujer, con el pelo ahora muy corto, estaba recostada en un sofá desgastado que había dejado de estar de moda en los años sesenta. Levantó la vista de un ejemplar de *Jane Eyre* y se incorporó de golpe.

—¡Anda, has vuelto!

La tal Vera también parecía encantada de verla. Lo que le resultó bastante raro a mi tía. La mayoría de la gente solía mirarla con desconcierto o con un leve desdén después de que hubiera arruinado su carrera. Mi tía no supo muy bien qué hacer, ni a dónde ir. ¿Debía salir de allí otra vez, o avisar al encargado?

(«Esa vez no lo hice, por supuesto», me explicó mi tía con un resoplido y un gesto de la mano. «No fue capaz de solucionar mi plaga de ratas, ¿cómo iba a sacar a una persona de mi apartamento? Ni pensarlo»).

En vez de eso, mi tía aceptó la invitación de Vera para comer fetuchini, un plato que nunca le salía igual. Vera jamás medía los ingredientes, y observarla en la cocina fue como presenciar un huracán en forma humana. Estaba en todas partes al mismo tiempo: sacó cosas medio improvisadas de los armarios y luego las dejó abandonadas en la encimera, se olvidó de la olla hirviendo en el fogón, decidió hacer una ensalada como acompañamiento a última hora… ¡Ah! ¿Y qué aliño usar? Y mientras tanto, le contó a mi tía una historia absolutamente increíble.

La historia de un apartamento que, a veces, te transportaba en el tiempo, siete años hacia delante o siete hacia atrás.

—¿Como si el apartamento tuviera vida propia y se cansara de tener el mismo aspecto cada siete años? —preguntó Analea con sarcasmo. Vera puso tal cara de consternación que a mi tía le resultó inconcebible haber sugerido algo así.

—No, ¡como el número de la suerte! El siete. Tiene que ser especial, porque ahora estás aquí.

Mi tía juraba que siempre había sabido cómo reaccionar, pero en aquel momento, por primera vez en su vida, no supo qué decir. Hablaron durante horas entre platos de pasta al dente y una ensalada un poco mustia. Hablaron hasta que el amanecer tiñó de rosa el horizonte. Se rieron con copas de vino barato, y cuando mi tía me contaba esta historia, su cara se iluminaba con una felicidad que la rejuvenecía e irradiaba amor. Nunca tuve la menor duda de que mi tía quería a Vera.

La quería tanto que empezó a llamarla «mi sol».

Ahí era donde siempre terminaba su relato, con la gran revelación, el misterio y la magia de ese apartamento que viajaba en el tiempo. Y cuando era niña, eso me bastaba. Era un final feliz, y a mí me encantaba estar en ese mismo lugar, abriendo puertas con la ilusión de perderme en algún pasado desconocido… o en un futuro.

Dentro de siete años, ¿qué sería de mí? ¿Habría logrado triunfar? ¿Sería famosa? ¿Guapa? ¿Tendría mi vida encarrilada? ¿Me habría enamorado de alguien?

Y si viajaba al pasado, ¿me encontraría con la versión de mi tía que aparecía en las fotos de cuando nací? Esa mujer más tranquila y reservada que parecía un poco perdida en aquellas imágenes; algo que nunca llegué a entender.

Tardé unos años en darme cuenta de que, aquella primera tarde de verano, solo me contó los momentos felices para evitar un silencio

incómodo.

Cuando por fin decidió contarme la parte triste, yo tenía doce años. Me pidió que prestara atención, porque la pena también era importante.

Lo hizo una noche de verano fresca y con tormenta, mientras comíamos unos fetuchini que nunca le salían igual. A esas alturas, ya me sabía la historia de memoria, y siempre que entraba en el apartamento, deseaba que me eligiera para llevarme a otra época.

—Quería casarme con ella.

Lo dijo en voz baja, con calma, mientras bebía su tercera copa de merlot y jugábamos una partida al Scrabble, la noche antes de nuestro vuelo a Dublín. Recuerdo aquella cena perfectamente, como ocurre cuando tu mente se queda atrapada en una escena y la revive una y otra vez durante años, cambiando pequeños detalles, pero dejando siempre el mismo desenlace.

—Hace veinte años, encontrar a alguien era un poco más difícil que ahora. En ese momento, nos habíamos encontrado tantas veces en el tiempo que podía dibujar de memoria las líneas de sus manos sobre las mías. Me había aprendido las pecas de su espalda y las había convertido en constelaciones. El apartamento siempre nos reunía cuando nos encontrábamos en algún punto crucial de nuestras vidas, y tuvimos muchos: en nuestras carreras, en lo personal, en nuestras amistades. Nos ayudamos mutuamente. Éramos las únicas que podíamos hacerlo. —Tenía esa mirada perdida otra vez—. Creí que podría encontrarla, que sería fácil, como volver a ver a alguien de tu pasado en una acera llena de gente. Nuestras miradas se cruzarían y el tiempo se detendría. Pero el tiempo nunca se detiene —añadió con amargura—. Y en siete años pueden pasar muchas cosas.

Tenía razón. En siete años yo iría a la universidad. En siete años, tendría mi primer novio y viviría mi primer desengaño. En siete años, contaría con un pasaporte más gastado que el de la mayoría de los adultos que conocía. Solo podía imaginar lo que había pasado entre mi tía y Vera en siete años.

Pero no tuve que hacerlo.

Fue algo sencillo, aunque también desgarrador.

Cuando logró dar con Vera en el presente, ya no era la misma. Había ido cambiando poco a poco, como sucede con el paso de los años, y mi tía, a pesar de su amor por la novedad y lo emocionante, temió que lo que habían compartido en ese apartamento no durara fuera de él. Que nunca volviera a ser tan especial como lo había sido. Que una vida juntas lo estropeara, que un segundo intento no fuera igual de dulce, que su amor se volviera rancio como el pan duro y que sus corazones terminaran enfriándose.

A fin de cuentas, Vera quería formar una familia, y Analea conquistar el mundo.

—Así que la dejé marchar —explicó mi tía—, para no ser una carga para ella.

Y Vera siguió adelante. Tuvo dos hijos y regresó a su localidad natal para criarlos sola. Volvió a la universidad. Se hizo abogada. Creció, evolucionó y se convirtió en otra persona, como suele pasar con el tiempo. Y nunca volvió la vista atrás.

Mientras tanto, mi tía siguió siendo la misma, con el temor constante de aferrarse a algo durante demasiado tiempo y que terminara estropeándose.

Solo tuvo dos normas en ese apartamento.

La primera, quitarse siempre los zapatos al entrar.

La segunda, no enamorarse nunca.

Porque cualquier persona que conocieras en su interior, cualquier persona que el apartamento pusiera en tu camino, nunca se quedaba.

Nadie se quedaba.

Y no lo haría jamás.

Entonces, ¿por qué el apartamento me iba a ofrecer a alguien ahora? ¿Por qué no a mi tía, la persona a quien quería ver? ¿Por qué me había arrojado a una época en la que ella no estaba y se lo había alquilado a un extraño encantador con los ojos grises más hipnóticos que había visto en mi vida?

Daba igual. Para cuando volviera, él ya no estaría allí. El apartamento había cometido un error… o quizá yo estaba perdiendo la cabeza. En cualquier caso, no importaba, porque él no iba a quedarse.

Me di cuenta de que había caminado un poco más de lo que esperaba y terminé en el Museo Metropolitano de Arte. Siempre acababa allí cuando estaba agobiada o me sentía perdida. La atemporalidad de los retratos, los paisajes amplios y coloridos, ver el mundo a través de pinceladas de pintura. Recorrí las galerías y, durante el rato que pasé allí, conseguí recobrar algo de calma. Y también se me ocurrió un plan.

De vuelta, me compré un *macchiato* en la cafetería italiana frente al Monroe, me lo bebí de un trago, lo tiré en la papelera junto al edificio y regresé al último lugar en el que quería estar.

6
Segundas oportunidades

El trayecto desde el ascensor hasta el apartamento de mi tía en la cuarta planta se me hizo eterno. Los nervios empezaron a apoderarse de mí, como siempre me ocurría cada vez que me acercaba a su puerta («tu puerta», resonó la voz de Fiona en mi mente). El miedo a entrar, sumado a la incertidumbre sobre si volvería a encontrarme con aquel extraño, me revolvió el estómago. Esperaba de corazón que se hubiera ido.

Me detuve frente al apartamento B4, donde el llamador de bronce, con forma de cabeza de león, parecía mirarme, congelado para siempre en un gesto entre un rugido y un grito.

—Está bien, el plan es este: si sigue ahí dentro, lo echas con el bate de béisbol que hay en el armario. Si se ha ido, mejor —murmuré para mí mientras rebuscaba las llaves en el bolso—. No te pongas histérica como antes. Respira.

Por alguna razón, aquello parecía mucho más fácil de lo que en realidad era.

Cuando introduje la llave en la cerradura y la giré, me temblaban las manos. No era una persona supersticiosa, pero el vaivén de pensamientos en mi cabeza («que no esté, que esté») hizo que me sintiera como si estuviera deshojando una margarita.

La puerta se abrió con un chirrido de sus bisagras oxidadas y asomé la cabeza al interior.

No *oí* a nadie…

Quizá se había ido.

—¿Hola? —pregunté en voz alta—. ¿Señor Asesino?

Nada.

Aunque, si fuera un asesino, ¿respondería si lo llamara así? Estaba pensando demasiado. Entré despacio y cerré la puerta detrás de mí. El apartamento estaba en silencio; la luz de la tarde se filtraba en tonos dorados y anaranjados a través de las cortinas de tafetán del salón. Las motas de polvo bailaban en el aire, iluminadas por el sol.

Dejé el bolso en el taburete de debajo de la barra y eché un vistazo a las habitaciones, pero él (y sus cosas) ya no estaban.

Sin embargo, en cuanto observé con más detenimiento todo, el alivio me duró poco. El calendario seguía puesto en la fecha de hacía siete años. Las fotos y cuadros que mi tía había regalado, quitado o destruido, y los que yo misma había guardado en el armario del pasillo, seguían allí. Su cama ocupaba el dormitorio en vez de la mía, y sus libros continuaban apilados al azar en las estanterías del despacho, a pesar de que estaba segura de que ya había metido casi todos en cajas.

Y entonces vi la nota, escrita en el reverso de un recibo, con una caligrafía alargada y descuidada que no reconocí.

Perdón por la intrusión – J.

Di la vuelta al recibo. También tenía una fecha de hacía siete años. Era de una antigua tienda de ultramarinos situada en la esquina, en la que ahora se vendían muebles carísimos, típicos de las decoraciones estilo granja moderna con paneles de madera.

Volví a sentir una opresión en el pecho.

—No, no, no —imploré. Las dos palomas seguían en el alféizar,

pegadas al cristal, como si quisieran entrar para no perderse el espectáculo. Parecían un poco alteradas por lo ocurrido esa mañana —. *No.*

Las palomas arrullaron, como si estuvieran indignadas.

Apreté la mandíbula. Estrujé el recibo entre las manos y lo dejé de nuevo en la encimera. Agarré el bolso y salí del apartamento. La puerta se cerró de golpe detrás de mí.

Volví a abrirla y entré.

El recibo seguía allí.

Salí otra vez, volví a entrar… y aún estaba en la encimera.

—Puedo pasarme todo el día haciendo esto —le dije al apartamento, aunque al instante quise darme de tortas por hablarle a un lugar sin vida.

Era casi como si estuviera hablando con mi tía. Habría sido muy capaz de gastarme una broma como esa. Habíamos tenido nuestras discrepancias, aunque la quería mucho. Decía que era demasiado estricta, que llevaba una vida demasiado ordenada, como mis padres.

Pero a mí simplemente me gustaban los planes. Ceñirme a ellos. Me sentía más segura sabiendo lo que iba a pasar y *cuándo.*

De modo que sí, esa era exactamente la clase de broma que me habría gastado mi tía.

En mi sexta entrada al apartamento, volví a ver el recibo arrugado y a las palomas observándome como si fuera tonta. Me giré sobre mis talones…

Y me encontré cara a cara con el desconocido.

—Vaya —dijo, sorprendido, con los ojos claros abiertos de par en par—. Ya estás de vuelta.

Retrocedí, alzando el bolso.

—Te juro por Dios que…

—Me estoy yendo —añadió con cautela, levantando las manos en señal de rendición—, pero se me ha olvidado el cepillo de dientes.

Fruncí el ceño.

—Ah.

—¿Puedo pasar a recogerlo?

Volví a colgarme el bolso al hombro.

—Bueno, ya que lo has pedido con tanta amabilidad… —Me hice a un lado y lo dejé entrar al apartamento.

Llevaba el macuto cruzado sobre el pecho; la etiqueta del aeropuerto todavía colgaba de la correa. Vi cómo iba al cuarto de baño a buscarlo, mientras yo me quedaba junto al salón, distraída con mis cutículas. Regresó al cabo de unos segundos con el cepillo en la mano, como si fuera un trofeo.

«Quizá, cuando se marche esta vez, puede que yo también regrese a mi época», pensé.

—Es curioso —comentó, agitando el cepillo de dientes—, pero no puedo vivir sin él.

—Yo también soy muy quisquillosa con los míos. Tienen que llevar esos trozos de goma en los bordes —reconocí como si nada, antes de recordar que se suponía que debía estar llamando a seguridad porque, efectivamente, había vuelto. Pero solo había regresado a por su cepillo de dientes…

—Ah, ¿esos que te masajean las encías? —preguntó—. Están muy bien.

—Y no soporto cuando alguien te sugiere que uses uno de los suyos aunque esté nuevo. No es lo mismo.

Él levantó las manos.

—¿A que sí? ¡No es lo mismo! Bueno, ahora que ya tengo mi

cepillo del alma, me voy. Si me he dejado algo más, puedes mandármelo a esta dirección. —Sacó un bolígrafo de la taza que había en la encimera, escribió la información en una servilleta y me la entregó. No supe si se percató o no del recibo arrugado con su nota porque no hizo comentario alguno.

Leí su letra descuidada.

—¿Eres de Carolina del Norte?

—Sí, de Outer Banks.

—Estás muy lejos de casa.

Encogió un hombro, en un gesto más coqueto que despectivo.

—«Viajar es el placer sublime de balancearse en lo desconocido».

Ladeé la cabeza; esa frase me sonaba mucho.

—¿Anthony Bourdain?

Esbozó una sonrisa de medio lado encantadora. En cualquier otra situación o lugar, habría caído rendida allí mismo.

—Bueno, ya nos veremos por ahí.

—No creo —respondí.

—Tienes razón —aceptó con una risa tímida, antes de levantar el cepillo de dientes a modo de despedida. Qué mono.

Bajé la vista y me fijé en el calendario de la mesa baja.

«Siete años».

Vi cómo se dirigía hacia la puerta.

Cerré los ojos.

«El apartamento siempre nos reunía cuando nos encontrábamos en un punto crucial de nuestras vidas», me había dicho mi tía sobre ella y Vera. Así que supuse que debía de haber hecho lo mismo con ese hombre y conmigo. La verdad, me daba igual el punto crucial en el que estuviera en ese momento. Solo me dejé llevar por el recuerdo de mi tía en el umbral de la casa de mis padres, invitándome a una

aventura, como si el tiempo fuera infinito. Como si ella supiera, con ese brillo en sus ojos, que algo grande estaba a punto de suceder.

O puede que fuera por lo que me había contado una vez.

Que el tiempo, a veces, se plegaba sobre sí mismo y se mezclaba como las acuarelas con las que solía pintar.

Él vivía en un mundo en el que mi tía todavía existía, y si yo podía quedarme en ese mundo… aunque solo fuera un momento… Aunque solo fuera ahí, en ese apartamento. Aunque solo fuera esa vez. Aunque, cuando volviera a salir de él, me devolviera a mi tiempo…

Dentro de ese apartamento, ella seguía viva en algún lugar del mundo.

«Esta clase de magia siempre trae consigo sufrimiento», me dije a mí misma. Pero me dio igual, porque una parte tierna y casi apagada de mi corazón, esa que revivía cada verano con sueños y aventuras, me susurró: «¿Qué tienes que perder?».

Fuera cual fuese la razón, el caso es que giré sobre mis talones y, justo cuando él estaba a punto de abrir la puerta para marcharse, le dije:

—Puedes… quedarte.

Soltó el pomo, se volvió hacia mí y me miró con curiosidad con esos ojos claros y brillantes. Su color me recordó un poco al tono de las nubes antes de que un avión las atravesase.

—¿Estás segura? —preguntó con ese suave acento sureño.

—Sí, pero… Yo también me quedaré aquí, al menos por ahora —respondí mientras doblaba la servilleta con su dirección y me la guardaba en el bolsillo trasero. Según lo que recordaba de las historias de mi tía y Vera, al final me enviaría de vuelta a mi época—. Mi apartamento está… —Hice una pausa, tratando de buscar una

excusa convincente—, inhabitable. Está lleno de… eh… mmm… —Eché un vistazo al alféizar de la ventana. Nome y Jodas estaban acurrucadas sobre el aire acondicionado, acicalándose después de su accidentada mañana—. Palomas.

Él abrió los ojos de par en par.

—Vaya. No pensaba que pudieran ser tan problemáticas.

—Sí, sí. Por algo las llaman las ratas del cielo. —Dios, qué mal se me daba mentir. Pero él debió de creérselo porque asintió con solemnidad. «¿En serio?». ¿Qué clase de palomas había donde vivía él?—. Y como mi tía me pidió que cuidara de su apartamento mientras estuviera fuera, he pensado que podía quedarme aquí unos días mientras lo soluciono. —Por fin volví a mirarlo—. Perdona si he sido un poco borde antes. Es que no me lo esperaba para nada, pero si mi tía te dijo que podías quedarte…

—¡Gracias, gracias! —Juntó las manos como si estuviera rezando —. Te juro que ni notarás que estoy aquí.

Lo dudaba bastante, porque era prácticamente imposible ignorarlo. Tenía pinta de ser alguien que no pasaba desapercibido. Había algo en él que te atrapaba al observarlo. Se movía por la vida con una actitud desenfadada y natural, como si no le importara lo que pensaran los demás. Y esa despreocupación era contagiosa.

Me moví incómoda, cambiando el peso de un pie a otro, porque por fin estaba empezando a aceptar que todo aquello era real, que todo lo que me había contado mi tía era cierto. Y eso era precisamente lo que había deseado durante años: abrir la puerta de su apartamento, contener la respiración, y esperar a que me llevara a otra época…

Solo para que ocurriera ahora, justo cuando mi tía ya no estaba, cuando yo había dejado de creer en lo imposible.

¿Por qué no podía haberme topado con alguien menos… entusiasta? Ese hombre parecía encajar en cualquier lugar y ser capaz de convertirlo en su hogar; era muy similar a mi tía, muy similar a la persona que a mí me habría gustado ser.

—¿Qué te parece si, para compensar que hemos empezado con mal pie, preparo la cena? —preguntó, ladeando la cabeza de un modo casi infantil.

Aquello me sorprendió. Sentí cómo el pecho se me tensaba como una goma elástica y aparté la mirada al instante.

—Mmm, vale. Creo que hay salsa para espaguetis en la despensa.

—Oh, eso está muy bien, pero estoy pensando en otra cosa. —Su sonrisa se ensanchó en otra un poco torcida y radiante y, ¡madre mía!, absolutamente encantadora, como si en las comisuras de los labios escondiera un centenar de secretos que estuviera deseando contarme—. Es una de mis recetas favoritas. Por cierto, me llamo Iwan. —Me tendió la mano. Aún no se había quitado el macuto.

Respiré hondo y se la estreché. Tenía los dedos duros, con callos, cicatrices y quemaduras. Pero su mano era cálida, y su apretón firme disipó de inmediato los nervios que había sentido hacía un momento. Quizá no fuera tan mala idea.

—Clementine —respondí.

—Ah, como…

Le apreté un poco más fuerte la mano y le advertí:

—Si cantas esa canción, voy a tener que matarte.

Él se rio.

—No se me ocurriría jamás.

Le solté la mano y él, por fin, se quitó el macuto, lo dejó al lado del sofá y se fue directo a la cocina. Lo seguí con recelo y observé cómo se subía las mangas, que ya eran cortas, tomaba una tabla de cortar

de la encimera y la hacía girar con una floritura.

Era una idea pésima. La peor de todas. ¿En qué estaba pensando?

Se volvió para mirarme. Yo seguía en el umbral de la cocina y me preguntó si quería un poco de agua o algo más fuerte mientras esperaba.

—Algo más fuerte. —Me obligué a apartar la vista de ese hombre tan guapo que estaba en la cocina de mi tía, con la sensación de que había cometido un error tremendo al aceptar—. Sí, más fuerte, desde luego.

7
Conociéndonos mejor

Observé desde mi taburete junto a la barra cómo Iwan se movía por la cocina de mi tía como si estuviera en su propia casa. Analea y yo solíamos cenar platos precocinados frente al televisor o salir a comer fuera, y esa última semana, desde que me había mudado, había estado pidiendo comida para llevar de mi restaurante tailandés favorito. Para mí, la cocina era un territorio desconocido, un lugar por el que solo pasaba para ir a mi habitación o para servirme otra copa de vino. Sabía cocinar lo básico (mi madre se había encargado de que aprendiera antes de ir a la universidad; no iba a permitir que su única hija se muriera de hambre), pero nunca me había interesado mucho el arte culinario. Iwan, en cambio, parecía encajar perfectamente allí, como si conociera cada rincón de la cocina. Sacó de su macuto un viejo estuche de cuchillos de cuero y los dispuso sobre la encimera.

—Y dime… ¿eres cocinero o algo parecido? —pregunté, sosteniendo una copa de rosado barato que mi tía había comprado antes de irse de vacaciones.

Él sacó una bolsa marrón de verduras del frigorífico. Ni siquiera me había fijado en que ahora estaba lleno de comida. El electrodoméstico llevaba al menos una semana sin contener otra cosa que restos de comida para llevar. Señaló los cuchillos.

—¿Lo dices por estos?

—Un poco. Ya sabes, detalles que te dan pistas. Y, por favor, di que sí. La alternativa es que seas Hannibal y yo esté corriendo un peligro mortal.

Se señaló a sí mismo.

—¿Parezco alguien que arruinaría su paladar perfectamente aceptable con un filete de solomillo humano?

—No lo sé, apenas te conozco.

—Oh, bueno, eso tiene fácil solución. —Puso las manos a ambos lados de la tabla de cortar y se inclinó sobre la encimera. Tenía un tatuaje en la zona interna del brazo derecho: un sendero que se abría paso entre pinos—. Fui a la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill con una beca, con la intención de estudiar Derecho como mi madre y mi hermana, pero lo dejé a los tres años. —Volvió a hacer el gesto de levantar un hombro con indiferencia—. Mientras trataba de decidir qué hacer con mi vida, trabajé en algunas cocinas. Y, ¿sabes? Fue el único lugar donde de verdad me sentí a gusto, como en casa. Mi abuelo prácticamente me crio en una cocina. Así que al final decidí apuntarme al CIA.

—¿A la Agencia Central de Inteligencia?

Esbozó una media sonrisa.

—No, al CIA, así es como se conoce al Instituto Culinario de América.

—Ah, esa era mi segunda opción —respondí, asintiendo con la cabeza.

—Allí me saqué el título de técnico superior en Artes Culinarias, y aquí estoy, buscando trabajo.

—Estás tratando de alcanzar la luna —murmuré, más para mí misma que para él, mientras pensaba en mi propia trayectoria: cuatro años en la universidad, estudiando Historia del Arte, y siete

años ascendiendo poco a poco en Strauss & Adder.

—¿La luna?

—Es algo que siempre dice mi tía —contesté, un poco avergonzada —. Una de sus máximas, como tener el pasaporte en regla, acompañar los vinos tintos con carne y los blancos con todo lo demás… —Conté con los dedos—. Encontrar un trabajo que te satisfaga, enamorarse e intentar alcanzar la luna.

Volvió a esbozar una sonrisa, esta vez más tenue, y bebió un sorbo de *bourbon*.

—Parece un buen consejo.

—Supongo. Entonces, tienes, ¿cuántos? —Lo observé un instante —. ¿Veinticinco años?

—Veintiséis.

—Uf, qué mayor me siento.

—No creo que me saques muchos años.

—Veintinueve, casi treinta —repuse sombría—. Ya tengo un pie en la tumba. El otro día me encontré una cana y pensé en teñirme todo el pelo de blanco.

Soltó una carcajada.

—No sé qué haré cuando me empiecen a salir canas. No voy a dejar que se me ponga el pelo blanco. A mi abuelo no le ha pasado. Puede que me afeite la cabeza.

—Unas cuantas canas te darían un toque elegante —señalé, pensativa.

—Elegante —repitió, como si le gustara cómo sonaba—. Se lo comentaré a mi abuelo. De todos modos, nunca he sido muy constante. Cuando le dije a mi madre que quería estudiar en el CIA, casi le da algo. Me faltaba un año para terminar Empresariales, pero no me veía trabajando todo el día en una oficina. Así que, aquí estoy.

—Hizo un gesto teatral con las manos, como si estuviera haciendo un truco de magia, aunque le brillaron los ojos cuando dijo—: Hay una vacante en un restaurante bastante famoso, y quiero entrar.

—¿Como chef…?

—Como friegaplatos —respondió, con una expresión completamente seria.

Estuve a punto de atragantarme con el vino.

—Lo siento, ¿me estás tomando el pelo?

—Lo importante es entrar, luego ya iré ascendiendo —replicó con otro de esos encogimientos de un solo hombro mientras buscaba la primera verdura de la bolsa de papel. Sacó un tomate junto con su gran cuchillo de chef de su viejo estuche. La hoja estaba afilada y empezó a picarlo con precisión. Sus cortes eran rápidos, seguros, y el filo plateado destellaba bajo la luz amarillenta de la espantosa lámpara multicolor que mi tía había «reclamado» de la basura.

—Bueno —continuó mientras seguía con lo suyo—, ahora que ya sabes todo sobre mí, ¿qué me cuentas de ti?

Solté un suspiro.

—Uf, ¿de mí? Crecí en el valle del Hudson y luego en Long Island. Llevo la mitad de mi vida en la ciudad. Estudié Historia del Arte en la Universidad de Nueva York, luego conseguí un trabajo en una editorial y, aquí estoy.

—¿Siempre has querido trabajar en una editorial?

—No, pero me gusta donde estoy ahora. —Bebí otro sorbo de mi rosado, dudando si contarle o no el resto: los viajes al extranjero, un pasaporte abarrotado de sellos que dejaría boquiabierto a cualquier viajero empedernido, pero que, cada vez que lo enseñaba, la gente se hacía una idea equivocada de mí, como si fuera una especie de hija del caos con un espíritu salvaje, cuando en realidad no era más que

una niña asustada que se aferraba al abrigo celeste de su tía mientras esta la llevaba por todo el mundo. En cierto modo, solo quería que él conociera a mi verdadero yo: la que nunca salía de la ciudad, ni siquiera para visitar a sus padres en Long Island, la que iba al trabajo, volvía a casa, se pasaba los fines de semana viendo reposiciones de *Supervivientes* y no era capaz de encontrar tiempo para ir a una exposición de arte de su exnovio.

Así que decidí no hacerlo y me limité a decir:

—Bueno, pues, en pocas palabras, esa soy yo. Una licenciada en Historia del Arte que terminó de publicista en una editorial.

Me miró con intensidad y frunció los labios. Tenía una peca en el lado izquierdo del labio inferior, y era casi imposible no fijarse en ella.

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que no te estás haciendo justicia.

—¿Ah, sí?

—Es solo una corazonada. —Sacó otro tomate de la bolsa de papel y volvió a encoger un hombro—. Se me da bastante bien calar a las personas.

—¿En serio?

—De hecho, estoy convencido de que estoy a punto de adivinar cuál es tu color favorito.

—Pues es…

—¡No! —gritó, apuntándome con el cuchillo—. Déjame adivinarlo.

Aquello me hizo gracia. Lancé una mirada significativa al cuchillo, con el que seguía apuntándome, y él, al darse cuenta, lo dejó a toda prisa en la tabla de cortar.

—Venga, a ver si se te da tan bien como dices.

—Es mi único superpoder, te vas a quedar alucinada.

—Está bien, está bien —acepté, convencida de que no iba a acertar (al fin y al cabo, era una de las cosas más sorprendentes de mí). Lo observé apartar los tomates picados a un lado de la tabla y sacar una cebolla para pelarla. Tenía tanta destreza con las manos que resultaba fascinante; podría haberme quedado mirándolo durante horas—. Bueno, ¿cuál crees que es mi color favorito?

—Oh, no, no lo voy a decir todavía —respondió con un deje juguetón—. Apenas te conozco.

—Tampoco hay mucho que conocer. —Me encogí de hombros, observando cómo cortaba la cebolla—. Soy bastante aburrida. Mi tía era la que acaparaba todas las historias emocionantes.

—Tu tía y tú estáis muy unidas, ¿verdad? —quiso saber.

Dejé de mirarle las manos. Me había quedado tan absorta con ellas que no había oído bien su pregunta.

—¿Qué?

Me miró. Tenía unos ojos de un tono gris claro precioso, más oscuro en el centro que en los bordes, con una profundidad tan sutil que solo se percibía si te acercabas lo suficiente.

—Tu tía y tú, parecéis muy unidas.

Que usara el presente me provocó un escalofrío. Fue algo inesperado y desconcertante, como recibir un jarro de agua fría. «Claro, en este tiempo ella sigue viva. Está en algún lugar de Noruega conmigo, escapando de una morsa en la playa». Durante un instante, tuve la sensación de que todavía estaba aquí. Viva. Real. Como si fuera a entrar en cualquier momento por la puerta, envolverme en uno de esos abrazos que te aplastaban los huesos y embriagarme con su olor: una mezcla a Marlboro, perfume Red y un leve rastro de lavanda del suavizante que usaba. «Mi querida Clementine», me habría dicho. «Qué sorpresa verte».

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Sí… supongo que sí.

Mientras echaba la cebolla picada en un cuenco aparte, me miró con el ceño fruncido.

—Otra vez esa cara.

Salí de mi ensimismamiento, parpadeé y me aseguré de poner una expresión neutra.

—¿Qué cara?

—Como si acabaras de comer un limón. Te he visto hacer lo mismo antes.

—No sé a qué te refieres —respondí, mortificada, llevándome las manos al rostro—. ¿Qué cara pongo?

Se rio con suavidad y dejó el cuchillo a un lado.

—Frunces el ceño. ¿Me dejas?

—Eh… sí, claro.

Se inclinó sobre la encimera, apoyó el pulgar entre mis cejas y alisó la piel.

—Aquí. Como si te sorprendiera tener ganas de llorar.

Lo miré fijamente un segundo, sintiendo cómo me ardían las mejillas. Luego me eché hacia atrás de golpe.

—No… No es cierto —murmuré, avergonzada—. Te lo estás imaginando.

Recogió el cuchillo y comenzó a limpiar un pimiento.

—Lo que tú digas, Limón.

Lo fulminé con la mirada.

—Es Clementine.

—*Cllllll*limon*tine*.

—Acabo de decidir que te odio.

Soltó un jadeo dramático, dejó el cuchillo y se llevó las manos al

pecho.

—¿Tan pronto, Limón? ¡Al menos espera a probar primero lo que voy a cocinar!

—¿Eso significa que esta noche me espera una cena digna de la alta cocina?

Aspiró con un leve siseo.

—Vaya, lo siento. Me he dejado la vajilla fina en casa. Solo he traído mis mejores cuchillos. —Alzó su cuchillo de chef—. Te presento a Bertha.

Enarqué una ceja.

—¿Le pones nombre a tus cuchillos?

—A todos. —Señaló los que tenía extendidos sobre la encimera y los fue nombrando—. Rochester, Jane, Sophie, Adele…

—Son todos personajes de *Jane Eyre.*

—Eran de mi abuelo —respondió, como si eso lo explicara todo.

Al decir eso, me fijé en el cuchillo que estaba usando. El mango parecía algo desgastado y la hoja había perdido algo de lustre, pero estaba claro que estaba en buenas manos y bien conservado.

—¿Fue chef?

—No. Pero siempre quiso serlo —respondió en voz baja. Me di cuenta de que era un tema delicado para él. ¿Seguiría vivo su abuelo? ¿O había heredado esos cuchillos igual que yo el apartamento?

Aunque sus cuchillos no parecían tener la capacidad de viajar en el tiempo.

—Bueno —dije, apurando mi copa—, es una pena que no tengamos la vajilla fina. Sin platos elegantes, dudo que llegue a ser una persona con cultura culinaria.

Iwan chasqueó la lengua.

—Algunos de mis amigos te dirían que en gastronomía no se puede hablar de cultura e incultura, porque la idea de lo que es la alta cocina o la «cocina culta», en realidad surge de la gentrificación de las recetas tradicionales.

La forma en que lo dijo, con esa seguridad y la intensidad en su voz, me resultó de lo más atractiva. Se me encogió el estómago y, durante un instante, me pregunté: «Si se le dan tan bien las palabras, ¿qué tal se le dará…?».

—Entonces, ¿soy una persona con cultura gastronómica? —pregunté, más para distraerme que otra cosa.

—Eres quien eres, y te gusta lo que te gusta —contestó sin un ápice de sarcasmo—. Eres tú, y eso ya es algo maravilloso.

—Apenas me conoces.

Volvió a chasquear la lengua y me miró un momento. Sus ojos ahora parecían un tono más oscuro que antes.

—Creo que tu color favorito es el amarillo —aventuró, observando la sorpresa en mi expresión—. Pero no un amarillo chillón, sino uno más cálido. Como el de los girasoles. Puede que hasta sea tu flor favorita.

Me quedé con la boca abierta.

—¿He acertado? —preguntó en un murmullo. Su confianza hizo que me estremeciera por dentro.

—Pura casualidad —respondí, y él esbozó una sonrisa tan amplia que hasta le brillaron los ojos—. Bueno, ¿cuál es el tuyo?

Otra vez esa sonrisa de medio lado y el chasqueo de la lengua.

—Ah, no. Eso sería hacer trampas, Limón. Tienes que adivinarlo.

Entonces se separó de la encimera y volvió a centrarse en la comida. Y de pronto, la tensión del momento estalló como una pompa de jabón… aunque yo todavía sentía un cosquilleo en la piel

por haberlo tenido tan cerca.

Agarré la botella de rosado y me serví otra copa. La iba a necesitar. Porque sí, esa noche me había metido en un lío más grande del que pensaba. Si en ese momento tenía veintiséis años, en mi época tendría… ¿Treinta y tres? Si se había quedado en la ciudad, seguramente viviría de alquiler en Williamsburg, con una pareja y, como mínimo, un perro. (Tenía toda la pinta de ser más de perros).

No llevaba ninguna alianza, pero en siete años podían pasar muchas cosas.

Y pasaban.

La historia de mi tía seguía muy fresca en mi memoria.

Regla número uno: quitarse siempre los zapatos al entrar.

Regla número dos: no enamorarse en ese apartamento.

Aunque, sinceramente, eso no era algo que me preocupara demasiado.

Sacó una sartén del estante y la hizo girar con soltura… hasta que estuvo a punto de golpearse en la sien. Intentó disimular que aquello no había sucedido y dejó la sartén en el fogón delantero izquierdo.

—No te he preguntado —comentó—, pero ¿te apetece cenar fajitas esta noche? Es una receta de un amigo.

Fingí horrorizarme y me llevé las manos al pecho, como si estuviera agarrando un collar de perlas invisible.

—¿Cómo? ¿Ninguna sopa de guisantes para mi exquisito paladar?

—Que le den a la sopa de guisantes. —Luego añadió casi en un susurro—: Eso lo dejamos para mañana.

8

Un romance con sabor a chocolate

Para mi sorpresa, las fajitas estaban espectaculares.

—No sé si tomarme como un halago o como una ofensa que te haya sorprendido —murmuró, sirviéndose otra copa de *bourbon* (el mismo que había usado para marinar las tiras de carne).

Nos sentamos en la mesa amarilla de la cocina de mi tía y comimos unas de las mejores fajitas que había probado en mi vida. La ternera (que debía ser falda o entraña) estaba tan tierna y jugosa que se deshacía en la boca, con un toque final de *bourbon* ahumado. El adobo tenía el equilibrio perfecto entre dulce y picante, con la cantidad justa de chile en polvo para suavizar la cayena. Los pimientos y las cebollas estaban crujientes, y seguían chisporroteando cuando trajo la sartén a la mesa y la dejó en el centro, junto con tortillas de trigo calientes, crema agria, guacamole y salsa picante.

Me contó que había aprendido a prepararlas gracias a un compañero de habitación de esa escuela de cocina tan prestigiosa en la que estudió y que, aunque me encantaran, no podía darme la receta porque había jurado guardar el secreto.

—Algún día lo convenceré para que abra un restaurante… o como mínimo un *food truck* —afirmó con determinación, pinchando los trozos de pimiento que quedaban en su plato—. Y entonces me dará las gracias.

—¡O se arrepentirá! —bromeé. Di un último mordisco a la fajita antes de darme cuenta de que estaba tan llena que no podía comer más, y aparté el plato con un suspiro—. Bueno, ya está decidido: si sigues cocinando así, puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Arrancó un trozo de una tortilla, lo usó para recoger un poco de pimiento y carne y se lo llevó a la boca.

—Eso que acabas de decir es bastante peligroso, Limón.

—¿Peligroso o una gran idea? Siempre he querido tener un chef personal, como las estrellas de cine. ¿Cómo será eso de no tener que cocinar nunca? ¿Tienes hambre? —Hice un gesto a nuestro camarero imaginario—. Por favor, me encantaría comer unos *escargots* en la terraza, junto a la cascada de la piscina.

Soltó una carcajada.

—Te lo tomas a broma, pero en Los Ángeles conozco a alguien que se dedica a eso —dijo—. Ella lo odia, pero como le pagan bien, aguanta. Yo no podría. Siempre quieren lo mismo: bajo en carbohidratos, pocas calorías, dieta cetogénica, depurativa, vegetariana, y cosas de esas. Demasiado aburrido para mí. Cero creatividad.

—O sea, ¿que tu idea es trabajar en un restaurante donde tengas que preparar lo mismo todos los días?

Puso los ojos en blanco.

—«Lo mismo todos los días» —repitió con ironía, dibujando unas comillas en el aire. Arrastró la silla hasta quedar un poco más cerca de mí. Había un brillo de emoción en sus ojos. El gris parecía el vórtice de un huracán, tan fácil de perderse en él que casi me vi tentada a hacerlo—. Limón, para empezar, el menú cambia según la temporada. Y además, la práctica hace al maestro. ¿Cómo si no se aprende a preparar la comida perfecta?

Eso me despertó la curiosidad. ¿Qué tipo de comida podía despertar semejante pasión en él?

Me apoyé en la mesa y le pregunté:

—¿Qué la hace perfecta?

—Imagina esto —empezó a explicar, con una voz dulce y melosa, como los caramelos de mantequilla—, tengo ocho años y vengo a Nueva York por primera vez en mi vida, con mi madre, mi hermana y mi abuelo. Mientras mi madre se llevó a mi hermana a pasear por algunos de sus lugares favoritos, yo me fui con mi abuelo a un pequeño restaurante en el SoHo. Mi abuelo no cabía en sí de la emoción. Se había pasado toda la vida trabajando en una fábrica de vaqueros, pero siempre quiso ser cocinero. Leía revistas de cocina con devoción, cocinaba para amigos y familiares cada vez que podía: cumpleaños, fiestas del vecindario, aniversarios, los viernes… Cualquier excusa era buena. Había querido ir a ese restaurante desde que tengo uso de razón. En ese momento, yo no tenía ni idea de que era uno de los mejores del mundo, ni que tenía estrellas Michelin. Lo único que sabía era que mi abuelo admiraba a su chef: Albert Gauthier, una eminencia en el mundo culinario. A mí me daba igual, tenía ocho años y con que me dieran de comer me bastaba, pero mi abuelo estaba exultante. Pidió un *steak* tartar. —Esbozó una sonrisa tierna y llena de nostalgia que le iluminó los ojos de felicidad —. Yo pedí unas *pommes frites*, y mi vida cambió.

—*¿Pommes…?*

—Patatas fritas, Limón. Eran patatas fritas.

Me quedé mirándolo.

—¿Me estás diciendo que unas patatas fritas te cambiaron la vida?

Soltó una carcajada, sonora y alegre, y respondió dejándome completamente perpleja:

—Pues sí. Las cosas que menos esperas son las que suelen hacerlo.

Sentí una pequeña opresión en el pecho, porque era justo el tipo de frase que mi tía solía decir. Un tópico digno de una postal de Hallmark.

—El caso es que —continuó, recostándose en la silla—, mi abuelo nunca tuvo la oportunidad de abrir un restaurante, pero le apasionaba cocinar y me transmitió ese amor. —Su tono seguía siendo ligero, pero apartó la mirada cuando añadió—: El año pasado le diagnosticaron demencia. Es raro ver cómo el hombre al que siempre he admirado, con esa fuerza imparable, se va apagando poco a poco. No físicamente, sino… ya sabes.

Recordé los últimos meses con mi tía. Me di cuenta de que también ella se había ido apagando, como si, de pronto, el mundo la sobrepasara. Tragué el nudo que se estaba formando en mi garganta y cerré los puños bajo la mesa, luchando contra el impulso de abrazarlo, aunque daba la impresión de que no le habría venido mal.

—Lo siento.

—¿Qué? —preguntó, sorprendido, pero enseguida enmascaró sus emociones con una sonrisa serena—. No, de verdad, no pasa nada. Me has preguntado qué hace que una comida sea perfecta. Es esto. —Señaló nuestros platos casi vacíos—. La comida es una obra de arte. La comida perfecta no es solo algo que comes, sino algo que disfrutas. Con amigos, con la familia… incluso con desconocidos. Es una experiencia sensorial. La pruebas, la degustas, sientes la historia que te cuentan los sabores, ahí, en tu lengua… Es algo mágico. Romántico.

—¿Romántico? ¿En serio?

—Por supuesto —respondió, con un matiz casi solemne—. ¿A que sabes a lo que me refiero? Una tarta de queso tan deliciosa que

sigues pensando en ella horas después. La cálida luz de las velas, un plato de quesos y un buen vino. El aroma embriagador de un guiso bien hecho. La delicada esponjosidad de un *brioche* recién horneado. —La pasión en su voz era contagiosa, y tuve que morderme el labio para no sonreír mientras él tejía un tapiz de imágenes con sus palabras, gesticulando y dejándose llevar por la emoción. Hubo algo en su entusiasmo que me hizo sentir una punzada extraña en el corazón. No era tristeza, sino una especie de añoranza por algo que nunca había vivido—. Una tarta de limón que te hace cerrar los ojos por puro placer. O un trocito de chocolate al final del día, sencillo y reconfortante. —Se levantó de la mesa, fue al frigorífico, sacó algo de su interior y me lo lanzó.

Lo agarré al vuelo. Se trataba de una pequeña chocolatina envuelta en papel de aluminio.

—Romance, Limón —dijo—. ¿Lo entiendes?

Hice girar la chocolatina entre mis dedos. «No», pensé, mirando a aquel extraño de aire despreocupado, con el pelo castaño rojizo, una camiseta dada de sí, vaqueros desgastados y un tatuaje de cilantro y otras hierbas recorriéndole el brazo. «Pero podría gustarme».

Y ese era un pensamiento peligroso.

Había disfrutado de comidas memorables, pero no habría descrito ninguna como romántica, al menos no en el sentido que él lo hacía. Mi «romanticismo gastronómico» se parecía más a: carreras frenéticas por los aeropuertos con comida rápida en una mano y el billete de embarque en la otra; cenas tardías bajo la lluvia, apretujada bajo un toldo porque el restaurante estaba lleno; *pretzels* en puestos callejeros; cruasanes de panaderías sin nombre; la comida del día anterior en el Olive Branch, acompañada de un vino demasiado seco.

—Supongo que nunca he tenido una comida perfecta —dije al fin,

dejando la chocolatina en la mesa—. Siempre me he sentido fuera de lugar cada vez que he ido a uno de esos restaurantes sofisticados que seguro tienes en mente. Estoy todo el rato preocupada por si uso el cubierto equivocado, pido lo que no debo o… no sé, escojo un vino que no va con la carne.

Sacudió la cabeza.

—No estoy hablando de eso. No hace falta que un restaurante sea sofisticado, ni que presenten los platos decorados con pinceladas de *coulis* y *beurre blanc*…

—¿Qué es eso?

—Exacto. No importa. Puedes comer de maravilla en un restaurante pequeño y casero igual que en uno con estrellas Michelin.

—Y en uno de ellos, al menos, no hace falta ir tan arreglada. O, a ver qué te parece, también puedo quedarme en casa y comerme un sándwich de crema de cacahuete y mermelada.

—Claro que puedes, pero ¿y si fuera tu última comida?

Lo miré, sorprendida.

—Vaya, qué giro más dramático.

—¿Seguirías quedándote en casa y comiéndote un sándwich de crema de cacahuete y mermelada si lo supieras?

Fruncí el ceño y lo pensé unos segundos. Luego asentí.

—Creo que sí. Mi tía solía hacerme sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada cada vez que venía a verla porque se le da fatal cocinar. Siempre ponía más mantequilla de cacahuete que mermelada, así que se me acababa pegando al paladar…

Él se enderezó de inmediato.

—¡Ahí está! La comida perfecta.

—Yo no la llamaría perfecta, pero…

—Acabas de decir que sería tu última comida, ¿no?

Tenía razón.

—Ah —exhalé, comprendiendo por fin lo que quería decir—. Entonces no se trata tanto de la comida, sino más bien de…

—El recuerdo —terminamos al unísono. Su sonrisa traviesa se transformó en una más amplia, de medio lado y encantadora, que le iluminó los ojos.

Volví a sentir cómo el rubor me subía por el cuello, tiñéndome las mejillas.

—Eso es lo que quiero hacer —dijo, apoyando los codos en el borde de la mesa. Las mangas de su camiseta se tensaron alrededor de sus bíceps. (Y no, no los estaba mirando. Por supuesto que no)—. La comida perfecta.

No sé si fue por la buena comida o por las tres copas de vino, pero empecé a pensar que quizá sí podía hacerlo. Quién sabía, puede que ya lo hubiera conseguido en mi época. Intenté visualizarlo vestido de chef, con la chaquetilla blanca ceñida a sus hombros, cubriendo esos tatuajes dispersos que llevaba en los brazos, como si se los hubiera hecho por impulso, sin pensárselo demasiado, pero la imagen no terminaba de formarse en mi cabeza. No me daba la impresión de que fuera un hombre que siguiera las reglas al pie de la letra. Más bien parecía la excepción.

Quitó el envoltorio de su chocolatina, se la metió en la boca y la dejó reposar en su mejilla para que se fuera deshaciendo poco a poco.

—¿Y tú qué?

Me enderecé ante la inesperada pregunta.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Qué te llevó a ser publicista editorial?

—No sé… Supongo que simplemente lo decidí.

Enarcó una ceja poblada; una ceja que en ese momento me pareció de lo más irritante. Normalmente, los hombres se limitaban a asentir cuando les decía a qué me dedicaba y luego pasaban a hablar de… cualquier otra cosa.

—¿Cómo acabaste en eso? —preguntó—. Estudiaste Historia del Arte, ¿verdad? Así que, en principio, no era tu vocación.

—No… —reconocí. Aparté la vista y me fijé en un trozo de pintura cuarteada en la mesa amarilla. Pasé la uña por encima, rascándola hasta dejar al descubierto la madera de sándalo de debajo—. No sé. El verano después de graduarme en la universidad, mi tía y yo viajamos por Europa. —En realidad fue ese mismo año. El verano en el que él estaba en el apartamento. No entendía por qué le estaba contando todo aquello, si antes había decidido no hacerlo—. Me pasé el último curso de carrera dándole vueltas a qué quería hacer, y lo de ser conservadora no me terminaba de convencer, pero… me encantaban los libros. Sobre todo las guías de viaje. Mi tía y yo siempre comprábamos una en cada lugar al que íbamos. Así como las memorias contienen secretos y las novelas confesiones, una buena guía de viaje siempre te ofrece una certeza absoluta, ¿me entiendes?

—Me ocurre lo mismo con un buen libro de cocina —respondió, asintiendo—. No hay nada que se le parezca.

—Desde luego que no —coincidí, recordando el momento en qué decidí meterme en el mundo de la promoción editorial—. Strauss y Adder publican algunas de las mejores guías de viaje del mercado, así que envié un currículum… y, bueno, descubrí que se me da bastante bien ser publicista —dije sin rodeos—. Organizo entrevistas y pódcast, coordino las giras de los autores y los propongo a

programas de televisión y radio, y a clubes de lectura. Encuentro formas de convencerte para que vuelvas a leer un clásico por enésima vez, aunque ya te lo sepas de memoria. Y me encanta. A ver, más vale que me guste —añadí con una risa nerviosa—. En el sector editorial no pagan demasiado.

—Tampoco en la hostelería —añadió, observándome con una fascinación que me hizo sentir que mi trabajo era realmente interesante. Me analizó con esos ojos grises hipnóticos y, antes de darme cuenta, estaba imaginándome cómo los pintaría. Tal vez en capas, mezclando un azul marino con un hermoso gris verdoso—. Así que, en cierto modo —comentó pensativo, frunciendo el ceño—, tú también creas una especie de guía de viaje. Para tus autores.

—Pues… nunca lo había visto de esa manera —confesé.

Iwan ladeó la cabeza.

—Porque nunca te has visto como te ven los demás.

«¿Los demás? ¿O tú?», quise preguntar, porque era muy osado por su parte creer que me conocía solo por unas horas de conversación y por haberme quitado una paloma del pelo.

—Me parece un comentario muy bonito por tu parte —le dije—, pero no es algo tan profundo. Simplemente se me da muy bien promocionar libros. Soy buena con las hojas de cálculo y con los horarios, y sé cómo insistir lo suficiente para conseguir la entrevista que necesito.

—¿Y qué haces en tu tiempo libre?

Solté una carcajada.

—Vas a pensar que soy la persona más aburrida del mundo.

—¡Para nada! Nunca había conocido a una publicista editorial. Ni a nadie que se llamara Clementine. —Apoyó la barbilla en la mano y se inclinó un poco más hacia mí, con una sonrisa—. Así que,

empezamos con buen pie.

Titubeé un momento, jugueteando con la chocolatina en la mesa.

—Me gusta sentarme delante de los cuadros de Van Gogh en el MET.

Aquello lo tomó por sorpresa.

—¿Solo te sientas?

—Sí. Eso es todo. Me siento y los contemplo. Me transmite calma. Es una sala tranquila; la gente entra y sale como el vaivén de las olas… De hecho, es algo que hago el día de mi cumpleaños. Cada dos de agosto, voy al MET, me siento en un banco y… —Me encogí de hombros—. No sé. Ya te lo he dicho, es una tontería.

—¿Lo haces cada cumpleaños? —murmuró, maravillado—. ¿Desde cuándo?

—Desde que estaba en la universidad. Estudié a fondo su obra y la de otros pintores postimpresionistas, pero él siempre me llamó la atención. Era… *es* —me corregí rápidamente, intentando no hacer una mueca de dolor— el favorito de mi tía. El MET tiene uno de *Los Girasoles*, un autorretrato y algunas pinturas más. —Me quedé pensando—. Llevo haciéndolo unos diez años. Si hay algo que me caracteriza, es la constancia y la rutina.

Chasqueó la lengua.

—Eres de las que siguen al milímetro las instrucciones de la caja de *brownies*, ¿verdad?

—Esas instrucciones están ahí por una razón —repliqué con lógica —. La repostería requiere precisión.

Puso los ojos en blanco.

—¿Nunca te has saltado las reglas, Limón?

«No», pensé. Aunque no era del todo cierto. Antes sí, pero ya no.

—Te lo he advertido —solté. Terminé lo que me quedada de vino y

recogí los platos para llevarlos al fregadero—. Soy aburrida.

—Sigues usando esa palabra. No creo que signifique lo que tú crees —dijo, con una imitación exagerada de Iñigo Montoya. Esta vez fui yo la que puso los ojos en blanco. El vino me había envuelto en un calor reconfortante y, por primera vez en toda la semana, me sentía relajada.

—Muy bien, entonces busca otra palabra que signifique «sosa, aburrida, poco interesante…».

—Un momento, ¿has oído eso? —me interrumpió.

Dejé mi plato sobre el suyo y me quedé quieta, ladeando la cabeza para escuchar. El tenue rastro de una melodía se coló a través de los conductos de ventilación. La señora Norris estaba tocando el violín. Hacía años que no la oía. El sonido era más dulce de lo que recordaba.

Él también ladeó la cabeza, prestando atención.

Solo me hicieron falta unos compases para reconocer la melodía, y…

Se me encogió el corazón.

—¡Oh! ¡Sé qué canción es! —exclamó con entusiasmo, chasqueando los dedos—. Es *El corazón importaba* o *Cuando el corazón importaba…* ¡No, espera! *Cuando el corazón importó.* A mi madre le encanta ese musical. —Tarareó algunas notas junto al violín y, para mi sorpresa, no lo hizo mal—. ¿Quién la está tocando?

—La señora Norris —contesté, señalando el techo. De todas las canciones que podía elegir, ¿tenía que tocar justo esa?—. Trabajó durante años en los fosos de orquesta de Broadway antes de jubilarse.

—Es preciosa. Siempre que mi madre ponía esta canción, me subía a sus pies y bailábamos en la cocina. No es muy fan de los musicales,

pero sí de este.

Me imaginé a un Iwan pequeño, bailando en la cocina sobre los pies de su madre.

—¿Sabes? Mi tía protagonizó ese musical —señalé, con la vista fija en el techo.

—¿En serio? ¿Entonces es famosa?

—No, solo actuó en ese musical de Broadway. Todo el mundo decía que tenía demasiado ego para conformarse con un papel que ya habían interpretado Bette Midler o Bernadette Peters. ¿Una joven promesa con tanto talento, que había pasado años como suplente, dejando su carrera así, de repente? No la comprendieron —añadí, con un tono más tierno, porque mi tía había sido un montón de cosas: cariñosa y aventurera, pero también caótica y humana. Algo que no llegué a entender hasta el final.

Las notas suaves y cálidas del violín se filtraron desde arriba, envolviendo la estancia con una canción de amor. Había visto vídeos borrosos de mi tía en YouTube. Era brillante, puro magnetismo, con sus túnicas y joyas deslumbrantes, entregándose por completo en cada nota. Nunca la vi tan feliz, feliz de verdad, como en esas grabaciones.

—La verdad es —continué, sin saber si era el vino lo que me animaba a hablar de ella o la forma en que Iwan me estaba escuchando, con esa atención genuina, como si mi tía hubiera sido importante para más personas, no solo para mí—, que siempre tuvo miedo de que lo que viniera después de *Cuando el corazón importó* no estuviera a la altura. Así que prefirió hacer algo distinto. —Hice una pausa—. La envidio por eso. Toda mi vida he querido ser como ella, pero no lo soy. No me gustan los cambios. Me gusta la rutina.

—¿Por qué?

Volví a mirarlo, observando a ese desconocido de incesantes preguntas al que no debería haber dejado quedarse en el apartamento de mi tía.

—Me asustan las cosas nuevas.

—No tienen por qué.

—¿Y por qué no?

—Porque algunas de mis cosas favoritas aún no las he hecho.

—Entonces, ¿cómo sabes que son tus favoritas?

En lugar de responder, se levantó de la mesa y me tendió la mano.

Lo miré fijamente.

—No es ninguna trampa, Limón —dijo en voz baja, con su acento sureño resonando con suavidad.

Miré su mano extendida, luego a él, y me di cuenta de lo que pretendía. Negué con la cabeza.

—Oh, no. Sé a dónde quieres llegar, y no. Yo no bailo.

Empezó a balancearse de un lado a otro al ritmo del violín y a tararear el estribillo. «Por un instante, el corazón importó, por un instante, el tiempo se detuvo». A veces, mi tía la cantaba mientras doblaba la ropa o se rizaba el pelo, y el recuerdo fue tan nítido que me dolió.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo por primera vez? —me preguntó, como desafiándome.

Si había algo que me definía más que mi pesimismo pragmático, era mi incapacidad para echarme atrás ante un desafío.

Intenté mantenerme firme.

—Te aseguro que he bailado antes.

—Pero no conmigo.

No.

A pesar de su insistencia en que lo hiciera, aquello me aterró. Pero

no porque fuera algo nuevo o espontáneo, sino porque realmente quería hacerlo, y los West nunca nos comportábamos así. La que hacía esas cosas era mi tía. Y, aun así, ahí estaba yo, levantando la mano, dispuesta a tomar la suya.

Seguro que era culpa del vino; no había otra explicación.

Esbozó una sonrisa mientras entrelazaba sus dedos con los míos y tiraba de mí para ponerme de pie. Su agarre era firme y pude notar sus yemas callosas cuando me hizo girar por la cocina. Me tambaleé un poco (bailar nunca había sido lo mío), pero a él no pareció importarle. Poco a poco encontramos el ritmo, con una de sus manos sujetando la mía y la otra descansando en la curva de mi espalda. Su roce ligero me arrancó un jadeo involuntario.

Al oírlo, apartó la mano de inmediato.

—Lo siento, ¿demasiado abajo?

«Sí. Y todo esto es demasiado. No bailo en cocinas con desconocidos», quise responder, con una retahíla de excusas en la punta de la lengua, pero al mismo tiempo… quería sentirlo más cerca. Su cuerpo irradiaba calor, y su tacto era tan suave y delicado que deseé que me sujetara con más fuerza, con la misma seguridad con la que manejaba sus cuchillos.

Eso no era propio de mí. Y aun así…

Para su asombro, volví a colocar su mano en la base de mi espalda y clavé la vista en su barbilla, en lugar de en sus ojos, intentando no ruborizarme. Pero lo único que logré con eso fue ver la sonrisa ladeada que esbozó y, cuando me atrajo más hacia él, apretando nuestros cuerpos, una corriente eléctrica me recorrió la piel. Su presencia era sólida y cálida, la música flotaba en el aire llena de anhelo y el corazón me latía con fuerza en el pecho.

Nos mecimos en la abarrotada cocina color aguamarina de mi tía,

al compás de una canción que hablaba sobre desamores y finales felices, y por primera vez en lo que parecía una eternidad, me entraron unas ganas enormes de dejarme llevar.

—¿Lo ves? —susurró contra mi oído—. Probar algo nuevo no siempre es malo.

Entonces, la última nota del violín se filtró por los conductos y puso fin al momento.

Volví de golpe a la realidad, sacudida por una certeza arrolladora. Daba igual lo mucho que lo analizara, aquello no podía… *no iba* a terminar bien.

Me separé de él y di un paso atrás, frotándome las manos contra los vaqueros. El estómago se me encogió, y lo que antes había sido calidez se transformó en un frío incómodo.

—Yo… —Me tragué el nudo en la garganta—. Creo que te has hecho una idea equivocada.

9

Primeras impresiones

Me miró, desconcertado.

—¿A qué te refieres?

¿Era solo cosa mía, o de repente hacía mucho calor?

—No creo que… *esto*… nosotros… —Tenía que decirlo. Tenía que marcar los límites porque era necesario—. No voy a acostarme contigo —solté de golpe.

Alzó ambas cejas, sorprendido. Luego el rubor le cubrió las mejillas al instante y se atragantó con su propia respiración.

—Yo… no… No, no, no pasa nada. No pensaba que fueras a hacerlo, Limón.

—Ah. Bueno. —Aparté la vista, avergonzada. Me sentí como una completa imbécil. Miré a todas partes, a cualquier sitio menos a él—. Solo era para dejarlo claro.

—Por supuesto —respondió, recuperando la compostura—. Perdón si te he dado esa impresión.

—¡No, para nada! Es solo que… no creo que sea buena idea. Te vas a quedar en casa de mi tía, y yo también… —«Dentro de siete años», pensé para mí—. No quiero complicarlo. Lo siento —añadí, porque yo no hacía ese tipo de cosas. Por varias razones, pero sobre todo porque era muy atractivo, y me gustaba mucho más de lo que esperaba. Y eso sí que no lo había visto venir. Ah, y también porque nos separaban siete años.

Aquello no podría traerme nada bueno.

«Recuerda la regla número dos», me dije a mí misma.

Recogí los platos y los llevé al fregadero, que era lo que debería haber hecho en lugar de bailar con él. Había sido un error. Desde arriba, la señora Norris tocaba una pieza de Sondheim. Agarré el estropajo.

Iwan reaccionó al instante y se levantó de la silla.

—No hace falta que…

—Tú has cocinado. —Le indiqué con un gesto que volviera a sentarse—. Así que me toca fregar a mí. Es lo justo.

—¿Y si quiero practicar un poco para mi próximo puesto de friegaplatos?

—Si necesitas practicar para fregar platos —comenté, dejando correr el agua hasta que salió caliente—, entonces siento decírtelo, pero igual deberías replantearte tu futuro profesional.

Soltó un jadeo, fingiendo estar de lo más ofendido.

—¡Qué borde!

—Más bien sincera. —Metí los platos en el fregadero y me volví hacia él—. La cena ha estado deliciosa, Iwan. Gracias. Ya casi no lamento haber dejado que te quedes en el apartamento.

Abrió la boca, como si estuviera a punto de decir algo, mientras yo iba al armario a por una manta y un par de almohadas. Cuando regresé con ellas bajo el brazo, aún me miraba con esa expresión de desconcierto.

—¿Casi? —preguntó.

—Alguien tiene que dormir en el sofá —respondí, y decidí que iba a ser yo.

Él volvió a ponerse de pie de inmediato.

—Ni hablar.

—No me vengas con la tontería de «como eres la chica, te toca la cama». No soporto los roles de género ni los estereotipos.

—No, prefiero sacar la carta de «Hay una cama en perfecto estado ahí dentro y somos personas adultas». —Puso los brazos en jarras, como si posar en plan padre fuera a hacerme cambiar de opinión.

Me dispuse a protestar, pero me lanzó una mirada de «Atrévete si quieres».

—Pareces un padre a punto de entrar en una reunión con el profesor de su hijo —murmuré.

—Si quieres, hasta podemos poner una almohada en medio —continuó como si no me hubiera oído—. No me digas que de verdad quieres dormir en el sofá. Y seguro que tampoco vas a dejar que lo haga yo.

Por supuesto que no.

—Déjame pensarlo mientras friego los platos —añadí cuando vi que iba a protestar otra vez, pero entonces levantó las manos en señal de rendición y se fue al baño.

Lo cierto era que tenía razón. Los dos éramos adultos y en el dormitorio de mi tía había una cama de matrimonio amplia en la que podíamos dormir los dos sin problema. El sofá no era precisamente cómodo; siempre había sido más decorativo que funcional. Aunque eso no significaba que la idea me hiciera mucha gracia.

Por fin tomé la chocolatina de la mesa, le quité el envoltorio y me la metí en la boca. Luego alisé la lámina de aluminio. «Aquí comienza tu futuro», ponía.

Menuda patraña.

Descargué toda mi frustración fregando los platos y vasos y recogiendo la cocina. Tenía la cabeza un poco embotada por las copas, pero lo sucedido en los últimos minutos me había despejado

bastante. Bebí un vaso de agua, me tomé dos ibuprofenos y, justo cuando me dirigía a la habitación de mi tía para buscar un pijama de los que guardaba en su armario, Iwan abrió la puerta del baño y salió.

Me quedé paralizada.

Porque mi mirada se había quedado clavada en su torso desnudo. No era la primera vez que veía a un hombre sin camiseta, pero… aquello me tomó un poco por sorpresa. Tenía la piel salpicada de tatuajes, todos en trazos negros de un estilo similar. Además de los que tenía en los brazos, había otro en las costillas y otro a la izquierda del ombligo. Y justo debajo de la clavícula, una marca de nacimiento con forma de media luna.

—¿Qué le ha pasado a tu camiseta? —le pregunté con toda la seriedad del mundo.

—Duermo sin camiseta —respondió con naturalidad antes de apartarse para que pudiera entrar al baño—. ¿Te importa?

Por supuesto que sí… si hubiera sido una monja.

—Oh, no —repuse con calma—. Todo en orden.

—Está bien.

Se hizo otro silencio incómodo.

—¿Seguro que no prefieres que duerma en el…?

Puso los ojos en blanco.

—Si alguien va a dormir en el sofá, seré yo.

—Me niego. Eres el invitado de mi tía.

Se cruzó de brazos e hice un esfuerzo titánico por no fijarme en cómo se le marcaban los músculos al moverse, en cómo mantenía el hombro derecho un poco más alto que el izquierdo o en las ganas locas que me habían entrado de besar aquella marca de nacimiento con forma de media luna.

—Entonces estamos en un punto muerto —concluyó.

—De acuerdo —murmuré, obligándome a apartar la vista de él. Saqué una camiseta y unos pantalones cortos de algodón del armario de mi tía, y me encerré en el baño. Me lavé la cara con agua fría y me propuse borrar de mi cabeza la imagen de su torso desnudo. Por supuesto que tampoco me había quedado mirando cómo se le hundían los músculos bajo la cintura del pantalón de pijama azul, ni me había frotado el rostro con vehemencia para alejar esos pensamientos lascivos.

¿De verdad había querido poner la boca en su marca de nacimiento? Qué horror.

Aunque mi tía no estaba, casi pude oír su risa burlona desde dondequiera que se encontrara.

«¿Lo ves, cariño?», me habría dicho. «Puedes planear cada detalle de tu vida y, aun así, siempre habrá algo que te sorprenderá».

Y lo peor era que esa sorpresa empezaba a gustarme. Eso era lo que más miedo me daba. No dejaba de imaginarme cómo pintaría sus ojos (con más azul, quizá, aplicándolo en capas después de que el gris diluido se hubiera secado por completo), recordaba cómo se sentían sus manos en las mías, curtidas pero suaves, y cómo, cuando bailamos, una de ellas me había recorrido la espalda, bajando demasiado y, al mismo tiempo, no lo suficiente.

Estaba claro que la vida tenía su propio método para burlarse de los planes bien trazados.

Y todo aquello (la forma en que pintaría sus ojos, el roce de su mano en la base de mi espalda mientras bailábamos, su sonrisa de medio lado, la sensación de burbujas efervescentes en mi pecho cada vez que nuestras miradas se encontraban), me aterraba.

—Una última vez —musité mientras salía con sigilo del baño y

agarraba mi bolso y las llaves—. Tengo que intentarlo una última vez.

No se oía nada en la habitación de mi tía, así que supuse que Iwan ya se había acostado. Si salía, cerraba la puerta y volvía… quizá el apartamento me llevaría de vuelta a mi época y él ya no estaría allí.

Así que eso fue exactamente lo que hice.

—Adiós —susurré, con una punzada de culpa por no despedirme en persona, pero era lo mejor. Tenía que irme. Si me quedaba, solo me metería en problemas.

Abrí la puerta y salí al pasillo.

Conté hasta tres en mi cabeza.

Luego seguí contando hasta siete. El número de la suerte.

Metí la llave en la cerradura, la giré y volví a entrar, conteniendo la respiración.

En cuanto la puerta se cerró, supe que estaba en un aprieto monumental.

Así que avancé sin hacer ruido hasta el dormitorio y me tumbé en el lado izquierdo de la cama. Iwan ya respiraba profundamente, tumbado de lado. La luz de la luna iluminaba su pelo castaño rojizo, dándole un brillo cobrizo, casi como fuego líquido. Se notaban los agujeros donde supuse que antes había llevado pendientes y, detrás de la oreja izquierda, tenía el tatuaje de un pequeño batidor de masa danés. Me di cuenta de que no era el tipo de chico que solía gustarme, y yo tampoco era la clase de chica que le atraería. Demasiado seria, ansiosa, un lío de emociones rotas tras unos muros tan altos que ya ni siquiera recordaba lo que ocultaban.

—Duerme, Limón —murmuró con su acento sureño arrastrado por el sueño.

Me metí rápidamente bajo las sábanas, muerta de vergüenza, le di

la espalda y esperé a que el sueño, o la muerte, me reclamaran.

10

Entre espacios

La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas del dormitorio. Tenía la cabeza embotada y la colcha estaba arrugada y medio caída de la cama. Rodeé con el brazo la almohada del centro del colchón y hundí el rostro en ella. Seguía caliente y el apartamento estaba en silencio. Había tenido un sueño maravilloso: había cenado con un hombre que, por primera vez, sabía cocinar. Nunca había salido con nadie que supiera hacer algo más allá de un sándwich de queso a la plancha. Además, tenía una sonrisa encantadora y unos ojos preciosos. Me entraron ganas de reírme al recordar lo que había hecho en ese sueño; en la vida real jamás me habría atrevido a la mitad de esas cosas. No le habría dejado quedarse en el apartamento de mi tía. No habría bailado con él en la cocina. No habría dormido con él en la misma cama, con una almohada de por medio…

…Una almohada que, en ese momento, estaba abrazando con todas mis fuerzas.

Ahí fue cuando volví a la realidad de golpe. Abrí los ojos sobresaltada y me incorporé de un tirón, agarrando el reloj de la mesilla de noche: las 10:04 de la mañana. Miré a mi alrededor. Estaba en la habitación de mi tía. En un rincón pude ver su *monstera* con las hojas mustias y su tapiz del Líbano, que colgaba intacto en la pared.

Lo del día anterior había sido real.

Ay… Ay, no.

Enterré la cara en la almohada y respiré hondo.

—Vamos, levanta —me dije en voz baja. Iwan debía de estar cerca. En la cama aún se veía el hueco que había dejado su cuerpo, pero ya no estaba caliente. ¿A qué hora se habría levantado? Yo tenía un sueño tan profundo que ni una explosión me habría despertado. ¡Dios! Esperaba no haber babeado mientras dormía.

Me bajé de la cama y me puse de pie. Sus artículos de aseo seguían en el cuarto de baño (no es que me hubiera fijado), y el macuto continuaba apoyado contra el tocador de mi tía (lo vi de pasada al salir de la habitación), pero él no estaba por ninguna parte.

Al entrar en la cocina, una sensación de soledad y pesadumbre me atenazó el pecho. Iwan había recogido los platos esa mañana, dejando todo como estaba la noche anterior, aunque dediqué unos minutos a alinear las copas de vino y apilar los cubiertos en los cajones, donde él los había colocado al azar. En realidad, fue un gesto automático, solo para mantenerme ocupada. El apartamento estaba muy silencioso sin nadie más allí; los sonidos de la ciudad llegaban amortiguados, reducidos a un murmullo de coches, arrullos de palomas y voces lejanas.

Al abrir la panera para sacar un *bagel*, vi una nota en la encimera bajo un bolígrafo, con una caligrafía apresurada.

He salido a buscar ese prestigioso puesto de friegaplatos. ¡Te he dejado café caliente! – I.

Nada más leerla, esa extraña sensación en el pecho se desvaneció. No me había dado cuenta de que quería volver a verlo hasta que supe que tenía la posibilidad de hacerlo, y me fastidió haberme permitido sentir esa ansiedad. Agarré la nota y empecé a arrugarla

con la intención de tirarla a la basura bajo el fregadero, pero me contuve y la dejé de nuevo donde estaba. Luego entré en el cuarto de baño para lavarme la cara y cepillarme los dientes, ya que el vino de la noche anterior me había dejado un sabor amargo en la boca, y me puse máscara de pestañas para no parecer un cadáver andante. Me pregunté cómo narices había conseguido Iwan levantarse tan temprano después de haber bebido casi lo mismo que yo. Aunque, claro, también era unos años más joven que yo, y entre los veintitantos y los casi treinta había un abismo que solo los que habían cruzado esa frontera podían entender. Aún podías desafiar al destino, pero luego tenías que pasarte el día lidiando con el dolor de rodillas.

Cuando el *bagel* saltó de la tostadora, ya me había lavado la cara y recogido el pelo en una coleta minúscula. La cafetera aún conservaba el calor, así que decidí aprovechar y me serví una taza.

Al menos olía bien.

Me senté en el taburete de la barra para disfrutar de mi desayuno, con el arrullo de las palomas de fondo, e intenté convencerme de que Iwan no me estaba empezando a gustar demasiado.

—Mierda —murmuré, porque encima hacía un café espectacular.

Estuvo fuera casi todo el día, y los domingos yo solía aprovechar para quedarme en casa y ponerme al día con mis series y programas de televisión; o al menos con los pocos que aún veía. Sobre todo *Supervivientes* o cualquier otro que Drew y Fiona insistían en que viera. Pero como mi tía nunca contrató televisión por cable ni internet, y mi móvil no iba a conectarse a una red wifi siete años en el pasado, decidí fisgonear un rato.

Solo un poco.

Lo justo para no morirme de aburrimiento.

Al principio ni se me pasó por la cabeza, pero su macuto estaba allí mismo, en el dormitorio, llamándome cada vez que pasaba por delante de él. «Solo un vistazo rápido», me dije, sacándolo de al lado del tocador. Sin embargo, en cuanto empecé a abrir la cremallera, mi conciencia me detuvo.

Cotillear en las cosas de los demás era de muy mala educación y, hasta ese momento, no me había dado ninguna razón para desconfiar de él.

—No puedes tenerlo todo bajo control —susurré para mis adentros, obligándome a resistir el impulso—. Además, seguro que ahí dentro solo hay ropa y cosas sin importancia.

Pero resistirme a la tentación fue mucho más difícil de lo que creía, porque, aunque ya me había contado bastante sobre él, quería saberlo… *todo.* A qué instituto había ido. Quién había sido su primer amor.

Su color favorito.

Le lancé una última mirada al macuto, cerré la puerta del dormitorio para no dejarme llevar por mis impulsos y fui al despacho de mi tía.

Necesitaba distraerme como fuera.

Podría haber salido del apartamento, pero ¿y si al volver no me traía a esa época?

Bueno, eso era precisamente lo que quería, y la puerta estaba justo ahí, esperándome, ofreciéndome la oportunidad de marcharme…

«Debería hacerlo», pensé, porque no había nada que me retuviera allí, y por muy atractivo que fuera Iwan, no iba a romper el continuo espacio-tiempo para estar con él. No era así como se suponía que

debían desarrollarse los acontecimientos.

Irme era la opción más sensata, pero ¿y si el apartamento se empeñaba en traerme de vuelta a esa época una y otra vez? Agarré el bolso y me quedé mirando la puerta de entrada.

—De acuerdo, vamos a llevarnos bien —le dije al apartamento.

Giré el pomo, abrí la puerta y salí al pasillo… justo cuando una mujer pasaba por delante de mí, con un hurón con una correa de pedrería. Me saludó con un leve gesto de la cabeza, aunque su mirada se posó en mí un segundo más de lo normal.

—Clementine, qué alegría verte.

—Lo mismo digo, Emiko —respondí, subiéndome el bolso al hombro con disimulo.

—Vaya, hoy vas muy a la moda.

Ahí fue cuando me di cuenta de que todavía llevaba el pijama. Un calor repentino me subió hasta las orejas.

—Sí, bueno… mmm… solo estaba comprobando la puerta —balbuceé, señalándola, antes de meter la llave y volver a entrar en el apartamento.

La puerta se cerró con un sonoro clic.

Y lo supe incluso antes de regresar al salón. El café seguía caliente, la nota continuaba en la encimera y ya no me quedaban más opciones. Si de verdad quería que aquello acabara, podía irme a casa de mis padres esa misma noche, o ver si Drew y Fiona me acogían en su sofá. Pero la idea de darme por vencida me resultaba insoportable.

Siempre había querido que el apartamento me llevara a otro lugar, y ahora que lo había conseguido, no dejaba de pedirle que me devolviera a mi época.

—Está bien —solté con resignación—. Tú ganas. Me quedo.

Puede que solo fuera mi imaginación, pero me pareció que las palomas del alféizar arrullaron con aire satisfecho.

Dejé de nuevo el bolso en el sofá y arrastré los pies hasta el despacho de mi tía en busca de algo con lo que entretenerme. Seguía oliendo como lo recordaba: a libros antiguos, cuero gastado y páginas que crujían al pasar, con los lomos resquebrajados de tanto uso. Había novelas románticas, de aventuras, mundos de fantasía y guías de viaje, junto a pisapapeles e historias ilustradas. Cuando no viajaba, mi tía leía. Se perdía en sus libros, empapándose de sus palabras. En los veranos que pasábamos entre viaje y viaje, construía un fuerte con cojines, nos metíamos dentro, encendíamos guirnaldas de luces y velas de lavanda en frascos y leíamos juntas. A veces, me pasaba fines de semana enteros viviendo aventuras con Eloise o resolviendo misterios con Harriet.

Los libros tenían algo reconfortante. Seguían una estructura: un inicio, un nudo y un desenlace, y si no te gustaba una parte, podías pasar al capítulo siguiente sin problema. Si alguien moría, bastaba con detenerse en la página anterior para que siguiera vivo para siempre. Los finales felices eran inalterables, el mal recibía su castigo y el bien prevalecía.

¿Y los libros de viajes? Ofrecían maravillas a ojos curiosos. Te envolvían en relatos sobre la historia y la cultura de los lugares, con la emoción de un antropólogo documentando experiencias únicas.

En uno de nuestros primeros viajes juntas (debía tener unos nueve años) me aburría como una ostra durante una visita guiada a un castillo inglés. El grupo estaba lleno de adultos y yo era la única niña en el autobús. Me había olvidado mi cuaderno de dibujo (me encantaba pintar desde bien pequeña; mis padres siempre contaban que mi primer regalo de Navidad había sido una caja de acuarelas

lavables), así que empecé a hacer garabatos en un folleto, hasta que mi tía sacó su guía de viaje, me la enseñó y me dijo: «¿Por qué no dibujas aquí? Seguro que así resulta más entretenida».

Y eso fue lo que hice.

Empecé con rotuladores, luego pasé a las tintas y al final volví a las acuarelas. Con el tiempo, se convirtió en una afición, y pintaba en nuestras guías en cada viaje. Ahora, esas guías ocupaban un estante entero, con los lomos desgastados y las páginas arrugadas por la humedad de las acuarelas.

Mirándolo en retrospectiva, era lógico que acabara trabajando con libros. Sobre todo, con guías de viaje. Era un trabajo sencillo porque ya amaba cada detalle: la textura de una tapa dura, el olor a tinta recién impresa, la sensación de marcar una página doblando una de sus esquinas, el crujido característico del lomo de un libro de bolsillo.

La promesa de un lugar secreto que solo conocía el autor.

Estaba sacando un libro, una guía de Bolivia, cuando vi de reojo una caja pequeña en el borde de la estantería que me llamó la atención. Tenía manchas de pintura de distintos colores y supe lo que era al instante: mi paleta de acuarelas de viaje; una de las más antiguas, porque ese año mi tía me había regalado una nueva, con colores más intensos y vibrantes, y yo la había usado para pintar Ámsterdam y Praga. Era una caja pequeña, del tamaño de la palma de mi mano, con seis compartimentos minúsculos, apenas del tamaño de una uña.

Los colores no estaban cuarteados, ni estropeados, como me había temido; solo algo secos. Un poco de agua bastaría para revivirlos. Incluso había un pincel pequeño en la ranura superior de la caja. Al sacarlo y sostenerlo entre los dedos, se me ocurrió una idea. Aún

tenía en el bolso la guía de viaje de Nueva York que había traído de la oficina, así que fui a por ella, me hice con unos cuantos cojines del sofá (incluido el de Jeff Goldblum) y fui directa al baño. Mi tía siempre bromeaba diciendo lo bien que se me daba montar un nido en la bañera como si fuera una paloma, pero, en realidad, era el único sitio donde me dejaba pintar después de que echase a perder su alfombra recién comprada al derramarle acuarelas sin querer.

«¡En el baño no hay nada que puedas estropear!», me había avisado mi tía, señalando la estancia con un gesto amplio de la mano. «Y si manchas algo, con un poco de lejía se arregla».

Me metí en la bañera seca y humedecí las acuarelas, despertándolas de su letargo. Casi todos los compartimentos estaban vacíos, con los últimos restos de color adheridos a las esquinas como sombras. Pasé las páginas de la guía hasta dar con una escena que conocía de memoria: el puente Bow, con las barcas llenas de turistas navegando por debajo. Trazos de azul y verde, el cálido marrón de la piedra arenisca del puente y destellos de blanco en las camisas de las parejas que, entre remos y susurros, se declaraban su amor.

Mientras pintaba, el cuadro que colgaba de la pared, una luna en un mar de nubes, me hizo compañía. Se lo había pintado a mi tía hacía años, y le había gustado tanto que, ese mismo día, lo llevó a enmarcar.

«¡Me has traído la luna!», había exclamado emocionada. «Qué regalo tan maravilloso e imposible».

Siempre me decía que intentara alcanzar la luna. Que me rodeara de personas dispuestas a bajármela sin dudarlo.

Para ella, era fácil. Era la protagonista de su propia historia, y lo sabía.

Y, durante un tiempo, creo que también fue la protagonista de la

mía. A su lado, yo solo era una sombra. Mientras ella exploraba Milán, yo la seguía con un mapa en la mano. Mientras subía colinas hasta los castillos, yo me quedaba atrás con el guía turístico y un botiquín de primeros auxilios por si acaso. Ella contaba historias de fantasmas, y yo las desmontaba señalando los conductos de ventilación. Pero por muy dulces que fueran esos recuerdos, su ausencia todavía me dejaba un regusto amargo.

Poco a poco, la pintura empezó a tomar forma. Me dejé llevar por los colores y la manera caprichosa en que se fundían entre sí. No recordaba la última vez que me había permitido pintar de verdad. Siempre tenía demasiado trabajo, y cuando mi tía murió, cualquier intento de crear se convirtió en algo doloroso. Porque era ella quien me regalaba las paletas de acuarelas, encontraba los paisajes más bonitos, me dejaba en un banco con mis pinceles y se marchaba en busca de algún mercadillo o tiendas de *souvenirs*. Puede que no fuera de lo más responsable dejar a una adolescente sola durante horas en un banco junto al Sena, en la Acrópolis o en el jardín de una tetería, pero esos momentos me proporcionaron algunos de mis recuerdos favoritos de aquellos viajes: ver el mundo a través de diferentes tonos de azul, verde y dorado, mezclarlos, aplicarlos en capas, encontrar el tono perfecto para plasmar el cielo.

Me gustó volver a hacer algo solo para mí. Ser simplemente yo.

Sin listas de tareas pendientes, sin presiones.

Solo yo.

Y aunque ya no era la niña que se acurrucaba en una bañera con patas para pintar, sí me sentí… a salvo.

Seguía sintiéndome sola (dudaba que eso fuera a cambiar), pero al menos ya no tenía la sensación de que me fuera a derrumbar. Desde la muerte de Analea, me había aislado porque era la única forma de

no venirme abajo. Mis padres se tenían el uno al otro para consolarse cuando la pena los desbordaba de madrugada.

Yo no tenía a nadie. Solo un apartamento en Brooklyn.

Nadie me frotaba la espalda ni me recordaba que era normal no estar bien. Era yo la que tenía que repetírmelo a mí misma, mientras lloraba en el suelo de la cocina en plena noche, ahogando los sollozos contra un cojín para no despertar a los vecinos.

El pasado era el pasado, y no se podía cambiar. Incluso si, por alguna razón inexplicable, me encontrara con ella en ese apartamento siete años antes, no cambiaría nada. Ella moriría igual y yo acabaría hecha el mismo ovillo en el suelo, llorando a las dos de la mañana.

Tres meses después de su muerte llegó Nate, y creyó que podría recomponerme con un poco de amor en el momento adecuado. Pero yo no necesitaba que nadie me recompusiera. Había superado el peor día de mi vida sola y había seguido adelante. Eso no era algo que hubiera que recomponer.

No, no necesitaba eso. Solo necesitaba… que me recordaran que era humana.

Y, para mi sorpresa, cenar con un desconocido que no me miraba como si estuviera rota había sido un buen comienzo.

11
Arde, cariño, arde

Al final, dejé de pintar y decidí darme un baño.

Me sumergí en el agua caliente, envuelta en el aroma suave y calmante del jabón de lavanda y manzanilla, y me quedé mirando las molduras del techo, con sus remolinos intrincados y detalles dorados tan característicos del Monroe.

En algún momento, debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que oí fue la puerta principal abriéndose y unos pasos firmes recorriendo el apartamento.

Me froté los ojos con los dedos ya arrugados por el agua y me incorporé en la bañera.

Iwan.

Alargué el brazo hasta alcanzar mi móvil en el taburete. ¿Ya eran las cinco de la tarde?

—¿Limón? He vuelto —anunció. Sus pasos cada vez estaban más cerca.

—¡Aquí! —respondí, intentando no tener un ataque de pánico—. ¡Estoy en… mmm… el baño!

Sus pasos se detuvieron en seco.

—¡Oh!

Hice una mueca. «Muy bien, Clementine», me regañé mentalmente. «Tendrías que haberle dicho que no entrara». Sentí cómo me ardían las orejas por la vergüenza.

—¡Aquí no ha pasado nada! No hagas que esto sea más incómodo de lo que ya es.

Él balbuceó.

—¡Yo no estoy haciendo que esto sea incómodo, la que lo está haciendo eres tú!

—Has empezado tú.

—¡Pero si no he abierto la boca!

—¡Has dicho «Oh»!

—¿Y qué se supone que tenía que decir?

Me cubrí la cara con las manos.

—Da igual, haz como si no existiera. Voy a ahogarme en la bañera. Adiós.

Se rio entre dientes.

—Bueno, no te ahogues durante mucho tiempo. Esta noche vuelvo a cocinar —dijo, marchándose.

Agarré la toalla y salí de la bañera a toda prisa. Mientras me secaba, lo oí colocando cosas en la cocina y recordé que no había sacado nada para vestirme.

—Mierda —mascullé.

Abrí el armario del baño, esperando encontrar algún albornoz de mi tía, pero lo único que había era una bata negra de satén con ribetes de plumas de marabú. Era una prenda extravagante y ridícula, como las que lucían las mujeres ricas en las películas antiguas, con una boquilla y un cigarro largo en la mano, y un cadáver en el vestíbulo. Resoplé y la descolgué de la percha.

Se me había olvidado por completo que mi tía tenía semejante atrocidad. Unos años atrás, se le había prendido fuego por culpa de una vela de santa Dolly Parton, y mi tía, presa del pánico, acabó tirando ambas cosas por la ventana. El apartamento olió a plumas

chamuscadas durante semanas.

Bueno, al menos era mejor que ir envuelta en una toalla.

Me puse la bata. Todavía olía a su perfume: Red de Giorgio Beverly Hills. Tan inconfundible como intenso. Lo había usado durante casi treinta años.

Salí del baño con el pelo húmedo y un ligero aroma a lavanda en la piel. Iwan me miró, abrió la boca y la cerró de golpe. Luego parpadeó varias veces y me preguntó con toda la seriedad del mundo:

—Dígame, señora, ¿mató usted a su marido?

Me arreglé la boa de plumas de la bata y puse un acento de cine clásico espantoso.

—Lo siento, agente, no recuerdo cómo murió mi marido. ¡Seguro que fue el chico que se encarga de la piscina! Tendré que buscarme otro.

Arqueó una ceja mientras removía el contenido de una cacerola grande en el fuego. En la encimera había media docena de limones.

—¿Otro chico de la piscina u otro marido?

—No lo sé… ¿Cuáles son sus referencias?

Me recorrió con la mirada.

—Digamos que tengo un historial bastante impresionante —respondió, arrastrando las palabras con su acento sureño—. Y muchas referencias.

Chasqueé la lengua.

—Confío en que estén a la altura.

Torció la boca en algo parecido a una media sonrisa, convencido de que estaba siendo de lo más seductor… hasta que se apoyó en el fogón y soltó un grito de dolor.

—*¡Mecagoenla…!* —Levantó la mano al instante, pero ya era tarde.

Se había quemado la yema del dedo meñique y se lo llevó a la boca en un gesto instintivo.

—¿Estás bien? —pregunté, preocupada, olvidándome de la tontería del acento.

—Sí —respondió con el dedo aún en la boca—. Estoy bien. No es nada.

Lo miré con escepticismo, me acerqué y le saqué la mano de la boca para inspeccionar la quemadura. Tenía una marca roja que le cruzaba el meñique de lado a lado.

—Deberíamos ponerle un poco de mantequilla.

—¿Mantequilla? —inquirió, incrédulo.

—Sí. Mi madre siempre lo hace.

Se rio y apartó la mano con cuidado de la mía antes de abrir el grifo y meter el meñique bajo el agua fría.

—Con esto bastará. No quiero desperdiciar la *Échiré* de tu tía.

Tardé un momento en entenderlo.

—¿Me estás diciendo que la mantequilla exclusiva y carísima de mi tía tiene nombre?

—No es tan exclusiva si no tiene nombre —replicó mientras cerraba el grifo. Saqué una tirita del botiquín. Iwan extendió la mano ya seca y le coloqué una tirita con dibujos de Disney—. ¿Quieres darle también un besito? —preguntó—. ¿Para que me sienta mejor?

—Eso no sirve para nada.

—Pues más o menos lo mismo que la mantequilla —respondió.

—Bueno, en ese caso… —No me gustó nada el tono satisfecho de su voz, así que, impulsada por un arranque de valentía, y por la confianza que me daba la bata de mi tía, acerqué su mano a mis labios y le besé la tirita.

El rubor le subió por el cuello hasta la cabeza, tiñéndole la cara de

un rosa encantador que resaltó aún más las pecas de sus mejillas. Aunque no quería admitirlo, ese sonrojo, junto con el pelo rizado un poco revuelto tras pasar todo el día en la ciudad, la corbata floja y torcida, y los pantalones negros que, a juzgar por los bajos ligeramente deshilachados, debían de tener unos cuantos años, le daban un encanto peculiar que me tomó completamente desprevenida. Cada vez que lo miraba con más detalle, me desconcertaba de la misma manera que un caleidoscopio: en constante movimiento y cambio, lleno de colores y formas que no deberían haber encajado, pero que, de algún modo, conformaban una armonía perfecta.

Puede que fuera el hombre más guapo que había visto en mi vida.

Sobre todo cuando se ruborizaba.

Tragó saliva con dificultad, su nuez subiendo y bajando, claramente desconcertado.

Le solté la mano y comenté:

—Por cierto, la mantequilla funciona.

—Yo… eh… —balbuceó, mirándose el dedo con la tirita.

—Ya te sientes mejor, ¿verdad?

Bajó la vista hasta mis labios y la mantuvo ahí. Luego se inclinó hacia mí, muy despacio, milímetro a milímetro. Cuanto más se acercaba, más detalles captaba de él: las largas pestañas, las pecas que se esparcían por sus mejillas y su nariz, multiplicándose por segundos… Sus labios parecían suaves. Tenía una boca bonita, de esas que transmiten confianza. No sabía explicar por qué, pero así era.

Entonces, algo lo hizo echarse atrás, dudar de sí mismo, y una punzada de decepción me retorció el estómago. Se aclaró la garganta.

—Vale, está bien, *puede* que la mantequilla funcione —dijo, desviando la atención a la encimera, donde empezó a medir cantidades de azúcar, algún tipo de maicena o harina y sal. Ya solo tenía rojas las puntas de las orejas.

Me dieron ganas de preguntarle: «¿Has estado a punto de besarme?», aunque no sabía si quería que la respuesta fuera no. Al final, solo dije:

—¿Qué hay para cenar?

—Ah, no. Esto es para el postre —respondió, señalando los limones sobre la encimera—. ¿Te apetece una pizza?

—Sí, creo que hay un número de una pizzería en el frigorífico…

—Me refería a una congelada.

Solté una carcajada, aunque sonó algo vacía.

—¿Seguro que eres chef?

—Estoy lleno de sorpresas, Limón —repuso con una sonrisa burlona, y de repente, todo volvió a ser como antes. Era absurdo sentirme decepcionada porque no me hubiera besado. No era propio de mí. Y, por lo visto, tampoco de él—. Además —añadió, guiñándome un ojo y apuntándome con los dedos como si fueran pistolas; un gesto entre encantador y (reconozcámoslo) bastante ridículo—, esta noche, en compensación, te voy a preparar un postre.

12

La Luna y más

La pizza congelada cumplió con lo esperado: sabía a cartón con un poco de queso de plástico por encima. Deliciosa, sí, pero al estilo de las pizzas de cinco dólares del supermercado y el vino barato: predecible, básico y fiable.

Mientras esperábamos a que se hiciera, rebusqué en los armarios de mi tía y encontré unos vaqueros que todavía me servían y una camiseta gris oscura que había perdido en España hacía un par de años. Iwan, por su parte, terminó de preparar una tarta con un intenso aroma a limón y la metió en el horno mientras cenábamos.

—¿Qué tal la entrevista de hoy? —pregunté, agarrando mi último trozo de pizza. Entre los dos nos habíamos bebido media botella de vino y nos habíamos acabado casi toda la pizza.

—Magnífica —respondió con un suspiro de satisfacción—. Era tal y como lo recordaba. Incluso seguía la mesa en la que mi abuelo y yo nos sentamos.

—¿Estaba el chef principal? ¿El que le gustaba tanto a tu abuelo?

Puso cara de disgusto y negó con la cabeza.

—Por desgracia, no. Pero creo que la entrevista ha ido bien. He sido uno de los veintitrés aspirantes que han pasado a la ronda final.

—¿Para un puesto de friegaplatos?

Agarró un trozo de *pepperoni* de su pizza, lo apartó y me corrigió:

—Para un puesto en uno de los restaurantes más prestigiosos del

SoHo. Es toda una institución, es normal que haya mucha gente interesada en trabajar allí.

Negué con la cabeza.

—No me puedo creer que no puedas entrar directamente como ayudante de cocina.

—Si tuviera más talento, tal vez —dijo con un encogimiento de hombros, pero no me tragué su falsa modestia ni por un segundo. En ese mismo momento, se estaba cocinando una tarta en el horno que había hecho desde cero, y aunque no me consideraba una experta gastronómica, había probado todo tipo de platos por todo el mundo. Sabía reconocer la buena comida, como cualquiera que haya viajado lo suficiente sabe que las mejores pizzas siempre se esconden en antros llenos de grasa, los mejores tacos en *food trucks* destartalados y la mejor pasta en los restaurantes familiares escondidos en las entrañas de Roma. Iwan tenía talento.

Las ventanas estaban abiertas y una suave brisa entraba desde la calle, agitando las finas cortinas blancas. Nome y Jodas, las dos palomas que anidaban sobre el aire acondicionado, arrullaban tranquilas, disfrutando de la noche.

—Y bueno —comentó, cambiando de tema—, ¿qué has estado haciendo todo el día?

—Me he bañado —respondí. Al ver que enarcaba una ceja, suspiré. — Me he quedado dormida en la bañera sin darme cuenta. Y antes de eso estaba… —Fruncí el ceño—. En la bañera.

—¿Solo en la bañera?

Dudé un instante antes de dejar el último trozo de pizza en el plato. De todos modos, ya no tenía mucha hambre. No había ninguna razón para no contárselo, sobre todo después de lo mucho que él había compartido conmigo la noche anterior.

—No te rías, pero de pequeña era un auténtico desastre pintando. Siempre acababa pringándolo todo de acuarelas y mi tía se ponía de los nervios, así que un día decidió dejarme en el baño y me dijo que pintara a mis anchas. Y eso es lo que estaba haciendo. Ya sabes, antes de bañarme.

Pareció sorprendido, pero en el mejor de los sentidos.

—¿Estabas pintando?

Asentí con la cabeza.

Cuando Nate descubrió mi afición, al encontrarse mis pinturas (paisajes, bodegones y retratos) guardados en mi armario, le brillaron los ojos ante la posibilidad de venderlas. De monetizar mi pasión.

«Sácale partido, tienes mucho talento», me dijo. Pero yo ya trabajaba en una industria que convertía el arte en un producto, y no quería seguir ese camino. No pintaba para que a otros les gustara. Pintaba porque me fascinaba cómo se mezclaban los colores, cómo el azul y el amarillo se convertían en verde, como el rojo y el verde se transformaban en marrón. Era una ciencia exacta, y si algo fallaba, siempre había un porqué.

Además, cuando Nate y yo nos hicimos pareja, yo ya había dejado de pintar.

—¿Puedo echarle un vistazo? —preguntó Iwan, pero al ver que no respondía de inmediato, se apresuró a añadir—: No tienes que enseñármelo si no quieres. Es algo solo para ti, ¿verdad? —dedujo—. Algo privado.

Lo miré fijamente unos segundos, porque había dado en el clavo. Siempre había tenido que explicarlo.

—Sí. Es solo para mí.

Asintió, dándome a entender que lo comprendía.

—A mí me pasaba lo mismo con la cocina. Me gustaba que fuera un secreto entre mi abuelo y yo. ¿Sabes? Me hacía sentir que tenía algo único, algo que solo compartíamos nosotros.

—Y si se lo enseñas a alguien más, temes que pierda su magia.

—Exacto.

—Pero al final lo compartiste, ¡obvio! Después de todo, has cocinado para mí.

Encogió un hombro.

—Al principio solo quería que fuera un pasatiempo, pero luego pensé… ¿por qué no?

Bajé la vista hacia los restos de acuarelas que aún tenía bajo las uñas.

—¿Te arrepientes?

Ladeó la cabeza, pensativo.

—Pregúntame dentro de unos años.

«Si te encuentro», pensé, «lo haré».

Aunque dudaba que llegara a arrepentirse. Algunas personas se aferran a su pasión y nunca la dejan morir, e Iwan no parecía alguien que olvidara por qué había elegido la cocina.

Decidí sincerarme.

—¿Has visto el cuadro que hay en el baño? ¿El de la luna? Lo pinté yo.

Frunció el ceño mientras intentaba recordar el cuadro, y cuando lo hizo, se le iluminaron los ojos.

—¡Ay, ya sé cuál! Es precioso. ¿Hay más tuyos por el apartamento?

Sonreí y me toqué los labios con un dedo.

—Sí, pero te los enseñaré otro día… si te acuerdas de pedírmelo.

—Trato hecho —aceptó—. Seguro que los tengo delante de mis narices.

Pensé en las guías de viaje que guardaba en el despacho de mi tía. No tenía ni idea. Ladeé la cabeza.

—¿Sabes? Es curioso. Hoy ha sido la primera vez que he pintado en… ¿medio año? Sí, creo que sí.

Silbó por lo bajo.

—Eso es mucho tiempo. ¿Por qué lo dejaste?

Sentí cómo se me tensaba todo el cuerpo.

—Alguien me rompió el corazón —dije en voz baja.

—Vaya… Lo siento, Limón.

Me encogí de hombros e intenté restarle importancia.

—No pasa nada. Mi último novio intentó que volviera a pintar, pero simplemente… no podía. Si te soy sincera, había muchas cosas que no me salían con él. Decía que era demasiado «cerrada». —Hice el gesto de las comillas en el aire—. Ni siquiera lloré cuando lo dejamos.

—Pero eso no significa que no lo quisieras.

—Fueron solo tres meses —repliqué, descartando su teoría—. Y la verdad, estoy convencida de que no lo quise. Mi tía siempre decía que cuando te enamoras, lo sabes al instante.

Me observó un momento.

—Puede ser.

—¿Te has enamorado alguna vez? —pregunté, y luego añadí en tono de broma—: ¿Por eso has venido a la ciudad? ¿Hay alguien que te interese? No pasa nada —susurré con aire cómplice—, puedes contármelo. No se lo diré a nadie.

Esbozó esa sonrisa torcida suya tan cautivadora, como si estuviera a punto de confiarme un secreto que jamás había compartido con nadie, y se inclinó hacia mí.

—¿Y si lo estuviera?

Me enderecé un poco.

—¿Lo sabe?

—Por desgracia, sí —respondió—. Pero, ¡ay!, las *pommes frites* son un amor imposible y mi cuerpo las rechaza con… ¡ardor de estómago! —Se llevó la mano al pecho con dramatismo.

Puse los ojos en blanco.

—Vale, supongo que me lo merecía.

—Ajá. —Me tomó de la mano y tiró de mí para que me pusiera de pie—. Y si tienes tiempo para inventarte mi vida amorosa —dijo, llevándome hacia la cocina—, también tienes tiempo para…

—Por favor, no digas bailar.

—… montar un poco de nata mientras saco la tarta del horno y la dejó enfriar un rato.

El temor desapareció al instante, sustituido por un profundo alivio.

—Ah, eso. —Entonces me di cuenta de lo que había dicho—. Un momento, ¿me estás pidiendo que te ayude?

—Va a ser muy fácil, te lo prometo.

Por alguna razón, no me lo creí. Si era capaz de estropear una simple pasta precocinada en el microondas, no tenía mucha fe en mis habilidades para batir nada.

Vi cómo se ponía los guantes de cocina con estampado de colibríes de mi tía y sacaba la tarta del horno. Un intenso olor a limón inundó el apartamento, cálido, pegajoso y cítrico. Luego metió la tarta en el congelador, me llevó hasta un cuenco donde fue añadiendo los ingredientes con rapidez (los tenía todos preparados y bien fríos en el frigorífico) y me indicó que batiera hasta obtener picos consistentes. Asentí con la cabeza y seguí sus instrucciones. Por lo visto, mis picos de nata montada eran perfectos.

—No tengo ni idea de lo que significa eso —reconocí, con los

brazos entumecidos, mientras él sacaba la tarta del congelador y la cubría con la nata montada.

Sonrió de oreja a oreja.

—Significa que tienes un don natural.

—¿Para batir en general? ¿O solo para la nata?

—¿Qué ha sido eso, un intento de ser graciosa?

Me reí y le di un codazo en el costado.

—Anda, cállate.

Pero siguió sonriendo mientras llevaba la tarta a la mesa. Lo seguí con dos platos y un par de tenedores. Nos sentamos, le pasé uno y los chocamos en un pequeño brindis improvisado.

—Tú primero —dijo, señalando la tarta—. Me muero de curiosidad. En esta receta cambio el merengue por nata montada. Es una versión diferente de la tarta de lima clásica, aunque aquí uso limones. La base es de galleta, como siempre. Es bastante sencilla, quizá demasiado sin el merengue.

—¿Por qué sin merengue?

Se encogió de hombros.

—La nata montada tiene un punto cítrico. Se parece bastante.

—¿No sabes hacer merengue?

—¡Ay de mí! —suspiró y apoyó la cabeza en la mano—. Es mi némesis. Y para ser justos, tampoco he hecho la nata montada. Eso ha sido cosa tuya.

—¿Así que no eres perfecto? —exclamé con fingida sorpresa, echándome hacia atrás.

Él puso los ojos en blanco.

—Sería un tostón si lo fuera. Siempre se me ha dado fatal hacer merengue, incluso en la escuela de cocina. Nunca me salían bien los picos y, para colmo, no tengo mucha paciencia. Es mi mayor defecto.

—¿Ese es tu mayor defecto?

Se quedó pensativo un instante.

—Sí, sin duda.

—Vaya. —Estaba segura de que, si conociera la lista de los míos, saldría corriendo. Giré el tenedor entre los dedos y lo clavé en la tarta.

Luego me hice con un trozo y lo probé. El contraste entre la acidez envolvente del relleno, la textura crujiente de la base de galleta, la dulzura de la nata y el toque cítrico de la ralladura de limón era simplemente perfecto, una mezcla deliciosa de sabores que me transportó a un campo de limoneros.

Al principio, esperó con calma. Luego, fiel a su palabra, empezó a impacientarse.

Tamborileó los dedos sobre la mesa.

Se movió inquieto en la silla.

Soltó un resoplido.

Y, por fin, preguntó:

—¿Y bien?

Mordí las púas del tenedor mientras miraba alternativamente a la tarta y a él. Pues sí que era impaciente.

Se le demudó la cara.

—Está malísima, ¿verdad? La he cagado. Me he olvidado algún ingrediente y…

—Debería darte vergüenza —lo interrumpí, señalándolo con el tenedor.

Presa del pánico, tomó un trozo de tarta y se lo metió en la boca de inmediato.

—¿Hemos cenado pizza pudiendo haber disfrutado de esto todo el rato? —concluí, mientras él masticaba y se hundía en la silla tras

tragar—. Y que conste para futuras ocasiones, no tengo ningún problema en cenar solo postre.

Me lanzó una mirada sombría.

—Me la has colado, Limón. —Soltó un suspiro de alivio y, de pronto, pareció darse cuenta de algo—. ¿Eso significa que volverás a cenar conmigo en el futuro?

—Por supuesto. Todavía estoy esperando esa sopa de guisantes —respondí con dignidad antes de probar otro bocado—. ¿Por qué estabas tan nervioso de que no saliera bien?

—Era la receta de mi abuelo, aunque en realidad no es una receta como tal —contestó, dejando su tenedor en el plato—, así que nunca sale igual.

«Nunca sale igual».

Como los fetuchini de Vera.

La frase me golpeó como un puñetazo en el estómago, un recordatorio de la segunda regla de mi tía: no enamorarse nunca en ese apartamento.

—Él siempre dice que la comida es una forma de unir a las personas, y eso es lo que más me gusta. —Esbozó una sonrisa nostálgica, aunque tenía la mirada un poco ausente. ¿Sería la misma expresión que ponía yo cuando hablaba de mi tía?—. La comida es un lenguaje universal —continuó, apoyando los codos en la mesa y sujetándose la cabeza con las manos—. He mantenido conversaciones enteras con personas sin intercambiar una sola palabra. A veces, la comida dice cosas que no se pueden expresar con palabras.

Y ahí estaba de nuevo, convirtiendo en poesía su pasión por un arte que yo nunca había valorado lo suficiente. Si Iwan escribiera enciclopedias con esa misma emoción, me las leería de principio a

fin.

Me llevé otro trozo de tarta a la boca, dejando que la dulzura de la nata se mezclara con la acidez del limón y disfrutando de ese equilibrio delicioso.

—Ya estás otra vez con la comida perfecta, ¿eh?

—Todo vuelve al mismo punto —respondió con una sonrisa ladeada—. La mantequilla guarda verdades universales. La masa oculta secretos. En las especias hay poesía. En el chocolate, romance. Y en una tarta de limón, amor.

Apoyé los codos sobre la mesa y la barbilla en las manos, imitando su postura.

—Si te soy sincera, yo siempre he encontrado el amor en un buen queso.

—El asiago es bastante atrevido.

—El *cheddar* nunca me ha decepcionado.

—¿Prefieres el *cheddar*? No me sorprende. Es muy… tú.

Solté un jadeo.

—¡Ah! ¡Me estás llamando aburrida!

—Yo no he dicho eso. Tú lo has interpretado así.

—Que sepas que el *cheddar* es un queso muy respetable. ¡Y muy versátil! Puedes poner *cheddar* en cualquier cosa. No como otros quesos más sofisticados, como el gouda o la *mozzarella* o el roq… roque…

Acercó la cabeza hacia mí y susurró:

—Roquefort.

—¡Sí, ese! —exclamé, apuntándolo con el tenedor—. O el queso de cabra, el gouda…

—Ese ya lo has dicho.

Se había inclinado tanto sobre la mesa y tenía su cara tan cerca de

mí que pude oler su loción para después del afeitado. Sentí un calor abrasador en el estómago.

—O… —Intenté recordar otro queso—… el parmesano…

—Siempre me ha gustado el *cheddar* —dijo por fin. De tan cerca, sus ojos ya no parecían grises, sino una mezcla de azules y verdes que se volvían más intensos a medida que lo observaba. Me pregunté si su futuro estaría reflejado en sus ojos, si podría adivinar qué tipo de hombre sería dentro de siete años, pero lo único que vi fue a un veinteañero un poco perdido en una nueva ciudad, esperando encontrarse a sí mismo.

Si le gustaba el *cheddar,* ¿también le gustaba lo predecible y monótono? ¿También le gustaba yo? No, estaba dejándome llevar demasiado. Por supuesto que no se estaba refiriendo a eso, pero el simple hecho de tenerlo tan cerca y notar el calor que irradiaba su cuerpo hizo que mi piel se estremeciera.

Volvió a fijar la vista en mis labios, como si estuviera debatiéndose entre dar el paso o no.

Y entonces preguntó, casi en un murmullo, como si estuviera revelando un secreto:

—¿Puedo besarte?

Contuve el aliento. Lo deseaba, pero al mismo tiempo sabía que no debía. Era, sin duda, la peor decisión posible y, aun así…

Asentí.

Se inclinó un poco más sobre la mesa y rozó sus labios contra los míos. Luego nos apartamos solo un instante, lo justo para tomar aire, antes de fundirnos en un nuevo beso. Me aferré a la parte delantera de su camisa y tiré de su corbata, que ya estaba floja. Él me acunó el rostro y me besó con una pasión que me consumió. Me derretí en sus brazos como un helado al sol. Me besó como si quisiera saborearme.

—Creo que, sin duda, me he hecho una idea equivocada —susurró cuando por fin nos separamos, con la voz grave y ronca y su aliento cálido rozando mis labios—. Y eso que me he esforzado en evitarlo.

Me embargó un ansia desconocida, como si despertara en mí a la chica salvaje que siempre había querido ser pero nunca fui, la que quería devorar el mundo, cada sensación, cada emoción. La suavidad de sus labios, la necesidad latente en ellos. Enredé su corbata en mi mano y lo atraje hacia mí. Él dejó escapar un sonido gutural cuando tiré de él.

—Puede que los dos nos hayamos hecho una idea equivocada —reconocí—. Pero me gusta. ¿Repetimos?

Su mirada se oscureció como una tormenta a punto de estallar. Volví a tirar de él y se dejó arrastrar, besándome con más intensidad y enredando los dedos en mi pelo. Deslizó la lengua por mi labio inferior, en una caricia traviesa, provocadora. Sabía a tarta de limón, dulce y cálido como un día de verano. Mi vientre se tensó con un deseo febril cuando me recorrió la mandíbula con el pulgar, bajando lentamente hasta mi cuello. Su roce era delicado, pero la aspereza de sus dedos dejó un cosquilleo ardiente sobre mi piel, erizándome al instante. Me estremecí. Olía de maravilla, a loción para después del afeitado, a detergente de ropa y a galleta recién horneada.

No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba una caricia, algo genuino, cálido y dulce, hasta que lo tuve.

«Nunca te enamores en este apartamento», me había advertido mi tía. Pero eso no era amor. No lo era. No lo era. No lo era…

El modo en que me estaba besando, con tanta intensidad que lo sentí hasta en la punta de los dedos de los pies, mi mano enredada en su corbata, tirando de él; y la fugaz certeza de que, si ahora era así, en unos años sería aún mejor…

No, eso no era amor.

Después de todo, nunca había sabido lo que era el amor, el amor de verdad, el que te dejaba sin aliento. ¿Cómo iba a sucumbir a algo que ni siquiera conocía?

No, eso no lo era. No podía serlo.

—Besas como bailas —murmuró contra mi boca.

Me aparté de golpe, horrorizada.

—¿Tan mal?

Se rio, pero fue una risa baja y profunda, casi un gruñido, y antes de darme cuenta, ya me había robado otro beso.

—Como alguien que necesita que le den permiso para moverse. Puedes bailar sin más, Limón. Puedes tomar la iniciativa.

—¿Y me seguirás?

—Hasta la luna y más allá —respondió.

Me incliné más hacia él, apoyé las manos en su pecho firme y lo besé de nuevo. Con más fuerza. Sobre la tarta de limón. Mi interior era un torbellino de emociones, chispeante y desbordante. Iwan gimió contra mi boca, un gruñido que vibró en su pecho mientras enredaba sus largos, larguísimos dedos en mi cabello y me mordisqueaba el labio inferior…

De pronto, apartó la tarta de limón, haciendo que las copas de vino tintinearan al chocar con la pared. Subí una rodilla a la mesa para acercarme un poco más. Solo un poco más. Quería apretarme contra él, perderme en su aroma, en la dureza de sus manos, en la forma en que convertía las palabras en poesía.

El romance no estaba en el chocolate, sino en ese jadeo que compartimos al separarnos para tomar aire. Estaba en la delicadeza con la que me acunaba la cara, en cómo deslicé el dedo sobre la marca en forma de media luna de su clavícula. En la manera en que

me susurró lo preciosa que era y en cómo mi corazón dio una voltereta al oírlo. En la necesidad de descubrirlo todo sobre él, sus canciones preferidas y adivinar al fin su color favorito. Bajó la boca hacia mi cuello, percibiendo el latido acelerado de mi pulso en mi garganta, y luego me besó justo debajo de la oreja…

«Nunca se quedará, mi querida Clementine». Las palabras de mi tía resonaron en mi cabeza como un eco. Pude verla sentada en su sillón orejero, recordando a Vera. «Nadie se queda».

—Espera —jadeé, apartándome de él. El corazón me latía con fuerza—. Espera… ¿Crees que estamos haciendo lo correcto? ¿Deberíamos seguir? Puede que sea una mala idea.

Se quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Que puede que sea una mala idea —repetí, soltando poco a poco su corbata. Notaba los labios sensibles y el calor extendiéndose por mis mejillas.

Parpadeó y se humedeció el labio inferior, con la mirada aún nublada por nuestros besos.

—Tú jamás podrías ser una mala idea, Limón.

«¿Y si tú sí lo eres?», me pregunté, mordiéndome el labio. Porque ahí estaba, al borde del precipicio. Podía caerme y perderme para siempre, o quedarme donde estaba, perfectamente estable.

Y entonces miré sus ojos azul grisáceo y supe exactamente cómo los pintaría; los pintaría como la luna. Capas de blanco que se oscurecían de forma gradual, con sombras de azul. Aunque en ese momento, más bien parecían nubes de tormenta en alta mar, bajo la luz dorada del atardecer…

Pero qué tonta era.

—¿…Limón? Vuelves a tener esa expresión —dijo, preocupado.

Salí de mi ensimismamiento de inmediato, sintiendo cómo el rubor me subía a las mejillas. Había rodeado la mesa y se había arrodillado frente a mí, con una mano en mi rodilla y el pulgar trazando círculos lentos—. ¿Limón?

—Lo siento. —Me cubrí la cara con las manos—. Lo siento mucho.

—No, tranquila, no pasa nada. —Me retiró las manos del rostro con ternura y me miró con una preocupación genuina. Era un hombre encantador. Me acurruqué contra él, escondiendo la cara en su hombro, donde, para mi desgracia, encajaba a la perfección. Su calor era envolvente, reconfortante… y odié lo mucho que me gustó.

—Lo siento —repetí, incapaz de expresar con palabras todo lo que estaba sucediendo en mi interior, lo mucho que deseaba aquello, lo mucho que lo deseaba a él, pero había cosas que mi corazón ya no podía soportar. Seguía frágil, vulnerable, destrozado por algo que tampoco había podido quedarse.

Estaba rota y me sentía sola. Ojalá Iwan hubiera llegado a mi vida siete años atrás.

—Lo siento. De verdad, lo siento…

—Eh, oye, no te disculpes, no lo sientas, no has hecho nada malo —dijo, separándome con suavidad de su hombro para poder mirarme a la cara. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y después me sostuvo la mejilla con su mano cálida—. No pasa nada. En serio. Tranquila.

Ahí es donde cualquier chica normal se habría puesto a llorar, porque su voz era tan amable, tan reconfortante. Habría dejado que su corazón se abriera de par en par y habría bajado todas sus defensas. Pero a mí ni siquiera me escocían los ojos. Debía de haber derramado todas mis lágrimas en los últimos seis meses. Debía de haberme secado por dentro. Porque al mirar su rostro y esos

preciosos ojos claros, lo único que sentí fue un vacío en el estómago.

«Cómo me gustaría poder contarte una historia», pensé. «Y que la creyeras».

Pero eso era imposible. Era lo bastante adulta para saberlo. Porque aunque él creyera en el romanticismo, en el chocolate y en los besos sobre tartas de limón, la historia de una chica que había viajado siete años en el tiempo le resultaría demasiado inverosímil incluso a él. Y no soportaba imaginar cómo me miraría cuando le contara la verdad: con una mezcla de compasión y decepción, convencido de que había preferido inventarme un cuento sobre un salto en el tiempo en lugar de decirle la verdad.

Así que, en vez de eso, apoyé la cara en su mano y le besé la palma.

—¿Podemos terminar el postre? ¿Y hablar un poco más?

Se levantó y me dio un beso en la frente.

—Por supuesto, Limón. Me encantaría.

Se me encogió el corazón. Era tan adorable. Me sentí tan aliviada, incluso feliz, de que lo entendiera.

Volvió a su silla, tomó su tenedor y empezó a hacerme preguntas. ¿Cuáles eran mis cuadros favoritos? ¿Por qué Van Gogh? ¿Dónde me gustaba viajar? ¿Cuál era mi aperitivo preferido? Si pudiera cenar con alguien, del pasado o del presente, ¿quién sería y por qué? Y me hizo reír mientras terminábamos la tarta de limón y bebíamos vino, con el sabor de sus besos aún presentes en mis labios; un recuerdo que, en teoría, nunca existió.

13

De vuelta a la rutina

Me desperté con la cama vacía a mi lado y una nota de Iwan en la encimera.

Tienes café recién hecho en la cafetera – I.

Debía de haber salido temprano para lo del trabajo de friegaplatos (ni siquiera lo había oído levantarse). Después de acabar la botella de vino la noche anterior, nos acostamos con los dedos entrelazados y las frentes apoyadas una contra la otra. La luna había proyectado su luz nítida y plateada sobre nosotros, dibujando sombras suaves mientras seguíamos hablando. Charlamos sobre su hermana, sobre el restaurante que su abuelo siempre había querido tener, sobre mis padres y su vida apacible y rutinaria. Me preguntó por la cicatriz que me atravesaba la ceja, y yo le pregunté por sus tatuajes: el ramillete de cilantro en el brazo en honor a su abuelo (los dos tenían ese gen que hacía que les supiera a jabón); unas iniciales desgastadas en el torso, cuyo significado seguía siendo un misterio; un batidor detrás de la oreja, solo porque le había parecido gracioso, entre otros. Le hablé de los lugares que había visitado, y él de a los que nunca había ido.

—¿Nunca has comido en un Waffle House?* —me había preguntado, atónito.

—Mi tía y yo pasamos junto a varios en un viaje que hicimos por

carretera, pero… no. ¿Por qué? ¿Me estoy perdiendo algo importante?

—Los WaHos son los mejores. Están abiertos las veinticuatro horas del día y, si cierran, es porque se acerca alguna catástrofe natural. Así que, si ves alguno cerrado, sal pitando de allí. Sus tortitas de patata rallada o *hash browns* pueden ser lo más delicioso que has probado en tu vida o un engrudo aceitoso. Es lo más parecido a una taberna moderna que existe.

—No me lo creo.

—Te lo juro —afirmó con convicción—, no hay nada como un Waffle House a las dos de la mañana.

Me lo había dicho con tal seguridad que, mientras me abrochaba la blusa, me pregunté dónde estaría el Waffle House más cercano. ¿Me tocarían unas *hash browns* crujientes o una plasta grasienta? ¿Me lo encontraría allí, sentado en alguna mesa? Y lo más importante, ¿dónde estaría Iwan ahora, siete años después?

—Hasta luego —le dije al apartamento antes de agarrar el bolso y las llaves y salir.

Earl estaba sentado en el mostrador de recepción, leyendo otro libro de James Patterson. Cuando pasé de prisa a su lado, se llevó la mano al sombrero a modo de saludo.

En cuanto salí a la calle, el bullicio de la ciudad me envolvió con su ajetreo incesante. Por un instante, me sentí un poco abrumada.

En el apartamento de mi tía, el tiempo parecía haberse detenido.

Hice el trayecto hasta Strauss & Adder tan sumida en mis pensamientos, que no me di cuenta de que Drew y Fiona estaban en el ascensor conmigo, hasta que Fiona me comentó con aspecto cansado:

—Estás radiante, parece que te ha vomitado encima un unicornio

brillibrilli.

Me pasé la mano por el flequillo despeinado.

—¿En serio?

—Sí, irradias felicidad —dijo Drew.

—Es irritante —añadió Fiona, apretando el botón de cerrar para evitar que entrara más gente. El ascensor ya iba lleno, y nosotras estábamos apretujadas al fondo.

Sentí cómo me ardían las mejillas al pensar en Iwan. En su boca. En su sabor.

—Me he pasado todo el fin de semana pintando, eso es todo. —No era del todo mentira.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has pintado? —preguntó Drew.

—La nueva guía de viaje de Nueva York en la que trabajó Kate —respondí.

—¡Oh! Vi una en la estantería de muestras gratis. ¿Te la llevaste? ¿Qué fue lo primero que pintaste?

—El puente Bow. —Las observé con más atención. Parecían dos muertos vivientes—. No habéis tenido un buen fin de semana, ¿verdad?

—Eso es quedarse corta —masculló Drew, mirando al techo—. Nos hemos pasado todo el fin de semana preparando el espacio para el bebé. Y cuando digo «hemos» en realidad quiero decir «yo». Esta de aquí solo «supervisó». —Acompañó la palabra con el gesto de las comillas en el aire.

—Lo has hecho fenomenal, cariño —replicó Fiona, antes de darle un beso en la mejilla.

Las puertas del ascensor se abrieron en nuestra planta y salimos como pudimos hasta el vestíbulo. Drew se fue directa a su mesa, mientras que Fiona y yo nos dirigimos a la cocina para prepararnos

nuestros cafés matutinos.

Fiona esperó a que perdiéramos de vista a Drew para susurrarme:

—¡Me tenías preocupada!

La miré extrañada.

—¿Preocupada? ¿Por qué?

Soltó un suspiro de exasperación y sacó una taza del lavavajillas.

—¡No has respondido a ninguno de mis mensajes en todo el fin de semana!

La miré un instante antes de caer en la cuenta.

—¡Ah! Ya sabes que en el apartamento de mi tía la cobertura es pésima.

Frunció el ceño.

—No pensaba que fuera para tanto…

Saqué el teléfono del bolso y, efectivamente, tenía unos cuantos mensajes de Fiona; uno de ellos con una foto de Drew y ella montando un cuarto infantil con decoración de bosque… y perdiendo la paciencia con una cuna del IKEA.

—Ay, ¡lo siento muchísimo! No he mirado el móvil en todo el fin de semana. Me encanta el color.

Me miró con escepticismo mientras metía una cápsula de café descafeinado en la cafetera.

—¿En serio…?

—Sí, claro.

—¡Buenos días! —nos saludó Rhonda con voz alegre al entrar en la cocina, dejando una estela de perfume y el sonido de sus tacones—. ¡Tenemos una reunión! —canturreó—. ¡Más os vale no llegar tarde! —Y me lanzó una mirada significativa. Cierto, a partir de ese momento, estaba en su punto de mira. Si quería demostrarle a Rhonda que podía ocupar su lugar, tenía que dar lo mejor de mí. Y lo

haría. Al fin y al cabo, era justo lo que quería.

No podía permitirme ningún error.

Fiona siguió con la mirada a Rhonda mientras se marchaba con su café y susurró:

—Está de buen humor… Algo trama.

—Siempre está de buen humor —repuse. Fiona me miró con cara de póquer—. ¿Qué? Es verdad. Será mejor que nos vayamos antes de que se le pase.

—¡Espera! Aún no he terminado de interrogarte.

—Luego —prometí. Me hice un café a toda prisa, dejé el bolso en mi mesa, agarré el cuaderno y el bolígrafo y salí corriendo hacia la sala de reuniones.

Cuando todos nos sentamos, Rhonda empezó sin más dilación.

—He tenido un fin de semana maravilloso y espero que el vuestro haya sido igual. Dicho esto, el primer asunto que vamos a tratar es… —Arrancó con el diseño de marketing, preguntando por los anuncios, si el nuevo vídeo para *Entertainment Weekly* estaba listo, si habían corregido la errata en uno de los anuncios de Google…

Pensé en buscar a Iwan en Google para ver si seguía trabajando en aquel restaurante francés, fuera cual fuese su nombre. Tal vez podría darle una sorpresa. ¿Habría llegado a subjefe de cocina? Puede que hasta hubiera ganado algún premio.

O quizá había vuelto a casa.

—… ¿Clementine? ¿Me estás escuchando?

Me enderecé de golpe en la silla giratoria, muerta de la vergüenza por haberme sumido en mis pensamientos.

—Pe…Perdón, ¿qué has dicho?

Rhonda me miró con curiosidad.

—Quería saber cómo van los espacios publicitarios de los libros de

Mallory Grey. No queremos que se solape con la última novela de Ann Nichols de Falcon House.

—Cierto, sí. —Eché un vistazo a mis notas e intenté olvidarme de Iwan. El resto de la reunión fue un repaso rápido del trabajo de la semana. Los libros que se iban a publicar ese martes, las campañas que teníamos en marcha, las promociones en las que debíamos centrarnos, las novedades sobre los clubes de lectura… pero en el fondo de mi mente, la duda seguía latente.

¿Dónde estaba Iwan ahora?

* Cadena de restaurantes estadounidense conocida por sus gofres (*waffles* en inglés, de ahí su nombre), desayunos y comida casera, con un ambiente informal y precios asequibles. (N. de la T).

14

Siete años más tarde

Por la tarde, estuve pensando en hacer una búsqueda de Iwan en Google, pero apenas tuve un segundo para ir al baño porque, en una caja de suscripción para adultos, a alguien se le ocurrió incluir la biografía de uno de nuestros famosos junto con una pastilla de jabón con forma de… bueno, ya sabes, ¡y una ventosa para pegarla en la pared del baño! Me pasé toda la tarde solucionando el desastre.

Para cuando dieron las seis, Fiona prácticamente tuvo que apartarme del ordenador a la fuerza antes de que enviara otro correo furioso a la empresa de la caja de suscripción, con la firme intención de despedirme con un «Que tengas el día que te mereces». Fuimos juntas hasta el metro, ya que ambas íbamos en la misma dirección (ella tenía una cita con el médico; a Drew le había dado migraña y se había marchado temprano a casa), y nos sentamos en un banco a esperar el tren. Un hombre con un acordeón y una batería a sus pies tocaba una versión jazz de *Piano Man* de Billy Joel, y no muy lejos, una rata mordisqueaba un trozo de pizza.

Dios, me encantaba Nueva York, con sus clichés incluidos.

—Tengo el presentimiento de que este fin de semana ha pasado algo más —soltó Fiona sin mirarme.

—¿Qué? No. Solo… Ya te lo he dicho.

—Sí, estuviste pintando y no miraste el móvil en ningún momento. Dos cosas que nunca haces.

Tenía razón. Me mordí el interior del labio, dudando si debía contárselo o no. Con lo insistente que era Fiona, sabía que no pararía hasta sacármelo. Y encima era de lo más perspicaz.

—Está bien, no te vuelvas loca —empecé, tomando una profunda bocanada de aire—, pero creo que este fin de semana he conocido a alguien.

Se sorprendió tanto que levantó la vista del móvil.

—¿En el Monroe?

—Se ha mudado temporalmente al edificio. —No era ninguna mentira—. Ha venido a la ciudad por trabajo. Empezamos a hablar y… es bastante majo. Me gusta hablar con él.

Parpadeó varias veces, como si necesitara reiniciar su cerebro.

—Perdona, ¿has dicho que has conocido a alguien? ¿Por tu cuenta? ¿Se ha acabado el mundo y nadie me ha avisado? —preguntó, perpleja.

Solté una carcajada.

—Venga ya, no exageres. Puedo conocer gente sin ayuda.

—Sí, cuando Drew y yo te *obligamos.*

Puse los ojos en blanco. En ese momento, el metro entró en la estación con un chirrido de frenos. Nos levantamos y entramos en el vagón.

—¿Os habéis besado? ¿Habéis pasado la noche juntos? —insistió ella, siguiéndome de cerca.

Vi dos asientos libres y fui directa hacia ellos, pero un joven trajeado se nos adelantó, se dejó caer en uno de ellos y abrió las piernas sin el menor reparo. Luego sacó el móvil y se puso a jugar.

Lo fulminé con la mirada.

—Vamos, cuéntamelo todo. ¿Es guapo? —continuó Fiona, ajena a mi enfado.

Seguí mirando al hombre con mala cara hasta que, por fin, levantó la vista con cara de fastidio. Entonces vio a la mujer embarazada que estaba de pie a mi lado y notó las miradas de reproche que le dirigían los demás pasajeros. Guardó el teléfono, juntó las piernas y fingió que el asiento de al lado no existía. Yo aproveché para sentar allí a Fiona.

—¿Cómo es físicamente? —preguntó—. ¿Cómo se llama?

—Iwan —respondí, sujetándome a la barra superior—. Y, bueno… solo cenamos juntos… todo el fin de semana.

Se abanicó con las manos, fingiendo llorar de emoción.

—¡Ay, Dios mío! ¡Nuestra pequeña Clementine se nos hace mayor! ¡Puede que hasta termines enamorada!

No quería pensar en ello.

—Bueno, ya basta.

—¿Y si os casáis? ¿Y si es tu alma gemela? —susurró con dramatismo, inclinándose hacia mí—. ¿Cómo se apellida?

—Pues… —Me quedé en blanco. El tren se sacudió y, de pronto, me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo se apellidaba—. Mmm…

Me miró con incredulidad.

—¿De verdad has pasado todo el fin de semana con él y no sabes su apellido?

A su lado, don Piernas Abiertas sonrió con sorna, y yo volví a fulminarlo con la mirada.

—Se lo preguntaré esta noche… Oh, mira, hemos llegado a tu parada.

Por un momento, pareció que iba a saltarse su cita para seguir acribillándome a preguntas, pero al final suspiró, agarró su bolso y se puso de pie.

—Mañana quiero saberlo *todo*. Incluido su apellido —dijo con total determinación, pero como no le di ninguna respuesta, cuando el tren volvió a ponerse en marcha y empezó a alejarse, la vi en el andén apuntándome con el dedo y moviendo los labios con énfasis: «Hablo en serio».

Le hice un gesto de despedida con la mano, sabiendo que no escaparía a su interrogatorio del día siguiente, y fui a sentarme en su sitio… pero el tipo ya había vuelto a despatarrarse. Fruncí el ceño, me dirigí hacia la puerta y esperé a bajarme en la parada de la calle Ochenta y seis.

No me podía creer que no supiera su apellido.

Si unos días atrás me hubieran dicho que me iba a topar con un desconocido muy atractivo en el apartamento de mi tía y que nos íbamos a hacer amigos (¿o algo más?), no me lo habría creído. Pero ahora solo pensaba en qué estaría preparando para la cena, si le habían dado el puesto como friegaplatos y cómo le había ido el día. Tal vez podría pasar los fines de semana en el apartamento durante todo el verano, descubriendo la historia de la marca de nacimiento de su clavícula y las cicatrices de sus dedos, fruto de demasiados cortes con cuchillos.

Y quizá, cuando llegara el momento, podría contarle mi secreto: que en realidad vivía en el futuro. Puede que me creyera.

O, peor aún, quizá sí se lo conté y no me creyó, y por eso nunca trató de encontrarme. Porque no podía obviar los siete años que nos separaban, los siete años transcurridos desde que nos conocimos hasta mi presente. Y nunca había venido a buscarme.

Al menos que yo recordara.

Cuando el tren llegó a mi estación, me bajé, salí del metro y me dirigí al Monroe. Earl seguía en el mostrador de recepción, casi

terminando la novela de James Patterson que había estado leyendo por la mañana. Me saludó con una sonrisa, como siempre, y yo me fui directa al ascensor para subir a la cuarta planta.

Seguro que Iwan tenía un apellido peculiar, tal vez galés, como su nombre. O quizá fuera un apellido de lo más corriente para contrarrestar lo llamativo de su nombre.

Saqué las llaves del bolso, intentando contener mi entusiasmo.

Metí la llave en la cerradura del apartamento B4 y abrí la puerta sin perder ni un segundo.

—¿Qué te parece si esta noche probamos los fetuchini de mi tía? —pregunté en voz alta, quitándome los zapatos y dejándolos junto a la entrada.

Di un par de pasos y me detuve en seco. Todo estaba oscuro y en silencio.

Un silencio opresivo, de esos que duelen en el pecho. Un silencio que me resultaba demasiado familiar en ese lugar.

—¿Iwan? —llamé, con el temor creciendo en mi interior. Porque era el mismo silencio que recordaba justo después de la muerte de Analea. Un silencio tan insoportable, tan carente de vida, que me provocaba unas ganas irracionales de salir corriendo de allí. Un silencio que me había acompañado mientras desembalaba mis cajas, mientras guardaba sus cosas en el armario. Di un paso más, y luego otro—. ¿…Iwan? —dije prácticamente en un susurro, con la voz ahogada por el pánico.

Era un silencio tan profundo que resultaba ensordecedor.

Cuando entré en la cocina, las luces estaban apagadas y todo estaba limpio. Mi caja con la vajilla del apartamento anterior seguía junto al fregadero, abierta y a medio vaciar. En el escurridor quedaban algunas tazas de café que nunca llegaron a colocarse en

los armarios, y el servilletero con forma de pavo real estaba vacío. En el salón, la luz dorada del atardecer lo teñía todo de tonos anaranjados y dorados, como una escena estática de un cuadro, resaltando el hueco donde antes había estado un sillón del color de los huevos de un petirrojo, cuyas marcas aún eran visibles en la alfombra oriental.

«No. No, no, no…».

Retrocedí un paso, y luego otro, con la esperanza de que, de alguna manera, el apartamento se diera cuenta de su error y lo corrigiera en cualquier momento. Pero no lo hizo. Y entonces, sin pensarlo, fui corriendo hacia la puerta.

Salí y la cerré de golpe.

Después, con las manos temblorosas, volví a meter la llave en la cerradura, abrí y entré.

Oscuridad y silencio. Seguía en el presente.

Cerré la puerta y la volví a abrir. Una vez. Dos. Tres.

Al quinto intento, simplemente me quedé de pie en el umbral, observando cómo la luz dorada del atardecer iluminaba un apartamento en el que ya no vivía nadie.

Y lo supe.

Fuera lo que fuese aquello, se había acabado.

Ya no habría más conversaciones entre pizzas precocinadas, ni bailes en la cocina al son de un violín que perteneció a una mujer que ya no estaba, ni besos que sabían a tarta de limón, ni…

Ni nada.

La puerta del apartamento de enfrente se entreabrió, y mi vecina asomó la cabeza. Era una mujer mayor, de pelo negro espeso y grandes gafas. Me miró con preocupación.

—¿Va todo bien, Clementine?

No, por supuesto que no iba bien, pero ella nunca lo entendería. Así que me controlé y me recompuse como pude. Era algo que había aprendido a hacer en los últimos meses y se me daba muy bien. Era una experta en levantar muros alrededor de mis emociones.

—Sí, todo bien, señorita Avery —respondí. Me sorprendió lo estable que sonó mi voz—. Acabo de llegar.

Ella asintió con la cabeza y volvió a meterse en su apartamento.

Apoyé la espalda en la puerta del B4 y respiré hondo. Inspiré. Espiré. Me dejé caer sobre la moqueta con las rodillas hechas un flan y sintiendo una opresión en el pecho. Intenté convencerme de que lo sabía desde el principio, que eso era inevitable, y guardé en un rincón de mi mente todos los «y si…», junto con los fines de semana imaginarios que me había inventado, descubriendo la historia de la marca de nacimiento de su clavícula y las cicatrices de sus dedos, fruto de demasiados cortes con cuchillos.

—Ha sido un fin de semana perfecto —susurré, apartando cualquier atisbo de duda—. Un día más y todo se habría torcido. Te habrías enterado de que le gustaba Nickelback… o algo todavía peor.

Sí, un fin de semana era suficiente.

Un recuerdo era suficiente.

Tenía que serlo.

Una sensación de pérdida me atenazó el corazón. No me iba a dar por vencida así como así. Saqué el teléfono y abrí el navegador. Y allí, sobre la vieja moqueta del Monroe, intenté encontrar a Iwan, saber dónde estaba, a dónde había ido. Probé con todas las palabras claves que se me ocurrieron: Instituto Culinario de América + friegaplatos + ayudante de cocina, Carolina del Norte, tarta de limón, Iwan…

Revisé todos los enlaces, cada perfil raro de Facebook, y al final

solo conseguí…

Nada.

Era como si se hubiera desvanecido, como un fantasma, y solo podía pensar en lo peor.

Que se había ido. Que, tal vez, en efecto, ya no era más que un eco de lo que fue, un nombre grabado en una lápida. Y aunque no fuera así, aunque siguiera vivo, estaba más segura que nunca de que jamás volvería a verlo.

Mi tía ya me lo había advertido. Regla número uno: quítate siempre los zapatos al entrar. Regla número dos: nunca te enamores en este apartamento.

Me mordí el interior de la mejilla y me concentré en esa sensación. Me dije a mí misma que, si lloraba, eso significaría que ya sabía lo que era el amor. Que eso era amor. Y lo intenté, quería llorar. Esperé a que el escozor en los ojos se convirtiera en lágrimas saladas, pero no sucedió. Porque yo no lloraba por alguien a quien apenas conocía. Eso sería una tontería, y Clementine West no era así.

No me enamoraba.

Y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Tomé una profunda bocanada de aire, me armé de valor y me puse de pie. Todo iba a ir bien. Solo tenía que seguir adelante, mirar hacia el futuro. Empecé a elaborar un plan, a hacer una lista mental de cosas que tenía que hacer. Nada duraba para siempre. Eso era algo que debería haber sabido, algo que debería haber recordado.

No pasaba nada.

Giré sobre mis talones, abrí la puerta del B4 y entré al apartamento vacío y silencioso. Dejé el bolso en la encimera, me cambié de ropa y encendí la televisión en el salón mientras terminaba de vaciar la caja de la cocina y guardaba cada cosa en su lugar.

Luego me fui a dormir a mi cama en la habitación de mi tía, con un somier que rechinaba más que el suyo. Las cortinas estaban abiertas, lo justo para que se colara un resquicio de luz plateada de la luna, a casi trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros de distancia.

Las cerré y fingí que esa luna no existía, como tendría que haber hecho desde el principio.

15
A destiempo

Y el verano siguió su curso.

Las mañanas húmedas de junio dieron paso a las tardes de tormenta de julio, que se desvanecían en crepúsculos dorados. Fue como si Iwan nunca hubiera existido. Seguí buscándolo, con la esperanza de encontrarlo entre la multitud o en algún restaurante refinado pero sin pretensiones en Chelsea o en West Village que encajara con su personalidad sencilla, pero siempre parecía estar fuera de mi alcance. Busqué en todas partes a alguien que, por encima de todo, no quería que lo encontraran. Porque de ser así, no me lo habría puesto tan difícil. Así que empecé a preguntarme cuánto habría cambiado en esos siete años y si lo reconocería si me lo cruzaba por la calle.

¿Y si había coincidido con él sin darme cuenta? Quizá nos habíamos sentado juntos en el metro, habíamos compartido alguna risa en un bar en penumbra, había probado sin saberlo alguno de sus platos o le había quitado el asiento por error en un autobús abarrotado.

Tal vez había llegado el momento de dejarlo estar.

Y poco a poco, dejé de buscarlo con tanto empeño.

Además, a mis amigas se les daba de maravilla mantenerme ocupada… o más bien, arrastrarme a sus tejemanejes.

El pasillo de Strauss & Adder estaba a oscuras hasta que me moví

dentro de mi cubículo y activé los sensores de movimiento, que encendieron las luces. Como casi todo el mundo se había marchado temprano por el puente del Cuatro de Julio, me estiré y disfruté del silencio. Los veranos en la ciudad siempre eran sofocantes y el apartamento de mi tía no tenía aire acondicionado central. El aparato de la ventana hacía lo que podía, pero nunca conseguía refrescar del todo.

—¡Clementine! —canturreó Fiona, justo cuando consiguió sacar a Drew del baño después de pasarse allí los últimos veinte minutos arreglándose para la cena—. ¿Estás lista?

—Vamos a llegar tarde —dije. Apoyé las manos en los reposabrazos de la silla y me puse de pie. Fiona me había convencido para ponerme un vestido morado horroroso, con el que me sentía como una uva a punto de ser pisada en una bodega—. Podemos llamarle y decirle que no vamos a ir.

—Pues no es mala idea —reconoció Drew, ajustándose la corbata. Había cambiado su inseparable chaqueta de *tweed* y sus pantalones cómodos por una impecable camisa de vestir rosa con tirantes blancos y unos vaqueros ajustados oscuros. Las cosas que hacía por su mujer… Las cosas que las dos hacíamos por Fiona—. Podemos decir que todas no hemos resfriado.

—Exacto —asentí, señalándola con el dedo.

Fiona puso los ojos en blanco.

—Vamos a ir y punto. Este chico es un encanto. Vive en nuestro edificio. Y lo mejor de todo: se paga él solito el alquiler, lo que es todo un logro teniendo en cuenta que el bloque está lleno de niños de papá con fondos de inversión. Y tú —continuó, clavando su mirada en mí—, te lo vas a pasar genial.

Tal y como me había temido, Fiona no se había olvidado de

nuestra conversación en el metro y, unos días después, había vuelto a preguntarme por Iwan. Como no podía contarle que el apartamento de mi tía había decidido separarnos, que nunca llegué a saber su apellido y que mi búsqueda casi obsesiva en Google no había dado ningún resultado, terminé diciéndole algo de lo que me arrepentí al instante.

«No era el momento adecuado».

Fiona no tardó en sacar sus propias conclusiones: o estaba comprometido, o se estaba divorciando, o a punto de mudarse a Australia. Así que decidió hacer lo que suelen hacer las mejores amigas: intentar animarme.

De modo que me puse los tacones y dejé que me llevara hasta el ascensor, rumbo al Uber que ya nos esperaba. Mi cita había elegido un restaurante italiano en el Upper West Side, un sitio pequeño y acogedor donde te rallaban el queso en la mesa. Y sí, el chico era absolutamente encantador. Elliot Donovan tenía una sonrisa afable. Era alto y corpulento, con el pelo negro y rizado y unos ojos del color del chocolate. Me habló de libros, de los eventos a los que había asistido en la famosa librería Strand y de sus autores favoritos. Fiona y Drew se habían sentado en su propia mesa, al otro lado del restaurante, y Fiona no me quitaba ojo de encima; un detalle del que mi cita no tardó en percatarse.

A mitad de la cena, Elliot se inclinó un poco hacia delante y susurró:

—Fiona es un poco intensa, ¿no?

Me metí un trozo de pan en la boca antes de soltar algo de lo que pudiera arrepentirme y, tras masticar un poco, murmuré:

—Lo hace con buena intención.

—Oh, no lo dudo —replicó. Luego respiró hondo—. Pero creo que

esto no va a funcionar, ¿verdad?

Si me ceñía a la lógica, Elliot era el candidato perfecto. Era exactamente el tipo de hombre con el que quería salir: trabajador, con un buen empleo y una colección de libros decente. Tenía sentido del humor y una risa adorable, pero cuando miré la carta, en lo único que pude pensar fue en Iwan hablándome de un romance en forma de chocolate o de una carta de amor escrita con fetuchini. Así que negué con la cabeza.

—Creo que no. Lo siento.

—¡No pasa nada! Si te soy sincero, vine con la esperanza de que esto me distrajera un poco —confesó, algo incómodo.

—¿Hay alguien más?

Asintió.

—¿Y tú?

—Sí, pero no era el momento adecuado.

Se rio.

—Eso siempre es lo más triste, ¿verdad? —Echó un vistazo a la mesa de Fiona y Drew… y Fiona tuvo la desfachatez de aparentar que estaba mirando la carta de vinos en lugar de observándonos—. Pero podemos fingir para que tu amiga no se lleve un disgusto y darles un buen espectáculo, ¿qué te parece?

Sonreí.

—Por supuesto. Y al final de la cena podemos hacer que discutimos y jamás volvemos a dirigirnos la palabra.

—Oh, me gusta esa idea. ¿Sobre qué vamos a discutir?

—Dime, ¿cuál es tu opinión literaria más controvertida? —Porque estaba segura de que un hombre tan culto, que se movía en círculos elitistas y trabajaba en Wall Street, debía tener alguna que mereciera la pena escuchar.

Y vaya si la tenía.

Fiona levantó las manos con dramatismo mientras bajábamos a las profundidades del metro. Después de nuestra falsa discusión, Elliot había tomado un taxi de vuelta a su apartamento y nosotras caminamos hacia la estación.

—¡No me puedo creer que hayas discutido con él por *Dune!*

—Oye, yo no tengo la culpa de su pésimo criterio —repliqué, reprimiendo una sonrisa.

—Era perfecto. ¡Perfecto! Y tú tenías que liarla por una tontería —continuó, despotricando y gesticulando de forma exagerada—. Me siento traicionada. Ultrajada. Ahora, cada vez que me cruce con él en el ascensor de mi edificio, voy a tener que mirarle a la cara y fingir que no sé que piensa que *Dune* es la mejor novela de ciencia ficción de la historia.

Drew negó con la cabeza.

—Pobre Anne McCaffrey, qué falta de respeto.

—Mira, ya es bastante caro vivir en Nueva York como para permitir que un autor fallecido me robe espacio en la estantería —dije con total naturalidad.

Fiona me miró con los ojos entrecerrados.

—Y por eso tienes cuatro ediciones distintas de *El señor de los anillos.*

—Y no me importaría que fueran cinco —repliqué.

Fiona volvió a levantar las manos, indignada.

—¡Está bien! La próxima vez me aseguraré de que pase el filtro y volvemos a intentarlo…

La detuve, agarrándola por la muñeca, justo antes de que pasara el

torno de entrada. A esas horas de la noche, la estación estaba casi vacía, y los pocos pasajeros que había nos esquivaron sin prestarnos atención.

—¿Y si no lo hacemos?

Frunció el ceño, desconcertada.

—¿A qué te refieres?

—Ahora mismo no me interesa conocer a nadie. No quiero —aclaré—. En serio, gracias por preocuparte, pero… ya he superado lo de Iwan. Te lo prometo. Estoy bien sola.

Y lo decía de verdad. Aunque mis padres eran la viva imagen de una historia de amor para toda la vida (sus rarezas y manías encajaban perfectamente entre sí, como las piezas de un puzle), mi tía había estado sola casi toda su vida y no le había ido nada mal. Rhonda tampoco tenía pareja y llevaba una vida plena con una carrera exitosa. Eran la prueba de que yo también podía hacerlo. Solo tenía que centrarme en el trabajo, como hacía Rhonda. Además, estaba harta de todo ese juego. No era que no quisiera encontrar a alguien (porque sí quería, la idea de afrontar la vida sola me producía un vacío en el estómago), pero en ese momento no me apetecía salir a buscarlo.

No quería volver a sentarme frente a otro hombre encantador, no sentir absolutamente nada y pasarme la cena pensando en la mejor forma de terminar la cita sin que volviéramos a vernos.

Drew se agarró del brazo de su mujer y dijo con calma:

—Encontrará a alguien cuando esté preparada.

Fiona dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo, pero hasta que eso pase, serás nuestra sujetavelas oficial. Y más te vale que te guste.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Me encantará ser vuestra fiel escudera.

—Perfecto —respondió, aunque con un deje de resignación. Dudó un instante, como si fuera a añadir algo más, pero al final se lo pensó mejor y sacó su MetroCard del bolso.

Viajamos juntas en la línea 1 hasta la Q y, al llegar a la estación de Canal, se bajaron para hacer transbordo a la R. Me despedí de ellas con un gesto de la mano.

Fiona lo hacía con la mejor intención, así que no podía reprochárselo. Además, la cena había estado bien. No tan buena como la del Olive Branch, el restaurante al que nos había llevado Drew el mes anterior, pero bastante aceptable.

Cuando el pitido del metro anunció el cierre de puertas, me acomodé en el asiento y, por fin, bajé la guardia. Me dolían los pies por los tacones y no veía la hora de quitarme la faja.

Seguir adelante, mirar hacia el futuro, ese era el plan. Nada duraba para siempre, y eso era algo que debería haber sabido, algo que debería haber recordado cuando conocí a Iwan.

Pero todo iba bien. *Yo* estaba bien.

A mi lado, dos chicas juntaron sus cabezas para cuchichear mientras miraban sus móviles.

—¡Madre mía! MoxieGossip dice que lo acaba de ver en el NoHo, saliendo de su restaurante.

—¿El nuevo?

—¡Sí!

—¿Iba con alguien?

—No. Parece que vuelve a estar soltero.

Mientras se reían por lo bajo, mirando una historia en Instagram, saqué un bolígrafo y la guía de Nueva York que había «robado» el mes anterior, la abrí por la sección del metro, empecé a esbozar la

silueta de las dos chicas inclinadas sobre sus teléfonos y me preparé para el viaje hacia la zona norte de la ciudad.

16
La vida sigue

Manhattan tenía un magnetismo especial en verano, con el sol reflejándose en las ventanas de los rascacielos, cuyos destellos rebotaban unos contra otros como si una gigantesca bola de espejos flotara sobre la ciudad. Era el escenario perfecto para tardes haciendo cola en *Shakespeare in the Park,* el festival teatral al aire libre de Central Park; para sábados apacibles en el museo de Los Claustros; o para noches vibrantes de luz, comida y energía. Pero todos los años, cuando llegaba el Cuatro de Julio, Drew, Fiona y yo hacíamos las maletas y nos íbamos al valle del Hudson para huir de los turistas y recorrer las pequeñas y encantadoras librerías escondidas en pueblos pintorescos. Luego regresábamos justo cuando la ciudad volvía a vaciarse y la vida seguía su curso.

Un mes y medio después de mi primer y último encuentro con Iwan, a mediados de julio, con el verano en su punto álgido y un calor asfixiante, estaba almorzando con Drew y Fiona tras una intensa mañana de trabajo. Entonces, Drew se inclinó entusiasmada sobre la mesa de hierro forjado en la que estábamos resguardándonos del sol en Bryant Park y dijo:

—¡Adivinad quién nos ha enviado una propuesta hoy!

Fiona y yo estábamos comiendo unos sándwiches de queso a la plancha del *food truck* aparcado junto al edificio Stephen A. Schwarzman de la Biblioteca Pública de Nueva York. Tenían una

dura competencia con un nuevo *food truck* que se había instalado en la zona: un llamativo camión amarillo de fajitas que atraía una larga fila de clientes con su aroma tentador (aunque dudaba que fueran mejores que las fajitas que me había preparado Iwan). Aun así, mi lealtad estaba con el camión de los sándwiches de queso. Eran de los mejores de Midtown: exquisitos y crujientes, con un pan de masa madre tostado en su punto y una combinación de quesos perfecta. El mío llevaba champiñones y pimientos, con mayonesa y un toque de salsa *sriracha;* una auténtica delicia. Desde que había conocido a Iwan, había empezado a prestar un poco más de atención a lo que comía… y a quién lo preparaba, preguntándome qué historias había detrás de ellos.

—¿Quién? —preguntó Fiona con la boca llena de su sándwich de queso con pimientos.

—¡El chef! El del Olive Branch, ¿os acordáis? James Ashton. Mañana viene a la oficina. Quiere reunirse con nosotras.

Me enderecé atenta.

—Creía que lo habíamos descartado.

—Estuve a punto. Tengo que reconocer que su agente también me ha dicho que van a contactar con otras editoriales… —Se encogió de hombros—. Pero, oye, es un buen comienzo. Todavía no he revisado la propuesta, aunque estoy segura de que va a ser una pasada. Y ya va siendo hora de que te leas ese artículo de *Eater*.

Agaché la cabeza.

—Lo siento…

No había vuelto a pensar en ese artículo desde aquella comida de hacía unas semanas porque mi vida se había vuelto un caos y Rhonda me había cargado con muchas más responsabilidades. En su momento no le había dado importancia, pero ahora empezaba a ver

que quizá debería haberlo hecho.

—Clem, te va a encantar cómo escribe. Es tan romántico —comentó Fiona, mientras masticaba el sándwich—. Y tiene unos antebrazos casi tan bonitos como su cara —añadió—. Espero que los destaquen en la portada del libro.

—¿Los antebrazos o la cara?

—El *pack* completo.

—Pero lo que de verdad importa es que tiene una prosa maravillosa —intervino Drew, adoptando su tono más profesional—. Me emociono solo de imaginar cómo será su propuesta.

No creía que me fuera a enamorar de unos cuantos adjetivos bien puestos, pero el entusiasmo de Drew era contagioso, y si conseguía fichar a otro autor para su lista, por mí perfecto. Su impaciencia por leer la propuesta era tal, que dimos por finalizado el almuerzo y regresamos a Strauss & Adder. Pensé que la tarde sería tranquila. Juliette llevaba más de una semana y media sin dejarlo con su novio y yo estaba al día con todos mis correos electrónicos, así que, cuando Rhonda me llamó a su despacho una hora después y me pidió que cerrara la puerta de cristal (otra vez), no me lo esperaba.

Hice lo que me pedía y me senté en la incómoda silla de plástico.

—¿Pasa algo? —pregunté vacilante, mordiéndome las uñas.

Porque, insisto, siempre que cerraba la puerta de su despacho algo no iba bien. La primera vez, despedimos al diseñador de marketing. La segunda, me comunicó que se jubilaba.

Esperaba que hoy no saliera con que le habían diagnosticado una enfermedad terminal.

—¿Qué? Oh, no, ¿por qué me preguntas eso? —exclamó, alarmada. Luego se puso un poco más seria—. ¿Debo preocuparme?

—¡No, no, para nada! —respondí de inmediato, moviendo las

manos para reforzar la negación. Me ofreció una almendra que me comí mientras ella se acomodaba de nuevo en su silla—. Todo va bien. Perfecto. —Mi móvil emitió tres pitidos. Tres correos electrónicos. Tragué saliva—. Bueno, casi todo. Tenemos un pequeño problema con…

Me interrumpió, levantando una mano.

—No importa. Como sabes, mañana tenemos una reunión con James Ashton, que está buscando editorial para su libro de cocina.

—Sí, Drew me ha mencionado algo.

—Nos vendría muy bien ficharlo para nuestro catálogo —comentó. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa—. Sobre todo ahora que hemos perdido a Basil Ray.

Me enderecé de golpe.

—¿Qué?

—Firmó un contrato con Faux la semana pasada —explicó. Era una de las peores cosas que nos podían pasar. Basil Ray era uno de nuestros autores estrella. Sus libros de cocina se vendían tan bien que nunca nos planteamos rechazar sus excentricidades: volar siempre en primera clase y una lista de exigencias que incluía refrescos sin azúcar, una *kombucha* específica importada de Corea del Sur y menús veganos sin gluten pero con un alto aporte calórico—. Voy a ser clara, perderlo va a suponer un golpe considerable para nuestras finanzas. Entre esto y otros reveses que hemos tenido, si no encontramos un bombazo editorial para el próximo verano, podríamos estar en serios problemas. No pretendo asustarte, solo estoy siendo sincera —añadió, al ver cómo me iba poniendo pálida.

—¿Con problemas te refieres a algo temporal o…?

—Puede, Clementine —respondió con gravedad—, pero no queremos correr riesgos. Por eso te he pedido que cierres la puerta.

—Ah —murmuré.

—Estoy recopilando nombres de futuras estrellas culinarias, pero James Ashton sería una apuesta segura. Es joven, tiene talento y, además, es atractivo. Su libro de cocina se vendería solo —afirmó con total confianza—. No se presenta una ocasión así todos los días. He oído que su agente es un hueso duro de roer, así que quiero que te encargues de gestionarlo junto con Drew. Eres la única en quien confío.

Esa era mi oportunidad para demostrar mi valía.

Rhonda tomó otra almendra.

—Quiero que revises su propuesta y que mañana vayas a la reunión con un plan sobre cómo lanzarías el libro. Lo de siempre, ya sabes. Drew puede enviártela por correo electrónico.

—Por supuesto. Me coordinaré con ella para preparar una estrategia.

—Perfecto. Estoy deseando ver cómo consigues fichar a este chef.

—¿Con qué otras editoriales ha hablado? —pregunté.

—Con todas las grandes.

En otras palabras, aquello iba a ser prácticamente imposible. Strauss & Adder no tenía el dinero ni los recursos de muchas de las grandes editoriales, así que me tocaba ser creativa. Idear una campaña de marketing a la que no pudiera resistirse. Me esperaba una noche de mucho trabajo.

—Haré todo lo que pueda.

—Excelente —dijo Rhonda, recostándose en su silla con un destello de emoción en sus ojos verdes—. Esto marcará un antes y un después en tu carrera, Clementine. Estoy segura.

Ojalá tuviera razón.

17
Perdido y encontrado

—Lee primero el artículo de James Ashton, el de *Eater* —me dijo Drew mientras salíamos a toda prisa del trabajo hacia el metro. Llovía a cántaros, así que tuvimos que sortear varios charcos enormes mientras bajábamos a la estación—. No creo que la propuesta refleje realmente lo bien que escribe.

—¿Todavía quieres convencerlo para que escriba unas memorias? —le pregunté mientras pasábamos nuestros abonos de transporte por el torno.

—Por supuestísimo, pero si primero consigo un libro de cocina, tampoco me voy a quejar —contestó antes de despedirse de mí con un gesto de la mano y marcharse corriendo con Fiona para no perder su tren.

Me dirigí al andén contrario y, mientras esperaba el tren que iba hacia la zona norte, me escurrí el pelo empapado. Nueva York era un horror cuando llovía, sobre todo si te sorprendía sin paraguas.

A pesar de tratarse de la línea Q, tuve suerte y conseguí encontrar un asiento libre. Me senté e intenté ignorar el contacto involuntario de los demás pasajeros. Esa era otra de las razones por las que siempre me quedaba trabajando hasta tarde: no tener que lidiar con la marea de gente de la hora punta. Traté de no prestar atención al turista que se había despatarrado en el asiento de al lado, saqué el móvil y abrí el artículo que Drew me había enviado hacía un mes y

medio.

La buena comida, por James Ashton.

El texto era cautivador; una reflexión sobre el arte de cocinar y el arte de presentar los platos como un espectáculo. Su estilo era ingenioso y cercano, como si un amigo te estuviera confiando un secreto entre copas con nombres de poetas muertos.

Al principio, me sorprendí sonriendo. Entendí al instante por qué a Drew le encantaba. Había algo en su forma de escribir que te atrapaba, un entusiasmo contagioso. Si ese chef era tan carismático como su prosa, tenía un enorme potencial.

Pero cuando iba por la mitad del artículo, empezó a invadirme una sensación muy rara.

Las palabras me resultaron familiares, como si alguien me cubriera con un abrigo en un día de lluvia. Las frases se fueron transformando en unos ojos grises claros, un destello de pelo castaño rojizo, una sonrisa torcida y, antes de darme cuenta, me vi de nuevo en el apartamento de mi tía, frente a Iwan, en esa vieja mesa amarilla de la cocina, escuchando su voz cálida y segura…

> «Lo que hace que una comida sea especial no es el plato en sí, sino las personas con la que la compartimos. La receta de espaguetis de la abuela que ha pasado de generación en generación. El olor de unas empanadillas chinas pegado a un jersey que no has lavado en años. Una pizza precocinada en una mesa amarilla. Un amigo, perdido en un recuerdo, pero presente en el sabor de un *brownie* ligeramente quemado.
>
> El amor en una tarta de limón».

Las puertas del tren emitieron un pitido y se abrieron al llegar a mi parada. Mientras salía del vagón, arrastrada por la multitud, las

palabras no dejaban de resonar en mi cabeza. Volví a leer el artículo, convencida de que algo se me estaba escapando.

Tenía que tratarse de un error…

Y entonces, por fin, se cargó la foto en la parte superior del artículo.

Era la imagen de un hombre en la cocina de un restaurante, con un uniforme blanco de chef y un viejo estuche de cuchillos que reconocí al instante. Se le veía más mayor, con algunas arrugas alrededor de los ojos claros, pero su sonrisa seguía siendo igual de radiante y tan dolorosamente familiar que me dejó sin aliento. Me quedé clavada en el sitio, contemplando aquella imagen nítida y colorida de un hombre al que había conocido.

James Ashton.

No…

Iwan.

Alguien me golpeó con el hombro al subir por la escalera mecánica, devolviéndome al instante a la realidad. No podía ser él. Era imposible. Pero cuando salí a la calle, allí estaba de nuevo, en el anuncio de una parada de autobús promocionando un concurso de cocina, con grafitis a su alrededor. El anuncio llevaba allí un tiempo, al menos varias semanas. El corazón se me subió a la garganta cuando doblé la esquina, pasando por un quiosco, y vi su cara en la portada de una revista. Poco a poco, empecé a asimilar la realidad. Atónita, me acerqué y tomé la revista.

La estrella culinaria más atractiva de Nueva York, proclamaba el titular.

—Tiene que tratarse de una broma —murmuré.

Había estado tan obsesionada con seguir adelante, con lanzarme de cabeza hacia el siguiente paso de mi plan, que todo lo demás se

había vuelto borroso para no tener que enfrentarme al dolor…

No había mirado a mi alrededor. No había formado parte del mundo. De nada, en realidad. Me había limitado a avanzar con la cabeza gacha y el corazón blindado, como quien camina bajo un aguacero torrencial.

Y cuando por fin me detuve un instante y levanté la vista, él estaba…

En todas partes.

18

Otro tú

—Lo he tenido delante de mis narices todo este tiempo —le susurré a Helga, mi nueva planta de poto, mientras me servía una copa de vino.

Estaba sentada en el suelo, frente a la mesa baja del apartamento de mi tía, haciendo clic como una loca en cada enlace que hablaba sobre un hombre que era siete años mayor, más lejano y desconocido que el chico que me había besado mientras comíamos tarta de limón.

—Pero ahora es tan inalcanzable que apenas lo reconozco. Ya ni siquiera se llama Iwan, sino James *Ashton.* Jamás habría adivinado que ese era su apellido —añadí con aire sombrío, antes de apoyarme en la base del sofá y abrazar la botella de vino contra mi pecho. Cuando había llevado a Helga a casa, hacía unas semanas, mi madre me había dicho que hablarle le haría crecer mejor, pero lo único que hacía la pobre era marchitarse. Lógico, teniendo en cuenta que le soltaba todos mis dramas—. Al menos lo logró, ¿verdad? Ha tenido éxito. Y yo lo he encontrado…

Fue un alivio descubrir que no estaba muerto y que tampoco había regresado a su casa. Había conseguido hacerse un nombre, tal y como quería, y cuanto más indagaba sobre su vida a través de Google, más ganas me entraban de haber estado ahí para verlo.

Solo trabajó mes y medio como friegaplatos antes de convertirse en ayudante de cocina, donde el chef Albert Gauthier lo tomó bajo su

tutela. Gauthier… Un momento, ¿no se llamaba así el chef del que me había hablado aquella noche que cenamos juntos? En un solo año, ascendió a segundo jefe de cocina y empezó a despuntar como una promesa del sector, acumulando premios y reconocimientos como quien colecciona chapas de botellas. Su carrera despegó de forma meteórica. Bastó con que un crítico elogiara su cocina para que su popularidad se disparara. Dos años antes, Albert Gauthier se había jubilado y le había cedido las riendas del restaurante donde Iwan había empezado fregando platos.

Un restaurante que no era otro que el Olive Branch.

Recordé al instante el pecho firme con el que me había chocado al salir del local.

Me mordí la uña del pulgar mientras revisaba enlaces y artículos que hablaban de su vida, reconstruyendo su trayectoria en una cronología confusa y desordenada.

Ahora que sabía que no usaba el nombre de Iwan, no me costó encontrarlo en la página de antiguos alumnos del CIA, donde aparecía como un chef destacado. Gracias a su éxito en el Olive Branch, se había hecho un nombre en el mundo culinario. James había participado como estrella invitada en *Chef's Table* y en varios programas del famoso canal de cocina Food Network, además de aparecer con frecuencia en documentales sobre gastronomía y viajes. Ahora estaba a punto de inaugurar su propio restaurante a finales de verano; algo que estaba convencida de que iba a ir de la mano con su propuesta editorial. Aún no habían anunciado el nombre del restaurante, pero no me habría extrañado que tuviera algo que ver con su abuelo. ¿*Pommes Frites*, quizá?

Sonreí con cierta ternura al pensarlo.

Y sí, los años le habían sentado bien, como a un buen *bourbon*, y

ahora era aún más atractivo. En los vídeos que había visto online, irradiaba carisma y seguridad. Si Drew conseguía incorporarlo a nuestro catálogo, no iba a tener que prepararlo mucho para las entrevistas, lo que iba a facilitarme bastante el trabajo.

Recordé a ese hombre dulce y encantador, de sonrisa ladeada, que adoraba las tartas de limón de su abuelo, aunque nunca le salieran iguales, y me dije a mí misma que sí, que aquello estaba bien. Que podía con ello.

Terminé la copa de vino, abrí la propuesta de su libro de cocina y empecé a elaborar un plan. Se me daban bien las estrategias, era buena en mi trabajo. Era lo único en lo que realmente destacaba, lo único en lo que podía refugiarme y sentirme a salvo… Sobre todo frente a esa idea angustiosa que no dejaba de rondarme la cabeza:

Seguro que no se acordaba de mí, porque de lo contrario, ¿no habría intentado encontrarme?

Y, siendo sincera, no tenía muy claro si quería saber la respuesta.

Como era de esperar, acabé llegando tarde a la reunión de la mañana siguiente.

Bueno, en realidad faltaban cinco minutos para las diez de la mañana, la hora en que se suponía que empezaba la reunión, pero por el sonido de las voces al otro lado de la puerta de la sala de conferencias, estaba claro que iba a ser la última en entrar. Me alisé la falda negra y me pregunté si no habría sido mejor ponerme pantalones. Algo que me hiciera parecer más segura, más inteligente. O tal vez otra blusa… ¿Por qué siempre elegía el amarillo? Menos mal que nadie se había dado cuenta de la mancha de café en el lazo.

El corazón me latía con fuerza en la garganta. ¿Por qué estaba tan

nerviosa?

«Has hecho esto miles de veces», me dije. «Sabes cómo hacerlo».

Cerré los ojos. Respiré hondo.

Y abrí la puerta con una sonrisa.

—Hola a todos —saludé con entusiasmo—. Lo siento, llego un poco…

«Tarde». Eso era lo que iba a decir, pero las palabras murieron en mi boca en cuanto entré y vi al hombre sentado a la cabecera de la mesa de reuniones.

Llevaba toda la mañana ensayando ese momento frente al espejo: mostrarme tranquila, confiada, sonreír de forma profesional (no demasiado, sin enseñar las encías… y con la actitud de alguien que tiene su vida bajo control). ¿Y si me reconocía? ¿Y si le sonaba mi cara y sonreía con ese gesto entre pícaro y encantador…?

Esa mañana, para cuando había entrado en la estación, lo tenía todo calculado al milímetro. Le había dado tantas vueltas en mi cabeza que sabía exactamente qué decir y cómo decirlo.

Y en una fracción de segundo, todo se vino abajo.

Porque el hombre que presidía la mesa de reuniones no era el mismo que recordaba. Llevaba el pelo castaño rojizo y rizado más corto en los lados y un poco más largo en la parte superior, lo que resaltaba su rostro varonil y su mandíbula cuadrada, recién afeitada. Ya no tenía la barba que aparecía en sus fotos de Instagram, pero de algún modo había adquirido la capacidad de dejarme sin habla. Aún quedaban rastros del Iwan que conocía: las pecas dispersas en las mejillas, la nariz recta y esos labios suaves.

Recordé de inmediato cómo se sentían sobre los míos. La forma en que me habían mordisqueado la piel. Sus manos aferrando mi cintura…

Sentí un vuelco en el estómago.

Pero aunque había cosas que seguían ahí, muchas otras habían cambiado. Detalles que solo noté al verlo en persona. Los siete años transcurridos habían pulido su aspecto. Había cambiado las camisetas dadas de sí por una chaqueta gris claro que se ajustaba perfectamente a sus hombros, y las Vans por unos elegantes zapatos Oxford; todo parecía hecho a medida. Las ojeras por la falta de sueño se habían transformado en unas leves líneas de expresión. Su aire desgarbado había dado paso a un cuerpo fuerte y musculoso, bastante más en forma que el del hombre que había conocido hacía un mes durante aquel extraño fin de semana de verano; aquel hombre que me había besado con unos labios que sabían a tarta de limón y que me había prometido que me seguiría hasta la luna y más allá.

Alzó la vista y sus ojos grises, penetrantes y despiertos se encontraron con los míos y me clavaron en el sitio como una mariposa en un tablero de corcho. Todo mi cuerpo se tensó.

Ay, no, en menudo lío me había metido.

19

La propuesta

—Esta es Clementine West —me presentó Drew—. Aunque creo que os conocisteis brevemente el mes pasado, ¿no?

¿El mes pasado…? ¿Se habría dado cuenta de que era *Iwan*? ¿Mi Iwan? No, no les había contado nada concreto a Fiona y a Drew sobre él y, además, ya no era el mismo hombre que había conocido en el apartamento de mi tía.

Y ahí fue cuando me di cuenta…

Me había cruzado con él al salir del restaurante. A eso debía referirse Drew.

—¿Clementine…? —insistió Drew, algo insegura.

Salí de mi ensimismamiento y sonreí tal y como había ensayado (sin enseñar las encías, con naturalidad).

—Ah, sí, hola, perdón. Creo que nos chocamos cuando salía del restaurante. Siento no haber podido saludarte como es debido.

—No te preocupes, ahora tenemos la oportunidad de hacerlo bien —comentó con su inconfundible acento sureño, en tono afable. A su lado estaba su agente, Lauren Pearson, una auténtica depredadora y, sin duda, una de las mejores del sector. Él no dejaba de mirarme, como si temiera que fuera a esfumarme en cualquier momento.

¿Estaba intentando recordar de qué me conocía? Yo tenía ese tipo de cara que le suena a la gente, pero que nunca logra ubicar del todo.

«¿Me recuerdas?», quise preguntarle.

No, era imposible. Habían pasado siete años. Ni yo misma me acordaba de mis rollos esporádicos de hacía siete años.

«Vamos, Clementine, céntrate».

—Si mal no recuerdo, salvaste el postre por los pelos —dijo él.

—Habría sido una lástima salir del restaurante con el postre encima —comenté, antes de sentarme junto a Drew y abrir mi cuaderno.

Y entonces ocurrió lo peor, lo que más había estado temiendo: sonrió. Una sonrisa impecable, recta… y ensayada, como la mía, y luego me tendió la mano a través de la mesa.

—Estoy seguro de que te habría quedado genial. Soy James, aunque James es el nombre de mi abuelo. Mis amigos me llaman por mi segundo nombre: Iwan.

Le estreché la mano. Era áspera y cálida, marcada con cicatrices, más de las que tenía hacía siete años. La última vez que había sentido esas manos, me habían acunado el rostro, con los pulgares recorriendo mi mandíbula con una delicadeza infinita, como si me estuvieran esculpiendo.

—¿En qué categoría quieres que entre tu futura publicista? ¿En la de amigos? —pregunté.

Su agente se echó a reír.

—¡Esta chica me gusta! —exclamó con entusiasmo.

La sonrisa de James Ashton se torció un poco, perdiendo durante un instante su pose perfectamente pulida.

—Ya veremos, Clementine —respondió, y me soltó la mano.

—Clementine es publicista sénior en Strauss y Adder —intervino Drew—. Prácticamente dirige todo el departamento de comunicación cuando Rhonda no está. El año pasado, *Publishers Weekly* la reconoció como una de las promesas del sector. Así que

puedes estar tranquilo, cualquier libro que publiquemos estará en las mejores manos con ella.

—No me cabe la menor duda —repuso Iwan… *James*, mientras se volvía hacia Drew y se sentaba un poco más erguido—. Cuéntame más sobre Strauss y Adder.

Y eso fue lo que hizo Drew. Le habló de nuestra trayectoria editorial, de nuestros autores y de nuestra filosofía de trabajo. Y mientras le explicaba con entusiasmo cómo funcionaba su equipo y de qué manera podíamos impulsar su carrera, ilustrando sus palabras con una presentación de PowerPoint que mostraba ejemplos de otros lanzamientos de libros y campañas que habían sido un éxito a lo largo de los años, él escuchó con atención e hizo preguntas muy acertadas sobre el proceso de edición de Drew, las expectativas respecto al libro de cocina y cómo se transformaba un manuscrito en su versión final.

Debí de quedarme mirándolo fijamente sin darme cuenta, porque en un momento dado, desvió los ojos hacia mí, iluminados por la luz de la pantalla. Nuestras miradas se encontraron y permanecieron así un instante, luego otro, mientras Drew contestaba a una pregunta de Lauren. Esos ojos grises claros tenían el mismo tono que los días de otoño que más me gustaban, perfectos para un *chai latte* con un toque de café y bufandas de lana. La forma en que me miró me removió por dentro.

Era imposible que me recordara de aquel fin de semana. Habían pasado siete años, y seguro que había conocido a personas mucho más deslumbrantes que yo.

Después, apartó la vista y volvió a centrarse en la avalancha de cifras y proyecciones, asintiendo mientras Drew continuaba exponiendo su presentación con entusiasmo.

Se notaba lo mucho que a mi amiga le gustaba lo que hacía. Solo había que escuchar la pasión con la que hablaba de su trabajo y de sus autores. Le encantaba ayudar a las personas creativas a sembrar ideas y ver cómo se convertían en proyectos increíbles; algo que confirmaban sus éxitos. Su especialidad eran las memorias y las novelas de fantasía histórica, pero se notaba que le fascinaba la forma de escribir de James y sus recetas.

—Y quiero ayudarte a compartirlas con el mundo —concluyó Drew, apagando el proyector—. Creo que podríamos formar un gran equipo.

—Vaya, qué bonito —comentó su agente. No pude discernir si la presentación había conseguido convencer a James Ashton o no. Era imposible descifrar la expresión de Lauren Pearson. Lo único que hizo fue señalarnos con un leve gesto de la mano—. ¿Quieres empezar tú, James, o prefieres que lo haga yo?

James se sentó un poco más erguido y entrelazó sus dedos largos sobre la mesa.

—Empiezo yo, gracias, Lauren —dijo con voz serena y pausada, antes de posar su mirada gris en Drew—. Para mí, la comida no es solo un alimento, sino una experiencia.

Ahora fui yo la que se enderezó, porque sabía lo que iba decir. Iba a hablar sobre el romance en un trozo de chocolate, el consuelo en la mantequilla y la poesía oculta en las especias, y, quizá por primera vez desde que nos habíamos vuelto a encontrar, me emocioné, porque eso significaba que no era tan diferente, que en el fondo seguía siendo él…

—Cualquiera puede hacer un sándwich de queso a la plancha o una sopa de tomate, y con los utensilios adecuados, cualquiera puede lograr un buen resultado. La clave está en la presentación —

continuó con determinación—. Es la destreza. Es la manera en que elaboras tu arte culinario lo que de verdad convierte una comida en una experiencia inolvidable. En…

Pensé en los sándwiches de crema de cacahuete y mermelada de mi tía, que siempre se me pegaban al paladar, y en cómo el Iwan que yo conocía me había dicho que eso era…

—… una comida perfecta —declaró.

No, no lo era.

Bajé la vista a la propuesta impresa que tenía delante. Drew me sonrió con suavidad y yo le respondí con otra sonrisa, asintiendo con la cabeza y esperando que mi expresión no reflejara mi desconcierto.

¿Destreza? ¿Experiencia? ¿Y los recuerdos y las vivencias? ¿No era eso lo que hacía que una comida fuera especial?

—Como seguramente habéis visto en la propuesta —continuó—, estoy buscando una editorial que esté dispuesta a ofrecer tanto como yo puedo aportar, teniendo en cuenta mi impacto en internet, mis apariciones en los medios y mi red de contactos; información que se detalla en el documento. El lanzamiento del libro de recetas coincidirá con la apertura de mi restaurante en NoHo. Incluirá especialidades de temporada y recetas innovadoras para quienes busquen experiencias culinarias más emocionantes, con el propósito de plasmar lo que convierte una comida en perfecta —concluyó, mirándome de reojo.

No fui capaz de sostenerle la mirada.

—Es una idea preciosa para un libro de cocina —comentó Drew, doblando y desdoblando la esquina del documento de la propuesta entre los dedos—, y con el fotógrafo adecuado, estoy segura de que lograremos que las páginas cobren vida, junto con tus reflexiones al inicio de cada receta, por supuesto. Como hiciste en tu artículo de

Eater.

—Me alegro de que te gustara el artículo —respondió con una sonrisa—. Lo escribí hace años.

Me pregunté si aún quedaba algo de aquel autor en él, porque lo que Drew no dijo, pero yo sí pude percibir en sus palabras, era… lo poco que aquella propuesta reflejaba su verdadera esencia. Todo en esas páginas era tan impecable que resultaba casi inalcanzable. Había un nivel de sofisticación tan elevado que… no lo reconocía. Cuando lo conocí, hablaba con devoción de la comida casera, pero ahí no quedaba nada de eso. ¿Quién tenía hielo seco a mano para un plato de fideos fríos? ¿Quién se pasaba tres días preparando una salsa para un simple filete? Había una desconexión enorme entre aquella propuesta y el hombre que había conocido. Y entonces entendí por qué Drew había insistido en la importancia del artículo. Toda la calidez y sensibilidad del artículo chocaban con la perfección distante de aquel documento.

Hacía apenas seis semanas (o mejor dicho, siete años), me hablaba con entusiasmo de la receta de fajitas de su amigo y de cómo su abuelo nunca hacía dos veces la misma tarta de limón. Ese era el hombre que había escrito el artículo en *Eater*, no el que ahora tenía delante. Y sus recetas no estaban camufladas tras un lenguaje repleto de tecnicismos, incomprensibles para quienes no supieran qué era el *jus*.

—Tienes cara de querer decir algo —comentó James Ashton, Iwan, mirándome de forma enigmática mientras se recostaba en su silla.

Me apresuré a adoptar una expresión neutra.

—No, lo siento —respondí, notando cómo Drew me miraba con cautela—. Es mi cara de concentración.

—Ah.

—Bueno, nos esperan varias reuniones más con otras editoriales —dijo Lauren mientras recogía sus cosas—, pero nos gustaría que, si estáis interesados, nos presentéis vuestra oferta preliminar antes de mañana por la tarde. Este proceso va a ser un poco… distinto al habitual.

Drew y yo nos miramos desconcertadas. Lo normal era que se hiciera una oferta y, si había varias, una subasta. A Lauren Pearson le encantaban las pujas. Me imaginaba que íbamos a competir con otras editoriales, así que no entendía qué iba a hacer que este proceso fuera diferente.

Lauren continuó explicándonos:

—Las editoriales que hagan una oferta formal pasaran a una segunda ronda: una clase de cocina en la que observaremos cómo trabajan juntos sus equipos. Y, bueno, también para que todos pasemos un buen rato. Después, elegiremos la mejor oferta y tomaremos la decisión final. —Juntó las manos sobre la mesa—. Seguro que os estáis preguntando por qué nos estamos tomando tantas molestias.

«Pues sí, la verdad».

—Y me encantaría poder contaros más —prosiguió. Se notaba que estaba disfrutando al dejarnos con la intriga—, pero esto es solo una toma de contacto. Estudiaremos a fondo cada oferta, y cualquier editorial que esté dispuesta a participar y aporte ideas innovadoras, pasará a la segunda ronda.

Se levantó, e Iwan (*James*, tuve que recordarme a mí misma) la siguió.

—Un placer conocerte —le dijo a Drew antes de estrecharle la mano—. Espero que tengamos la oportunidad de trabajar juntos en el futuro.

—Ojalá. Contigo podría hacer cosas increíbles… desde un punto de vista profesional, por supuesto —respondió ella.

Él sonrió, aunque la expresión no le llegó a los ojos.

—No me cabe la menor duda.

Drew salió detrás de la agente, acompañándola hasta el vestíbulo. De pronto, me di cuenta de que me había quedado sola con la estrella del momento. Recogí mis documentos a toda velocidad y los guardé en mi cuaderno, deseando salir de allí cuanto antes, pero marcharme antes que él habría sido un gesto de muy mala educación, y él no parecía tener ninguna prisa.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿James? —lo llamó su agente literaria.

—Voy —contestó él, empezando a caminar hacia la puerta. Pero al pasar junto a mí, se inclinó ligeramente y pude captar un atisbo de su carísimo perfume, con notas amaderadas y especiadas. Entonces me susurró en un murmullo grave y envolvente—: Me ha encantado volver a verte, Limón.

Y antes de que pudiera reaccionar, desapareció por la puerta.

Yo me quedé con la boca abierta y la vista clavada en su silueta.

20

Vino y lamentos

Los miércoles por la noche los dedicábamos a tres cosas: vino barato y tablas de quesos en el Berried Alive, un pequeño bar junto al edificio Flatiron que, haciendo honor a su nombre (Enterrados vivos)[**], tenía una decoración fúnebre, más adorable que lúgubre, y a despotricar sobre cómo estaba siendo nuestra semana. Fiona lo llamaba nuestro «Vino y lamentos», aunque llevaba ocho meses sin poder disfrutar de la primera parte. En ese momento, se entretenía seleccionando trozos de queso y se quejaba de lo mucho que echaba de menos saborear un buen tinto de la casa. Normalmente, solo íbamos Fiona, Drew y yo, pero Juliette había tenido una semana terrible, así que habíamos decidido llevarla con nosotras.

Esa noche, el bar estaba más muerto que vivo (nunca mejor dicho), así que conseguimos que nos dieran la mesa que más nos gustaba: una en el fondo, con forma de calavera, que siempre le hacía muchísima gracia a Fiona. Se había sentado en la parte superior de la calavera y había exclamado entre risas: «¡Mira, cariño, me ha tocado la parte donde va el cerebro!», mientras Drew ponía, por enésima vez, cara de querer tirarse por un precipicio.

Luego habíamos pedido lo de siempre, tablas de queso y vino barato de la casa, y habíamos empezado nuestra sesión de «Vino y lamentos», que era lo más parecido a una terapia que podíamos permitirnos.

Yo lo único que deseaba era que la tierra me tragara y no volver a salir nunca más. Desde el día anterior, no había conseguido que mi corazón se calmara ni una sola vez.

«Me ha encantado volver a verte, Limón», me había dicho Iwan-James (¡Mierda!, un autor potencial), lo que significaba que aún se acordaba de mí.

Sabía cómo lidiar con un montón de situaciones. Sabía a quién llamar si uno de mis autores se quedaba tirado en un aeropuerto, con qué periodistas contactar primero para una exclusiva, cómo causar una buena primera impresión y qué palabras usar para empezar con buen pie. Pero nada de eso me iba a ayudar ahora.

No había dejado de repasar la reunión en mi cabeza, intentando encontrar en el James Ashton que había tenido delante, algún rastro del Iwan que conocía. Desde el instante en que había comenzado la reunión, había dominado la sala por completo, y yo no había sido capaz de apartar la mirada de él. Su magnetismo era irresistible e irritante al mismo tiempo, porque lo hacía parecer inalcanzable.

En la mesa, Juliette estaba empezando a desquiciarse por la campaña en redes sociales que Rhonda le había asignado; algo que incluía un baile en TikTok que, por encima de todo, era una absoluta pérdida de tiempo.

—¡Si ni siquiera sé bailar! —gimoteó, tapándose la cara con las manos—. ¿Por qué ha tenido que elegirme a mí?

—Podrías haberte negado —dijo Fiona.

—¿Decirle «no» a Rhonda? —preguntó, horrorizada—. Clementine puede hacerlo, pero yo no, y me gusta mi trabajo.

Para ser sincera, era verdad, aunque a Juliette se le daba mucho mejor que a mí improvisar ideas sobre la marcha. El año anterior, mientras yo estaba de vacaciones, en Strauss & Adder tuvimos que

promocionar un libro titulado *Cuando cargas una estrella,* pero el diseñador de marketing cometió un error tipográfico en un anuncio del *New York Times* que, para colmo, también apareció en la pantalla gigantesca de Times Square, y lo que se publicó fue: «Cuando cagas una estrella». El fallo se volvió viral en internet y las redes se llenaron de bromas al respecto, pero en vez de pedir disculpas y retirar los anuncios en los que nos habíamos gastado una fortuna, Juliette decidió aprovechar el revuelo y lanzar el hashtag #YoTambiénCago. Por pura casualidad, el personaje principal del libro sufría del síndrome del intestino irritable, y el autor, animado por la reacción del público, terminó confesando que él también lo padecía. Todo acabó teniendo mucha repercusión.

Y sí, ese fue el diseñador de marketing al que Rhonda despidió después.

Juliette tenía una capacidad de reacción que yo no poseía, a pesar de que llevaba más tiempo que ella trabajando como publicista.

—Bueno, ¿y si se lo endosas a la nueva becaria? —sugirió Drew.

Fiona asintió con entusiasmo.

—¿O a la nueva responsable de redes sociales? Que se apañe ella.

—Lo intenté —suspiró—, pero acabó pasándome de nuevo el marrón a mí.

—Vaya tontería… Clementine, ¿tú qué harías? —preguntó Fiona—. ¿Clementine?

Estaba absorta, mirando Instagram en el móvil. O, más bien, un único perfil en Instagram: el de James Ashton. La pantalla brillaba con los colores de todos los lugares que había visitado: el amarillo vibrante del Sáhara, el verde intenso de Tailandia, el rosa de los cerezos en flor de Japón… Tantos destinos, absorbiéndolos todos como si quiera llevarse una parte de ellos consigo.

Igual que mi tía.

En su cronología también aparecían otras personas. Su agente, Lauren, y gente que supuse trabajaba con él en el Olive Branch. Y si seguías bajando, encontrabas fotos de varias mujeres. Algunas sonreían mientras él las besaba en la mejilla; otras posaban sentadas en su regazo en actitud cariñosa. Fotos de vacaciones en los Hamptons y viajes por el mundo con novias que parecían agotadas, pero felices. Ninguna de ellas permanecía mucho tiempo en su perfil. Como mucho, unos meses; luego desaparecían y enseguida otra ocupaba su lugar.

Me di cuenta de que, en el fondo, no era tan diferente a mis propias relaciones.

—¿Clem? —repitió Fiona—. ¡Tierra llamando a Clementine! —Agitó la mano delante de mi móvil.

Dejé el teléfono boca abajo sobre la mesa a toda prisa.

—¡No estoy mirando nada!

—Mmm… Eso suena sospechoso —comentó Drew.

—¿Contesta a algo que nadie le ha preguntado y, además, con una sintaxis dudosa? —intervino Juliette, entrecerrando los ojos—. Sí, muy sospechoso.

—Desde luego —asintió Fiona—. Siempre ha sido una pésima mentirosa. ¡Dame eso!

Protesté con un chillido cuando Fiona me arrebató el teléfono, introdujo mi clave de desbloqueo (¿desde cuándo la sabía?) y dejó escapar un jadeo al ver la pantalla.

Ahora fui yo la que se tapó la cara con las manos, incapaz de mirarlas.

—¡Clementine! ¿Has tenido un flechazo? —preguntó Fiona con sorna, mostrando el móvil a las demás como si acabara de descubrir

un escándalo digno de una revista del corazón.

Levanté la cabeza de golpe.

—¡No! ¡Para nada! ¡Me gusta mi trabajo! —exclamé, como si no estuviera ya muerta de la vergüenza—. Yo solo… —Me llevé las manos a ambos lados del cuello, notando cómo me ruborizaba a niveles históricos.

Mis amigas me miraron expectantes, porque yo no era de las que se dedicaban a cotillear el Instagram de nadie. Nunca.

Fiona negó con la cabeza.

—No, Clementine jamás tiene un flechazo.

Drew lo confirmó con un asentimiento.

—Seguro que está mala.

—¡Oh, qué flechazo más mono! —dijo Juliette—. Un momento… ¿No es el chef ese?

Quería morirme ahí mismo. No podía explicarles que lo único que estaba tratando de entender era cómo alguien que había escrito un artículo tan entrañable en *Eater* podía habernos presentado una propuesta tan fría. Y tampoco quería cuestionar el esfuerzo de Drew. Mi trabajo era apoyarla, así que cualquier duda o sentimiento que pudiera tener debía quedar relegado a un segundo plano. Así que al final dije:

—De acuerdo. Me habéis descubierto. Está muy bueno. Ojalá podamos ficharlo.

Juliette pareció intrigada.

—¡Ah! En la oficina no se habla de otra cosa. Algo sobre un proceso de adquisición bastante raro.

—Es un poco absurdo, pero vamos a participar —dijo Drew antes de llevarse a la boca un trozo de queso *cheddar* de la tabla con forma de hueso—. A estas alturas, no podemos dejar pasar la oportunidad.

Estoy segura de que el libro terminará en las manos adecuadas.

—A ser posible, las tuyas —añadió Fiona, dando un apretón cariñoso a la mano de su mujer—. Vamos contigo a muerte, cielo.

Le quité el teléfono a Fiona y lo guardé en el bolso.

—Es imposible que no pasemos a la siguiente ronda. Drew hizo una oferta increíble y somos un gran equipo. Yo estaría más preocupada por esa clase de cocina.

Juliette chasqueó la lengua.

—Uf, no me quiero imaginar el seguro que tendrá que pagar para esa prueba. Rob siempre tiene que asegurar su guitarra.

Las tres la miramos extrañadas.

—¿Por qué? —preguntó Drew.

—Por si le estalla en llamas mientras la está tocando —respondió Juliette, completamente seria.

Ah. Pues bien.

Fiona salió al quite, evitando que Drew y yo tuviéramos que responder.

—Si alguien va a incendiar su restaurante, será Clementine.

—¡Oye! —protesté—. Quizá no.

—Tú misma reconociste haber metido papel de aluminio en el microondas —señaló.

—Una sola vez, y porque estaba *borracha* y la chocolatina estaba *congelada* —repliqué a la defensiva.

Todas se echaron a reír y coincidieron en que matarían por estar allí dentro y poder presenciar la clase. Luego estuvieron especulando sobre cuánto aguantaría Basil Ray en Faux antes de lamentar su decisión y volver a Strauss & Adder. En nuestra editorial era un pez gordo, pero en Faux… no tanto.

—No va a volver —le dijo Drew a Juliette—. Y aunque lo hiciera,

ya ha agotado la lista de todos los escritores fantasmas decentes.

Juliette abrió los ojos de par en par.

—¿En serio no escribe él sus libros? Bueno, ahora que lo dices, tiene sentido. Sus libros de cocina siempre han tenido estilos muy diferentes…

Volví a sumirme en mis pensamientos. Unté una tostada con *brie*, le puse un poco de mermelada de albaricoque y me pregunté qué pensaría Iwan de aquel lugar. ¿Le gustarían las calaveras de las paredes y los terribles juegos de palabras del menú, o se limitaría a echar un vistazo y saldría por la puerta porque no era un sitio a la altura de su imagen impecable? ¿El mismísimo James Ashton bebiendo un vino corriente y picando de la tabla de quesos más barata de un bar temático de la muerte con un grupo de cotillas?

No, no podía imaginármelo allí.

Y tal vez fuera lo mejor.

—Hablando de Falcon House —dijo Juliette, después de que Drew mencionara que Ann Nichols también tenía un escritor fantasma—, he oído que su editor jefe de romántica ahora está al mando de todo su catálogo editorial, tanto ficción como no ficción.

Fiona silbó por lo bajo.

—¿Está soltero?

Drew y Juliette la miraron.

—¿Qué? ¡Lo digo por Clementine!

—Está comprometido —respondí sin prestar mucha atención, solo para que vieran que estaba al tanto de la conversación. Tomé otro trozo de *cheddar* (mi favorito, nunca me fallaba)—. Además, ya sabes cómo soy. No tengo tiempo para el amor.

** Juego de palabras en inglés entre la palabra «burried», que significa «enterrado», y «berry», que significa «frutos rojos». (N. de la T).

21
Puertas cerradas

A la tarde siguiente, Drew me dio la noticia. La terrible, espantosa e indignante noticia.

—No lo hemos conseguido —susurró, sentada a la mesa alta de la cocina de la oficina, mientras removía por inercia su café solo.

Supe exactamente a qué se refería: James y su agente habían rechazado nuestra oferta.

Noté cómo la sangre me hervía al instante.

—¿Qué? Pero si…

—Lo sé —dijo, interrumpiéndome con un suspiro cansado—. Es imposible que les hayamos ofrecido menos que Estrange Books, y Tonya me ha dicho que han pasado a la siguiente ronda. Supongo que no le hemos caído bien.

Lo que era imposible, porque Drew caía bien a todo el mundo y le habíamos presentado un plan increíble junto con nuestra oferta.

—Pues se equivoca, y no tardará mucho en arrepentirse.

—Gracias. —Se bajó del taburete. Estaba intentando fingir que la decisión no le había afectado demasiado; al fin y al cabo, era editora y estaba acostumbrada a las decepciones. Pero aquello era un poco distinto, porque ella había apostado fuerte por James Ashton. Lo había buscado. Y en cualquier otra circunstancia, habría sido la única editora en hacerlo. Solo había sido cuestión de mala suerte y de un pésimo momento—. Creo que voy a salir a dar una vuelta. ¿Se lo

dices a Fiona si pregunta por mí?

—Claro —respondí, sintiéndome un poco impotente mientras la veía dirigirse al vestíbulo del ascensor.

Aquello no tenía ningún sentido. Había dado por hecho que, como mínimo, pasaríamos a la segunda ronda. Me paseé por la cocina, intentando recordar qué podía haber dicho o hecho Drew en la reunión del día anterior, pero había estado perfecta. Su presentación de Strauss & Adder había sido impecable, y su entrega al proyecto, más que evidente. La única opción que quedaba era…

Me detuve en seco.

Yo.

Se acordaba de mí, y no quería trabajar conmigo. *Yo* era la razón por la que había rechazado nuestra oferta. La angustia me revolvió el estómago. No había otra explicación.

Yo había echado a perder la negociación. En cuanto supe que era Iwan, tendría que haberme retirado, pero había tenido tantas ganas de verlo y de demostrarle a Rhonda que podía con aquello…

—Mierda —mascullé pasándome los dedos por el pelo—. Maldita sea.

Ojalá pudiera decir que la mala suerte terminó ahí, pero Rhonda se enteró de que el chef nos había rechazado, y decir que estaba decepcionada sería quedarse corta.

Se quedó de pie junto a mi mesa, repasando la propuesta, nuestros planes y la oferta que Drew había presentado, negando con la cabeza.

—Seguro que ha sido algo que dijo en la reunión. La oferta es buena y los derechos de autor excesivamente generosos. —Volvió a

negar con la cabeza y, en lugar de devolverme la propuesta de James Ashton, la tiró a la papelera—. Tonterías, todo tonterías.

—La agente nos aseguró que casi todas las editoriales pasarían a la siguiente ronda.

—Está claro que Lauren mintió. Pues nada, vuelta a empezar. Aprendamos de esto y sigamos adelante.

Después se dio la vuelta y se fue a su despacho, y yo tuve que hacer un esfuerzo enorme para no taparme la cara con las manos. ¿Aprender cuando ya llevaba siete años allí? Esa reunión preliminar debería haber sido pan comido, pero terminó condenándonos. Era humillante, sobre todo porque había estado convencida de que pasaríamos a la siguiente ronda.

Y al final había sido yo quien lo había echado todo a perder, y eso nos dejaba sin una figura clave para ocupar el puesto de Basil Ray.

Que le dieran a Basil Ray, en serio. ¿Por qué narices se había ido a Faux?

«Aprender de esto», me recordé.

Abrí Instagram y navegué por los perfiles de los comidistas más relevantes, descartando a todos los que fueran atractivos. No eran de fiar.

Para cuando dieron las cinco, ya había planeado cuatro formas distintas de matar a James Ashton y que pareciera un accidente. Incluso había guardado en el móvil una ubicación en el Hudson como el sitio perfecto para deshacerme de su cadáver, aunque, obviamente, no iba a llegar a ese extremo. Pero imaginármelo hizo que me sintiera un poco mejor mientras recogía el bolso para marcharme.

Di unos golpecitos en el lateral del cubículo de Drew y ella levantó la vista del manuscrito que había impreso, en el que estaba

escribiendo anotaciones con un rotulador rojo.

—Hola —murmuré—. ¿Te encuentras bien?

—No es la primera vez que me rechazan una oferta, Clementine —me recordó, dejando el manuscrito a un lado—, pero gracias por preocuparte.

Intenté que no se me notara mucho el remordimiento, porque sabía que todo era culpa mía. Al fin y al cabo, me había reconocido. ¿Y si me odiaba después de aquel fin de semana? ¿O le había molestado sin darme cuenta? ¿O simplemente no quería trabajar con alguien a quien había besado hacía una eternidad?

Yo era la razón por la que no habíamos conseguido ese libro. ¿Y si también me convertía en la responsable de que Strauss & Adder cerrara? No, eso era absurdo. Lo sabía. Ninguna editorial cerraba por una sola adquisición fallida.

Estaba intentando no tener un ataque de pánico.

Drew miró el reloj y dio un respingo.

—¿Son las cinco ya? No me puedo creer que hoy salgas antes que yo.

—Por eso te he preguntado si estabas bien.

—¡Ja! Gracias. Estoy bien, en serio. ¿Nos vemos el lunes?

—No trabajes hasta muy tarde —le dije, despidiéndome con la mano, y salí hacia el vestíbulo del ascensor antes de que notara el nerviosismo en mi rostro.

Caminé hacia el norte, en dirección al enorme edificio blanco hueso con leones en las cornisas, y pensé que, si uno de ellos se desprendía y me caía encima (una pesadilla recurrente que tenía de niña), quizá no sería tan malo. Podría pasar unos meses en coma, despertar sin recordar nada de ese verano y volver al trabajo sin saber quién era James Iwan Ashton.

Ese día tuvo lugar uno de los atardeceres especiales en los que el sol se alineaba perfectamente con la cuadrícula de las calles de Manhattan, creando un efecto visual impresionante. Tanto los turistas como los neoyorquinos se agolpaban en los pasos de cebra, con los móviles en alto, para inmortalizar la explosión de tonos naranjas, dorados y rojizos que surgía del horizonte, justo al final de la calle. Pasé de largo, esquivando a la gente sin detenerme. El fenómeno, también conocido como «Solsticio de Manhattan», duraba solo unos minutos, mientras el crepúsculo cubría la ciudad con un brillo similar al de un tequila *sunrise,* y para cuando abrí las puertas del Monroe, ya había terminado.

Earl me saludó al entrar. Ya iba por la mitad de su siguiente novela de misterio, *Muerte en el Nilo.* Yo lo único que quería era llegar al apartamento de mi tía, darme un baño con una bomba efervescente, sumergirme en el agua y desconectar un rato con la banda sonora de *Moulin Rouge* de fondo.

El ascensor tardó una barbaridad en llegar y, cuando entré, olía ligeramente a ensalada de atún, lo cual era tan desagradable como sonaba. Me apoyé en la barandilla, observé mi reflejo deformado y me coloqué el flequillo rebelde, aunque el día había estado tan cargado de humedad que lo tenía hecho un desastre.

Era inútil intentar arreglarlo.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta y recorrí el pasillo, contando las puertas hasta llegar a la B4. Estaba deseando quitarme aquella falda. Después del baño, me pondría unos pantalones de chándal, sacaría el helado del congelador y vería la reposición de algo espantoso.

Abrí la puerta y entré con paso cansado. Me quité los zapatos y…

—¿Limón? —preguntó alguien desde la cocina. Su voz era grave e

inconfundible—. ¿Eres tú?

22
Consejos no pedidos

El apartamento olía a comida, especiada y reconfortante, y el suave murmullo de la radio flotaba en el ambiente, con una canción que había sido un éxito años atrás.

Esa voz… Era imposible no reconocerla. El corazón me latió con tanta fuerza en el pecho que creí que me iba a estallar.

Di un paso, y luego otro.

No. No podía ser.

—¿Iwan? —pregunté, vacilante… ¿y esperanzada?

No sabía si ese nudo en el estómago era esperanza o puro pavor. No estaba segura. Avancé un poco más por la entrada, dejando los zapatos en el suelo. ¿Cuántas probabilidades había?

Oí el sonido de unas pisadas apresuradas en la cocina y, de pronto, una cabeza con el pelo castaño rojizo y ojos claros asomó por la puerta.

Y la puerta de entrada se cerró con un leve chasquido a mi espalda.

Iwan llevaba una camiseta blanca sucia, con el cuello dado de sí, y unos vaqueros desgastados. No tenía nada que ver con el hombre estirado que se había sentado frente a mí en la sala de reuniones. Parecía otra persona.

Me sonrió con aquella calidez suya, como si estuviera encantado de verme.

Porque así era.

«Imposible. Esto es imposible…».

—¡Limón! —me saludó con entusiasmo, y hasta la forma en que pronunció mi estúpido apodo sonó diferente. Como si no fuera solo un apodo, sino un refugio.

Abrió los brazos de par en par y me estrechó en un abrazo. Nunca he sido muy fan de los abrazos, pero el contacto repentino de su pecho, la proximidad… hicieron que el corazón se me desbocara. El miedo se transformó en un revoloteo de mariposas inquietante y lleno de esperanza. Olía a jabón y a canela, y antes de darme cuenta, me aferré a él con más fuerza.

«Te he conocido en mi época, y eres tan distinto», quise decirle, hundiendo la cara en su pecho, pero dudaba que me creyera. «No sé por qué has cambiado. Ni cómo pasó».

Y luego añadiría en un susurro: «No te conozco en absoluto».

—No sabes cuánto me alegro de verte. Y llegas justo a tiempo para la cena —murmuró contra mi pelo—. Espero que te guste el *japchae.*

Lo miré como si estuviera viendo a un fantasma. Tenía la cabeza hecha un lío. El apartamento lo había vuelto a hacer, igual que con mi tía y Vera. Pero ¿por qué ahora? ¿Otro momento crucial?

Iwan me soltó y frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

—Yo…

Me di cuenta de que no me importaba. Él estaba allí. Yo también.

Y hacía mucho que no me sentía tan feliz.

—Lo siento —solté sin pensarlo—. Por no haber vuelto antes.

—¿Todo bien con tu apartamento?

—¿Cómo?

—Me refiero a lo de las palomas —explicó.

—¡Ah, sí! Todo bien. Solo he venido para… para ver cómo estabas.

Perdón por no haber llamado a la puerta.

—Tranquila, no pasa nada. Estaba seguro de que volverías. Bueno… —añadió con una sonrisa tímida—, al menos, lo esperaba.

Nos quedamos allí un instante, en una de esas pausas incómodas. Como si él quisiera decir algo, y yo también.

«Te he echado de menos». Demasiado directo, ¿verdad? «He echado de menos esta versión de ti». Eso habría sido demasiado raro. Me moría por zarandearlo y preguntarle si yo era la razón por la que había rechazado la oferta de Drew, pero él no era ese hombre.

No lo sería hasta dentro de unos años.

Entonces se aclaró la garganta y me hizo un gesto para que lo siguiera a la cocina, donde bajó el volumen de la radio y volvió a los fogones. El instante pasó.

Entré en la cocina, dejé el bolso en la encimera y me subí al taburete con una facilidad inquietante, como si fuera parte de mi rutina. ¿En qué momento se había convertido en algo habitual? Me sentía extrañamente cómoda, pero al mismo tiempo, tenía la sensación de estar viviendo un sueño.

—¿Cómo te va? —preguntó, recuperando la cuchara de madera que había dejado en la sartén y removiendo lo que estuviera preparando.

—Bien. —Pero luego me di cuenta de que había repetido esa palabra muchas veces en las últimas semanas y quise ser más sincera con él—. Un poco saturada, la verdad, pero he estado pintando más. —Abrí el bolso y saqué la guía de viaje de Nueva York para enseñarle mis nuevas pinturas. Por fin había terminado el de las chicas en el metro, y me gustaba mucho cómo había quedado, con esos tonos azules y morados.

—¡Oh, qué preciosidad! —exclamó. Tomó la guía para pasar las

páginas y verlas todas—. Son una pasada, de verdad. Algún día, cuando tenga mi propio restaurante, te encargaré algunos cuadros.

Pensé en el Olive Branch y en su propuesta para el libro de cocina.

—No creo que encajen con la estética que buscas.

—Pues claro que sí. —Cerró la guía y me la devolvió—. ¿Qué me dices?

Me sentí halagada. Era un detalle muy bonito.

—Por desgracia, no acepto trabajos por encargos.

—Entonces, ¿qué tal un intercambio? —propuso—. Cena en mi restaurante de por vida.

Me encantaba el futuro que me estaba describiendo. Y habría caído rendida ante él… si hubiera sido cierto.

—De acuerdo —dije, porque sabía que no sería real—, pero solo si tengo una mesa exclusiva para mí.

—Reservada para ti cada noche. La mejor mesa del local.

—Trato hecho, chef. —Le tendí la mano y él me la estrechó con fuerza. Su apretón seguía siendo firme y cálido, con esos dedos curtidos por el trabajo. Eso era algo que no había cambiado con los años. Aunque en la sala de reuniones se había demorado un instante más de lo necesario.

—Te vas a arrepentir —le dije, mientras él volvía a remover la sartén y yo guardaba la guía de viaje/cuaderno de bocetos en el bolso.

—No, no lo creo.

No, simplemente lo olvidaría.

Eché un vistazo al apartamento. En las semanas que había estado ausente, Iwan se había instalado por completo. Había platos secándose en el escurridero y algunas migas sobre el aire acondicionado exterior, donde anidaban Nome y Jodas. Sacó dos

cuencos decorados con flores del armario y sirvió en ellos una especie de fideos salteados con carne y verduras. Luego llevó ambos a la mesa amarilla y, sin preguntar, descorchó una botella de vino.

—Me acordé de que te gustaba el rosado, así que compré más por si acaso volvías —dijo, para mi asombro, e hizo un gesto hacia la mesa—. ¿Cenamos?

—Vaya, ¿estás intentando impresionarme? —bromeé, bajándome del taburete y acercándome a la mesa.

Con él todo era tan sencillo. Quizá fuera esa sonrisa suya despreocupada que lograba desarmarme como pocas cosas lo hacían. Fuera cual fuese el motivo, sentí cómo el pánico que me había invadido desde la reunión con James y el posterior rechazo de la oferta empezaba a desvanecerse poco a poco.

—¡Ja! Puede ser —reconoció. Se sentó frente a mí y llenó nuestras copas de vino—. *Bon appétit*, Limón.

Me quedé prendada de la forma en que pronunció mi nombre, con una ternura especial.

—¿Puedes repetirlo? —pregunté, y en cuanto lo hice me di cuenta de lo raro que había sonado.

—¿Qué, *bon appétit*? —Hizo una mueca—. Ya sé que se me da fatal el francés, no hace falta que me lo restriegues…

—No, mi apodo.

Esbozó una media sonrisa de satisfacción, se apoyó en los codos y dijo:

—Vaya, ahora sí te gusta, ¿eh?

El rubor me ascendió por el cuello.

—No. Lo que pasa es que… tengo que acostumbrarme a él, porque está claro que no vas a parar. —Como era de esperar, no me creyó. Ni yo misma me lo tragaba—. Da igual —me apresuré a añadir.

Justo en ese momento, el tono de llamada de un móvil resonó con fuerza en la cocina.

—No es el mío —aclaré. Mi teléfono no funcionaba en el pasado.

—Ay, perdona —murmuró. Se puso de pie y fue a buscar un viejo móvil con tapa que estaba cargando en la encimera. Era evidente que la tecnología no era lo suyo. Miró el número en la pantalla y arrugó la nariz; un gesto que, como había observado, solía hacer cuando algo no le cuadraba—. Lo siento, tengo que responder —dijo, llevándose el teléfono al oído mientras se alejaba hacia el dormitorio —. Hola, mamá. ¿Pasa algo?

Permanecí en mi sitio, observando en silencio mi plato de fideos fríos con carne y verdura. ¿Empezaba a comer o…? Intenté no escuchar, en serio, pero las paredes de ese apartamento eran finas como el papel y el dormitorio estaba solo a unos pasos de la cocina.

—Sí, sigo buscando un sitio… No, mamá, estoy bien, de verdad —dijo, riendo—. Anda, deja de preocuparte tanto. Escucha, ahora estoy con alguien. ¿Te llamo luego? Sí, te lo prometo. —Una pausa—. Te aviso. Yo también te quiero. Buenas noches.

Cuando volvió, intenté fingir que estaba haciendo algo: doblé la servilleta, la desdoblé, inspeccioné los cubiertos (hasta ese momento, no me había dado cuenta de que mi tía tenía palillos de metal).

—¿Tan mal friego? —preguntó en cuanto se sentó.

—¡No, no! Está todo perfecto —respondí de inmediato, dejando los palillos en la mesa—. Yo solo… estaba viendo mi reflejo en… Las paredes son muy finas —confesé.

Soltó una carcajada.

—Era mi madre. Se preocupa por todo. Como todas las madres. —Puso los ojos en blanco y tomó una servilleta de la mesa—. Por cierto, te manda saludos.

—¿Le has hablado de mí? —pregunté, sorprendida.

—Le he dicho que he conocido a una amiga —respondió—. Y en su cabeza, eso significa que planeamos fugarnos para casarnos en Las Vegas.

—Vaya, eso sí que es saltarse unos cuantos pasos.

—Así es mi madre —rio—. ¿Cenamos?

—*Bon appétit* —dije con un acento francés exagerado, lo que hizo que casi se atragantara con el vino. Se rio entre toses y yo empecé a comer para disimular mi satisfacción. Me di cuenta de que estaba muerta de hambre. Los fideos fríos estaban deliciosos, y la carne era tan tierna que prácticamente se deshacía en la boca.

—Una buena paletilla de cerdo nunca me defrauda —comentó—, y si te digo la verdad, esta es una de mis comidas reconfortantes. Estas semanas han sido un poco complicadas.

—¡Ay, se me había olvidado lo de tu entrevista! —exclamé al recordarlo. Me fijé en él con más atención y, sí, se notaba que estaba agotado. Tenía el pelo un poco sucio y peinado hacia atrás, y la camiseta blanca delataba que no había tenido un día fácil; el cuello estaba tan dado de sí que dejaba al descubierto la marca de nacimiento de la clavícula. Aparté la vista de inmediato—. ¿Conseguiste el trabajo?

Terminó de masticar, hizo una reverencia teatral y anunció:

—Soy oficialmente su nuevo friegaplatos. Aunque se me había olvidado lo duro que era. —Me enseñó las manos. Las tenía secas y agrietadas, y cuando le tomé una de ellas, la tenía muy áspera.

—Necesitas una buena crema hidratante —le dije mientras él apartaba las manos y se miraba las uñas con resignación—. O usar guantes de goma.

—Sí, lo más seguro…

—No te preocupes. No vas a ser friegaplatos toda la vida.

—No, y dejando a un lado lo de las manos agrietadas, está siendo una experiencia increíble. Ya he trabajado en cocinas antes, pero el Olive Branch tiene algo especial que…

—¿Así se llama el restaurante? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—¡Ah, sí! ¿No te lo había dicho? —Cuando negué con la cabeza, esbozó una sonrisa de disculpa—. Deberías pasarte algún día. Prometo dejarte los platos impecables.

—Qué honor, Iwan.

Sonrió, enrolló los fideos en los palillos y se los llevó a la boca.

—El chef ejecutivo es una auténtica maravilla. Tiene un don para sacar lo mejor de cada uno de sus cocineros. Es muy estricto, pero estoy deseando empezar a trabajar con él —dijo, casi con veneración, y luego arrugó la nariz—. Bueno, casi siempre.

Enarqué una ceja con curiosidad.

—Resulta que hay una vacante para ayudante de cocina, y me gustaría intentarlo, pero…

—¿Pero qué? ¡Hazlo! Vivir aquí cuesta una barbaridad.

—Lo sé, pero acabo de empezar, así que no sé si debería. Tengo la sensación de que aún no me lo he ganado. Además, hay otro chico que también quiere presentarse. Ahora mismo se encarga de las verduras. Todo el mundo cree que le van a dar el puesto a él.

—Y por eso —deduje—, ni siquiera vas a intentarlo.

—No sé si debería hacerlo. ¿Y si no soy lo suficientemente bueno? ¿Y si meto la pata y quedo fatal ante el chef? He tenido suerte de poder aprender del chef al que mi abuelo admiraba. Mi abuelo nunca tuvo la oportunidad de formarse como cocinero, y deseo esto con todas mis fuerzas. Quiero que se sienta orgulloso, ¿sabes? Y no sé si…

Extendí la mano y la coloqué sobre la suya. El gesto lo tomó por sorpresa; se quedó callado, bajó la vista hasta nuestras manos y luego me miró. Le acaricié la piel con el pulgar.

—James Iwan Ashton —dije con dulzura—, tienes talento y no te rindes nunca. Te mereces ese puesto tanto como cualquier otro.

—No me lo he ganado…

—¿Y quién decide cuándo te lo ganas? Si quieres algo, ve a por ello. Nadie va a estar más de tu lado que tú mismo.

Vi cómo vacilaba.

Rodeé su mano con mis dedos y se la apreté con fuerza.

—Sé implacable con tus sueños, Iwan.

Movió la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Su piel áspera contrastaba con la suavidad de la mía.

—Está bien —decidió por fin, y volvió a mirarme con esos ojos grises tan bonitos—. Aunque creo que nunca te he dicho mi nombre completo.

—Claro que sí —respondí a toda prisa, retirando la mano. Volví a centrarme en mi comida—. La primera noche. ¿No te acuerdas? —Me di unos golpecitos en la cabeza con la punta del dedo—. Tengo memoria de elefante.

Se rio entre dientes.

—No lo dudo —Ladeó la cabeza, pensativo—. ¿Te he hablado alguna vez del restaurante que quiero abrir?

Aquello captó mi interés y me enderecé un poco.

—No.

Se animó al instante, como un perro al que le ofrecen un hueso.

—¿No? De acuerdo, imagina esto: mesas largas para compartir, paredes rojas, un ambiente cálido y sillas de cuero desgastado por el uso. Le encargaría a un artista local que diseñara las lámparas, mi

equipo estaría formado por gente a la que adoro y, por supuesto, pondría tus cuadros en las paredes —añadió con un guiño cómplice —. Quiero que sea un lugar en el que uno se sienta como en casa.

Pensé en los platos del libro de cocina que nos había propuesto: fideos sobre una base de hielo seco, empanadillas chinas que necesitaban una vaporera profesional, una salsa de chile con unos pimientos africanos rarísimos… Y no, no me lo pude imaginar.

—Tiene pinta de ser un sitio donde sí iría a comer, y eso que detesto ir a restaurantes —dije—. ¿Qué nombre le pondrías?

—No lo sé. No se me ha ocurrido nada todavía. —Esbozó una sonrisa lenta y cálida, como la mantequilla derritiéndose—. Pero no hay prisa, todavía tengo unos cuantos años para pensarlo.

Siete, para ser exactos.

Terminó su copa de vino mientras yo dejaba los palillos sobre la mesa, incapaz de terminar lo poco que quedaba en el cuenco. Vi cómo hacía un gesto hacia mi cuenco y le dije:

—Oh, sí, por favor, todo tuyo.

—Cuando se trata de comida soy como un pozo sin fondo —bromeó, poniendo mi cuenco encima del suyo.

Tomé mi copa de vino y me recosté en la silla mientras se terminaba los fideos. Entonces, se me ocurrió una idea.

—Te voy a plantear un caso hipotético.

—Dispara —dijo con la boca llena.

—Hay un autor, ¿vale? En el trabajo. —Intenté que la historia fuera lo más genérica posible—. Mi amiga y yo participamos en una puja. Se suponía que todas las editoriales interesadas pasarían a la siguiente ronda, pero… él nos ha dejado fuera.

Alzó las cejas, sorprendido.

—¿Así, sin más?

—Sin más. Y me da rabia, porque sé que él y mi amiga harían un equipo magnífico. —Me mordí la uña del pulgar, hasta que me di cuenta y bajé la mano de golpe—. ¿Tú qué harías?

—¿Sabes por qué os ha dejado fuera?

«Me temo que por mi culpa».

—Ni idea.

—Mmm… Qué complicado. —Empezó a levantarse para recoger los cuentos, pero le di un manotazo y me encargué yo.

—Tú cocinas y yo recojo, ¿recuerdas?

Fui a la cocina y abrí el grifo del fregadero, esperando a que el agua se calentara.

Iwan vino detrás de mí y, mientras estaba allí de pie, apoyó la barbilla en mi hombro y se recostó en mí. Olía a lavavajillas y a lavanda, y tuve que hacer un esfuerzo titánico para no derretirme contra él como un helado en pleno verano.

—Bueno —murmuró contra mi piel, con esa voz grave—, ¿por qué no intentas convencerlo?

Solté una risa irónica.

—Ojalá fuera así de fácil. Por desgracia, no funciona así. Y para colmo, el futuro profesional de mi amiga y el mío dependían de esto. No lo entiendo. Deberíamos haber pasado a la siguiente ronda.

—Es una pena que ese autor no sea chef. En una cocina, lo esencial es el trabajo en equipo. Todos dependemos unos de otros, y si nos llevamos bien, mejor. Tengo amigos que han trabajado en sitios con muy mal ambiente y acabaron dejándolo. El alma de una cocina son las personas que trabajan en ella.

«¿Las personas?». Lo miré fijamente.

—¿Lo dices en serio?

Se encogió de hombros, como si fuera lo más obvio del mundo.

—Por supuesto. No nos pagan lo suficiente como para trabajar en un sitio de mierda, sobre todo si tenemos experiencia para irnos a otro lado.

Cerré el grifo y lo observé en silencio, con la mente trabajando a toda velocidad. ¡Dios! Ahí estaba la clave. Lo único que tenía que hacer era apelar al chef que llevaba dentro; al mismo chef que acababa de pronunciar esas palabras. Seguro que a esas alturas ya había vivido malas experiencias en una cocina; por lo que sabía, era algo de lo más común. Era una apuesta arriesgada, pero yo siempre había confiado en los golpes de suerte.

Me miró, desconcertado.

—¿Qué? ¿Pasa algo?

Me volví hacia él, lo miré a los ojos, esos ojos maravillosos del color de la luna, y le sujeté la cara con ambas manos, apretándole las mejillas.

—¡Eres un genio, Iwan!

Parpadeó.

—¿Lo… soy? Bueno, claro que lo soy.

—¡Un genio! —Tiré de su cara para atraerlo hacia mí antes de rozar sus labios con los míos. Eran cálidos y suaves, y al principio, se quedó un poco sorprendido, pero apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que me apartara—. Nos vemos luego, ¿vale?

Me giré para marcharme, pero él me agarró de la mano y me retuvo. Me sujetó con más fuerza de lo habitual. De una forma desesperada, como si me necesitara.

—Espera un segundo —murmuró, y volvió a besarme.

Ahora sí estaba preparado. Me besó con avidez y yo me entregué sin pensarlo. Me aferré a su camiseta con la mano libre, atrayéndolo más hacia mí. Él me soltó la mano, se agachó un poco para

agarrarme de la cintura, y me levantó del suelo para sentarme sobre la encimera. Entonces me miró a los ojos; los suyos se oscurecieron como el cielo antes de una tormenta. Unos mechones rebeldes le cayeron por la frente, y cuando la luz fluorescente de la cocina le dio de lleno, vi algunos reflejos dorados entre sus rizos.

—Un incentivo —murmuró con voz ronca, dejando un rastro de besos por mi rostro y cuello—, para que vuelvas un poco antes.

—¿Tanto me has echado de menos? —le pregunté, rodeándole el cuello con los brazos.

—Mentiría si te dijera que no —susurró contra mi boca.

¿Lo peor de todo? Que no quería irme. Quería quedarme y perderme en sus besos lentos, en la presión de sus manos sobre mis muslos. Pero entonces vi la hora en el reloj del microondas detrás de él y la realidad me golpeó de lleno. Las nueve en punto. Si quería llegar al Olive Branch antes de que cerraran, tenía que irme ya.

—Volveré —dije en voz baja, odiando tener que marcharme.

No me creyó.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Aunque realmente no dependía de mí, tampoco era mentira. Volvería a verlo. Si el apartamento me había traído de vuelta esa vez, lo haría de nuevo. Lo sentía en lo más profundo de mi ser.

Me besó una última vez antes de que mis pies tocaran el suelo, como si quisiera sellar la promesa con sus labios. Y en ese momento supe que si quería marcharme, tenía que hacerlo ya, porque cada vez me costaba más separarme de él.

«Recuerda la regla número dos», me dije, antes de romper el contacto.

Recogí el bolso y lo poco que me quedaba de voluntad y salí de allí

antes de cambiar de opinión.

23
Una buena jugada

Sabía que era una mala idea, pero no me quedaba otra. No, si pretendía arreglar aquello.

Paré un taxi, le pedí al conductor que me llevara al Olive Branch, en el SoHo y, en menos de veinte minutos, estaba delante del bullicioso restaurante. Sin un plan. Las puertas estaban abiertas de par en par; las ventanas también, dejando entrar la brisa veraniega de la noche. Los clientes nocturnos no tenían nada que ver con los del mediodía, todos eran jóvenes con atuendos llamativos y modernos, más ocupados en fotografiar su comida que en comerla. De hecho, la mayoría de los platos estaban prácticamente intactos. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan fuera de lugar que estuve a punto de darme la vuelta, pero me armé de valor y recordé lo que siempre decía mi tía:

«Si no encajas, haz creer a todo el mundo que sí lo haces hasta que sea verdad».

La recepcionista me paró en la entrada y me pidió el nombre de la reserva. Primer problema. Obviamente, no tenía ninguna reserva, y sin ella no me iba a dejar pasar. Así que cuadré los hombros, alcé el mentón y actúe con toda la seguridad del mundo.

—He venido a ver a James.

La mujer abrió los ojos de par en par y me examinó de arriba abajo.

—¿Y usted es…?

Claro, ahora todo el mundo quería verlo, y dudaba que hubiera vuelto a pensar en mí. Qué curioso, teniendo en cuenta que aún sentía el sabor de sus labios sobre los míos.

—Soy…

Nadie importante, solo una publicista de una editorial a la que él había rechazado. Con eso no iba a conseguir que me dejaran entrar. Así que improvisé. ¿Qué habría hecho mi tía en mi lugar? Mi tía era experta en fingir que pertenecía a un entorno hasta que realmente lo hacía.

—Soy periodista. Trabajo para… para… —Eché un vistazo a una pila de revistas que había tras el mostrador de recepción—. *Women's Health.*

Hice todo lo posible por no hacer una mueca. Sí, era una mentirosa pésima.

Ella frunció el ceño y me volvió a mirar con desconfianza.

—¿Para ver a James?

—Estoy escribiendo un artículo sobre cómo hacer que a las mujeres se les acelere el pulso. —Iba empeorándolo por momentos.

—¿No es un poco tarde?

—Nunca es demasiado tarde… Eso es lo que siempre decimos los periodistas. ¿Puedo verlo?

Apretó los labios, se tocó el auricular y murmuró algo. Luego esperó un momento y asintió.

—Lo siento, pero tendrá que venir en… ¡Oiga, espere…!

Pasé junto a ella sin mirarla, con la determinación de quien tiene un trabajo que hacer. En realidad, así era, aunque no el que ella imaginaba.

—Dile que estoy aquí —solté por encima del hombro antes de colarme en el lujoso y exclusivo restaurante que no me podía

permitir. La oí protestar, pero no intentó detenerme. Había demasiada gente esperando, y seguramente no le pagaban lo suficiente como para preocuparse por algo así.

Esquivé a un camarero que llevaba una bandeja enorme llena de platos y me metí en el pasillo que conducía a la cocina y a los baños. Las puertas metálicas de la cocina se abrieron de golpe cuando un camarero salió a toda prisa con una bandeja cargada de platos presentados meticulosamente. Me hice a un lado y sujeté la puerta antes de que se cerrara. Era ahora o nunca.

—Rumbo a Mordor —susurré, y entré.

Una mujer mayor, con el pelo de color verde azulado y un corte tipo *pixie,* levantó la vista del plato que estaba emplatando (algún tipo de pescado), y puso cara de pocos amigos.

—Aquí no se puede entrar —espetó antes de gritar algo por encima del hombro, pidiendo una salsa o algo parecido. Debía de ser la segunda al mando.

La cocina era un caos. Los empleados gritaban «¡Paso!» mientras llevaban sartenes humeantes para emplatar o «¡Giro!» al doblar hacia los fregaderos con montones de platos sucios. Era abrumador, pero me obligué a seguir adelante.

Otro camarero pasó junto a mí y dejó una comanda en el puesto de la segunda jefe de cocina, que la recogió y la cantó en voz alta al resto del equipo. Luego se volvió hacia mí y repitió un poco más molesta:

—Aquí no se puede entrar.

—Solo estoy buscando a…

Hizo un gesto al camarero que estaba a mi lado.

—Sácala de aquí.

El camarero, un chico desgarbado de unos veintipocos años, se

giró y abrió los brazos, tratando de llevarme de vuelta al pasillo.

—Lo siento, señora —murmuró con la vista clavada en sus zapatos, evitando mirarme a los ojos.

Intenté apartarlo.

—Espera un momento, ¡quiero hablar con el chef ejecutivo!

—Como todo el mundo —replicó la segunda de cocina sin dignarse a levantar la vista del plato cuyos bordes estaba limpiando —. No eres especial.

Vaya borde.

El camarero me agarró del brazo, pero me zafé de un tirón.

—Mira, solo necesito unos minutos…

—¿Acaso lo ves aquí? ¡Fuera! —gritó de nuevo la mujer, haciendo un gesto con la mano mientras el camarero me sacaba de la cocina.

—Lo siento, lo siento, lo siento —murmuró el chico, empujándome hacia la puerta. Nunca me habían echado de un sitio con tantas disculpas.

Salí trastabillando al pasillo y, en un abrir y cerrar de ojos, las puertas metálicas de Mordor se cerraron ante mí.

—Espera, por favor, solo quiero hablar…

—¿Ocurre algo?

El camarero se quedó inmóvil. Yo también. Mi corazón se estrelló contra mi pecho.

El chico se volvió rápidamente hacia la voz que había sonado detrás de mí.

—Chef —murmuró, con la vista clavada en el suelo—. Lo siento. Ha entrado en la cocina preguntando por usted.

—¿Ah, sí? —preguntó con voz grave.

Se me erizó la piel.

—La Chef Samuels me ha pedido que me deshiciera de ella.

—Espero que no para siempre.

El camarero se sobresaltó.

—No… Yo…

—Solo estaba bromeando —dijo con un deje de resignación, y le hizo un gesto para que se marchara—. Ya me encargo yo. Puedes volver al trabajo.

—Sí, chef. —El camarero hizo un leve gesto de asentimiento y se marchó corriendo a atender las mesas.

En cuanto lo perdimos de vista, el chef dejó escapar en un murmullo ronco.

—Tú no trabajas para ninguna revista.

Giré sobre mis talones y me encontré cara a cara con James Ashton. Se me hizo un nudo en el estómago. Hacía apenas media hora, tenía su boca en mi cuello, su aliento contra mi piel, y ahora… éramos como dos desconocidos.

—James —lo saludé, intentando que no me temblara la voz.

Ojalá Iwan tuviera razón y aquello diera resultado.

Llevaba puesto el uniforme de chef, una chaquetilla blanca abotonada en el lateral, ceñida a sus anchos hombros.

—¿Qué pasa, Clementine?

—Rechazaste nuestra oferta.

—Sí, lo hice, y si has venido por eso —dijo con cautela—, mi respuesta sigue siendo la misma.

Se me cayó el alma a los pies.

—Espera, déjame hablar…

—Lo siento —continuó. Bajó los brazos a los lados y pasó junto a mí, en dirección a la cocina—. Tengo que volver al trabajo…

Me di la vuelta a toda prisa.

—¿Es por mi culpa?

Se quedó inmóvil, sin girarse.

Apreté los puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en las palmas.

—¿Es por mí? —insistí—. ¿Porque tú y yo…?

Me miró por encima del hombro, y no necesité más respuesta.

Sí, era por *mí*.

Empezaron a temblarme los puños. Tal vez debería haberme sentido mal porque me odiara, pero ¿castigar a Drew por ello? No, no estaba triste. Estaba furiosa.

—¿No crees que es pasarse un poco?

Se volvió hacia mí.

—En realidad, no.

—Pero si no hicimos nada —protesté, avanzando un paso mientras él retrocedía—. Solo nos besamos un par de veces. Nada más. —Di otro paso, y él se quedó sin escapatoria, con la espalda pegada a la pared, atrapado entre un aplique de luz y un cuadro de un bodegón —. Y dudo mucho que, después de aquello, hayas estado quietecito, James.

Abrió los ojos claros de par en par.

—Mmm… Bueno…

—Si no te caigo bien o prefieres olvidarte de mí, lo entiendo, pero ¿rechazar la oferta de Strauss y Adder por mi culpa? —seguí hablando porque el Iwan que yo conocía y el hombre que tenía delante no podían ser más distintos. Me daba igual lo mucho que hubiera triunfado o lo atractivo que fuera ahora, mi prioridad era salvar mi sello editorial.

—Clementine —dijo. Odié lo calmada que seguía su voz, lo sereno que estaba—, ¿de verdad crees que deberíamos trabajar juntos? ¿Que esto… —hizo un gesto señalándonos—, sería una buena idea?

—¡Creo que tú y Drew haríais un gran equipo! Y creo que en Strauss y Adder valorarían tu trabajo como se merece. Por no hablar de lo buenísima que soy en mi trabajo; algo que tengo más que claro. Jamás permitiría que un rencor personal, o lo que sea que tengas contra mí, influyera en lo duro que trabajaría para ti y para tus libros. —Dejé de apretar los puños—. Sé que presentarme aquí no es lo más profesional, pero una vez dijiste que lo que hace grande a un equipo son las personas, y todos los que trabajan en Strauss y Adder son excepcionales. Son gente trabajadora y honesta, justo lo que te mereces. Y ellos también se merecen una oportunidad. Una de verdad.

Si aquello no fuera importante, yo no habría estado allí, poniéndome en evidencia. Strauss & Adder necesitaba a un autor de peso que llenara el vacío que había dejado Basil Ray, y si no lo conseguíamos, mi trabajo, y el de todos los demás en el sello, corría peligro. Basil Ray no iba a ser el motivo por el que Strauss & Adder cerrara, pero me negaba a que ese viejo críptico nos diera el golpe de gracia.

Vi cómo fruncía los labios, esperando que fuera yo quien apartara la mirada, pero al final lo hizo él. Se le contrajo un músculo en la mandíbula.

—No me gusta que uses mis propias palabras contra mí… —murmuró.

—Reconócelo —le dije, clavándole un dedo en el pecho—, ha sido una buena jugada.

Arrugó la nariz; el primer resquicio en su fachada impecable. La primera señal de que mi Iwan seguía ahí.

—También es… bastante entrañable —confesó—, y un pelín sexy.

Parpadeé.

—¿Sexy?

Se inclinó un poco más, acercando su cara a escasos centímetros de la mía; tan cerca, que noté su aliento en mi piel.

—Me tienes acorralado contra la pared, Limón.

«…Vaya».

De pronto, fui consciente de la escasa distancia entre nosotros. Tan escasa que podía ver mi reflejo en los botones relucientes de su chaquetilla. Y eso sí que no era profesional. Y así, sin previo aviso, volvió esa molesta sensación. Ese cosquilleo en el estómago, burbujeante e inquietante, hasta el punto de revolvérmelo. Noté cómo me subían los colores, y me separé de él de inmediato, con las orejas ardiendo.

—Ay, perdón. Lo siento.

—No me estaba quejando…

—Voy a apartarme de la negociación —lo interrumpí—. Debería haberlo hecho desde el principio, en cuanto supe que eras tú. Ha sido culpa mía. Juliette puede sustituirme, es una publicista estupenda y seguro que…

—No, no hace falta. —Soltó un suspiro y se frotó el lateral del cuello. Los gritos que venían de la cocina resonaban en el pasillo como el eco en una cueva. El murmullo del comedor se mezclaba con el tintineo de los cubiertos y las risas de los comensales—. Creía que no querías trabajar conmigo —añadió en un tono más bajo.

Abrí los ojos como platos y volví a mirarlo.

—¿Cómo?

—Eso es lo que pensé. Que solo estabas fingiendo ser amable en la reunión. No te mostraste muy simpática que digamos. Tenías esa mirada. Ya sabes, la de… —Hizo un gesto con los dedos, pellizcando el aire cerca de sus cejas. ¿Se refería a mi…?—. ¡Esa! Esa misma.

La vergüenza se apoderó de mí.

—¡Y yo pensaba que no querías verme! —«No lo has hecho en siete años. Ni siquiera me has buscado». Di un paso hacia atrás y me pasé los dedos por el pelo—. Madre mía.

—Lo siento —dijo, aunque me dio la impresión de que quería añadir algo más—. Me gustó mucho la vitalidad de Drew, en serio. Parece una gran profesional.

—Lo es —dije con firmeza—. ¿Eso significa que te lo vas a replantear?

—Voy a tener que hablarlo con mi agente… —Volvió a frotarse el costado del cuello, hasta que se dio cuenta de lo que hacía y dejó caer las manos a los lados.

No era mucho, pero algo habíamos avanzado.

—Bien —respondí sin más.

—De acuerdo.

La segunda de cocina asomó la cabeza por la parte trasera, sin parecer sorprendida al vernos juntos.

—¡Chef, deja de ligar y vuelve a la cocina! Te necesitamos.

—Sí, chef —respondió él, y empezó a dirigirse a la cocina, pero antes de irse, se volvió hacia mí y susurró—: Odio cuando discutimos, Limón.

Y me dejó sola en el pasillo, con el sonido de mi apodo resonando en mi cabeza como el último bocado de un postre: dulce y perfecto.

No pude quitarme de encima la sensación de que quizá, solo quizá, me había metido en algo demasiado grande.

24

Un paquete inesperado

Y así fue como Drew acabó flotando en una nube el viernes por la tarde. Sacó todos los libros de cocina de las estanterías de Strauss & Adder, como si fuera un ratón de biblioteca en una librería donde todo fuera gratis, mientras Fiona y yo le enviábamos enlaces de tutoriales de YouTube y hacíamos una lista de programas de cocina en Netflix para ver sin parar durante todo el fin de semana. El apartamento no me llevó de vuelta con él. Tal vez era lo mejor, porque estaba empezando a entrar en una espiral de pánico por no saber cómo sujetar un cuchillo.

—Igual terminamos quemando todo el restaurante —bromeó Drew alegremente mientras se acercaba bailando a la mesa de la cocina donde estábamos Fiona y yo—. ¡Pero lo importante es que seguimos en la lucha!

Fiona mordisqueaba la mitad de la barrita de cereales que, en teoría, iba a ser parte de mi yogur con frutas.

—Para ser alguien que no sabe cocinar, te lo estás tomando muy en serio, cariño.

—Por supuesto, amor —respondió Drew, dejando caer la pila de libros en el borde de la mesa antes de sentarse—. Voy a carbonizar unos *tortellini* como si fuera mi especialidad. No sé cómo lo has conseguido, Clementine, pero haces milagros. Como siempre. La agente admitió que se había adelantado sin consultárselo a James

Ashton.

—¿Qué le dijiste para que recapacitara? —quiso saber Fiona.

Me encogí de hombros y removí mi yogur.

—En realidad, nada. —Aparte de colarme en una cocina y clavarle el dedo en el pecho a un posible cliente—. Solo le pregunté por qué y cambió de opinión.

Más o menos.

Desde la sala de correo, Jerry, nuestro repartidor, un hombre alto que preparaba los mejores *dump cakes* para las fiestas, empujó un carrito, silbando una canción de Lizzo.

—Buenos días, señoritas —saludó mientras sacaba un paquete y me lo entregaba—. Esto es para ti.

—¿Ah, sí? —Tomé el paquete y le di la vuelta para leer el remitente.

De repente, el mundo se me cayó encima.

Jerry se volvió hacia Drew.

—¡He oído que has pasado a la siguiente ronda con el chef ese! ¡Enhorabuena!

Chocaron los cinco.

—¡Gracias! Voy a fracasar a lo grande —respondió ella con una sonrisa.

Jerry se rio y siguió su camino, y ella agarró el primer libro de la pila, *Sal grasa ácido calor: El arte de dominar los cuatro elementos de la buena cocina,* de Samin Nosrat, y empezó a leer.

—Me da que este fin de semana tampoco vamos a terminar la habitación del bebé —comentó Fiona con ironía. Drew la miró con cara de pena—. ¿Qué? Si ni siquiera has puesto el papel pintado que compré.

—Cariño, se me da peor empapelar que cocinar.

—Es mucho más fácil poner papel de pared que cocinar —afirmó Fiona con rotundidad.

Drew la fulminó con la mirada y Fiona sonrió. Eso resumía su matrimonio a la perfección.

Dejé el paquete sobre la mesa, asegurándome de que el remitente quedara boca abajo.

—Me encanta empapelar. ¿Queréis que os eche una mano?

—¡Ay, Dios mío! ¿En serio? ¡Gracias! —exclamó Fiona con un suspiro de alivio, antes de meterse el resto de la barrita en la boca.

—Te lo recompensaremos —añadió Drew.

—Una botella de rosado y estaré a vuestra disposición todo el tiempo que queráis —respondí. Me terminé el yogur, metí la cuchara de plástico dentro del envase vacío y me puse de pie—. Será mejor que vuelva al trabajo.

Estaba a punto de salir cuando Drew dijo:

—¡Eh, te dejas el paquete!

Fiona lo agarró y le dio la vuelta.

—Me pregunto de quién será… Oh.

Hice una mueca de dolor.

Fiona giró el paquete hacia Drew, mostrándole el nombre, y ella se quedó boquiabierta.

—¿Tu tía? —preguntó Drew—. Pero…

—Se debió de perder por el camino —murmuré.

Mis amigas se miraron preocupadas. Cuando mi tía vivía, a veces me enviaba paquetes al trabajo para sorprenderme: cuadernos con cubiertas de cuero desde España, tés de Vietnam, pantalones tiroleses desde Alemania, o cualquier otra cosa del lugar al que hubiera viajado sola.

Pero mi tía llevaba seis meses muerta.

El paquete debía de llevar mucho tiempo dando vueltas en correos. Su último viaje había sido en noviembre, cuando visitó el único destino que le faltaba: la Antártida. Dijo que nunca había tenido tanto frío en su vida. Tanto, que sentía los dedos entumecidos incluso semanas después de regresar.

—A ver si lo que no te funciona es la calefacción —le había dicho yo, pero ella se rio.

—Estoy bien, cariño, no te preocupes. A veces el frío se te mete dentro y no se te va.

—Si tú lo dices.

No recordaba lo que estaba haciendo en ese momento. Creo que iba de camino a casa tras salir del metro, con la nariz helada y la nieve derritiéndose bajo mis pies, pero no lo tenía claro. Uno nunca guarda en la memoria los momentos cotidianos, sin imaginar que quizá sea la última vez que oigas la voz de tu ser querido, contemples su sonrisa o huelas su perfume. La cabeza nunca conserva lo que el corazón quiere recordar después.

—Me noto inquieta —me dijo mi tía—. Vamos a vivir una aventura, cielo. Quedamos en el aeropuerto y tomamos el primer vuelo disponible…

—No puedo, tengo que trabajar —la interrumpí—. Además, hoy mismo he comprado los billetes para Islandia, para nuestro viaje en agosto. Estaban tirados de precio, no he podido resistirme.

—Vaya.

—¿No quieres ir a Islandia?

—No… no, claro que quiero ir. Es que ya hemos estado allí.

—¡Pero no en agosto! Por lo visto, se puede ver el sol a medianoche, y hay unas aguas termales que quiero probar. Dicen que son buenísimas para la artritis, así que te vendrán de maravilla

—añadí. Mi tía hizo un ruido de desaprobación con la garganta. Cada vez era más evidente que no le hacía ninguna gracia la idea de bajar el ritmo. Tenía sesenta y dos años, y para ella la artritis era cosa de gente mayor, de setenta años para arriba. Me sonó el teléfono—. Uy, mamá está llamando. Te veo en Año Nuevo, ¿verdad? ¿Vas a venir a cenar a casa de mis padres?

—Por supuesto, cariño —respondió ella.

—Prométeme que no vas a escaparte en el primer vuelo que salga del JFK.

Se echó a reír.

—Sí, te lo prometo. No me iría sin ti.

Y de repente, volví a la mañana de Año Nuevo, con el teléfono sonando sin parar y la cabeza a punto de estallar. La noche anterior había bebido demasiado… demasiado de todo. Tenía la boca pastosa y estaba casi segura de que había besado a alguien a medianoche, pero no lograba ponerle cara. Drew y Fiona siempre me llevaban a alguna fiesta de Nochevieja, y todas, sin excepción, terminaban siendo igual de horribles.

Busqué a tientas el móvil en la mesilla y, cuando por fin lo encontré, lo desconecté del cargador y contesté.

—Mamá, es demasiado tempra…

—Se ha ido. —Nunca había oído a mi madre así, desesperada, fuera de sí, con la voz quebrada. Apenas le salían las palabras—. ¡Se ha ido! ¡Cariño, cariño, ya no está!

Al principio, no la entendí. Seguía aturdida por el sueño.

—¿Quién? ¿De quién hablas? ¿Mamá?

—Analea. —Y luego, más tranquila—: Los vecinos la han encontrado. Ella…

Lo que nadie te dice, lo que tienes que descubrir por ti misma

cuando te toca vivirlo, es que nunca es fácil hablar del suicidio. No lo ha sido nunca, y nunca lo será. Si alguien me preguntara, le diría la verdad: que mi tía era una persona maravillosa, que vivió con intensidad, que tenía la risa más contagiosa del mundo, que hablaba cuatro idiomas, que su pasaporte estaba repleto de sellos de tantos países que sería la envidia de cualquier trotamundos… y que siempre cargó con un monstruo que nunca permitió que nadie viera.

Y, a su vez, ese monstruo no permitió que ella viera todo lo que se iba a perder. Los cumpleaños. Los aniversarios. Las puestas de sol. La tienda ultramarinos de la esquina que ahora era una tienda de muebles. El monstruo le impidió ver todo el sufrimiento que su pérdida provocaría a las personas que dejaba atrás: el terrible dolor de su ausencia y la lucha constante por no culparla. Y al final, te acabas culpando a ti misma. ¿Podrías haber hecho algo? ¿Haber sido esa voz capaz de atravesar su barrera y rescatarla? ¿Qué habría pasado si la hubieras querido más, si le hubieras prestado más atención, si hubieras sido mejor, si al menos le hubieras preguntado, si hubieras *sabido* qué preguntar, si hubieras captado las señales…?

Si, si, si…

No, no es fácil hablar del suicidio.

A veces las personas a las que quieres no se despiden… simplemente se van.

—¿Estás bien? —preguntó Fiona en voz baja, tocándome el hombro.

Me aparté de ella bruscamente y parpadeé para contener las lágrimas.

—Sí —respondí. Tomé una profunda bocanada de aire. Y luego otra. Fiona tenía el paquete en la mano, y se lo quité. No pensaba abrirlo—. Estoy bien. Es solo que… no me lo esperaba.

Drew observó el paquete con curiosidad.

—Es bastante pequeño. Me pregunto qué habrá dentro.

—Tengo que volver al trabajo.

Al salir, tiré la comida… y el paquete a la papelera. Regresé a mi cubículo y me sumergí en el trabajo, como solía hacer. Como debía hacer.

Dos horas más tarde, cuando casi todo el mundo se había ido de la oficina, me acerqué a la papelera para recuperar el paquete que había tirado entre los restos de unos fideos *lo mein* y un sándwich de atún a medio comer, pero no estaba allí.

El paquete que me había enviado mi tía había desaparecido.

25
La especialidad de la casa

El resto del fin de semana y la semana siguiente pasaron en un suspiro. Sin Iwan, el apartamento se sentía aún más vacío. Cada vez que abría la puerta, esperaba encontrármelo allí, pero lo único que me recibía era el presente. Empecé a preguntarme si el apartamento volvería a llevarme a su tiempo alguna vez.

Los días transcurrieron sin grandes acontecimientos; Drew y Fiona ultimaban los detalles para sus bajas por maternidad y lo dejaban todo listo para la llegada del bebé y, antes de darme cuenta, estaba en un Uber que se detenía en la acera frente al Olive Branch. En la puerta había un letrero que indicaba que esa noche el restaurante iba a estar cerrado por un evento privado.

¿Y cuál era ese evento privado? La ansiada clase de cocina a la que asistirían los equipos de las editoriales más importantes: Faux, Harper, algunos sellos de Penguin Random House y, según se rumoreaba, el recién nombrado director editorial de Falcon, el mismísimo señor Benji Andor. Desde fuera, a través de las ventanas abiertas, pude ver a varias personas charlando en el comedor medio vacío.

—Bueno, este es el plan: yo cocino y tú te encargas de cortar los ingredientes —señaló Drew, seguramente porque no confiaba en mis dotes culinarias ni un ápice. Lógico. Yo tampoco lo hacía—. Y si nos encontramos con Parker, lo atamos de pies y manos y lo encerramos

en el baño.

Fiona asomó la cabeza por la ventanilla del asiento del copiloto.

—¡Arrasad con ellos, chicas! —Y mientras el Uber se ponía en marcha, rumbo al Lower East Side, donde vivían, nos hizo el gesto de las dos pistolas con los dedos.

En cuanto el coche dobló la esquina, Drew se alisó la parte delantera de la camisa y preguntó:

—¿Qué tal estoy?

Le coloqué el medallón de su collar y le puse las manos sobre los hombros. Parecía tan nerviosa como me sentía yo.

—Les vas a dar una paliza a todos.

—Les *vamos* a dar una paliza —me recordó. Se enganchó a mi brazo y se estremeció—. ¡Uf, ahora sí que estoy nerviosa! ¿Podemos cancelarlo? ¿Decirle a Strauss que me he fugado al bosque? Podría convertirme en una ermitaña y vivir de la naturaleza.

—¿Qué ha pasado con la editora que estaba dispuesta a matar por conseguir a James Ashton? Además, odiarías vivir sin agua caliente.

—Tienes razón. Mejor me exilio a un castillo en Escocia.

—Lo más probable es que esté lleno de fantasmas.

—Te encanta fastidiarlo todo, ¿verdad? —soltó, impasible.

Puse los ojos en blanco y la llevé suavemente hasta la puerta de entrada.

Una vez dentro, vi a editores de distintas casas, algunos bastante conocidos y otros que no me sonaban de nada. Hacía meses que no acudía a ningún evento, desde la muerte de mi tía para ser más exactos, así que Drew me puso al día de quién era quién. En una mesa habían dispuesto copas de champán, así que tomamos una cada una y nos apostamos en un rincón hasta que diera comienzo nuestra aventura culinaria.

—Esto es *Misión imposible* —murmuró Drew, observando a todos con cautela—. Estamos en territorio enemigo, somos dos espías infiltradas en la jungla editorial y… Ah, hola, Parker. —Se irguió al instante cuando un tipo blanco larguirucho, con unas gafas demasiado grandes y el pelo engominado hacia atrás, se acercó a nosotras con aires de superioridad. Parecía sufrir lo que yo llamaba el síndrome del genio incomprendido del taller de escritura. El típico iluminado que se las da de intelectual y te da la tabarra con su admiración por Jonathan Franzen o, peor aún, por *El club de la lucha.* De esos que leen una frase como: «Subió las escaleras mientras sus pechos turgentes se agitaban en su voluptuosa plenitud», asienten con seriedad y piensan: «Sí, sí, esto es literatura de la buena».

Ese tipo de hombre.

—Drew Torres, me alegro de verte —dijo Parker con una sonrisa tan auténtica como sus implantes capilares—. ¿Emocionada por la clase de esta noche?

—Oh, desde luego. ¡Estoy deseando ver qué vamos a cocinar!

—No todos los días se tiene la oportunidad de aprender de uno de los mejores chefs del sector. Sin ir más lejos, la semana pasada estuve hablando con Craig —dijo señalando al editor ejecutivo de Harper o Simon & Schuster o alguna otra editorial importante (menuda forma de presumir)—, y estuvimos comentando los constantes cambios en el menú de James. Me encanta la versatilidad que tiene.

Drew asintió.

—Oh, sí, tiene muchísimo talento.

—En Faux le irá de maravilla. Tenemos tantos recursos a su disposición… Aunque seguro que en Strauss y Adder hacéis lo que podéis con lo que tenéis, ¿no?

—Puede que seamos una editorial pequeña, pero tenemos garra —

replicó Drew antes de señalarme—. Clementine es una de nuestras publicistas sénior. Es la artífice de muchos de nuestros mayores éxitos.

—¡Ah, la mano derecha de Rhonda Adder! Tenía ganas de conocerte —dijo Parker, tendiéndome la mano—. He oído maravillas de ti. Me sorprende que te haya dejado salir del agujero en el que te tiene encerrada —añadió con una carcajada.

Sonreí de manera forzada.

—Bueno, a mí me sorprende que tu editor te haya dejado salir del tuyo —intervino una voz grave y tranquila. Drew y yo nos volvimos al unísono y vimos cómo se acercaba un hombre enorme e imponente, con el pelo negro engominado hacia atrás, gafas de pasta gruesa y un rostro en el que los lunares parecían colocados estratégicamente, que miró a su colega editor con expresión elocuente—. Puedes dejar de ser insufrible, Parker.

Parker miró a Benji Andor desconcertado.

—¡Solo estaba bromeando! Ella lo sabe, ¿verdad?

—Oh, sí, por supuesto.

—¿Lo ves? Estaba claro. —Parker me dio una palmada en el hombro. Yo me puse rígida e hice un esfuerzo por no apartarme, pero en ese momento, alguien desde el otro lado del restaurante llamó a Parker por su nombre y él se despidió de nosotros y se marchó.

En cuanto dejó de tocarme, un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Lo ves? —murmuró Drew con tono burlón—. Es lo peor.

—Sí, no exagerabas —admití.

Benji Andor nos lanzó una mirada de disculpa.

—Me gustaría decir que no lo hace con mala intención, pero todos sabemos que no es verdad.

—Tampoco te habría creído si lo hubieras dicho —repliqué antes de poder contenerme.

—Seguro que alguien acaba convirtiéndose en villano por su culpa —comentó Drew. Luego ladeó la cabeza, pensativa—. Y es bastante probable que sea yo.

Benji Andor soltó una carcajada.

—Si Parker vuelve a incordiaros, avisadme.

—Gracias, pero creo que podemos apañárnoslas solas —respondió Drew.

—Por supuesto, solo quiero ver el espectáculo —dijo él guiñando un ojo. Se despidió de nosotras y se desplazó a otro rincón para quedarse en silencio, como el árbol taciturno que era.

No tuvimos que soportar esa espera incómoda mucho más tiempo, porque James Ashton entró en el restaurante con su sonrisa perfecta y esos hoyuelos encantadores, una camisa burdeos y unos vaqueros que le sentaban de maravilla. Intenté controlar mi expresión lo mejor que pude. No quería que se llevara una impresión equivocada de mí… otra vez.

Drew me dio un codazo en el costado y siseó:

—¡Deja de mirarlo como si quisieras matarlo!

Por lo visto, no estaba funcionando. Solté un quejido.

—¡No puedo hacer nada, es mi cara!

James se adelantó hacia el frente de la cocina y dio unas palmadas para captar la atención de todos.

—¡Bienvenidos! —nos saludó—. Qué alegría veros a todos. Espero que hayáis venido con muchas ganas y con hambre. Ahora, seguidme a la cocina. He preparado varias estaciones de trabajo para que aprendáis a cocinar una de las especialidades del Olive Branch…

Drew no debería haberse preocupado tanto por la clase de cocina. Al final resultó que no éramos las peores cocineras de la noche; ese honor se lo llevó Parker, que, con la ayuda inestimable de su publicista y su director de marketing, consiguió prender fuego a toda su estación. James se acercó corriendo con un extintor y, tras apagar las llamas, le dio una palmada en el hombro entre risas.

—¡A cualquiera le puede pasar! —comentó.

En ese ambiente más íntimo, James Ashton era simpático y agradable, además de tener mucha paciencia como profesor, pero había algo distante en su sonrisa, una barrera sutil cada vez que los editores le hacían preguntas, como si se estuviera protegiendo. No dejé de buscar alguna grieta en su fachada, alguna pista del hombre que había conocido (como la que había vislumbrado durante la reunión), pero parecía haber ensayado bien su papel. Mantenía las distancias con todo el mundo; lo que, por un lado, era una estrategia inteligente y profesional (sí, James era el colmo de la profesionalidad), pero por otro, hizo que me preguntara cómo y por qué había llegado a convertirse en alguien tan medido y reservado.

Aun así, la clase de cocina fue tan divertida que enseguida me olvidé de mis preocupaciones. Acabamos cubiertas de harina mientras hacíamos raviolis, robamos algún que otro sorbo del vino de cocinar mientras aprendíamos a reducir la salsa, se nos saltaron las lágrimas al cortar las cebollas y hasta celebramos un funeral improvisado para el pollo antes de abrirlo en canal. En la estación de al lado, Benji Andor se estaba riendo tanto que tuvo que sentarse un momento para recuperar el aliento. («No me había faltado tanto el aire desde que un coche me dejó sin alma», confesó). De alguna

manera, conseguimos salir airosas de la clase, aunque sabíamos que la presentación no iba a ser nuestro punto fuerte.

Y cuando James Ashton se acercó por fin a nuestra mesa, noté que contenía una sonrisa al ver nuestros raviolis.

—Parecen…

Vaginas. Aunque, evidentemente, ninguna de nosotras iba a decirlo en voz alta.

—Igualitos a los de la especialidad del Olive Branch —solté, haciendo alusión a lo que nos había dicho antes de comenzar la clase, y di otro sorbo al vino de cocinar.

Drew se quería morir.

James se mordió el interior de la mejilla, tratando de mantener la compostura, pero ahí estaba. Lo vi. La grieta en su fachada.

—¿Me explicáis cómo habéis llegado a esto? —preguntó, cuando logró apartar la mirada.

—No dejaban de desmontarse —indicó Drew con voz apagada—. Así que simplemente los… ¿aplastamos?

Él asintió con gesto solemne.

—Estoy convencido de que, pese a todo, estarán deliciosos.

Tosí en el hombro para disimular la risa, y Drew volvió a darme un codazo mientras James se alejaba para supervisar la estación de Falcon House.

—¡No me puedo creer que le hayas dicho que se parecen a los de la especialidad de su restaurante! —susurró entre dientes.

—Pues sí, Drew —le contesté—. ¿O habrías preferido que le dijera que parecían vaginas? Cada una con su propia personalidad.

Puso los ojos en blanco y empezó a echarlos en la olla hirviendo.

—Eres lo peor.

Le devolví el codazo.

—Pero te alegras de que haya venido.

—No lo sabes tú bien.

El resto de la clase de cocina transcurrió sin sorpresas. Terminamos de preparar la comida y James aprovechó para explicarnos su manera de llevar la cocina.

—Una buena cocina se basa en la excelencia, pero una cocina excepcional se basa en la comunicación y en la confianza —dijo, mirándome de reojo cuando le hice una pistola con los dedos, oculta detrás de Drew. Fingió no haberlo visto—. Quiero daros las gracias a todos por haber venido esta noche. Sé que esto es un poco distinto a lo que soléis hacer a la hora de negociar un libro, así que valoro mucho que os hayáis animado a vivir esta experiencia gastronómica conmigo.

Me habría gustado que pareciera más entusiasmado, como cuando estábamos en el apartamento de mi tía. Quería volver a ver esa faceta suya, la parte apasionada y vibrante, pero bajo la fría iluminación de la cocina del Olive Branch, se le notaba más contenido. Sentí una punzada en el pecho, una mezcla de calidez y nostalgia al recordar al Iwan que seguía esperando en el apartamento de mi tía y compararlo con el hombre que tenía delante, tan distinto y a la vez tan parecido.

No habló de las mejores ofertas ni de las pujas finales. Se centró en la comida y en las técnicas culinarias, y expresó su deseo de que todos volviéramos a visitarlo, sin importar el resultado.

Después de la clase, se acercó a cada persona para despedirse y agradecerle su asistencia, mientras todos guardábamos las sobras en bolsas para llevar y salíamos del restaurante entre risas y burlándonos de Parker por haber estado a punto de provocar un incendio.

—¡Soy mejor editor que cocinero! —se justificó.

A lo que Drew respondió.

—*Todos* lo somos.

Fuera, esperaba una mujer rubia y, en cuanto vio a Benji Andor, corrió hacia él. Él se agachó para darle un beso en la mejilla, le entregó sus desastrosos raviolis y se fueron andando hacia la estación de metro. Parker masculló algo entre dientes mientras él y su equipo paraban un taxi. El Uber de Drew llegó primero.

—Puedo esperar hasta que venga el tuyo —me dijo, pero le hice un gesto para que se fuera.

—No hace falta, no tardará en aparecer.

—Está bien. —Me abrazó y me dio un beso en la mejilla—. Gracias por estar en mi equipo. No sé qué haría sin ti, Clementine.

—Les habrías dado una paliza igualmente. Anda, toma, dáselo a Fiona —dije, tendiéndole mi bolsa antes de que cerrara la puerta del coche.

—Vas a ganarte el amor eterno de Fiona.

—Lo sé.

El coche se alejó y, en cuestión de minutos, me quedé sola frente al Olive Branch. Mi Uber estaba dando vueltas por la manzana equivocada por segunda vez, y me dio la impresión de que el conductor estaba a punto de cancelar el viaje y marcarme como pasajera ausente. Quizá lo mejor sería volver a casa en tren y ahorrarme el dinero. Además, hacía una noche preciosa. La luna, redonda e inmensa, se enmarcaba entre los edificios como si fuera la protagonista de su propia película, reflejándose en los cristales de las ventanas y bañando la ciudad con su luz plateada, que se fundía con el resplandor anaranjado de las farolas. Durante unas horas, había estado tan concentrada en cocinar que me había olvidado de la

jubilación de Rhonda y el posible desastre que supondría para Strauss & Adder no conseguir a James. No, *concentrada* no era la palabra adecuada. No me dolía la mandíbula de apretarla, sino las mejillas de tanto reír. Hacía mucho que no me divertía tanto. Sobre todo en lo que respectaba a mi trabajo.

Mucho antes de que James Ashton apareciera en escena, no podía recordar la última vez que me lo había pasado bien de verdad en el trabajo. Hubo una época en que sí lo hacía, incluso aunque me matara a trabajar; lo sabía porque, de lo contrario, no habría permanecido tanto tiempo en Strauss & Adder. Aprender y dominar cada aspecto de mi profesión y estar rodeada de gente con mis mismos gustos solía ser emocionante, pero en los últimos años… ya no lo tenía tan claro. Mi trabajo seguía siendo el mismo, pero mi manera de verlo y disfrutarlo, no. Antes, era como intentar alcanzar la luna; ahora, solo sentía que me dedicaba a planear cómo entregársela a los demás.

Aunque suponía que eso era lo normal cuando llevabas años en un trabajo que te gustaba, ¿verdad? La rutina terminaba por atraparte.

Mientras estaba allí de pie, sumida en mis pensamientos y viendo cómo mi Uber volvía a equivocarse de calle, alguien se acercó y se detuvo a mi lado en la acera.

Miré de reojo. Era James. Acababa de cerrar el restaurante y estaba jugueteando con las llaves, haciéndolas girar en el dedo índice. Seguía tan impecable como unas horas antes, y tuve que contenerme para no revolverle el pelo y deshacer un poco tanta perfección. A su lado, yo me sentía un auténtico desastre.

—Creo que hemos empezado con mal pie —dijo a modo de saludo.

—¿Hemos? —pregunté, volviéndome hacia él—. No me incluyas

en tus malas decisiones.

Soltó una breve carcajada y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros oscuros. Le quedaban demasiado bien, ciñéndose a cada curva de su cuerpo. Para qué engañarnos, no era la primera vez esa noche que pensaba que tenía un buen trasero. Claro que jamás se lo diría a un potencial autor. Ni a nadie, en realidad. De hecho, ni siquiera debería haberlo pensado.

—Está bien, está bien —dijo con voz relajada—. He empezado con mal pie.

—Eso está mejor. —Mientras tanto, en la aplicación, mi conductor seguía dando vueltas sin parar. Brad no iba a venir a recogerme, ¿verdad?

—¿Sabes? —dijo, soltando un suspiro de frustración y arrugando la nariz—, cuando me imaginé este momento, en mi cabeza era mucho más fácil.

Volví a mirarlo, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

Entonces se giró hacia mí, y ojalá no hubiera estado tan condenadamente guapo bajo la luz de la farola, con los reflejos cobrizos en su pelo y los destellos plateados en las sienes. Pero lo estaba, y no fui capaz de apartar la mirada. Y en ese instante me di cuenta de lo raro que era verlo ahí fuera, y no en un pequeño y abarrotado apartamento del Upper East Side.

No era un recuerdo. Estaba ahí, de verdad. En mi época.

Sentí un nudo en el estómago difícil de describir.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Asentí ligeramente con la cabeza.

Drew había estado picoteando toda la noche, pero yo había estado tan nerviosa que no había podido comer nada. Puede que no fuera lo

más profesional del mundo, pero solo íbamos a comer algo. No me estaba proponiendo matrimonio ni nada por el estilo. Además, James seguía siendo un enigma para mí, y la curiosidad pudo más. Y sí, me moría de hambre. Aunque quizá mi apetito iba más allá de la comida…

Cancelé el viaje en Uber.

—¿Qué tienes en mente? —inquirí.

Señaló la calle con un leve gesto de cabeza y echó a andar en esa dirección. Y no sé si fue por la sensación de posibilidades que flotaba en el aire, o la manera en que Nueva York se despojaba del calor del día para dar paso a una noche resplandeciente y centelleante, pero lo seguí.

26

El Arco de Washington Square

Mi tía solía decirme que las noches de verano en la ciudad tenían algo de irreal. Podían ser tan breves como quisieras, pero nunca lo suficientemente largas, cuando las calles se perdían en la oscuridad, los rascacielos se alzaban hasta tocar las estrellas y, al echar la cabeza hacia atrás y mirar arriba, el cielo parecía infinito.

—Bueno… —dije, al notar que el silencio entre nosotros se volvía un poco incómodo—, ¿tenías pensado qué ibas a decirme después de pedirme que cenáramos juntos?

Él esbozó una sonrisa tímida.

—La verdad es que no. Se me da fatal planear las cosas.

—Ah.

Seguimos caminando en silencio una manzana más.

Y luego hizo la peor pregunta posible.

—¿Cómo está tu tía?

Fue como recibir un puñetazo en el estómago. Metí las manos en los bolsillos para disimular el temblor y me armé de valor para responder.

—Murió. Hace unos seis meses.

—Vaya… —Se frotó la nuca, avergonzado—. No lo sabía.

—Normal, no tenías por qué saberlo. —Nos detuvimos en la siguiente intersección y miramos a ambos lados antes de cruzar, pero no venía ningún coche—. Han pasado siete años.

—Y sigues igual que entonces. El tiempo no ha pasado por ti.

Me balanceé sobre los talones y empecé a caminar hacia atrás, sin dejar de mirarlo.

—Si quieres, puedo darte mi rutina de belleza. —Porque, si le decía la verdad, no me iba a creer—. Te la puedo explicar con todo lujo de detalles.

—¿Me estás diciendo que parezco mayor?

—«Distinguido» suena mucho mejor.

Fingió escandalizarse, llevándose una mano al pecho con una exclamación ahogada.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que estábamos intentando empezar con buen pie.

—Tú lo estabas intentando —le recordé, incapaz de ocultar la sonrisa. Volví a girar sobre mis talones y esperé a que me alcanzara —. Que sepas que estoy de broma.

Se pasó las manos por la cara, como si así pudiera alisar las arrugas en las comisuras de los ojos.

—Ahora siento que debería hacerme un retoque de bótox…

—¡Que era una broma! —Me reí.

—O quizá una cirugía estética.

—Oh, venga ya, ¿y destrozar esa nariz perfecta?

—No me estaré quedando calvo… Mejor me cambio la cara entera.

Lo agarré del brazo para detenerlo.

—Me gusta tu cara —le dije, divertida, y, sin pensarlo, levanté la mano y le acaricié la mejilla, recorriendo con el pulgar las líneas de expresión alrededor de su boca. El rubor le subió por el cuello hasta las mejillas, pero en vez de apartarse, cerró los ojos y apoyó la cara en mi palma.

Un escalofrío de emoción me recorrió por dentro. Sentí el roce

áspero de su barba incipiente en la yema de los dedos. Y al mirarlo, mirarlo de verdad, me di cuenta de que, aunque no lo conocía, había tantas cosas en él que me resultaban familiares, que casi parecía que sí. Pero entre todas esas similitudes, también encontré pequeñas diferencias: las cejas arregladas, el corte de pelo impecable… Deslicé el dedo por su nariz y noté un pequeño relieve en el hueso.

—¿Cuándo te rompiste la nariz? —pregunté, bajando la mano.

Sonrió, divertido.

—No te hagas ilusiones, es mucho menos espectacular de lo que te imaginas.

—¿Entonces no fue en una pelea de bar? —pregunté con fingida decepción.

—Fue en la boda de mi hermana, hace un año —respondió—. Lanzó el ramo y me encontraba demasiado cerca del grupo que intentaba atraparlo.

—¿Y alguien te dio un golpe sin querer?

Negó con la cabeza.

—Fue el propio ramo. Tenía un adorno de plata y me dio de lleno en la nariz.

Me reí. No pude evitarlo.

—¡Venga ya! Dime que al menos lograste quedarte con el ramo.

Soltó un resoplido.

—¿Por quién me tomas? Pues claro que me lo quedé. Mi hermana y todas sus amigas se cabrearon bastante.

Empezamos a caminar de nuevo, y enseguida apareció ante nosotros Washington Square Park. Al otro lado, había un *food truck*, pero no conseguí leer su nombre.

—Así que, en teoría —reflexioné—, el siguiente en casarse eres tú.

—Por eso estaban tan cabreadas, sí. No es que yo haya sido muy

partidario del compromiso.

—Tu Instagram ya lo deja bastante claro.

Volvió a poner cara de fingida conmoción.

—¡Qué honor saber que me has investigado!

Me señalé a mí misma.

—Soy publicista. Es parte de mi trabajo.

—Claro, claro —respondió, antes de encoger el hombro con ese gesto tan suyo que recordaba perfectamente… y que me seguía sacando de quicio como el primer día—. Puede que aún no haya encontrado a quien estoy buscando.

Lo observé de soslayo, fijándome en la forma en que las luces de la calle resaltaban los ángulos de su cara.

—¿Y a quién estás buscando, James?

—Iwan —me corrigió en voz baja, con un destello pensativo en la mirada—. Mis amigos me llaman Iwan.

Ladeé la cabeza.

—¿Eso es lo que consideras que soy?

No estaba segura de qué respuesta quería oír. ¿Que sí, que éramos amigos? ¿Que no, que lo mejor era que no cruzáramos los límites de lo estrictamente profesional? ¿O…?

«¿Quiero que diga que soy algo más?».

Era una idea absurda, porque había visto el tipo de mujeres con las que salía y ninguna se parecía a mí: una publicista rarita obsesionada con su trabajo, licenciada en Historia del Arte, que celebraba sus cumpleaños bebiendo vino de una petaca delante de los cuadros de Van Gogh.

—Bueno —empezó—, en realidad…

27
Las fajitas de tu madre

—¡Iwan! ¿Eres tú? —gritó un hombre desde el *food truck,* sobresaltándonos a ambos e interrumpiendo nuestra conversación. Casi sin darnos cuenta, habíamos terminado frente al camión amarillo chillón con un logo muy llamativo en el lateral que decía: «Las fajitas de tu madre». Una fila larga recorría la acera, compuesta sobre todo por universitarios y jóvenes que asistían a los cursos de verano del campus de la Universidad de Nueva York.

«¿Iwan…?».

Entonces, ¿eso significaba que…?

Un hombre corpulento nos saludó con la mano desde la ventanilla del *food truck,* y a James se le iluminó la cara al verlo.

—¡Miguel! —exclamó, devolviéndole el saludo.

El hombre abandonó su puesto y salió por la parte trasera del camión. Era un hispano fornido, de piel morena, con el pelo oscuro y rizado rapado por los laterales y recogido en un moño, y una sonrisa inmensa, de esas que delataban que debía de ser alguien con un sentido del humor excelente. Ambos se dieron un abrazo rápido, con un elaborado apretón de manos secreto incluido.

—¡Hombre! Pensaba que no nos veríamos hasta el fin de semana —dijo Miguel—. ¿Qué haces por aquí? ¿Has venido a pedir trabajo? —preguntó, arqueando las tupidas cejas con gesto divertido.

—¿Ya estás listo para trabajar en mi cocina? —repuso James con

sorna.

—¿En ese nuevo y carísimo restaurante tuyo? Ni loco —replicó Miguel.

James se encogió de hombros.

—Tenía que intentarlo.

Miguel me miró.

—¿Y esta quién es?

—Esta es Limón —me presentó James, haciéndome señas para que me acercara. «Limón». No Clementine. Por lo visto, reservaba mi nombre real para el ámbito profesional.

Decidí no corregirlo y le tendí la mano a Miguel. Al fin y al cabo, no iba a pasar el tiempo suficiente con él para que sus amigos necesitaran saber mi nombre verdadero.

—Hola. Encantada.

Miguel me estrechó la mano con firmeza, y su apretón decidido hizo que me cayera bien al instante.

—Así que Limón, ¿no? Encantado de conocerte. ¿Cómo has terminado con este personaje?

«¿Con?».

Me puse alerta, presa del pánico.

—Oh, no estamos juntos… solo… Bueno, verás, estaba esperando un Uber que no llegaba, y justo acababa de salir de una clase de cocina y en realidad soy su…

—Nos conocemos desde hace tiempo —intervino James, mirándome de reojo para comprobar si me había sacado del apuro a tiempo. Y sí, lo había conseguido. Me sentí tan aliviada que me habría derretido sobre la acera—. Somos viejos conocidos.

—Sí, eso mismo —respondí, aunque Miguel no pareció del todo convencido, pero antes de que pudiera hacer más preguntas, la otra

persona que estaba en el *food truck* se asomó por la ventana y le gritó —: ¡Eh, imbécil! ¿Me dejas aquí sola con toda esta gente esperando?

Miguel se volvió hacia el camión y señaló a James.

—¡Isa! ¡Ha venido Iwan!

—¡Pues dile a Iwan que espere su turno como todo el mundo! —sentenció la mujer, volviendo al interior. Era blanca, alta y musculosa, con el pelo de color miel recogido en una coleta, las orejas cubiertas de pendientes y los brazos al descubierto con tantos tatuajes que parecían formar un único diseño. Luego debió de pensárselo mejor porque volvió a asomarse y añadió—: ¡Iwan, si has venido otra vez a gorronear, al menos encárgate de las bebidas!

—¡Ha venido con una cita! —señaló Miguel.

James lo miró, sintiéndose traicionado.

—No es…

—Entonces será mejor que pida algo —gritó Isa—. ¡Cerramos a las diez en punto!

Miguel forzó una sonrisa.

—Voy a echarle una mano antes de que planee asesinarme mientras duermo… otra vez —dijo en tono sombrío, antes de regresar a toda prisa al *food truck* para atender el siguiente pedido.

Nosotros nos pusimos al final de la fila. Algunas personas se giraron para mirar a James, aunque solo lo reconocieron un par de ellas, y sacaron sus móviles para confirmar su identidad por internet.

James pareció no percatarse en absoluto.

—Él es Miguel Ruiz, y ella, Isabelle Martin, su prometida y la mitad más valiosa de la relación. Estudiamos juntos en el CIA.

—¿Ah, sí? —Mientras me acercaba al camión y echaba un vistazo al menú, tuve un presentimiento. Con un nombre como «Las fajitas de tu madre», ya me imaginaba qué tipo de comida servían, pero me

sorprendí gratamente al confirmarlo—. Veo que al final lo conseguiste —comenté con una sonrisa.

—¿El qué? —preguntó él mientras sacaba la cartera del bolsillo.

—Le insististe tanto a tu amigo con su receta de fajitas que terminó abriendo un *food truck*.

Se quedó pensativo unos segundos, pero en cuanto cayó en la cuenta sonrió de oreja a oreja.

—Es verdad, aquella primera noche en el apartamento te preparé sus fajitas, ¿no? Pues estas están muchísimo mejor.

—Oh, no me cabe la menor duda.

—Vaya, Limón, no te cortes, ¿eh? Di lo que de verdad piensas de mi comida.

—Creo que acabo de hacerlo.

Abrió la boca, escandalizado, y de no ser porque justo en ese instante nos tocaba pedir, seguro que habría soltado algún comentario mordaz.

Pedimos una fajita de pollo para mí, otra de ternera para él y dos Coronas. Mientras Miguel e Isa preparaban nuestro pedido, nos quedamos junto al *food truck*. Allí parecía mucho más cómodo que en una cocina impoluta, vestido con su chaquetilla de chef y ladrando órdenes a sus cocineros. Llevaba la camisa por fuera y el pelo un poco despeinado por la humedad de la noche. Empezó a burlarse de Miguel por su técnica con el cuchillo.

—En serio, mira ese cuchillo —comentó, chasqueando la lengua—. Es lo más inútil de toda la cocina… seguido muy cerca por ti, claro.

—Oye, colega, que tengo sentimientos.

—No, no los tienes. Te los aplasté hace años —señaló Isa, sin levantar la vista de la fajita que preparaba.

—¿Los dos a la vez? Anda y que os den —replicó Miguel, aunque

con una sonrisa.

James se rio y… ¡Madre mía!, cuando se reía así, con esa naturalidad, tan relajado junto a la ventana del *food truck* de su amigo, era absolutamente irresistible. Se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Sabías que en la legislación de Estados Unidos los *food trucks* se consideran restaurantes? Por eso pueden conseguir una estrella Michelin.

—Pues no, no tenía ni idea —respondí.

Miguel puso los ojos en blanco.

—No me vas a convencer.

—Ya lo he hecho una vez.

—Venga ya, ¿quieres que aparezca aquí algún crítico gastronómico pretencioso, pruebe mi comida y me diga lo que ya sé? No, gracias. Quédate tú con las estrellas. —Miguel agitó la mano con desdén y volvió a su plancha. Ahora fue James el que puso los ojos en blanco.

—¿Cómo se consigue una estrella Michelin? —pregunté, porque tampoco lo tenía muy claro.

James se volvió hacia mí, moviendo los dedos en el aire.

—Es todo un misterio. Bueno, no tanto, pero nunca sabemos cuándo un crítico de Michelin visita nuestros restaurantes, solo nos enteramos cuando ya se ha ido. Si ya estás en su lista, suelen pasarse una vez cada dieciocho meses más o menos, salvo que seas un restaurante que corre el riesgo de perder su estrella. En ese caso, se pueden presentar en cualquier momento.

—Parecen la mafia de la cocina —susurré con tono confidencial.

—No vas desencaminada. Para conseguir una estrella, basta con que un crítico vaya a tu restaurante y quede lo bastante impresionado como para concedértela. Para dos estrellas, el crítico

tiene que visitarte en cuatro ocasiones distintas. ¿Tres estrellas? —Silbó por lo bajo—. Eso es lo más complicado. Hacen falta diez visitas. Diez cenas perfectas consecutivas durante años. Es casi imposible, por eso muy pocos restaurantes alcanzan las tres estrellas —explicó mientras giraba el anillo de plata que llevaba en el pulgar. Por su expresión, parecía tener sentimientos encontrados—. La mayoría de los chefs matarían por conseguir tres estrellas.

—¿Y tú?

—Soy chef —contestó, aunque su cara reflejaba cierta cautela. Señaló la plancha, donde Miguel estaba echando tiras de ternera de un cuenco antes de añadir un puñado de pimientos y cebollas—. Miguel e Isa tienen un talento extraordinario. Hacen que parezca fácil, pero sus propuestas son muy elaboradas y están cuidadas al detalle—. ¿Ves esas tiras de carne? Llevan marinándose al menos cuatro horas en una mezcla de… ¿Qué era? ¿Zumo de lima y…?

—La receta secreta de tu madre —contestó Isa con picardía.

James soltó una carcajada.

—Claro, claro. Usan ingredientes frescos y adaptan el menú según la temporada. Tienen una fajita de calabaza en otoño que es una auténtica maravilla.

Mientras hablaba, no pude evitar contagiarme de su entusiasmo, como me había pasado en el apartamento. Gesticulaba mucho con las manos, como si pintara adjetivos en el aire, pero tenía algo cautivador, y la gente de la fila empezó a acercarse para escucharlo mejor.

Cuando se le iluminaba el rostro de esa forma, éramos como polillas atraídas hacia la luz.

Ojalá hubiera mostrado esa faceta en la sala de conferencias, en la clase de cocina y… bueno, en todos los lugares importantes.

Esa era la parte de él que temía que hubiera desaparecido, pero solo había aprendido a controlarla y a ocultarla, reservándola únicamente para aquellos amigos que jamás lo traicionarían.

—¿Por qué sonríes? ¿He dicho algo gracioso? —preguntó de repente, bajando las manos.

—No, lo siento… Es solo que… echaba de menos esto. —Y lo señalé con un gesto.

—¿Te estoy aburriendo con el tema de la comida? —quiso saber.

Negué con la cabeza.

—Al contrario, me encanta verte así de apasionado.

Frunció el ceño.

—Siempre me apasiona.

«Entonces, ¿por qué no lo demuestras más a menudo?», quise preguntarle, pero me pareció un poco grosero por mi parte. Además, después de siete años era prácticamente un desconocido, ¿quién era yo para decirle nada?

—Lo sé, es solo que… lo echaba de menos. En estos… —Hice un gesto distraído con la mano—… siete años. Ha sido mucho tiempo.

—Ah. —James asintió con la cabeza, ocultando a medias una sonrisa ligeramente torcida, y noté un pinchazo en ese hueco del pecho que había quedado vacío por la tristeza. Anhelaba sentir algo cálido de nuevo. Algo bueno. Algo que tuviera la posibilidad, aunque fuera remota, de quedarse. Una sonrisa acompañada de una historia melancólica mientras compartíamos una tarta de limón.

Y supe que esa noche tenía un serio problema, porque le devolví la sonrisa.

—Creo que para mí ha sido aún más largo—dijo por fin.

Abrí los ojos de par en par.

De pronto, me vibró el teléfono, y aparté la mirada de él de

inmediato. Saqué el móvil del bolso. Seguro que era alguno de mis autores atrapado en otro aeropuerto o un hotel de convenciones. Pero no, eran Fiona y Drew. Mierda, se me había olvidado enviarle un mensaje a Drew y decirle que… ¿Qué? ¿Qué había salido a cenar con un posible cliente?

No, mejor no.

«¡¡¡TIERRA LLAMANDO A CLEMENTINE!!!», escribió Fiona junto con una avalancha de emojis que esperaba indicaran preocupación y no deseos de matarme.

«¿Te han asesinado?», preguntó Drew. «¿Tenemos que ir a poner una denuncia?».

«CLEMENTINE, DE APELLIDO WEST, ¿ESTÁS VIVA O QUÉ?», añadió Fiona. «RESPONDE SÍ/NO».

Quería muchísimo a mis amigas, en serio, pero ojalá no me hubieran interrumpido justo en ese momento.

—¿Va todo bien? —preguntó James, un poco preocupado.

—Sí, sí, no es nada, pero tengo que responder. —O Drew y Fiona iban a acabar en la comisaría, denunciando mi desaparición—. Son mis amigas. A veces se ponen un pelín…

—No hace falta que me des más explicaciones. —Alzó las manos —. Ya me encargo yo de recoger la comida. Si quieres, puedes ir buscando un sitio para sentarnos.

—Claro, gracias. —Me aparté deprisa del *food truck,* lo que seguramente era lo mejor, porque estaba empezando a sentir demasiado calor a su lado, y él estaba demasiado guapo y… Y ese era un límite que no estaba dispuesta a sobrepasar.

Fui hacia los bancos de piedra que había frente al Arco de Washington Square y me senté a esperar.

«Vale, mejor no respondas», continuó Fiona. «SI ERES EL

ASESINO, QUE SEPAS QUE VAMOS A POR TI, AMIGO».

«ESO, QUE TE DEN», añadió Drew.

«ASÍ SE HABLA, NENA».

«Calmaos las dos», contesté por fin, echando un vistazo al *food truck.* Miguel le estaba diciendo algo a James, que parecía algo tímido mientras se frotaba la nuca. Deseé guardar esa imagen en mi memoria, conservarla como una fotografía: las luces de la calle iluminando su pelo, las sombras creando reflejos azules y púrpuras sobre su rostro. Una vez más esa noche, sentí un hormigueo en los dedos por las ganas de pintarlo con colores vivos e inmortalizar ese momento. Que durara para siempre.

Fiona respondió al instante.

«MADRE MÍA, CARIÑO. ESTÁ VIVA. ¡¡¡ESTÁ VIVA!!!».

«ALELEYA», añadió Drew.

Y un segundo después.

«*ALELUYE».

Y por último:

«**ALELUYADWSKFJF».

«Drew, ¿no se supone que eres editora?», le pregunté con una sonrisa.

Drew envió un emoji con cara de fastidio.

Fiona dijo: «Como se nota que nunca ha tenido que editar la Biblia».

«Y que lo digas», escribí yo. Luego les conté que estaba cenando con un amigo con el que me había encontrado en la calle (algo que no era del todo mentira), y guardé el móvil justo cuando James se acercó con nuestra comida y un par de Coronas bajo el brazo.

Tomé las cervezas mientras él se sentaba, y después él las abrió contra el borde del banco.

—Por la buena comida —dijo, pasándome la mía.

—Y por la buena compañía —respondí.

Brindamos chocando los botellines y yo me las apañé para pintar esa noche de verano en mi cabeza, con esa mezcla de azul oscuro y bruma púrpura, destellos de perla y rosas intensos y brillantes que solo yo podía ver, en una metáfora perfecta de cómo me sentía.

Hacía una noche agradable, la cerveza estaba fría y la compañía era, de hecho, perfecta. La gente paseaba bajo el arco, riendo entre sí, y desde el parque el cielo parecía tan grande que casi podían verse las estrellas. Hablamos mientras comíamos. Me preguntó por mi trabajo y yo por el suyo. El nuevo restaurante que estaba a punto de abrir le ocupaba la mayor parte de su tiempo, así que su segunda de cocina en el Olive Branch estaba encargándose de casi todo; lo que hacía que se sintiera un poco culpable.

—¿Es la chef que conocí la semana pasada? —pregunté, recordando a la mujer que me había echado de la cocina.

—Iona Samuels —contestó él, asintiendo—. Una de las mejores chefs que tengo. Aunque ella aún no lo sabe, va a ser la jefa de cocina del Branch cuando yo me vaya. No me imagino el restaurante en mejores manos.

—¿Te da pena dejar un lugar en el que has estado los últimos siete años?

Hizo ese gesto suyo de encoger un hombro.

—Un poco, pero es bueno para mi imagen y para mi carrera.

Me alegraba comprobar que su vida avanzaba justo en la dirección que había deseado. Daba igual lo que yo pensara sobre su vida perfecta.

Al fin y al cabo, apenas formaba parte de ella.

—He trabajado tanto —continuó—, que ahora mismo no puedo

parar. Y tampoco quiero, la verdad.

—Has logrado algo impresionante. Seguro que tu abuelo está muy orgulloso de ti.

Dudó un instante antes de dar un buen trago a la cerveza.

—En realidad, está muerto.

Sentí como si me hubieran sacado todo el aire de golpe.

—Ay, lo siento muchísimo.

Negó con la cabeza.

—No pasa nada, en serio. Han pasado casi siete años. Falleció justo después de… —Se detuvo un instante—. Unos días después de mudarme a mi propio apartamento.

Así que ocurrió después de irse del apartamento de mi tía. Después de aquel verano. Al poco tiempo de conseguir el trabajo como friegaplatos. Su abuelo ni siquiera llegó a verlo convertirse en el chef que era ahora. Era tremendamente injusto. No sabía cómo consolarlo, ni siquiera estaba segura de que él quisiera ese consuelo. Después de todo, habían pasado siete años… y parecía más cómodo hablando de su abuelo que yo de mi tía. Al final me limité a decir:

—Mira todo lo que has conseguido. Estás a punto de abrir tu propio restaurante. Seguro que estaría orgulloso.

—Sí —admitió él, aunque no lo dijo con orgullo, sino más bien con… cansancio. Sí, sonaba agotado—. Y he sacrificado mucho para llegar aquí. Relaciones, amistades, otras oportunidades profesionales… Ahora solo puedo seguir adelante.

Di un último bocado a la fajita de pollo y lo observé bajo la luz de las farolas.

—¿Te arrepientes?

—Si dijera que sí —respondió pensativo—, ¿estaría traicionando a mi yo del pasado que soñaba con llegar aquí? Seguramente. —

Entonces una lenta sonrisa se extendió por sus labios, dulce y algo traviesa—. Pero, por suerte, no es el caso. Lo que sí… —Vaciló—. Lo que sí lamento es no haber estado contigo cuando falleció tu tía —añadió—. Eso sí que lo siento.

Se me hizo un nudo en la garganta. Miré hacia otro lado; a cualquier otra parte que no fuera él.

—No te preocupes —dije escuetamente—. Estoy bien.

—No —murmuró sin apartar los ojos de mi cara. Supe que mi expresión debía de estar reflejando algo parecido al desconcierto, incluso dolor—, no lo estás.

—Entonces, ¿por qué no viniste a buscarme? —le solté de golpe—. ¿Por qué no me has buscado durante estos siete años?

Se le contrajo el gesto. Dejó el plato sobre el banco junto a él y comenzó a limpiarse las manos. Supuse que estaba intentando encontrar la mejor manera de decirme que no había querido hacerlo, que si realmente hubiera querido, me habría encontrado, pero en lugar de eso, apoyó un mano en el banco entre nosotros, se acercó lentamente y me susurró:

—¿De verdad me habrías creído, Limón?

28

Un tiempo bien aprovechado

—No… No sé qué quieres decir —confesé.

Suspiró, volvió a enderezarse y contempló el parque, fijándose en un grupo de jóvenes que se estaba haciendo fotos bajo el arco.

—Déjame aclarártelo un poco. Vamos a retroceder siete años. Tú tienes… ¿Cuántos? ¿Veintidós? Te encuentro, pero soy un completo extraño para ti, ¿verdad? Porque no me conocerás hasta dentro de siete años.

Sus palabras me dejaron tan atónita que casi me atraganté al dar otro sorbo a la cerveza. ¿Qué era lo que había dicho antes? ¿Que para él había sido aún más largo?

—Entonces, tú… ¿Lo sabes? Lo de…

—Sí —respondió—. Lo sé.

No sé qué me impactó más: descubrir que él sí se había planteado buscarme, o darme cuenta de que, en algún momento de las próximas semanas, antes de que él se fuera del apartamento de mi tía, iba a contarle la verdad.

Me senté un poco más erguida.

—Eso significa que vuelvo, ¿no? Al apartamento, en tu época.

Se quedó mirando fijamente una farola.

—No me acuerdo.

Observé su cara durante un buen rato, intentando averiguar si mentía por la tensión en sus labios o la incertidumbre en sus ojos,

pero no dejó entrever nada, ni siquiera cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando y me sostuvo la mirada.

—No me acuerdo, Limón —insistió, y yo aparté la vista al instante.

«¿Pasa algo?», quise preguntarle. ¿Algo tan terrible que ni siquiera podía mencionarlo? Intenté recordar aquel verano de hacía siete años, cuando improvisé un viaje con mi tía prácticamente de un día para otro. Fue la primera y la única vez que mi tía y yo nos escapamos durante meses, durmiendo en hostales y cargando los móviles en cafeterías. Al año siguiente ya trabajaba en Strauss & Adder, así que, desde entonces, solo organizábamos un viaje anual al final del verano. Quedábamos en el MET el día de mi cumpleaños, con las maletas listas, contemplábamos un rato los cuadros de Van Gogh y luego partíamos rumbo a lo desconocido.

No recordaba con precisión el día en que volví a casa después de aquel maravilloso verano en el extranjero hacía siete años. De lo que sí me acordaba era de haber pasado muchísimo tiempo esperando en la pista del aeropuerto de LaGuardia, tanto que se terminó el vino de cortesía, y también recordaba dejar a mi tía en su apartamento, abrazarla al despedirme de ella y estar tan agotada que, por error, subí a un taxi en el que ya viajaba otro pasajero.

Fruncí el ceño.

James alargó la mano y me lo alisó con el pulgar. No dijo nada, aunque tampoco hizo falta, porque imaginé que había vuelto a poner esa expresión agria y distante, como si estuviera chupando un caramelo de limón demasiado ácido.

—¿No te acuerdas o no quieres contármelo? —pregunté, apartándome de él.

Él ladeó la cabeza, pensativo, como si no supiera cómo responder.

—¿Hay una tercera opción?

—Por supuesto, ¿pero cuál sería?

Dudó y bajó la vista hacia su fajita a medio comer, como si intentase encontrar las palabras adecuadas. De pronto, tuve la horrible sensación de que aquello solo iba a empeorar las cosas.

—Lo siento —dije a toda prisa—. No tienes que responder. Madre mía, está claro que no sé cómo mantener una conversación normal, ¿verdad? ¿Cuál es tu grupo favorito? ¿El libro que más te gusta? ¿Tu color preferido?

—Nada, nada, todavía tienes que adivinarlo… Ay, no —añadió en voz más baja al ver algo detrás de mí—. Presiento que voy a arrepentirme de esto —dijo con gesto sombrío.

—¿Qué ocurre? —Miré por encima del hombro.

Miguel e Isa estaban terminando de cerrar el camión, bajando la cubierta de la ventana y echando el cierre a las puertas, antes de acercarse a nosotros. Miré el reloj. Las diez en punto exactas.

—Espero que en esa bolsa marrón no lleves lo que imagino, Miguel —dijo James cuando llegaron.

—Qué va, para nada. ¿Quieres uno? —me preguntó Miguel. Se sentó a mi lado y me ofreció lo que había en la bolsa. Saqué una especie de nacho que parecía estar cubierto de azúcar.

Lo probé. Sí, sin duda era azúcar moreno.

—Vaya, esto está muy rico. ¿Qué es?

James enarcó una ceja mirando a Miguel y sacó también uno.

—La auténtica especialidad de Miguel —me explicó—. Tortillas de maíz fritas con azúcar, canela y algún ingrediente más, que aún no he conseguido adivinar.

Miguel chasqueó la lengua.

—Ni siquiera Isa lo sabe.

Esos nachos estaban deliciosos; crujientes, dulces y con un toque

ligeramente aceitoso. Eran perfectos para después de las fajitas. Me comí otro.

—¿Cayena, quizá? —aventuré.

Isa sacó un puñado de la bolsa y dijo:

—Nunca te lo dirá, hayas acertado o no. Yo digo que es *sriracha* deshidratada.

—No, no tiene el punto suficiente de picante para ser *sriracha* —comentó James pensativo.

Miguel parecía estar encantado de que nadie lo adivinara.

—¿Qué más da? ¿Quieres robarme todos mis secretos?

—Tal vez le venga bien para su libro de cocina —bromeó Isa—. Todos sabemos que es incapaz de hacer pan.

—Oye, que no se me da tan mal —protestó James indignado—. Además, esto no es pan.

Ella se rio y le revolvió el pelo.

—Lo dice el que casi suspendió Introducción al Pan dos veces.

—Y encima presume de eso —añadió Miguel, mirándome divertido. Luego alargó la mano hacia James y le retiró el pelo de detrás de la oreja para enseñarme su tatuaje. El batidor de masa danés que había visto antes, ahora algo difuminado y descolorido.

James se quejó y apartó con fastidio la mano de Miguel.

—Vale ya, tampoco hace falta revelar todos mis secretos.

—Bah —Miguel hizo un gesto con la mano, restándole importancia, y se inclinó hacia mí—. ¿Te ha contado cómo se hizo ese tatuaje?

—Te vas a morir de risa —dijo Isa, apoyando un brazo sobre el hombro de James.

—No les hagas caso —me suplicó James, rozándome suavemente la mano, con un contacto demasiado intencionado como para ser

casual—. Se lo inventan todo. Son unos mentirosos.

—Hablando de Introducción al Pan… primer día en el CIA. Allí estábamos los tres, los mayores del curso —comenzó Miguel.

James negó con la cabeza.

—No, por Dios, esa historia no.

—¡Qué dices, si la historia es buenísima! —protestó Miguel, acercándose a mí—. Pues resulta que el chef que nos dio la clase le preguntó algo a este justo cuando todos estábamos pringados de masa hasta los codos.

—En serio, odio esa historia —se quejó James, pasándose la mano por la cara con gesto agónico.

—Le preguntó… Isa, ¿qué fue lo que le preguntó exactamente?

Isa sacó otro nacho de la bolsa.

—Le preguntó qué estaba haciendo.

—Yo solo estaba siguiendo instrucciones —masculló James.

—Y va y le suelta al chef más estirado del mundo: «¿A ti qué te parece que hago? Pues darle caña al tema». Imagínatelo, estaba hasta arriba de masa, la cara llena de harina, levadura esparcida por toda la encimera, y por si fuera poco estaba usando… ¿Qué narices usaste? ¿Una cuchara de madera? Vamos, un auténtico desastre.

Isa se echó a reír.

—Y el profesor simplemente lo miró y le dijo muy serio: «Se le da caña con un ba-ti-dor, un batidor de masa danés».

—En mi defensa diré que jamás había visto un batidor de esos en mi vida. Esa misma noche, Isa tuvo la brillante idea de salir de juerga a tomar unas copas. Al final acabamos en un estudio de tatuajes y… —confesó y se encogió de hombros—… ya está. Fin de la historia, no hay más.

Miguel e Isa aprovecharon la ocasión para enseñarme los utensilios

de cocina que llevaban tatuados detrás de la oreja izquierda: una espátula y un cucharón.

—Vaya, ahora me siento excluida —comenté—. Yo también quiero un utensilio de cocina detrás de la oreja. ¿Cuál sería el mío?

Isa sacó otro puñado de nachos de la bolsa.

—No, a ti no te pega un utensilio de cocina. A ti te iría más algo como… déjame que piense…

—Un pincel —respondió James sin dudarlo.

—¿Eres pintora? —preguntó Miguel.

—Es solo un pasatiempo —me apresuré a aclarar—. En realidad, trabajo como publicista en una editorial. Es un trabajo estupendo. Estoy bajo la dirección de una de las mejores profesionales del sector, alguien con muchísimo talento, y para mí es todo un honor. Me encanta.

—¿Y por qué te gusta? —quiso saber Isa.

Abrí la boca para contestar, pero me quedé bloqueada.

Resultó ser una pregunta mucho más difícil de lo que pensaba.

Sí, me encantaba mi trabajo, pero ya no tenía tan claro si seguía apasionándome, al menos no como a Rhonda o como a mi yo de hacía seis meses, que solo quería seguir ascendiendo sin parar.

Veía la ilusión que tenía Drew por conseguir el libro de James o la entrega absoluta de Rhonda, que incluso estando a punto de jubilarse, seguía al cien por cien hasta el último momento. Y mientras tanto, yo… yo solo estaba cansada.

Pensé en la última conversación que había tenido con mi tía.

«Vamos a vivir una aventura, cielo».

La verdad, la idea de una aventura empezaba a parecerme demasiado tentadora.

—Pues… me gusta porque sí —terminé respondiendo—. Y

también ayuda mucho que mis dos mejores amigas trabajen conmigo. ¿Y tú por qué decidiste dedicarte a la cocina? —le pregunté.

—Mi madre era una chef pastelera muy reconocida… Perdón, *pâtissiere*. Me pasé la infancia metida en las cocinas —explicó Isa—. ¿Pero sabéis qué es lo que más me gusta de todo? El olor a cruasán recién hecho. No hay nada igual.

—O cuando logras el equilibrio perfecto entre sal, acidez y grasa. —Miguel se besó las puntas de los dedos y luego abrió la mano y la alzó al aire—. Hace que un plato cobre vida.

—O la satisfacción de ver cómo la gente disfruta de tu arte —añadió James, aunque luego torció el gesto y negó con la cabeza—. Lo cierto es que la mayoría de los trabajos en restauración tienen unos sueldos de mierda. Los horarios son infernales, y aunque preparas platos increíbles, luego llegas a casa y comes cualquier porquería. O estás tan cansado que ni cenas. Este oficio no es para cualquiera. Si no buscas algo que valga realmente la pena, ¿qué haces metido en una cocina?

—No recuerdo la última vez que cociné para mí misma —soltó Isa con la mirada perdida.

Miguel se acabó de un trago lo que le quedaba de cerveza.

—Yo no recuerdo la última vez que alguien alabó mi comida.

—Yo tampoco, y estoy a punto de abrir un restaurante que espero reciba buenas críticas, así que crucemos los dedos para que algo cambie —añadió James, apurando también su cerveza y poniéndose de pie. Recogió los platos vacíos y los botellines de cerveza y se fue a tirarlos. Mientras se alejaba, sentí cómo la inquietud empezó a instalarse en mi estómago.

Isa soltó un suspiro y se metió otro nacho en la boca.

—Me da tanto miedo que se queme…

Miguel se frotó la nuca.

—Ya lo sé.

Vi a James caminar hacia la papelera que había en el extremo de la plaza.

—¿Quemarse?

—Sí —me dijo Miguel, mientras observaba cómo James daba una patada a una lata por la acera, la recogía y después la tiraba a la papelera con el resto de la basura—. Es que… a veces creo que se exige demasiado y no piensa lo suficiente en sí mismo.

—Lo hace por su abuelo, quiere que se sienta orgulloso de él —señalé.

Miguel asintió.

—Sí, bueno, pero ¿hasta cuándo va a seguir haciendo cosas para cumplir las expectativas de los demás? Cuando no era su abuelo, era el chef Gauthier; cuando no era Gauthier, era cualquier otra cosa que él considerara imprescindible para seguir escalando. Una y otra vez, una y otra vez —dijo, moviendo la mano en círculos para enfatizar —. En algún momento tendrá que centrarse en sí mismo, ¿no?

—Quizá eso es también lo que él quiere hacer —apuntó Isa.

—Puede ser —replicó Miguel—, pero creo que también merece la pena dedicarse a algo que te llene de verdad, aunque eso no te lleve a ganar una puta estrella Michelin.

Me terminé la cerveza mientras James regresaba, con las manos en los bolsillos de los vaqueros oscuros. Se sentó entre nosotros y apoyó las palmas de las manos en el banco.

—Bueno, ya basta de quejarnos del trabajo. Limón, ¿sabías que no habría podido sobrevivir al CIA de no ser por estos dos?

—Era un pesado —se quejó Isa, y se comió otro nacho.

Miré a James de reojo.

—Me lo creo.

—Oye —se quejó, poniendo cara de ofendido.

—Tenemos muchas historias más —admitió Miguel.

Tomé otro puñado de nachos y dije:

—No tengo prisa. Contádmelas todas.

Isa dejó escapar un ruidito emocionado y se puso de pie de un salto. Si James usaba mucho las manos para hablar, Isa lo hacía con todo el cuerpo. Me di cuenta enseguida de que se movía constantemente mientras hablaba: paseaba de un lado a otro, giraba sobre sus talones… Era como si quedarse quieta fuera una tortura para ella.

—Bueno, tienes delante a los tres mejores chefs del CIA de nuestra promoción —empezó, señalando al grupo—. Y dos de nosotros estuvimos a punto de no graduarnos… y no precisamente por falta de esfuerzo.

James se acercó a mí y murmuró con tono divertido:

—Te dejo adivinar quiénes eran esos dos.

—Tú seguro que no —respondí, y él esbozó una ligera sonrisa.

Isa continuó:

—Nos juntamos casi por inercia, porque éramos los alumnos de más edad.

—Creo que yo era el mayor de la clase… —comentó James, en voz un poco más alta, pero sin alejarse de mí. Nuestros hombros se rozaron y, durante un instante, me sentí como una adolescente, con el corazón desbocado.

—No, no —dijo Miguel con un gesto de la mano—. Era aquella contable jubilada. ¿Cómo se llamaba? ¿Beatrice? ¿Bernadette?

Isa chasqueó los dedos y lo señaló.

—¡Bertie! Ella fue la razón por la que terminamos en el extranjero ese verano, ¿os acordáis? Cuando hicimos el *catering* para esa colonia nudista en la costa francesa.

James puso la mirada perdida, como si estuviera reviviendo una pesadilla.

—Ojalá pudiera olvidarlo.

—¿Y qué me decís de cuando estuvimos a punto de envenenar a la reina de Inglaterra?

—Qué exagerado —dijo James—. Ni de coña pasó eso.

Pero yo solo me había quedado con el detalle de:

—¿Cocinasteis para la *reina*?

James sacudió la cabeza.

—Que en paz descanse. No fue nada del otro mundo…

—¡Pues claro que sí! Mira, este nunca se emociona con nada. Fue para un banquete, ¿no? Algo de mucha categoría, y conseguimos entrar gracias a las buenas referencias. Pero tú no estuviste en esa cocina, ¿verdad, Isa?

—No, yo estaba emborrachándome en Shoreditch.

—Ah, sí, es verdad —asintió Miguel al acordarse—. Si no llega a ser por el catador de venenos, nadie se habría dado cuenta.

—El pimentón y el chile molido se parecen mucho, ¿vale? —James se masajeó el puente de la nariz y bajó la voz—. Y tenía un *pelín* de resaca.

—¡Madre mía! —jadeé—. ¿Me estás diciendo que estuviste a punto de matar a la reina?

—El chile molido no habría matado a la reina —replicó indignado, dándome un leve empujón con el hombro. Incluso con la ropa de por medio, desprendía calor, y estando tan cerca, pude oler su loción para después del afeitado: una mezcla de cedro y rosa—. Si hubiera

sido cayena… quizá.

—¡Pero esa historia ni siquiera es graciosa! —continuó Miguel, con un brillo de entusiasmo en la mirada. Y entonces se puso a relatar con nostalgia algunas de sus aventuras con James: una noche loca en Glasgow, un encontronazo con un mafioso en Madrid que acabó en una persecución en moto por la Gran Vía, y otras cuantas más de todos los viajes que me había dicho que quería hacer en el apartamento de mi tía.

La conversación continuó hasta que nuestros dedos, llenos de azúcar y canela, tocaron el fondo de la bolsa de nachos. Fue una gran noche. Una de esas noches que hacía tiempo que no vivía.

De esas que se te quedan grabadas, cálidas y reconfortantes, y te envuelven el alma en un halo dorado.

Una buena cena en la mejor compañía.

Para cuando terminamos, James volvía a reír, con una sonrisa despreocupada mientras recordaba sus primeros días como cocinero en el Olive Branch y cómo un proveedor de carne intentó emparejarlo con su hija.

—Me suena que tuviste alguna cita con ella, ¿no? —preguntó Isa.

James agachó la cabeza.

—Sola una. Enseguida nos dimos cuenta de que no encajábamos. Pero tenía una cabrita a la que le ponía botas de agua. Era adorable —confesó.

—¿Eso no fue el otoño después de que te mudaras a Nueva York? ¿Cuando te ascendieron a ayudante de cocina en el Branch? —preguntó Miguel. En ese momento, estaba tan enganchada a la conversación que quería saber hasta el último detalle vergonzoso o escandaloso de la vida de James Iwan Ashton—. ¿Después de conocer a esa chica?

Algo cambió en la postura de James mientras seguíamos apoyados el uno en el otro. Se puso rígido.

—Esa historia no.

—Oh, vamos. —Isa puso los ojos en blanco y se dirigió a mí—. No paraba de hablar de ella, ni un solo instante. ¿Cómo se llamaba? Su nombre tenía algo que ver con una canción, ¿no?

—¿Una canción? —pregunté, sin estar segura de si quería saberlo o no.

—Sí —asintió Miguel, antes de empezar a cantar—. *Oh my darling, oh my darling, oh my darling Clementine.*

29
El momento adecuado

James me acompañó hasta la estación de metro, aunque él había llamado a un Uber para que lo llevara a… No sabía dónde vivía, pero desde luego no era el Monroe. En cuanto Miguel se puso a cantar *Oh my darling, Clementine,* estuve a punto de atragantarme con un nacho. James cambió de tema enseguida y empezó a contar cómo Miguel le había pedido a Isa que se casara con él; en pleno *food truck,* un día lluvioso de primavera de hacía tres años. Sin clientes, solo ellos dos y un filete que estaba a punto de caducar. Si no hubiera sido porque en mi cabeza seguía dándole vueltas a la revelación anterior, me habría encantado su historia.

«No paraba de hablar de ella», había dicho Isa, justo antes de que Miguel cantara la canción, y la idea me provocó un cosquilleo en el estómago.

No parada de hablar de ella. De *mí.*

—Me lo he pasado muy bien esta noche. Gracias por aguantar a mis amigos. A veces pueden ser muy… intensos —dijo, con las manos en los bolsillos.

—Si crees que ellos son intensos, tendrías que pasar un rato con Drew y Fiona —respondí con una risa nerviosa, porque solo pensar en los cuatro juntos en la misma habitación ya me hacía sentir ansiedad.

Me detuve justo delante de las escaleras que bajaban hasta el

andén del metro, y él se quedó a mi lado. Demasiado cerca y demasiado lejos a la vez.

Como si ambos estuviéramos esperando a que pasara algo.

Me volví hacia él.

—Así que Clementine, ¿eh? ¿A cuántas chicas con ese nombre conoces? —pregunté, procurando que mi tono no delatara lo mucho que me interesaba la respuesta.

Torció la boca en una sonrisa de medio lado. Sus ojos eran dos apacibles lagunas grises. Quizá los pintaría de un verde aguado, con destellos de amarillo y azul, como los cielos nacarados.

—Solo una —respondió en voz baja, sacando las manos de los bolsillos.

El cosquilleo en mi estómago se convirtió en un sinfín de mariposas revoloteando en él.

—Entonces, debió de ser muy afortunada.

—También es inteligente, y tiene talento, y es preciosa —continuó, enumerando cada cualidad con los dedos, mientras acortaba la distancia entre nosotros.

Así de cerca, resultaba mucho más atractivo de lo que mi corazón podía soportar. Con esas cejas oscuras bien perfiladas y las pecas sobre la nariz que parecían pequeñas constelaciones. Pero seguía teniendo una expresión reservada. En ese momento deseé con desesperación que aún fuera aquel chico de mirada expectante y llena de ilusión que había conocido en el apartamento de mi tía.

Alcé las manos hasta su rostro y recorrí con los dedos las líneas de su sonrisa, sintiendo el roce de su incipiente barba. Cerré los ojos y, al notar su boca a un suspiro de la mía, quise que me besara.

Esa certeza me provocó un estremecimiento aterrador, porque hacía tiempo que no deseaba nada con tanta intensidad. Estar tan

cerca de él era como sumergirme en una historia con un final desconocido, la misma energía vibrante que sentía cuando mi tía me miraba con una sonrisa deslumbrante y los ojos llenos de emoción antes de proponerme lanzarnos a la aventura.

Él era una aventura. Una en la que, de repente, quería embarcarme.

Quería aquello sin ningún género de duda.

Lo quería a *él*.

Pero pasó un segundo, y luego otro, y la sensación de euforia en mi estómago se desplomó. Abrí los ojos justo cuando se apartó de mí y me dio un beso en la frente.

—Y está completamente fuera de mi alcance —murmuró contra mi pelo. Sentí un vacío desgarrador, como si me hubieran traicionado de la peor manera posible. Se apartó de mí, con una expresión de dolor en el rostro—. Nunca es el momento adecuado, ¿verdad, Limón?

—Sí —susurré con un nudo en la garganta, porque tenía razón y me mortificaba que tuviera que ser él quien lo dijera. No fui capaz de mirarlo a los ojos—. Será mejor que… que me vaya —balbuceé, y sin pensarlo más, eché a correr escaleras abajo.

—¡Limón! —lo oí llamarme, pero no me detuve hasta que atravesé el torno y llegué al andén.

Había estado a punto de tirar mi carrera por la borda… ¿Y para qué? ¿Por un arrebato pasajero que, de todas formas, no habría durado? Porque nada duraba para siempre.

Nada.

Pero lo que más me asustaba de todo aquello no era haber estado a punto de besarlo sin dudarlo, sino descubrir que no me había preocupado en absoluto mi carrera. Ni lo que pensaría Rhonda. Ni

todo lo que había sacrificado: siete años de horas extra, fines de semana sin dormir y todas esas pequeñas molestias que se acumulaban sin que nadie las viera.

Sí, lo que más me aterraba era darme cuenta de que todo por lo que había luchado con tanto esfuerzo había dejado de importarme en una fracción de segundo.

El tren llegó al andén y me subí a él. Todavía notaba el calor de sus manos en las mías, y se me encogía el estómago cada vez que recordaba lo cerca que había estado. El olor de su loción para después del afeitado. La calidez de su cercanía. La forma en que se detuvo en el último instante, con un suspiro apenas audible.

«Nunca es el momento adecuado, ¿verdad?», me había preguntado.

Sí, supuse que no lo era.

30

Hace mucho tiempo

Entré en el apartamento, me quité los zapatos planos y los dejé junto a la puerta. La lluvia golpeaba suavemente las ventanas, como diminutas yemas de dedos tamborileando en el cristal. Las dos palomas estaban acurrucadas en su nido sobre el aparato del aire acondicionado, mientras yo sopesaba la idea de darme una ducha fría para desprenderme de la noche y de todos esos sentimientos inoportunos que seguían vibrando en mi pecho. Y entonces oí una voz…

—¿Limón?

Me detuve en seco. Luego, casi sin poder creérmelo, respondí:

—¿Iwan?

Me tropecé con los zapatos antes de salir corriendo hacia la cocina. Y allí estaba él, sentado a la mesa, con una botella de *bourbon* y un vaso delante. Seguía llevando una camiseta blanca sucia del trabajo y unos pantalones negros holgados.

—¡Limón! —dijo con esa media sonrisa suya—. Qué alegría verte. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Yo… solo quería verte —susurré, con una sinceridad que me encogió el corazón. Pensé que no volvería a encontrarme con ese hombre de cabello castaño rojizo despeinado y ojos claros, con esa sonrisa torcida que tanto me reconfortaba.

Ese hombre que nunca me había olvidado.

Sin pensarlo, crucé la cocina y le tomé el rostro entre las manos. Él me miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa (Oh, esa maravillosa expresión de asombro), y lo besé. Con ansia y desesperación, como si quisiera tatuarme su sabor en la memoria. Llevaba toda la noche deseando hacer aquello. Enredar los dedos en su pelo, aferrarme a sus rizos. Pegarme a él con tanta fuerza que no quedara ni un resquicio entre nosotros.

Sabía a *bourbon*, y su barba incipiente me raspó la piel.

—¿A qué viene tanta urgencia, Limón? —preguntó, apartándose un instante para tomar aire, con una curiosidad que tenía algo desgarrador, como si dudara de mis intenciones. Como si no pudiera concebir que realmente quisiera estar allí, besándolo.

—¿No la sientes tú también?

Eso pareció bastarle como respuesta, porque sí, claro que la sentía. Lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Me había observado toda la noche con hambre contenida, con la intensidad de quien teme no volver a ver a alguien nunca más. Y yo conocía esa mirada. Era la misma con la que mi madre miraba a mi padre. La misma que ponía mi tía cuando evocaba esos recuerdos lejanos que le dejaban un sabor amargo, como un caramelo agrio deshaciéndose en la lengua.

Conocía esa mirada demasiado bien. La reconocí en cuanto levantó la cabeza de la mesa al verme entrar, en el instante en que pronunció «Limón» con esa mezcla de incredulidad y esperanza.

Levantó la mano y enredó los dedos en mi pelo, atrayéndome para otro beso. Lento y sensual, con las manos enmarcando mi rostro mientras sus labios se fundían con los míos, murmurando suaves promesas entre beso y beso. Pasó la lengua por mi labio inferior y todo mi cuerpo se tensó con un hormigueo vibrante, como si tuviera burbujas estallando en mi interior. Olía tan bien, a una combinación

embriagadora de naturaleza salvaje, jabón y su propia esencia que me hizo desearlo aún más.

—No sé cómo lo haces, pero siempre apareces cuando más necesito compañía —murmuró.

—¿Compañía… o a mí?

Se echó un poco hacia atrás, mirándome con aquellos hermosos ojos tempestuosos que brillaban como nubes oscuras a punto de soltar la primera nieve del otoño.

—A ti, creo —respondió en un susurro, pero con firmeza.

Y en ese instante sentí cómo la horrible barrera que había construido a mi alrededor se desmoronaba. Lo besé otra vez, saboreando sus palabras en mi boca.

Me acarició la cara con ternura y luego bajó las manos lentamente hacia mi blusa, desabrochando los botones uno a uno con sus hábiles y largos dedos. Mientras lo hacía, fue dejando un reguero de besos desde mis labios hasta mi cuello. Cuando recorrió con los dientes la curva de mi garganta hasta mi hombro, dejé escapar un gemido involuntario que sonó más animal que seductor. Entonces me giró con un movimiento ágil, apoyándome contra la mesa, y me subió a ella sin esfuerzo, apartando la botella de *bourbon* con un gesto descuidado. Me lamió la clavícula, succionando suavemente antes de darme un mordisco provocador.

Un escalofrío me recorrió la piel y solté un jadeo entrecortado.

—¿Me he pasado? —preguntó, mirándome desde debajo de sus largas y preciosas pestañas, con la mirada embriagada de deseo.

Para nada, todo lo contrario.

—Más —supliqué, sintiendo cómo el calor me subía por las mejillas.

—Me encanta cuando te ruborizas —murmuró, besando la curva

de mis senos mientras seguía desabrochándome la blusa—. Me vuelve loco.

Nunca me había parado a pensar en qué aspecto tenía cuando me sonrojaba.

—Cuéntame cómo es.

—Es un color precioso —empezó. Su aliento cálido acarició la piel entre mis pechos mientras me recostaba sobre la mesa, con una rodilla apoyada en el borde y las manos a cada lado de mi cuerpo—. Empieza justo aquí. —Depositó un beso en el centro de mis clavículas—. Y sube. —Otro beso en la base de la garganta—. Y sigue subiendo. —Uno más en el lateral del cuello—. Y subiendo. —Rozó con los labios el borde de mi mandíbula y terminó con un último beso en mi mejilla derecha—. Y me vuelve loco saber que soy yo el que lo provoca.

La piel me ardió ante aquella afirmación (muy cierta, para qué engañarnos) y el corazón me retumbó en el pecho. Su sonrisa torcida se ensanchó con calma, llena de intención.

—Justo como ahora —susurró, besando mis mejillas sonrosadas. Me trataba con tanta ternura, con tanta sinceridad, que resultaba abrumadoramente erótico. Ya me habían seducido antes (no recorres el mundo sin caer rendida a los pies de un apuesto italiano en Roma, de un trotamundos con labia en Australia, de un escocés de voz ronca o de un poeta en España), pero aquello era distinto. Cada caricia, cada roce de sus dedos sobre mi piel, parecía cargado de significado. Como si fuera un acto de devoción.

Como si no fuera solo una chica a la que besar y recordar con nostalgia dentro de diez años, sino alguien a quien seguir besando dentro de diez años.

Dentro de veinte.

Aunque, claro, eso no sucedió ni podía suceder, porque yo ya sabía cómo acababa aquello.

Besó el surco entre mis cejas.

—¿En qué estás pensando, Limón?

Deslicé las manos por su pecho, metiéndolas por debajo de su camiseta. Pensaba en que solo quería dejar de darle vueltas a todo y disfrutar de él, de ese instante. Pensaba en lo egoísta que era aferrarme a eso, sabiendo que no tenía futuro. Pensaba en lo lista que había sido mi tía al imponer esa segunda regla… y en lo poco que me iba a importar romperla.

Dibujé con los dedos el contorno del tatuaje que tenía en el abdomen, un pequeño conejo corriendo. Se estremeció con un leve temblor bajo mi contacto.

—¿Cuántos tienes? —inquirí, evitando así responder a su pregunta.

Enarcó una ceja.

—Diez. ¿Te atreves a encontrarlos?

Terminé de quitarle la camiseta a modo de respuesta y él la tiró al suelo de la cocina. Luego acaricié otro tatuaje sobre su cadera: un hueso de la suerte.

—Dos.

Unas iniciales en el lado izquierdo del torso.

—Tres. Cuatro —añadí, besando el manojo de cilantro atado con un cordel rojo en el brazo izquierdo.

Otro en la cara interior de su otro brazo: el sendero que se abría paso entre los pinos.

—Cinco.

—Vaya, es impresionante la facilidad con la que los encuentras —susurró mientras yo me bajaba de la mesa de la cocina y lo guiaba

con calma hacia el salón. Volvió a besarme y me mordisqueó el labio inferior.

—Nunca me echo atrás ante un buen desafío —respondí. Le giré con suavidad y besé el cuchillo de carnicero que tenía tatuado en el omóplato derecho.

—Seis.

El séptimo estaba en su antebrazo derecho: un rábano a medio cortar, deshaciéndose en dos mitades.

El octavo era pequeño, apenas perceptible en su muñeca: un grupo de puntos que formaban la constelación de Escorpio. Cómo no, tenía que ser escorpio.

—Se está poniendo dura la cosa, ¿eh? —me provocó.

—¿Tú crees? —repliqué.

En cuanto se dio cuenta del doble sentido de lo que había dicho, soltó una carcajada y se puso rojo. Tiré de él por el pasillo, besándolo mientras lo empujaba sobre la cama y me subía encima de él. Y sí, no cabía duda de que el reto lo había puesto a mil, algo que me encantaba.

El noveno tatuaje estaba justo encima de su clavícula, sobre la marca de nacimiento con forma de media luna. Era la línea de un latido, y cuando le mordisqueé la piel en ese punto, dejó escapar un sonido entrecortado que se pareció mucho a un gemido, como si estuviera perdiendo el control.

—Es una lástima que no vayas a encontrar el último —murmuró.

Por supuesto que lo haría. Si había algo que se me daba bien, era escuchar. Le giré la cabeza con suavidad, notando cómo contenía el aliento, y luego le aparté el mechón de pelo que se rizaba al lado de su oreja izquierda y besé el batidor oculto en ese punto.

—Y diez —susurré—. ¿Qué me he ganado?

Arrugó la nariz.

—¿Te conformarías con un friegaplatos?

—Alguien me dijo una vez que es el puesto más importante de cualquier cocina —respondí.

—Puede que nunca llegue a ser nadie en la vida.

—Ay, Iwan —murmuré con un suspiro, tomando su rostro entre mis manos—. Me da igual. Me gustas.

Y en ese instante, lo supe.

Adiós a la regla de mi tía; mi plan perfecto se había hecho añicos. Sabía que Iwan no iba a ser un friegaplatos siempre; pero aunque lo hubiera sido, no me habría importado. Friegaplatos, chef, abogado o cualquier otra cosa, no habría cambiado nada. Mi corazón no latía por un título, sino por ese hombre de ojos preciosos, sonrisa torcida y charla cautivadora.

Esos hermosos ojos perlados se oscurecieron hasta convertirse en tormentas, en tempestades, mientras me agarraba por la cintura y me giraba sobre el edredón. Me cubrió con su cuerpo, subiendo las manos por mis muslos hasta colarse bajo mi falda.

—Voy a quitarte del todo esa blusa —dijo, recorriendo los botones que quedaban uno a uno con sus dedos diestros y desabrochándolos con precisión. Yo quería sus dedos en otro sitio—. Voy a besarte en todas partes. A memorizar cada centímetro de ti.

—¿Cada centímetro? —pregunté mientras me desabrochaba el sujetador.

—Cada… —musitó, mientras me besaba los pechos, bajaba los dedos por mis curvas, tiraba de mi falda y se colaba bajo mis bragas — …maravilloso…

Me estremecí con un jadeo entrecortado al sentir cómo sus dedos empezaban a juguetear conmigo. Me aferré a su pelo alborotado.

—… centímetro —gruñó antes de penetrarme con ellos, al tiempo que recorría con la lengua la piel desnuda de mis pechos. Me retorcí de placer bajo su peso, pero él me sujetó con firmeza y me susurró con dulzura, con una voz cálida como el chocolate, dejando caer palabras descaradas y traviesas como el limón, una tras otra, sobre mi cabello. Nunca había sido el tipo de mujer que se enamoraba de una voz, pero cuando el clímax se apoderó de mí, él acercó la boca a mi oído y ronroneó un «Buena chica» con la entonación exacta para que me olvidara de todo.

Mi tía tenía dos reglas en el apartamento: la primera, descalzarse al entrar, y estaba bastante segura de que se me había olvidado hacerlo al menos una vez.

Así que, si ya había roto la primera, tampoco pasaba nada por romper la segunda.

Aunque solo fuera una vez.

Pero, a diferencia de lo que ocurre con el calzado, enamorarse una sola vez basta para arruinarte de por vida.

—¿Estás tomando la píldora? —preguntó entre beso y beso.

Tuve que pensar un segundo.

—Mmm, sí, pero…

—Espera un momento. —Fue dejando un rastro de besos por mi cuerpo, deteniéndose en la parte interior de mi muslo antes de incorporarse para buscar algo en su cartera. Luego regresó a la habitación y se deshizo de los pantalones. Rasgó el envoltorio del preservativo con los dientes (algo que, para mi sorpresa, me excitó mucho más de lo que jamás habría imaginado), se lo colocó y me penetró con lentitud, como si quisiera saborearme al máximo, murmurando palabras devotas a mi cuerpo mientras lo exploraba.

Y entonces lo supe: ya no había vuelta atrás. Me estaba

enamorando.

De ese tipo de amor que duele cuando chocas con la realidad. De los que te hacen añicos.

Así que lo besé, sintiéndome eufórica, imprudente y audaz… y me enamoré.

A la mañana siguiente, tenía la boca como si me hubiera tragado un paquete entero de bolas de algodón… hasta que lo recordé: *bourbon*. La botella vacía seguía en la mesilla de noche y mis braguitas rosas de encaje colgaban de la lámpara.

«Muy elegante, Clementine».

A mi lado, alguien murmuró algo entre dientes. Estaba tan acostumbrada a despertarme sola que ni siquiera noté la presencia de Iwan en la cama hasta que se giró y me besó el hombro desnudo.

—Buenos días —murmuró con voz somnolienta, ahogando un bostezo contra mi piel—. ¿Cómo estás?

Presioné la palma de la mano contra un ojo. Tenía la cabeza embotada, pesada, como si me la hubieran llenado de arena.

—Muerta —dije con voz ronca.

Se rio con un murmullo grave y vibrante.

—¿Un café?

—Ajá.

Se dio la vuelta y empezó a salir de la cama, pero en cuanto el frío ocupó el espacio que había dejado, le rodeé la cintura con los brazos y lo atraje de nuevo hacia mí. Cayó sobre el colchón con una risita y yo me acurruqué contra su espalda, pegando mis pies helados a los suyos.

—¡Tienes los pies congelados! —chilló.

—Pues te aguantas.

—Está bien, está bien, espera un momento —dijo con un suspiro, y se puso boca arriba—. No te tenía por una persona a la que le gustara acurrucarse —comentó con un deje divertido.

—Cinco minutos más —murmuré, apoyando la cabeza en su pecho. Sentí el latido acelerado de su corazón y me quedé escuchando su respiración acompasada. El apartamento estaba en silencio; la luz de la mañana se filtraba a través de la vidriera que colgaba sobre la ventana detrás de la cama, pintando destellos dorados y verdes en el aire.

Al cabo de un rato, dijo:

—Creo que las palomas del salón no nos han quitado ojo desde que ha salido el sol.

—¿Mmm?

Señaló hacia la ventana y yo levanté la vista. Efectivamente, allí estaban Nome y Jodas, posadas en el alféizar. Me incorporé en la cama, asegurándome de cubrirme bien con la sábana, y las observé con los ojos entrecerrados.

—¿Cuánto tiempo crees que puede vivir una paloma en libertad?

Se quedó pensativo un instante.

—Unos cinco años, más o menos. ¿Por qué?

—Solo por curiosidad —respondí sin darle importancia, antes de centrarme otra vez en ellas. Eran idénticas a las de mi infancia. Una tenía plumas azuladas alrededor del cuello y el resto del cuerpo moteado de blanco y gris. La otra parecía más sucia, con vetas de plumaje azul marino que se extendían hasta las puntas de las alas. Me di cuenta de que no recordaba cómo habían sido las palomas anteriores, ni si habían criado alguna vez. Siempre había dado por hecho que anidaban en invierno y que, cada año, una nueva pareja

ocupaba su lugar, pero empezaba a sospechar que la realidad era muy distinta. Y, de pronto, me resultaron una prueba evidente de que yo tampoco estaba donde se suponía que tenía que estar.

Agité las manos hacia ellas.

—¡Fuera, fuera! Largo de aquí —les dije, pero no echaron a volar hasta que golpeé la ventana con los nudillos. Se limitaron a dar una vuelta antes de volver a posarse en su sitio habitual—. Mi tía odiaba a esas palomas —comenté, mientras me acurrucaba otra vez contra él y cerraba los ojos.

Se movió un poco.

—¿Limón? —preguntó al cabo de unos segundos.

—¿Mmm?

—¿Por qué hablas de tu tía en pasado?

Me quedé inmóvil. Lo primero que se me ocurrió fue fingir que me había quedado dormida. No decir ni una sola palabra. Lo segundo, mentir. «¿Qué dices? ¿En pasado? Seguro que ha sido un lapsus».

¿Qué daño podía hacer una mentira? Al fin y al cabo, en su época seguía viva. Para Iwan, estaba recorriendo el mundo, colándose en la Torre de Londres, bebiendo en Edimburgo y escapando de una morsa en Noruega.

Para él, a Analea todavía le quedaban muchos años por delante. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza la idea de morir. Todavía existía, aún formaba parte de este mundo.

«Así que ahora es cuando te enteras», pensé.

—No me vas a creer —susurré con un nudo en la garganta.

Frunció el ceño. Era un gesto peculiar: las cejas fruncidas y la comisura izquierda de la boca un poco más inclinada que la derecha.

—A ver, sorpréndeme, Limón.

Pensé en contárselo. Quería hacerlo, de verdad. Pero…

—Nunca se queda en casa el tiempo suficiente para que podamos vernos. —La mentira me salió sin más—. Se pasa la vida viajando. Le encanta descubrir sitios nuevos.

Volvió a quedarse pensativo.

—La entiendo. A mí también me gustaría viajar.

—Antes me iba de viaje con ella a todas partes.

—¿Y por qué dejaste de hacerlo?

—El trabajo. Las responsabilidades. Una buena profesión. Una relación estable. Un hogar. —Me senté en la cama y me encogí de hombros, envolviéndome en la colcha—. Algún día tenía que madurar.

Arrugó la nariz.

—Entonces debes de creer que estoy como una cabra por empezar una nueva carrera con casi treinta años.

—Para nada. Creo que eres valiente —lo corregí, antes de darle un beso en la punta de la nariz—. La gente cambia de vida todo el tiempo, no importa la edad que tengas. Pero… ¿puedes prometerme algo?

—Lo que tú quieras, Limón.

—Prométeme que nunca dejarás de ser tú.

Alzó las cejas, extrañado.

—Es una petición un poco rara.

—Lo sé, pero… me gustas. Tal y como eres.

Se rio con un murmullo grave y me besó en la frente.

—De acuerdo. Te lo prometo, pero solo si tú también me prometes algo.

—¿Qué?

—Que siempre vas a sacar tiempo para hacer lo que te hace feliz: pintar, viajar… y a la mierda lo demás.

—Qué poético.

—Soy cocinero, no escritor.

—Quién sabe, quizá termines siendo ambas cosas. Pero ahora mismo, lo único que me haría feliz es una ducha. A ver si así se me pasa un poco la resaca. —Empecé a salir de la cama, pero me atrajo hacia él y me besó. Me encantaba su forma de besar, como si quisiera grabarse mi sabor en la memoria, aunque acabáramos de despertarnos—. Sí, esto también me hace feliz —añadí.

Él sonrió contra mi boca.

—La felicidad absoluta.

Al final, logré apartarme de él, recogí mi ropa y me metí en la ducha.

Cuando salí del baño, ya se había vestido.

—Vamos a dar una vuelta —propuso en cuanto me vio aparecer por la puerta, secándome el pelo con una toalla. Estaba recostado en el diván, con los ojos cerrados y las manos detrás de la cabeza. Había dejado la ventana abierta para que las palomas pudieran comer unas palomitas en el alféizar. Miré el reloj del microondas: la una de la tarde—. Podrías enseñarme la ciudad. ¡Ah!, y llévate las acuarelas. Quiero verte pintar. ¿Dónde te gusta hacerlo?

Me detuve a pensarlo un momento.

—Lugares turísticos, sobre todo.

—Entonces, ¿Central Park? ¿O prefieres otro? Prospect Park es precioso.

—Bueno…

Se levantó de un salto.

—Venga, no perdamos más el tiempo. Hoy hace un día estupendo. Vamos a relajarnos, tú pintas y yo me llevo un libro.

—Es… Espera —dije presa del pánico cuando desapareció en el

despacho y volvió con mi caja de acuarelas y un libro, antes de agarrarme de la mano—. Tengo el pelo mojado, me duele la cabeza, ¡y no me he maquillado!

—Estás preciosa tal y como estás —dijo mientras me llevaba de la mano por el salón y tomaba su cartera de la encimera.

—No se trata de eso.

Y aun así, dejé que me condujera hasta la puerta de entrada. Quería decirle que no podía salir de ese apartamento, no a su época, pero no me habría creído. Aunque, pensándolo bien, nunca había intentado salir de allí con él. Tal vez…

Podría haberlo detenido si hubiera querido. Pero no lo hice. Su entusiasmo era contagioso. Empezó a enumerar los sitios que quería visitar: el local de *Cuando Harry encontró a Sally* y otros restaurantes famosos que salían en las películas. Quería comerse un perrito caliente en el parque, un *pretzel* y, por qué no, un helado.

—¿Es cierto que puedes alquilar un bote en Central Park? —preguntó mientras se calzaba y yo hacía lo mismo con mis bailarinas. Me sujetaba la muñeca con tanta emoción que terminé entrelazando mis dedos con los suyos.

«Sí, así mucho mejor».

Me sonrió mientras íbamos hacia la puerta, con expresión radiante.

—Iremos a todas partes. Probaremos la pizza más grasienta de Nueva York. Haremos…

En cuanto abrió la puerta, desapareció, dejando solo el calor de sus dedos entre los míos. Poco después, ese calor también se desvaneció. Y yo me encontré de vuelta en la penumbra del apartamento de mi tía, en el presente, observando mi mano vacía.

31

Cartas a los muertos

Después de intentar volver cuatro… no, cinco veces, me di por vencida y asumí que el apartamento no iba a llevarme de vuelta con él ese día, así que decidí hacer unos recados. Cerré la puerta y guardé las llaves en el bolso mientras salía del edificio. No quería quedarme allí, no con la sensación de la mano de Iwan aún entrelazada con la mía.

En el mostrador de recepción, Earl cerró su última novela de James Patterson y me saludó.

—¡Hola, Clementine! En verano las tormentas se desatan en un abrir y cerrar de ojos, ¿verdad? —dijo cuando me acerqué a la puerta giratoria y miré hacia la lluvia gris y melancólica tras el cristal. Menos mal que no parecía que estuviera de resaca, aunque mi cuerpo entero gritara lo contrario—. ¿Sabes? Recuerdo cuando tú y tu tía bajabais en el ascensor, corríais hacia el patio y volvíais caladas hasta los huesos. —Sacudió la cabeza—. Es un milagro que nunca acabarais con una pulmonía.

—Ella siempre decía que bailar bajo la lluvia te alargaba la vida —le contesté, aunque era una de esas tonterías sin base alguna. Una idea bonita, pero sin sentido.

—Tendré que probarlo algún día —dijo entre risas—. ¿Quién sabe? ¡Igual me vuelvo inmortal!

—Puede ser.

Me apoyé en el mostrador, esperando a que amainara la tormenta. Cada vez que la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas, daba igual donde estuviéramos, en casa o en cualquier rincón del mundo, mi tía me agarraba de la mano y me sacaba fuera. Luego extendía los brazos y echaba la cabeza hacia atrás, dejando que la lluvia la empapara. Porque así era como se sentía estar realmente viva, decía siempre.

Para eso era la vida: para disfrutarla sin reservas.

¿Cuánta gente podía decir que había bailado bajo la lluvia frente al Louvre?

—Vamos, mi querida Clementine —me animó un día, invitándome a adentrarme en el aguacero que caía frente al famoso museo de París, con la gran pirámide de cristal como nuestra pareja de baile. A continuación, levantó las manos por encima de la cabeza y cerró los ojos, como si estuviera invocando algún poder divino. Adoptó una pose y empezó a mover los hombros—. ¡Solo se vive una vez!

—¿Pero qué haces? ¡Para! —protesté, sintiendo cómo mis zapatos resbalaban y mi bonito vestido amarillo empezaba a empaparse—. ¡Nos está mirando todo el mundo!

—¡Pues claro, les encantaría estar en nuestro lugar! —Me agarró de las manos, las alzó y me hizo girar sobre los adoquines, en una danza contra la tristeza, la muerte, el dolor y el desamor—. ¡Disfruta de la lluvia! Nunca sabes cuándo será la última vez.

Así era mi tía; vivía cada momento como si fuera el último. Nunca había ninguna razón concreta para ello; incluso cuando estaba sana, vivía como si se le agotara el tiempo, como si la muerte la estuviera esperando a la vuelta de la esquina.

Siempre me fascinó su forma de ver la vida, como si fuera el último suspiro antes del final, absorbiendo cada instante como si

fuera irrepetible. Y puede que aún la admirara por ello.

Me encantaba cómo transformaba cada momento en un recuerdo, cómo exprimía cada segundo al máximo, pero detestaba que nunca pensara, que ni siquiera contemplara la posibilidad, de que aún le quedaban más bailes bajo la lluvia.

Las miradas perplejas de los turistas en el patio del Louvre se transformaron en sonrisas cuando los fue arrastrando uno tras otro, todos desconocidos, bajo la lluvia. Un violinista que se había refugiado bajo un puesto de periódicos se colocó el instrumento al hombro y empezó a tocar de nuevo. Los niños salieron corriendo para unirse a nosotras y, enseguida, todo el mundo estaba bailando bajo la lluvia.

Porque así era mi tía. Esa era su esencia.

La melodía de una canción de ABBA vibraba sobre las cuerdas del violín; un himno a arriesgarse y a enamorarse, y nos dejamos llevar. Al día siguiente me desperté con un resfriado que me obligó a pasar el resto de la semana en el apartamento que habíamos alquilado, sobreviviendo a base de sopa caliente y agua con gas. Nunca les dijimos a mis padres que me había puesto enferma, solo que habíamos bailado bajo la lluvia.

En realidad, nunca le conté a mis padres las partes malas.

Si lo hubiera hecho, quizá…

Justo cuando la lluvia empezaba a remitir, Earl me dijo:

—Creo que tienes algo en tu buzón.

«Mi buzón». Me chocó tanto oír eso. Era el buzón de mi tía, pero ahora yo tenía las llaves, y hacía seis meses que ninguna carta dirigida a ella recibía respuesta. Tampoco había recibido mucho correo desde que había cerrado sus cuentas y cancelado sus tarjetas; solo algún que otro folleto publicitario. Fui hacia los buzones

dorados y saqué la llave.

—¿De qué se trata? —pregunté mientras metía la llave.

Earl se encogió de hombros.

—Creo que solo una carta.

¿Una carta? El temor superó mi curiosidad. Tal vez una carta devuelta al remitente por una dirección desconocida. O una publicidad engañosa. O quizá…

Abrí el buzón y la saqué. A simple vista parecía publicidad, como todo lo que llegaba últimamente a su nombre, hasta que vi la dirección escrita a mano en la esquina.

Era de Vera.

Me dio un vuelco el corazón. ¿Vera? ¿La Vera de mi tía? ¿La misma de sus historias? Se me nubló la vista. Sentí una opresión en el pecho. Era demasiado real, y estaba pasando demasiado rápido.

—¿Clementine? —preguntó Earl con voz preocupada—. ¿Va todo bien?

Dejé de mirar la carta y la metí a toda prisa en el bolso.

—Sí —me apresuré en responder, tratando de recuperar el aliento —. Todo bien.

No me creyó, pero la lluvia había amainado y los rayos de sol empezaban a filtrarse entre las nubes. Era mi oportunidad para marcharme.

—Que tengas un buen día, Earl.

Me despedí con un gesto de la mano mientras salía por las puertas giratorias y me adentraba en el sofocante calor del sábado por la tarde para dar un paseo e intentar despejarme.

Esa noche, convoqué a Drew y a Fiona a cenar para una reunión de

emergencia. Drew quería probar un nuevo restaurante de fusión asiática en NoHo, pero cuando llegamos, la fila llegaba hasta la calle y la espera era de al menos una hora. Fiona no quería esperar tanto tiempo, y a Drew nunca se le ocurrió que pudiera estar abarrotado un sábado por la noche. Como el sitio acababa de abrir y casi nadie lo conocía, pensó que no haría falta reservar mesa. Pero por lo visto, unos días antes *Time Out* había publicado una crítica excelente sobre el local y ahora todo el mundo quería probar los rollitos de huevo con *sriracha.*

—A lo mejor encontramos otro sitio cerca —murmuró Drew, sacando el móvil. Pero en plena hora de la cena, dudaba que hubiera algún lugar sin demasiada gente. La tarde bochornosa había dado paso a un atardecer cálido y veraniego, con nubes que cruzaban un cielo teñido de tonos anaranjados y rosados.

—¿Quizá algún sitio con terraza? —propuso Fiona, asomándose por encima del hombro de Drew para mirar la aplicación.

Eché la cabeza hacia atrás y disfruté de los últimos rayos de sol mientras esperaba a que decidieran a dónde ir. A mí me daba igual y, además, Fiona era la que tenía más limitaciones con la comida de las tres.

Estaban debatiendo si cambiar de zona y probar en algún restaurante del West Village, porque Fiona no quería seguir vagando sin rumbo, cuando vi un camión amarillo chillón al final de la calle, aparcado exactamente en el mismo sitio que la noche anterior: Washington Square Park.

Atendiendo a la misma clientela universitaria de verano.

—¿Qué tal unas fajitas? —les dije.

Me miraron con cara de confusión. Drew revisó su móvil y preguntó:

—¿Y eso dónde está…?

—¿Qué puntuación tiene? —añadió Fiona.

Las giré y las hice avanzar por la acera.

—Confiad en mí, este sitio no necesita reseñas.

Intentaron discutir conmigo, pero se quedaron calladas en cuanto vieron el *food truck* y la enorme fila de espera. La mayoría eran estudiantes de la Universidad de Nueva York y turistas que paseaban junto al arco de Washington Square y no habían podido resistirse al olor de la carne a la parrilla y los clásicos pop de los noventa.

—Tiene pinta de estar buenísimo —comentó Drew mientras Fiona localizaba la cuenta de Instagram del *food truck* y les hacía una foto para etiquetarlos—. ¿De qué lo conoces?

«Anoche cené con James Ashton, que, casualmente, es un antiguo amor que… Es un poco complicado de explicar. Y resulta que sus amigos son los dueños de este *food truck».* Eso es lo que les habría dicho de no ser por… Bueno, por todo. Pero si se lo contaba, habría abierto la caja de Pandora y Drew habría empezado a preguntarme de qué conocía a James Ashton, cuándo lo había conocido y otras cosas que no podría haberme inventado, porque conocía a Drew y a Fiona desde hacía siete años y ellas habrían recordado a un hombre como James.

Así que opté por una verdad a medias.

—No te cabrees conmigo, pero James me trajo aquí anoche, después de la clase de cocina.

Drew abrió los ojos como platos.

—¿El chef?

Asentí.

—¡Clementine! —jadeó Fiona.

—¡No fue más que una cena! Los dos seguíamos con hambre, mi Uber nunca apareció y… bueno, este *food truck* es de sus amigos.

Drew vaciló un instante; algo que comprendí porque, siendo sinceros, si las demás editoriales se enteraban de que estaba viéndome con el autor fuera del entorno laboral, iba a dar la impresión de que…

Digamos que, como mínimo, empezaría a correr algún que otro rumor.

En el mundo del marketing, toda publicidad era buena, salvo en un caso como aquel. En ese contexto se vería como una falta de profesionalidad, y Drew sabía que yo nunca arriesgaría mi carrera por algo así. O eso quería creer.

Mientras esperábamos para pedir, Fiona preguntó:

—Bueno, ¿por qué has convocado esta reunión de urgencia?

—¡Oh! —Casi se me había olvidado. Metí la mano en el bolso y saqué la carta—. Ha llegado a casa de mi tía… digo, al buzón del Monroe —rectifiqué de inmediato.

—¿Una carta? —murmuró Drew. Al ver a quién iba dirigida, abrió los ojos de par en par—. ¿Para tu tía?

—¿Y quién es Vera? —preguntó Fiona.

—Vera era… Mi tía y ella estuvieron juntas hace más de treinta años. Mi tía no hablaba mucho de ella, pero fue alguien muy, muy importante en su vida. —Tan importante que prefirió dejarla marchar por miedo a que lo suyo acabara mal. Porque siete años eran suficientes para cambiar a cualquiera, y Analea y Vera no fueron una excepción. Igual que Iwan había cambiado hasta convertirse en James, e igual que yo iba a cambiar en los siete años siguientes—. No sé qué hacer. ¿La devuelvo al remitente o me la quedo?

—La fecha es de hace unos días —señaló Fiona—. No creo que sepa que tu tía ha fallecido. ¿Quizá deberías decírselo? Puedes escribirle. O ya que tienes su dirección, ir a verla en persona.

—¿Pero qué le va a decir? —preguntó Drew, negando con la cabeza—. Yo la devolvería al remitente sin más.

—¿Y si estaban enamoradas de verdad?

—Entonces, ¿por qué no sabe que Analea ha muerto?

Las escuché discutir mientras observaba la caligrafía alargada y elegante de una mujer a la que solo conocía por las historias que mi tía me había contado. Una mujer que había pasado por algo muy parecido a lo que Iwan y yo estábamos viviendo en ese momento. Mi tía me había contado su versión, y yo siempre había dado por hecho que Vera simplemente desapareció y siguió con su vida, pero esa carta demostraba lo contrario. Aún seguían en contacto, incluso después de tantos años.

¿Por qué mi tía nunca me lo dijo?

—¿Clementine? —Drew me dio un leve empujón en el hombro con el suyo—. Ya casi nos toca.

Guardé la carta.

—Ah, sí, gracias.

—¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni idea —respondí sin rodeos.

Fiona entrelazó su brazo con el mío.

—Bueno, decidas lo que decidas, te apoyaremos.

Sus palabras me conmovieron, así que le di un apretón en el brazo.

Cuando nos tocó pedir y Miguel me vio, se le iluminó la cara. Alzó los brazos y dijo:

—¡Vaya, cuánto tiempo! No has podido resistirte y has venido a por más, ¿eh? —Movió las cejas con ese gesto suyo tan gracioso.

—Efectivamente, no he podido resistirme.

—¿Y quiénes son tus amigas?

—Fiona y Drew —respondí, señalándolas. Ellas sonrieron a modo de saludo—. Estos son Miguel e Isa.

—Un placer —dijo Miguel, alzando la mano.

—Limón nos ha hablado de vosotras —señaló Isa.

Drew y Fiona me miraron con curiosidad.

—¿Limón? —preguntó Drew.

—Es solo un apodo —dije sin darle importancia—. Para mí, una fajita de pollo y… —Las miré para para que hicieran su pedido y ellas señalaron lo que querían—. Y una botella de agua.

—¿No quieres una cerveza? —preguntó.

Se me revolvió el estómago de solo pensarlo. Todavía sentía los efectos de la resaca de la noche anterior. Estaba claro que Iwan tenía mucho más aguante con el alcohol que yo.

—No, el agua me vale.

—De acuerdo. Las botellas están en el lateral, en una nevera portátil —nos informó Miguel.

Empecé a sacar la tarjeta para pagar, pero Drew me detuvo con un leve manotazo.

—Pago yo.

—Pero…

—En serio, invitamos nosotras. Pero añade dos botellas más de agua, por favor.

—Muy bien —asintió Miguel, registrándolo en la *tablet*.

Mientras Drew terminaba de pagar, me dirigí hacia el lateral del *food truck*, donde Miguel me había dicho que estaban las botellas de agua. Allí, sentado sobre la nevera, había un hombre.

Me detuve en seco.

A pesar de la gorra de béisbol que le tapaba parte de la cara, reconocí al instante la marca de nacimiento en forma de media luna sobre su clavícula, visible entre el cuello abierto de su Henley oscura.

—¿James? —pregunté.

Él se enderezó al instante y abrió los ojos, sorprendido.

—¿Limón?

—¿Qué haces aquí? —Si Fiona y Drew lo veían, iban a pensar que todo aquello había sido una excusa para encontrarme con él y no iban a dejar de recordármelo hasta el fin de los tiempos.

Frunció el ceño, perplejo.

—¡Son mis amigos! Suelo venir de vez en cuando.

—¿No deberías estar ocupado con tu restaurante?

—Normalmente, sí… —contestó con vacilación—. Estoy preparando la preapertura de mi nuevo restaurante e Isa y Miguel van a ayudarme luego con los últimos detalles. ¿Y tú qué haces aquí?

—He traído a mis amigas para que prueben la comida de tus amigos.

—Amigas… —Arrugó la nariz, pensativo, antes de erguirse de golpe—. ¿Están aquí?

—Pues sí.

—¿Va todo bien, Clementine? —gritó Drew desde la ventanilla del camión.

—¡Sí, sí, todo bien! Es que la nevera está… eh… helada. —Le hice un gesto con la mano a James para que la abriera y sacara las botellas de agua—. ¿Por qué te comportas de una manera tan rara? —le susurré.

—¡Iwan tiene que estar ahí detrás! —El que gritaba ahora era Miguel—. ¡Dile que las saque él!

James y yo nos miramos a los ojos.

—¡Gracias! —grité también, mientras James mascullaba algo en voz baja y metía las manos en el agua helada para sacar tres botellas, que luego me entregó.

—No me estoy comportando de manera rara —respondió.

Y entonces me di cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Madre mía! ¿En serio tienes resaca? Pero si tampoco bebimos tanto anoche. —Bueno, él no bebió tanto. El Iwan de hacía siete años tenía el doble de aguante que yo con el alcohol.

—Tú tampoco estás fresca como una rosa —replicó con ironía. Sí, los dos teníamos mala cara. Echó un vistazo por encima de mi hombro, debatiéndose entre saludar a mis amigas o no—. Lo siento, pero no creo que esté en condiciones de conocerlas ahora mismo.

—Ya conoces a Drew, solo te falta conocer a su mujer.

—Ah, la editora… Sí, mejor que no me vea con esta cara de resaca —convino con un asentimiento de cabeza—. ¿No te importa?

Me pareció adorable que me lo preguntara.

—Venga, te lo dejo pasar por esta vez.

—Gracias. Te lo compensaré, lo prom… —Se quedó a medias. Y luego, sin previo aviso, estiró la mano, me apartó el pelo y le cambió el gesto. Me miró y apretó los labios. No entendía a qué venía ese cambio tan brusco—. Vaya, parece que anoche estuviste entretenida —soltó con sorna.

Y entonces caí en la cuenta.

—Ay, Dios —jadeé. Me aparté de golpe y me coloqué el pelo para cubrir la marca. Bueno, el *chupetón.* Esa mañana había hecho todo lo posible por ocultarlo con maquillaje, pero debía de haberse difuminado con las horas.

—¿Tuviste otra cita después de cenar anoche? —dijo en tono burlón—. ¿Se puso caliente la cosa?

Lo miré en silencio. Tardó un par de segundos en entenderlo, pero cuando lo hizo, abrió muchísimo los ojos, se tapó la boca con los dedos y lo único que dijo fue:

—Oh.

Me aclaré la garganta.

—Pues sí.

—¿Sí qué? —Parecía un poco confundido.

—Que se puso caliente.

Resopló y se pasó las manos por el pelo.

—No puedes hacerme esto, Limón.

—Has sido tú el que ha preguntado.

—Lo sé —dijo con un deje de desesperación—. Y me está matando. —Se le contrajo el rostro—. Porque para mí fue hace siete años, y para ti, anoche.

—Para ser exactos, también esta mañana —añadí.

Dejó escapar un gemido de frustración.

—Por supuesto, ¿cómo se me ha podido olvidar?

—No sé cómo, la verdad. Ha sido espectacular. —Ladeé un poco la cabeza y lo observé. Ahí estaba, de pie, a la sombra del *food truck* de sus amigos, sufriendo una resaca por, sospechaba, la misma razón que yo: nosotros. Aunque, de los dos, estaba bastante segura de que había sido yo la que mejor se lo había pasado la noche anterior.

Se frotó la cara con las manos.

—Si has hecho esto para vengarte porque anoche te rechacé…

—Oh, no te preocupes, no lo hiciste.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —gruñó.

Sí, estaba convencido de que la noche anterior había vuelto al apartamento y me había acostado con su yo del pasado solo para ponerlo celoso en el presente.

Puse los ojos en blanco.

—Pues te equivocas. El apartamento hace lo que le da la gana, cuando le da la gana. Yo no tengo la culpa de que ahora no quieras nada conmigo.

Se acercó un paso más; lo suficiente como para besarlo… si me hubiera atrevido.

—¿Que no quiero nada contigo? —susurró, incrédulo—. Recuerdo tu sabor, Limón, el sonido de tu respiración mientras te abrazaba. —Sentí el rubor extendiéndose por mi piel, así que me llevé la botella de agua al cuello y aparté la mirada—. Recuerdo cómo contaste cada uno de mis tatuajes, la forma de tus labios, cómo temblaba tu cuerpo cuando te corriste por mí —murmuró, deslizando las yemas de los dedos por mis mejillas completamente rojas—. Y todavía me encanta verte sonrojarte. Me vuelve completamente loco.

Me quedé con la boca abierta con el corazón retumbándome en el pecho. Por un instante, no vi a James, sino a Iwan. Mi Iwan, mirándome desde un rostro que había envejecido siete años.

Creí que iba a inclinarse y besarme, pero en su lugar, se apartó y se subió rápidamente al camión justo cuando Drew apareció por la esquina.

—Oye —me dijo, con la comida en las manos—, ¿va todo bien?

—¡Sí! —respondí con voz aguda, girándome a toda prisa. Cuanto antes nos fuéramos de allí, mejor—. ¡Ya tengo las botellas de agua! Venga, vámonos.

Drew me miró desconcertada.

—Vale…

—Vamos a sentarnos junto a la fuente —dije, alejándolas del *food truck*.

Al cruzar la calle, miré por encima del hombro y vi a James

saliendo de la parte trasera del camión. Luego se ajustó la gorra y se fue en dirección contraria.

«Fuera de mi alcance», me recordé a mí misma antes de volver la vista al frente. «James está completamente fuera de mi alcance».

32
Segunda y última oferta

Pasé el resto del fin de semana haciendo una limpieza a fondo del apartamento de mi tía y dibujando bocetos de Nome y Jodas en la sección «Vida salvaje» de mi guía de viaje de Nueva York. El apartamento no me llevó de vuelta con Iwan, aunque me habría encantado que lo hiciera. Pintar era una forma sencilla de distraerme, hasta que me puse a ordenar el bolso y volví a encontrarme con la carta de Vera. La dirección estaba en el Upper West Side; a un paso (solo había que cruzar el parque desde el Monroe), pero a mí me parecía a un mundo de distancia.

Cuanto más tiempo pasaba en el apartamento de mi tía, más entendía por qué había decidido quedarse con él. Por qué, después de su desengaño con Vera, no lo había vendido y había preferido viajar por el mundo para mantenerse alejada. Porque cada vez que el cerrojo hacía clic y las bisagras rechinaban al ceder la puerta, se abría una posibilidad; una ruleta que podía devolverte (o no) a la época en la que habías sido más feliz.

Analea siempre decía que el amor a través del tiempo nunca funcionaba, pero entonces, ¿por qué Vera seguía escribiéndole? Quería abrir la carta y averiguar lo que decía, pero me parecía una invasión a la privacidad de mi tía. No me correspondía a mí leer su contenido, y dudaba que mi tía lo hubiera aprobado. Lo mejor que podía hacer era devolvérsela y preguntárselo a Vera en persona.

El lunes, cuando llegué a la oficina, vi que Rhonda ya estaba en su despacho, y parecía más agotada de lo habitual. Se había quitado la americana (algo que solo hacía después de comer) y se había cambiado los tacones por unos zapatos planos que guardaba en el último cajón de su escritorio.

Llamé a la puerta de cristal y ella levantó la vista.

—¡Ah, Clementine! Justo a tiempo.

—Hoy has empezado temprano —comenté.

—No podía dormir, así que he pensado que lo mejor sería adelantar trabajo.

Es decir, que se le había metido algo en la cabeza a media noche y no había podido dejar de darle vueltas, así que había decidido venir temprano para solucionarlo. La editorial lo era todo para ella, el trabajo de su vida, le había dedicado todo su tiempo y esfuerzo. Su pasatiempo era la lectura, dedicaba su tiempo libre a idear estrategias para dar con el próximo gran éxito editorial y en su círculo social abundaban directores de otros sellos. Yo también debería ser así; *quería* ser así, pero en mi interior cada día crecía un desasosiego difícil de ignorar. Era una sensación sofocante, como estar atrapada en una caja demasiado pequeña, con un collar demasiado ajustado.

Y eso me aterraba, porque había pasado mucho tiempo buscando un sitio al que pertenecer.

—Por cierto —continuó Rhonda, dando golpecitos con el bolígrafo en el bloc de notas que tenía en la mesa—, ¿has decidido ya qué vas a hacer con tus vacaciones?

—Creo que me voy a quedar en la ciudad —respondí, sabiendo que me lo preguntaba solo para confirmar que, efectivamente, iba a tomarme esos días libres. Y lo iba a hacer, en contra de mi voluntad.

Asintió, aunque por la forma en que relajó los hombros, supe que se había quedado más tranquila.

—Perfecto. Con la transición en marcha, puede que necesiten que estés disponible.

Fruncí el ceño.

—¿La transición?

—Sí —respondió sin mirarme, mientras colocaba con precisión sus bolígrafos en la bandeja—. Como te dije, Strauss va a dividir mi puesto en tres: coeditor, director de marketing y director de publicidad. Voy a proponerte para directora de publicidad, pero él también quiere entrevistar a candidatos externos. Dice que es para fomentar la competencia sana —comentó sin emoción alguna.

—Ah. —Asentí—. Bueno, tiene sentido. Solo llevo aquí siete años.

Por fin, mi jefa levantó la vista con el rostro tenso. Reconocí esa expresión al instante: estaba enfadada, pero no conmigo.

—Y eres una de las personas con más talento que he conocido en mucho tiempo. Si esto es lo que quieres, Clementine, voy a luchar por ti hasta el final.

—Por supuesto que sí —me apresuré a responder, esperando que esas palabras calmaran el desasosiego en mi interior—. Es lo que quiero.

Rhonda curvó los labios pintados de rojo en una sonrisa de satisfacción.

—Bien. No esperaba menos de ti. Puede que Strauss quiera contratar a otra persona, pero en Strauss y Adder somos dos, y mi opinión cuenta tanto como la suya. Tú lo único que tienes que hacer —agregó con énfasis— es conseguir a James Ashton.

—¿Nada más? —pregunté, tratando de que no se me notara el pánico—. Tan fácil como conseguir la luna.

—¡A por todas! —me animó.

Regresé a mi cubículo, donde la falta de privacidad era tal que ni siquiera podía ahogar un grito en la almohada cervical que guardaba bajo el escritorio para las siestas furtivas en el almacén. Ya sabía que tanto la editorial como mi futuro profesional dependían de que consiguiéramos fichar a James Ashton. No hacía falta que me lo recordara.

«Respira, Clementine».

Si de verdad quería mantener la carrera por la que había luchado durante los últimos siete años, tenía que lograrlo.

Costase lo que costase.

Envié algunos correos electrónicos y revisé varias entrevistas en pódcast, hasta que, poco a poco, mi atención empezó a desviarse hacia las acuarelas de paisajes que había pintado hacía años, clavadas en el corcho junto a mi monitor: el puente de Brooklyn, el lago de Central Park, los escalones de la Acrópolis, el apacible jardín de una tetería en Osaka, un muelle solitario… Fragmentos de los lugares que había visitado y de la persona que era cuando los pinté.

El desasosiego en mi interior regresó con más fuerza que nunca.

En la acuarela de un muro de glaciares predominaban los tonos púrpuras y azules. La pinté el verano en que cumplí veintidós años; la Clementine de la época de Iwan, la que acababa de romper con su novio. Debería haberlo visto venir, pero no lo hice, y me quedé completamente destrozada. Me gradué y volví a casa de mis padres en Long Island, donde me pasé el verano encerrada, enviando currículos para empleos en museos y galerías, aunque no tenía claro si era lo que de verdad quería hacer.

Mi novio y yo íbamos a hacer un viaje de mochileros por Europa, pero todo se fue al traste cuando me dejó y se marchó a San

Francisco para trabajar en una empresa de tecnología. Estuve a punto de cancelar los billetes de avión, hasta que mi tía se enteró y no me dejó que lo hiciera.

—Ni hablar —me dijo por teléfono. Yo estaba tumbada en la cama de mi habitación, en casa de mis padres, mirando al techo cubierto de pósteres de bandas de chicos de mi adolescencia. Todas mis cosas estaban apiladas en cajas en el pasillo, tras haberlas sacado a toda prisa del apartamento de mi ex en apenas veinticuatro horas—. Vamos a hacer ese viaje.

Me incorporé de golpe.

—¿Vamos?

—¡Tú y yo, querida!

—Pero… No es un viaje pensado para que vayamos juntas. La mitad de los hoteles que he reservado solo tienen una cama y…

—La vida no siempre sale como uno espera. La clave está en sacarle el máximo partido cuando eso sucede —afirmó con naturalidad—. Y no me digas que no te apetece dormir espalda con espalda con tu tía favorita.

—No me refería a eso. Seguro que tienes otros planes. Mencionaste algo sobre un viaje a Rapa Nui, ¿no…?

—¡Bah! Lo puedo posponer. ¡Nos vamos de mochileras por Europa! —dijo con determinación—. Tú y yo… No hemos viajado así desde que ibas al instituto. ¿Te acuerdas? Hagámoslo una última vez, por los viejos tiempos. Solo se vive una vez.

Aunque hubiera querido negarme, la tía Analea era un huracán imparable y no me lo habría permitido. Podría haberme inventado cualquier excusa, haber encontrado mil razones para quedarme en casa, autocompadeciéndome. No habría servido de nada. A la mañana siguiente, mi tía apareció con las maletas listas, el abrigo

celeste que siempre usaba para viajar y sus gafas de sol enormes. Un taxi nos esperaba en la puerta para llevarnos al aeropuerto. Esbozó una sonrisa tan amplia y llena de picardía que el dolor por mi corazón roto se transformó en otra cosa: emoción. El anhelo por lo desconocido.

—Que empiece la aventura, cariño —proclamó con entusiasmo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la sed de aventuras corría por mis venas.

Echaba de menos a esa chica, pero sentía que poco a poco volvía a ser ella, que la perspectiva de un cambio ya no me parecía tan mala. Y cuanto más tiempo pasaba sentada allí, en aquel diminuto cubículo, más me preguntaba qué era exactamente lo que estaba persiguiendo con mi trabajo.

Pensaba que quería ser como Rhonda, con sus listas de superventas enmarcadas y sus premios, satisfecha con su vida, y me imaginé sentada en su icónica silla naranja. Me pregunté cómo sería yo en ese puesto. Tendría que entregarme por completo. Por muchas horas que yo trabajara, sabía que Rhonda dedicaba aún más. Siempre estaba disponible para nuestros autores, sus agentes, su equipo… a todas horas. El trabajo era tan parte de su identidad como sus Louboutin. Si quería ser tan buena como deseaba, tendría que hacer lo mismo. Tendría que cambiar mi calzado plano por tacones, me compraría un par de americanas y me convertiría en la persona que todos esperaban que fuera.

En alguien como James.

Eso era lo que yo quería, ¿no?

En ese momento, me vibró el teléfono y vi que se trataba de un mensaje de Drew.

«¡Ya está! ¡Entregada nuestra segunda y última oferta! Cruzad los

dedos», escribió junto con su respectivo emoji.

«¡TÚ PUEDES, CARIÑO!», respondió Fiona.

«James y su agente nos han invitado a la preapertura de su restaurante el jueves. ¿Trasladamos a ese día nuestra sesión de "Vino y lamentos" y la hacemos allí?», preguntó Drew.

«Por mí, bien», escribí.

Fiona envió un emoji con el dedo hacia arriba.

Puse el móvil en silencio y volví al trabajo. Ya no estaba en mis manos. James elegiría a quien quisiera, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Todo seguiría su curso: llegaría a mi vida y, después, se marcharía, porque nada permanecía. Nada se quedaba nunca.

Aunque, a veces, algunas cosas volvían.

Aquel pensamiento me recordó algo. Volví a sacar el teléfono y escribí: «¿Os gustaría acompañarme a llevar la carta?».

33

Lo que nunca fue

Vera vivía en la calle Ochenta y uno, entre Ámsterdam y Broadway, en un edificio de cuatro plantas sin ascensor de color crema. La carta indicaba que residía en el tercer piso, puerta A. Fiona y Drew me habían acompañado para darme ánimos, y estaban detrás de mí, en la acera, aunque Drew seguía pensando que debería haber devuelto la carta por correo.

—¿Y si no quiere verte? —preguntó.

—Si yo me hubiera pasado los últimos treinta años escribiendo cartas a alguien a quien quiero, preferiría que me dieran la noticia de su muerte en persona —replicó Fiona.

Drew soltó un suspiro y negó con la cabeza.

Entendía lo que Drew quería decir; quizá lo más sencillo habría sido limitarme a devolver la carta. La relación entre mi tía y Vera no era asunto mío, pero al conocer su historia, sentía… no sé, que tenía cierta obligación. Que debía darle un cierre.

Había oído hablar tanto de Vera que casi me parecía un personaje de un cuento de hadas, alguien a quien nunca pensé que llegaría a conocer. Me sudaban las manos y el corazón me latía con fuerza. Porque iba a conocerla, ¿verdad? Estaba a punto de encontrarme con la última pieza del rompecabezas de mi tía.

Respiré hondo y examiné el panel del portero automático. Los nombres estaban borrosos y apenas se distinguían. Entrecerré los

ojos para tratar de identificar al menos los números, y pulsé el timbre del 3A.

Al cabo de un momento, una voz tranquila respondió:

—¿Sí?

—Hola, perdón por molestarla. Me llamo Clementine West y tengo la carta que le envió a mi tía. —Y luego, en un tono más bajo—: Analea Collins.

El silencio se alargó más de lo que esperaba; tanto, que empecé a dudar si iba a contestar, pero al final dijo:

—Sube, Clementine.

La puerta emitió un zumbido al desbloquearse. Les dije a mis amigas que no tardaría mucho.

Después respiré hondo, me armé de valor y entré en el edificio.

Ir en busca de Vera era como reabrir una herida que había intentado cerrar hacía seis meses, pero tenía que hacerlo. Lo sabía. Si ella y mi tía habían seguido en contacto durante años, ¿por qué Analea nunca lo había mencionado? Si habían seguido siendo amigas, ¿qué les había impedido estar juntas? Siempre había creído que mi tía se había alejado de Vera, como hacía con todo lo que amaba y temía estropear, pero, por lo visto, tenía más secretos de los que yo conocía. Cosas que había guardado para sí, que nunca dejó ver a nadie.

Antes quería ser igual que mi tía. La veía valiente y atrevida y soñaba con moldearme a su imagen. Mi tía me enseñó que podía ser libre, indómita, y durante mucho tiempo no quise nada más. Pero desde su muerte, había rechazado esa idea por completo. No quería parecerme en nada a ella, porque me había roto el corazón.

Seguía con el corazón roto.

Y ahora iba a enfrentarme a la tarea de decírselo a otra persona, a

alguien que había querido a Analea lo suficiente como para seguir escribiéndole cartas treinta años después de que su historia terminara. Tenía que contarle justo lo que jamás habría querido volver a oír.

Me detuve frente al apartamento 3A y llamé a la puerta con los nudillos. Mi tía me había hablado de Vera, de cómo era, pero cuando abrió la puerta, me impactó lo mucho que me recordaba a ella. Era alta y delgada, llevaba una blusa de un naranja tostado y unos pantalones holgados. Tenía el pelo rubio con mechas grises muy corto, y su rostro anguloso mostraba la madurez de una mujer de casi setenta años.

—Clementine —me saludó. Y sin previo aviso, me abrazó con ímpetu. Tenía los brazos delgados, lo que hizo que me sorprendiera aún más su fuerza—. ¡He oído hablar tanto de ti!

Me escocieron los ojos, porque acababa de confirmar mi sospecha; aquella carta no había sido un error, sino una más en una larga historia de correspondencia que habían mantenido durante años.

Analea y Vera habían seguido en contacto y habían hablado de mí.

Olía a naranjas y a ropa recién lavada, y le devolví el abrazo.

—Yo también he oído hablar mucho de ti —murmuré contra su blusa.

Al cabo de un momento, me soltó y apoyó las manos en mis hombros, observándome con atención a través de sus gafas de media luna.

—¡Eres igual que ella! Casi su vivo retrato.

Esbocé una leve sonrisa. ¿Eso era un cumplido?

—Gracias.

Se apartó y me invitó a entrar.

—Pasa, pasa. Estaba a punto de hacerme un café. ¿Te gusta el café?

Seguro que sí. Mi hijo prepara el mejor café del mundo.

Lo que mi tía nunca mencionó fue que Vera tenía un ligero acento sureño y que su apartamento estaba lleno de fotos de una pequeña localidad del sur. Apenas me fijé en ellas cuando entré en el salón y tomé asiento mientras ella preparaba dos tazas de café y se sentaba a mi lado. Estaba un poco aturdida, como si todo fuera un sueño. Después de tantos años escuchando historias sobre Vera, ahora la tenía frente a mí, en carne y hueso.

Esa era la mujer a la que Analea había amado tanto, que prefirió dejarla ir.

—Me preguntaba cuándo podría conocerte. Ha sido toda una sorpresa, desde luego. ¿Va todo bien?

Metí la mano en el bolso y saqué la carta que le había enviado a mi tía. Estaba un poco arrugada tras haber estado atrapada entre los pliegues de mi cartera, así que la alisé un poco antes de entregársela.

—Lo siento —empecé, porque no sabía qué más decir.

Vera frunció el ceño al recibir la carta cerrada.

—Oh —susurró cuando se dio cuenta—. ¿Está…?

Había cosas que eran complicadas: resolver divisiones con números muy largos sin calculadora, correr una maratón de cien kilómetros, tomar un vuelo de conexión en el aeropuerto de Los Ángeles con solo veinte minutos de margen… Pero nada era tan duro como eso. Encontrar las palabras, reunir fuerzas para pronunciarlas, enseñarle a mi boca a decirlas… y a mi corazón a aceptarlas.

No se lo habría deseado ni a mi peor enemigo.

—Falleció —logré decir, incapaz de mirarla, intentando mantenerme entera y no desmoronarme—. Hará unos seis meses.

Contuvo la respiración y apretó la carta con fuerza.

—No lo sabía —susurró. Bajó la vista al sobre y luego volvió a mirarme—. Ay, Clementine. —Me tomó la mano y la agarró con firmeza—. Me mudé hace poco a la ciudad. Mi hijo trabaja aquí y quería estar cerca de él —balbuceó, como si así pudiera evitar pensar en la palabra maldita: «falleció». Pero luego se tragó su pena y se recompuso—. ¿Puedo preguntarte cómo ocurrió?

«No», quise responder; no porque sintiera vergüenza, sino porque no sabía si podría contárselo sin echarme a llorar.

Por eso nunca hablaba de ello. Con nadie.

—Ella… llevaba un tiempo sin dormir bien, así que su médico le recetó unas pastillas. Y simplemente… —Había ensayado esta conversación muchas veces, pero ahora no me salían las palabras. No encontraba la manera de decirlo. Lo estaba haciendo fatal—. Los vecinos llamaron a la policía el día de Año Nuevo porque no abría la puerta, pero ya era demasiado tarde. —Apreté los labios con fuerza, intentando contener el sollozo que subía por mi garganta—. Se durmió. Tomó las suficientes pastillas como para saber que no se despertaría. La encontraron en su sillón favorito.

—El azul. *Oh…* —A Vera se le quebró la voz. Soltó la carta y se llevó las manos a la boca—. Oh, Annie.

Porque, ¿qué más se puede decir?

—Lo siento —susurré. Me clavé las uñas en las palmas, aferrándome al dolor físico para mantenerme firme—. No hay manera fácil de decirlo. Lo siento —repetí—. Lo siento mucho.

—No, cariño, tú no tienes la culpa de nada. No hiciste nada mal —murmuró.

Pero sí lo hice, ¿verdad? Debería haber visto las señales. Debería haberla ayudado. Debería…

Y entonces, aquella mujer a la que no conocía me envolvió en un

abrazo y me apretó contra su blusa color naranja tostado. Y en ese gesto sentí algo parecido a un permiso. El permiso que me había negado durante seis meses. El permiso que había estado esperando mientras me encerraba sola en el apartamento de mi tía, sintiendo cómo el dolor crecía hasta ahogarme. Creía que ya me lo había dado, pero no. No me había permitido llorar, solo me había exigido ser fuerte. Estar bien. Me había estado repitiendo una y otra vez que tenía que estar bien.

Y por fin, *por fin,* alguien me dio permiso para derrumbarme.

—No ha sido culpa tuya —susurró contra mi pelo, justo cuando se me escapaba un sollozo.

—Se fue —musité, sintiendo cómo se me cerraba la garganta—. Me dejó.

Y me rompió el corazón.

Aquella mujer a la que jamás había visto, a la que solo me había imaginado a través de las historias de mi tía, me abrazó con fuerza mientras lloraba, y sus lágrimas se unieron a las mías. Lloré porque me había dejado, porque se había marchado sin más, y aunque intentara retenerla, aunque tratara de alcanzarla, el borde de su abrigo ondeaba en el aire, siempre fuera de mi alcance. Se había ido y yo seguía aquí, con una lista interminable de cosas que nunca llegó a hacer y que jamás haría. Amaneceres que nunca volvería a ver, Navidades en Rockefeller de las que ya no se quejaría, escalas que nunca haría y copas de vino que jamás volveríamos a compartir en su mesa amarilla mientras comíamos esos fetuchini que nunca salían igual.

Nunca volvería a verla.

No iba a volver.

Mientras lloraba sobre el hombro de Vera, sentí cómo el muro que

me contenía cedía de repente, liberando toda la tristeza y el dolor que había reprimido, como el agua desbordándose en una presa rota.

Al cabo de un rato, conseguimos separarnos y ella alcanzó una caja de pañuelos para secarse los ojos.

—¿Y el apartamento? ¿Qué ha sido de él? —preguntó.

—Me lo dejó en herencia —respondí mientras tomaba unos pañuelos y me limpiaba la cara. Me ardía y la sentía hinchada.

Asintió con un ligero gesto de alivio.

—Ah, menos mal. ¿Sabías que era mío antes de que ella lo comprara? Bueno, no mío exactamente; solo se lo alquilaba a un viejo gruñón que me cobraba un dineral. Cuando falleció, tuve que mudarme, y su familia se lo vendió a tu tía. Creo que nunca llegaron a enterarse de lo que ocurría allí.

Aquello me sorprendió.

—¿En serio?

—Sí, nunca vivieron allí, pero los inquilinos sí lo sabían. El hombre que lo alquiló antes que yo me lo advirtió. Lo descubrió por las malas. Creyó que alguien más tenía una copia de la llave del apartamento y que entraba para cambiarle las cosas de sitio. No fue hasta que se enteró de su nombre cuando se dio cuenta de que la mujer que entraba en su casa sin su permiso llevaba muerta casi cinco años. —Sacudió la cabeza, pero sonrió con nostalgia—. ¡No me lo creí hasta que me pasó a mí y conocí a tu tía!

No se parecía mucho a la Vera de las historias de mi tía. Esta Vera era más elegante, llevaba un collar de perlas y tenía un aspecto tan impecable como su apartamento, decorado con sencillez. Y si algunos detalles eran distintos, quizá también lo fuera la historia que me había contado Analea.

—¿Por qué no salió bien? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—No sabría decirte. Creo que siempre tuvo un poco de miedo de que las cosas buenas terminaran, y lo nuestro… lo nuestro fue especial —respondió con una sonrisa melancólica, deslizando los pulgares sobre el sello de cera de la carta—. Nunca he querido a nadie como quise a Annie. Seguimos en contacto a través de las cartas, a veces cada dos meses, otras cada dos años, y nos contábamos nuestras vidas. No sé si alguna vez se arrepintió de haberme dejado marchar, pero ojalá hubiera luchado yo un poco más por lo nuestro.

—Sé que le dio muchas vueltas —dije, recordando aquella noche en la que mi tía me contó toda la historia y cómo había llorado en la mesa de la cocina—. Siempre deseó que hubiera acabado de otra forma, pero creo que tenía miedo por… el apartamento, por cómo empezó todo entre vosotras.

Esbozó una sonrisa de añoranza.

—Siempre tuvo miedo al cambio. Le aterraba que nos distanciáramos. No quería estropearlo, así que hizo lo que mejor sabía hacer: conservarlo para sí misma. Esos sentimientos, ese momento. Durante años, estuve muy enfadada con ella —reconoció —. Pero luego dejé de estarlo. Así era ella, y yo la quería en todas sus facetas. Era su forma de vivir la vida, y no todo fue malo. También hubo momentos maravillosos. Los recuerdos son buenos.

Me detuve un instante. ¿Cómo podían ser buenos cuando nos había abandonado? ¿Cuando lo último que nos había dejado fue el sabor agrío de unas gotas de limón?

—¿Incluso después de…?

Vera me tomó la mano y la apretó con fuerza.

—Los recuerdos son buenos —repitió.

Me mordí el labio inferior para evitar que me temblara y asentí, secándome los ojos con el dorso de la mano. El café que había traído se había enfriado en la mesa, y ninguna de las dos lo habíamos probado.

Mi teléfono vibró y supe que era Drew o Fiona queriendo saber si estaba bien. Tenía que volver con ellas, así que abracé a Vera y le di las gracias por hablar conmigo sobre mi tía.

—Puedes venir cuando quieras. Podría contarte historias durante días —aseguró.

Me acompañó de regreso a la puerta. Y en ese momento, con la mente más despejada, me fijé en las fotos del pasillo.

Vera aparecía en casi todas ellas, junto a dos niños de distintas edades: un chico y una chica con el pelo castaño rojizo. En algunas eran solo unos niños, en otras, adolescentes. Se les veía pescando en un lago, en la graduación del colegio, sentados en las rodillas de un señor mayor de sonrisa amable. Los dos se parecían mucho a Vera, así que supuse que debían de ser sus hijos. En casi todas las fotos solo salían ellos tres. Y yo no podía apartar la mirada del chico, con sus hoyuelos y sus ojos claros.

—De niña, mi hija pequeña nos llamaba los Tres Mosqueteros —comentó, al ver que me había quedado embobada mirando las fotos. Sentí su voz amortiguada, como si la oyera desde el fondo de un túnel. Luego señaló una imagen en la que aparecía una mujer joven muy guapa, vestida de novia, al lado de un hombre de pelo oscuro que sonreía—. Ella es Lily —dijo. Después señaló otra imagen con un rostro que conocía demasiado bien.

Un joven de sonrisa torcida, ojos claros y brillantes y cabello castaño rojizo y rizado, con un delantal de chef con estampado de flores que cocinaba algo sobre unos fogones que habían sido muy

usados. A su lado, un hombre mayor más bajo y encorvado, llevaba un delantal similar con la frase «No soy viejo, solo estoy bien sazonado». Tenía los mismos ojos claros y brillantes. Me quedé mirando la foto con una mezcla de admiración y tristeza.

—Y este es Iwan —continuó—, con mi padre, que en paz descanse. Iwan lo adoraba.

—Ah —musité, apenas sin voz.

Sonrió.

—Está a punto de abrir un restaurante aquí, en la ciudad. No puedo estar más orgullosa de él, aunque últimamente lo veo muy estresado. A veces me pregunto si hace todo esto porque le gusta o por su abuelo.

Contemplé la foto del Iwan que recordaba, con su sonrisa torcida y contagiosa. Debió de hacérsela poco antes de que se mudara a Nueva York. Y, de pronto, algo hizo clic en mi cabeza al observarlo. De todos los cambios que había sufrido en esos siete años, el más evidente estaba en sus ojos. Había en ellos una alegría pura, sin miedo ni reservas.

Y me pregunté cuándo la habría perdido.

—Quizá lo conozcas algún día. Es muy guapo —añadió Vera, alzando las cejas con complicidad.

—Sí que lo es —admití. Le di las gracias de nuevo por haberme permitido llorar en su hombro y, tras un último abrazo, me despedí y salí del edificio.

En cuanto Fiona y Drew me vieron, ambas coincidieron en que tenía pinta de necesitar un trago.

No se imaginaban hasta qué punto.

34
Demasiado bien

Pasé el resto de la semana preguntándome cómo no me había dado cuenta de las señales.

En su momento no me había parecido tan evidente; sin embargo, ahora todo encajaba. Recordé que Iwan me había dicho que Analea era amiga de su madre, pero nunca le pregunté su nombre. Si lo pensaba bien, tenía sentido que mi tía le dejara su apartamento al hijo de alguien que conocía. Y no solo «conocer», sino alguien con quien había tenido un vínculo tan estrecho. No creía que Iwan estuviera al tanto de la historia de su madre con mi tía (igual que yo tampoco lo había estado), porque, de haberlo sabido, lo habría mencionado.

¿Sabía el apartamento quién era Iwan? ¿Por eso nos había reunido en un momento clave de nuestras vidas?

Sentía un hormigueo en los dedos, una necesidad irresistible de pintar, así que me llevé una caja de acuarelas al trabajo. Cuando llegó la hora de comer, me senté en Bryant Park y empecé a pintar a la gente que pasaba. Al volver a la oficina, fui directa al baño para quitarme los restos de pintura de los dedos.

—Me alegra que hayas vuelto a pintar —comentó Fiona el miércoles, cuando descansábamos en el césped de Bryant Park, sobre una de las mantas de Drew de la oficina, mientras yo añadía pinceladas doradas y crema al edificio Schwarzman en la sección

«Mejores lugares turísticos gratuitos» de mi guía de viaje—. Te están quedando preciosos esos tonos amarillos.

—Casi parecen limón —señaló Drew, tumbada en el suelo junto a Fiona, con las manos detrás de la cabeza—. Hace tiempo que quería preguntártelo… ¿por qué has vuelto a pintar?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, simplemente lo he retomado —respondí. Limpié el pincel en el tapón de una botella y elegí un tono naranja rojizo para los bordes del edificio—, y me siento bien al hacerlo.

—Ni siquiera recuerdo lo que me hace sentir bien —murmuró Drew, pensativa.

—Leer, cariño… *Aaay* —Fiona se llevó la mano al vientre con una mueca—. Vaya, eso ha sido interesante.

Drew se incorporó preocupada.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo?

Fiona hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Estoy bien, en serio. Solo ha sido una sensación rara.

La miré con recelo.

—¿Rara del tipo «ya viene el bebé»?

—No salgo de cuentas hasta dentro de una semana —contestó Fiona, como si eso pudiera impedir que el parto se adelantara. Pero pasó el resto del día sin problemas y puso los ojos en blanco ante la idea de empezar su baja por maternidad antes de tiempo. («¿Quedarme todo el día en casa sin hacer nada? No, gracias, me volvería loca»).

Cuando llegó el jueves, llevé un vestido a la oficina, me cambié en mi cubículo después del trabajo y, junto con Drew y Fiona, tomamos un taxi hasta el nuevo restaurante de James. Se trataba de una inauguración exclusiva, solo para invitados, para celebrar la

apertura de hyacinth (sí, todo en minúsculas, con una elegante tipografía manuscrita).

Nos encontramos con Juliette fuera, vestida con una elegante blusa color crema metida por dentro de unos pantalones marrones anchos con cinturón. Llevaba el pelo recogido en dos moños y un bolso de imitación de Prada tan logrado, que casi me habría creído que era auténtico si ella misma no me hubiera dicho dónde podía comprarme otro igual. A su lado, me veía… un tanto informal, con un vestido lila hasta la rodilla y un lazo en el cuello, y por primera vez desde mi última cita con Nate…

—¿Tacones? —exclamó Juliette, boquiabierta—. ¡No me puedo creer que te hayas puesto tacones! ¡Y se te ve tan alta con ellos! —Sacó su teléfono en un abrir y cerrar de ojos y les hizo una foto—. ¡Esto va directo a mis historias! Tenemos que inmortalizar este momento.

—¡Oye, que no es la primera vez que me pongo tacones! —protesté.

—Solo cuando quieres impresionar a alguien —intervino Fiona.

—A nuestro futuro autor, por supuesto —solté.

Drew puso los brazos en jarras y respiró hondo.

—Ya que ha salido el tema. Si alguna me hace quedar mal esta noche…

Juliette le hizo un saludo militar.

—¡Prometemos ser ejemplares, señor! Aunque si hay más de un tenedor, alguna tendrá que decirme cuál debo usar…

Me enganché de los brazos de Drew y Fiona y dije:

—Tranquila, seguro que yo también me equivoco.

Juntas, abrimos la pesada puerta de madera y entramos.

Durante el trayecto, me había imaginado cómo sería su

restaurante; quizá se parecería a aquel del que me había hablado mientras comíamos fideos fríos. Mesas largas para compartir, un ambiente cómodo y acogedor, sillas de cuero desgastado por el uso, paredes rojas decoradas por artistas locales y lámparas diseñadas a medida, que combinarían elementos de apliques y candelabros.

Una mesa reservada para una mujer a la que había conocido durante unos fines de semana perdidos en la memoria.

«Reservada para ti cada noche. La mejor mesa del local». Recordaba perfectamente sus palabras.

Seguro que ya se había olvidado de aquella conversación, aunque yo seguía llevando en el bolso la misma guía de viaje.

Lo primero que noté fue que era luminoso, con una claridad casi impecable, con mesas de mármol blanco reluciente y apliques en tono marfil con un leve matiz azulado. Las sillas apenas podían llamarse así, más bien eran taburetes, y el techo dejaba a la vista tuberías plateadas nuevas. Era algo a medio camino entre un almacén y una tienda a medio montar; el tipo de lugar en el que cualquier equivocación quedaría en evidencia para que todos la vieran. Se me encogió un poco el corazón, porque aquello no se parecía en nada al restaurante con el que Iwan había soñado.

Era el restaurante de James.

La recepcionista reconoció enseguida a Drew por una foto de su portapapeles y nos llevó a nuestra mesa reservada. Vi a varias caras conocidas: Benji y su prometida, Parker y su mujer, y otros dos editores que habían participado en la clase de cocina. Nos sentamos en una de las mesas más grandes. Las sillas eran incómodas y frías, y yo me sentía tan fuera de lugar que se me puso la piel de gallina.

«Si no encajas, haz creer a todo el mundo que sí lo haces hasta que sea verdad», me recordé.

—Qué sitio más sofisticado —comentó Fiona mientras el camarero nos entregaba los menús, en los que se detallaban los siete platos de degustación. Como Fiona estaba embarazada, le dieron un menú especial. Luego, el camarero nos trajo una botella de vino.

—Cortesía del chef —anunció el hombre antes de descorchar la botella de tinto y llenarnos las copas.

En cuanto se marchó, Drew levantó su copa.

—Por una gran noche, consigamos o no el libro.

Todas brindamos con ella.

El vino estaba seco y un poco ácido, y de pronto, volví a sentirme como en aquella primera comida en el Olive Branch: fuera de lugar e intentando encontrar mi sitio, como si estuviera tratando de mantener el equilibrio sin apoyo.

Mis amigas hicieron comentarios sobre el restaurante, el menú y la gente que estaba sentada en las otras mesas. Yo estaba medio escuchando a Juliette hablar de una nueva campaña que estaba preparando con la encargada de redes sociales, cuando vi entrar a una cara conocida en hyacinth: Vera Ashton.

La recepcionista la llevó directamente a la mejor mesa del restaurante, y ella sonrió mientras se sentaba y contemplaba la decoración, fascinada. Me disculpé con mis amigas y fui a saludarla.

—¡Oh, Clementine! —exclamó, juntando las manos. Llevaba un traje pantalón color verde salvia y unos pendientes de perlas—. ¡Qué sorpresa verte aquí! ¿A que este sitio es precioso?

—Lo es —respondí—. ¿Cómo estás?

—¡Bien! Muy bien. Creía que iba a ser una inauguración discreta. ¿Qué haces en el restaurante de Iwan… perdón, de James? —susurró con complicidad—. Odia que le llame Iwan en público. Algo relacionado con su imagen. Me parece una bobada, pero ya se dará

cuenta.

Después de ver el restaurante, yo no lo tenía tan claro.

—Trabajo para una de las editoriales con las que está negociando —expliqué, haciendo un gesto hacia la mesa en la que estaban mis amigas—. Solo quería venir a saludarte.

—¡Oh, qué maravilla! Sería un gran error que no te eligiera. ¡Mira! Por ahí vienen Lily y su marido —dijo, mirando por encima de mi hombro. Apenas tuve tiempo de girarme cuando una mujer menuda, con un vestido de flores y una larga melena castaño rojiza alborotada, se acercó a la mesa. Me sorprendió lo mucho que se parecía a Iwan, desde los ojos claros hasta las pecas de las mejillas. Tanto ella como su marido me sonrieron con cierta cautela, y en ese momento me di cuenta de que estaba delante de la silla en la que ella tenía que sentarse, así que me aparté—. Lily —dijo Vera, señalándome—, esta es Clementine. ¿Te acuerdas de las historias que te contaba sobre Analea? Pues es su sobrina.

—Encantada de conocerte —repuso Lily con una sonrisa, mientras su marido se sentaba a su lado—. ¿No se quedó Iwan con Analea un verano?

—Sí, en su apartamento —confirmó Vera—. Cuando me enteré de que se iba de viaje al extranjero, la llamé para preguntarle si mi hijo podía quedarse allí en verano. Encontró trabajo en el restaurante favorito de su abuelo y fíjate dónde estamos siete años después. ¡Todo porque Analea lo dejó quedarse gratis en su casa! —«Vaya, no tenía ni idea». Vera se rio, negando con la cabeza—. Es curioso cómo funciona el mundo a veces, ¿verdad? Nunca es cuestión de tiempo, sino de estar en el momento adecuado.

Desde luego que sí.

—Me habría gustado que las sillas fueran más cómodas —comentó

Lily—. Al abuelo le habrían horrorizado estas.

—Bueno, estoy segura de que al menos habría valorado el esfuerzo —indicó Vera con cordialidad—. Clementine, ¿quieres sentarte con nosotros? Nos sobra una silla.

—No, tengo que volver a mi mesa, pero me ha encantado veros… y conocerte, Lily. Que paséis buena noche —dije a modo de despedida antes de regresar a mi mesa.

Al fondo, la cocina quedaba oculta tras un cristal esmerilado que, según cómo le diera la luz, brillaba con reflejos nacarados, como un ópalo. Detrás, las siluetas iban y venían.

Apreté los labios mientras observaba las impecables mesas de mármol blanco, con sus líneas perfectas, y los platos que iban sirviendo en ellas: círculos blancos con pequeños bocados de color distribuidos con precisión. Entre los comensales había influencers y celebridades, rostros que me sonaban del mundo culinario gracias a mis indagaciones sobre James. Creadores de tendencias. Críticos. Personas con las que debía relacionarse. Gente a la que quería impresionar.

Al volver a mi mesa, encontré a alguien sentado en mi sitio. Un hombre con un uniforme impoluto de chef, hombros anchos y el pelo pulcramente peinado, con un pequeño batidor oculto tras los rizos de su oreja izquierda.

James levantó la vista al verme y me dedicó una sonrisa impecable.

—Ah, hola. He venido para daros la bienvenida a hyacinth.

—Hay tanta luz que debería haber traído gafas de sol —comentó Juliette.

—A los redactores les va a dar un síncope por el nombre en minúsculas —bromeé.

—¿Quién sabe? Lo mismo marco una nueva tendencia, Clementine

—repuso con esa sonrisa perfecta que parecía calculada. Se levantó y apartó la silla para que me sentara. Me senté con un nudo en la garganta—. Ha sido un placer volver a veros a todas y conocerte, Juliette. Disfrutad de la velada, espero que sea una experiencia memorable, quizá incluso perfecta.

Luego se fue hacia la mesa siguiente y mis amigas empezaron a hablar de los platos del menú, casi todos versiones refinadas de las recetas que nos había presentado en su propuesta, adaptadas a la sofisticación del lugar.

En las mesas vecinas se oían comentarios sobre cómo había conseguido una estrella Michelin para el Olive Branch y ganado el premio James Beard al Chef emergente del año. Hablaban de su talento para la presentación, la precisión de sus platos y su inagotable ambición. De cómo todo eso lo convertía en una estrella en ascenso de la gastronomía.

Y de cómo todo el mundo esperaba con ansia su siguiente creación.

A pesar de que me doliera el corazón, era imposible no sentirme orgullosa de él.

Aunque no veía por ninguna parte a sus mejores amigos, Isa y Miguel.

El camarero empezó a traer nuestros platos.

Lo primero fue una sopa con lubina negra y pétalos de flores. Se presentaba en pequeñas cantidades, aunque eso era lo que definía un menú degustación: porciones mínimas, lo justo para saborearlas y debatir sobre el matiz del caviar.

Luego vino el hígado de trucha acompañado de manzanas frescas y mantequilla caramelizada.

Ragú de pato.

Tostada de amaranto con huevas ahumadas y salsa tártara.

Un único buñuelo de pan de maíz con yema ahumada y granos de maíz encurtidos.

Pan plano de sangre de cerdo.

Yogur con esponjas de azúcar.

Helado con un chorrito de sirope de caramelo.

Y como broche final, un copo de merengue de limón sobre una base de galleta crujiente y desmenuzada. Se suponía que era su nueva reinterpretación de la tarta de limón, pero mientras lo comía, solo podía pensar en el postre que Iwan y yo habíamos compartido en la mesa de la cocina de mi tía.

Me había dicho que el merengue se le daba fatal, que no podía ser perfecto en todo porque, si no, sería un tostón… pero ese postre estaba delicioso. La galleta se deshizo en mi boca.

No me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas hasta que Drew me preguntó:

—¿Va todo bien?

Sí, tendría que haber sido así. Porque esa cena había alcanzado la perfección necesaria para impresionar a todos los equipos editoriales presentes. A los famosos, a los influencers, a los críticos. Estaba exquisita.

Rozando la perfección.

Pero por más que lo intentara, no podía quitarme de la cabeza la foto que había visto en la pared de Vera; la de Iwan y su abuelo en una cocina demasiado pequeña, con delantales que no hacían juego, y él con manchas de harina en las mejillas y una sonrisa torcida perfecta. Perfecta, precisamente, porque no lo era.

Perfecta porque no se esforzaba en serlo. Era simplemente él mismo.

—Ahora vuelvo —les dije a mis amigas. Me limpié la boca y me fui a toda prisa hacia el baño.

Cuando llegué allí, la puerta estaba cerrada. Maldije por lo bajo y me apoyé en la pared, esperando. El cartel sobre la puerta tenía la misma caligrafía manuscrita y en minúscula.

Sentí una opresión en el pecho.

Mi tía había renunciado a su carrera por miedo a no superar lo que había conseguido en *Cuando el corazón importó*; Iwan era todo lo contrario. No paraba de exigirse más, de ganarse el reconocimiento de todo el mundo, de impresionar a la gente con la perfección absoluta… Era eso o nada.

Pero ¿era consciente de lo que había perdido en el camino?

Debería haber estado orgullosa de él (de hecho, lo estaba), pero…

—Y bien, ¿qué te ha parecido?

Me di la vuelta sobresaltada, y ahí estaba el chef James Ashton, detrás de mí, recién salido de la cocina, donde su equipo trabajaba como una máquina bien engrasada. Los vi a través de la ventana redonda de la puerta, con los ceños fruncidos, entregados a alcanzar una perfección que yo no comprendía.

—Es… un restaurante impresionante —dije, señalando la zona del comedor.

Su sonrisa impecable se tensó.

—No te gusta.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. «Oh, no».

—Yo no he dicho eso.

—Lo noto en tu cara.

Eché un vistazo al comedor, donde el tintineo de los cubiertos y el murmullo de las conversaciones se mezclaban con los jadeos de asombro cuando llegaban los platos envueltos en un vapor de hielo

seco. Allí, en la intimidad de aquel rincón apartado, parecía que estábamos aislados en nuestro propio mundo.

—Lo siento, James —murmuré.

Su cara no mostró ninguna reacción, pero preguntó:

—¿Por qué nunca me llamas Iwan?

Nunca había sabido cómo responder a esa pregunta, pero en ese instante, al mirar sus ojos grises e impenetrables, como láminas de pizarra que solo necesitarían una única capa de color para retratar su esencia, lo entendí. Di un paso hacia él y apoyé la mano en su pecho fuerte y cálido. Quería besarlo, zarandearlo, arrancar esa máscara que a veces parecía resquebrajarse. Pero no podía. Lo único que podía hacer era ser honesta con él.

—Iwan era el hombre con el que solía compartir cenas maravillosas y que me decía que se podía encontrar romance en un trozo de chocolate y amor en una tarta de limón —empecé.

Vi cómo fruncía el ceño, desconcertado.

—Con esos platos no habría impresionado a nadie, Limón. Entonces solo era un friegaplatos. No tenía ni idea de nada.

—Lo sé, y la cena de esta noche ha estado deliciosa. ¿Lo del… pescado ese? Estaba exquisito. Lo siento, no recuerdo el nombre exacto —me apresuré a decir, esperando que no se molestara—. Riquísimo, de verdad. ¿Y tú? ¿Estás contento con todo esto? —le pregunté, señalando con la mano su nuevo restaurante, con esas paredes blancas y la decoración impersonal. El resultado de un esfuerzo por reinventarse que, en realidad, no tenía identidad.

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondió, con un deje de frustración en la voz—. Claro que lo estoy. —Hizo un gesto hacia la sala—. Todo el mundo parece estar pasándoselo bien. Están disfrutando de una comida excelente.

—Cierra un momento los ojos. ¿Qué oyes?

—No voy a hacer eso.

—Por favor.

—Limón…

—Solo un segundo, por favor.

Soltó un resoplido, pero al final accedió y los cerró.

—Oigo los cubiertos al chocar con los platos. Conversaciones. El aire acondicionado chirriando; voy a tener que arreglarlo. Ya está, ¿contenta?

—Sigue escuchando —le pedí. Para mi sorpresa, lo hizo. Le di un momento—. ¿Has oído a alguien reírse?

—Espero que no lo hagan.

—No me refiero a reírse de ti, sino entre ellos. —Volví a echar un vistazo a la sala. Desconocidos en sillas incómodas, moviéndose con torpeza mientras hacían fotos a sus platos, bebían vino o champán o deslizaban los dedos por sus pantallas, pendientes de sus redes sociales.

Abrió los ojos despacio y miró al comedor, con una expresión extraña, recorriendo las mesas una por una, como si estuviera buscando pruebas que demostraran que me equivocaba. Al no conseguirlo, dijo:

—Estoy haciendo algo diferente aquí. Algo innovador. Algo que la gente quiere ver, algo de lo que hablarán. —Apretó los labios y me miró—. Les estoy dando la comida perfecta. Sabes que eso es lo que siempre he querido. Mi sueño. Por lo que tanto he luchado.

—Lo sé. —Quería explicarme, razonar con él, pero me di cuenta de que lo estaba perdiendo—. Solo te pido que no te olvides de quién eres…

—Quién *era* —respondió con dureza. Me estremecí—. ¿Qué quieres

de mí, Clementine?

Que fuera el hombre que me miraba con esa sonrisa torcida mientras compartíamos una pizza congelada. El que hacía bromas con un cuenco de fideos fríos. El que me hablaba de las tartas de limón de su abuelo y cómo nunca le salían igual.

—Estás completamente desconectado de la persona que eras —le dije—. ¿Hielo seco para un plato de pasta?

Torció el gesto.

—Fideos fríos.

Como los que me había hecho la otra semana. Volví a intentarlo.

—¿Una tarta de limón deconstruida?

—Cada bocado tiene un matiz diferente.

Como las tartas que hacía su abuelo.

—Pero no son lo mismo… Lo que te hizo ser quien eres no fueron los platos perfectos, sino las recetas sencillas y llenas de recuerdos —traté de explicarle—. Fueron parte de ti…

—Y si siguiera siendo aquel friegaplatos, ¿estarías aquí? ¿Compitiendo por publicar mi libro de cocina? No. Ninguno de los que están en ese comedor estaría aquí.

Fue como si me hubieran echado un jarro de agua fría. Se me cerró la garganta y miré hacia otro lado.

—Sigo siendo yo, Clementine —aseguró—. Sigo intentando que mi abuelo se sienta orgulloso de mí, hacer la comida perfecta… y ahora sé cómo lograrlo. Aprendí del mejor, del hombre que lo consiguió. Sé qué la hacía única…

—Era tu abuelo, Iwan —lo interrumpí. La dureza de su mirada se congeló por un instante y luego, poco a poco, se desvaneció de su rostro, hasta que pareció que había perdido a su abuelo de nuevo. Alcé la mano para tocarle la cara, pero se apartó.

Sentí un nudo en la garganta y las lágrimas comenzaron a empañarme la vista.

—Lo siento…

—El cambio no siempre es malo, Clementine —dijo con voz firme pero estoica. Tensó la mandíbula, como si intentara encontrar las palabras adecuadas—. Quizá, en vez de desear que siga siendo el mismo que conociste en ese apartamento, deberías permitirte cambiar un poco tú también.

Bajé la mano de golpe.

—Yo…

Detrás de él, las puertas plateadas de la cocina se abrieron, pero en lugar de un camarero con otra ronda de platos meticulosamente presentados, salió… ¿Miguel? Con el pelo engominado hacia atrás, un traje burdeos y una copa de champán en la mano.

¿Entonces sí había venido?

—¡Ah! Me preguntaba dónde te habías metido. Isa está a punto de descorchar el Salon Blanc de 2002… ¡Hola, Limón! Oye, Iwan, no me dijiste que ella iba a venir.

James volvió a apretar los labios y yo aparté la mirada, tratando de encontrar alguna excusa para irme, porque, por lo visto, lo había juzgado mal. Más de lo que pensaba.

De repente, se oyeron unos gritos en el comedor. Miramos hacia atrás, hacia el alboroto, y sentí que se me helaba la sangre al ver que provenía de mi mesa. Drew estaba ayudando a Fiona a levantarse. Juliette, completamente alterada, miraba alrededor, buscándome, con el móvil en la mano mientras pedía un Uber. En cuanto me vio, levantó el teléfono.

—¡YA VIENE! —gritó Juliette.

—¿Ha…?

James me miró desconcertado.

—¿Viene? ¿Quién viene? —preguntó. Yo me di cuenta un segundo antes que él—. ¿Ha roto aguas?

—Tengo que irme —murmuré, y él no hizo nada por detenerme.

Mientras corría hacia mi mesa, sentí algo cálido resbalar por mis mejillas y me limpié las lágrimas a toda prisa.

Le quité el móvil a Juliette de la mano y agarré mi bolso antes de empezar a salir.

—El Uber llega en cinco minutos.

—¡Voy a avisarlo! —anunció Juliette y se fue corriendo hacia la puerta.

—No hace falta que vayamos tan rápido… —dijo Fiona, pero nadie la escuchó. Drew se abría paso entre las mesas mientras sacaba a su mujer del local.

Lancé una última mirada a James y a todas aquellas caras desconocidas, y ese desasosiego en mi interior, esa sensación sofocante, se volvió insoportable. No quería estar allí. Porque James tenía razón en una cosa. Clementine West, la publicista sénior en Strauss & Adder, jamás se habría fijado en Iwan si solo hubiera sido un simple friegaplatos. No habría ido tras él con tanta insistencia si no hubiera tenido una trayectoria repleta de reconocimientos. Ella era buena en su trabajo y estaba buscando a un chef con talento para completar el catálogo de su editorial. Era la mano derecha de Rhonda Adder, y esa era su mayor prioridad. Ser alguien fuerte. Alguien en quien confiar.

Pero Limón, la agotada y desbordada Limón, amaba a aquel friegaplatos de sonrisa torcida que había irrumpido en su vida a destiempo. Iba a trabajar con restos de acuarelas bajo las uñas, se llevaba guías de viaje de la estantería de muestras gratis junto a los

ascensores, sentía una inquietud imparable en su interior y tenía un pasaporte lleno de sellos y un corazón aventurero.

En mi búsqueda por entender quién era, creí que había echado a perder las oportunidades de Drew con ese libro. Y no solo eso, sino que, en mi intento por conseguir algo bueno, parecía que solo había conseguido estropear muchas más cosas. Pero, al final, la que terminó marchándose fui yo, saliendo por la robusta puerta de madera hasta la acera, donde Juliette nos esperaba junto al vehículo negro.

—¿Has elegido la opción de viaje compartido? —le recriminó Drew.

—¡Me puse nerviosa! —gritó Juliette.

Nos subimos al coche junto a una pareja visiblemente incómoda que parecía estar en una cita. Y mientras cerraba la puerta del coche y nos poníamos en marcha, no miré atrás.

35
Dos semanas de preaviso

El área de maternidad y partos del Hospital Presbiteriano de Nueva York no esperaba la irrupción de un grupo de veinteañeras bien vestidas corriendo detrás de su amiga, solo para ser interceptadas por una enfermera desbordada que las rechazó en la puerta y las envió a la sala de espera. Juliette y yo obedecimos y nos acomodamos en un rincón de la estancia color beis, aguardando noticias. Podríamos habernos ido a casa, pero ni se nos pasó por la cabeza. Nos quedamos allí porque Fiona y Drew eran tan parte de mi familia como mis padres; de hecho, nos veíamos más a menudo. Nos quejábamos juntas con una copa de vino y celebrábamos juntas nuestros cumpleaños, Año Nuevo, Halloween y algún que otro festivo suelto del calendario. Y ellas fueron las primeras personas a las que llamé el peor día de mi vida.

Era lógico que también estuviéramos juntas en los mejores días.

Por eso, no fue ninguna sorpresa que estuviera en la sala de espera. Juliette, en cambio, era nueva en aquello.

—Puedes irte si quieres —le dije, pero ella negó con la cabeza.

—Ni hablar, me quedo hasta el final —replicó. Estuve a punto de decirle que no tenía ninguna obligación con Fiona ni con Drew, pero luego me lo pensé mejor. Si ella quería estar allí, ¿quién era yo para decirle que no?

Después de una hora de espera, me estiré y miré el móvil. Eran

casi las diez y media de la noche. Juliette navegaba nerviosa por Instagram mientras yo dibujaba la sala de espera en mi guía de viaje, en la sección titulada «Remansos de paz». El sofá hundido. Las sillas gastadas por el uso. La familia sentada al otro lado; el padre que había entrado con su mujer y los abuelos que esperaban encorvados en sus asientos, con dos niños que miraban absortos una película de Disney en el móvil de su padre.

—Mierda —masculló Juliette, deteniéndose en una foto.

Me senté y estiré el cuello.

—¿Qué pasa?

Soltó un suspiro.

—Nada.

Miré de reojo su teléfono.

—¿Ese es Rob?

—Tenía un concierto esta noche —respondió ella, pero ese no era el problema. En la foto, estaba besando a una mujer—. Seguro que es una fan —dijo, quitándole importancia—. Se porta muy bien con sus seguidores.

La miré atónita.

—¿En serio?

—Da igual. Ya me lo compensará —repuso. Apagó la pantalla y se guardó el teléfono en el bolso—. No pasa nada.

Pero claro que pasaba. Me volví hacia ella y envolví sus manos con las mías.

—Somos amigas, ¿verdad?

—Eso espero. Ves mis historias privadas en Instagram, y si no lo somos, voy a tener que replantearme eso.

Me reí sin poder evitarlo.

—Somos amigas, así que voy a ir directa al grano: que le den a

Romeo-Rob.

Parpadeó, desconcertada.

—¿Qué?

—Que le den a Rob —repetí—. Eres demasiado lista, demasiado guapa y demasiado brillante en tu trabajo para que un guitarrista mediocre de una banda sin nombre te trate como si fueras prescindible. Porque no lo eres.

—En realidad, toca el bajo… —murmuró.

—¡Que le den! ¿Por qué sigues volviendo con él si no hace más que amargarte la vida?

Abrió los ojos como platos y quiso decir algo, pero cerró la boca de golpe y miró a la familia al otro lado de la sala, que había tapado las orejas a los niños, horrorizada. Me dio igual. Era mi momento de gloria.

—Lo entiendo —continué—. Seguro que el sexo con él es increíble. Pero si no sientes un cosquilleo cada vez que estás con él, si no te hace feliz, entonces ¿qué narices estás haciendo? Solo se vive una vez. —Si algo había aprendido de vivir en un apartamento que te hacía viajar en el tiempo era que, por mucho tiempo que tuvieras, jamás sería suficiente. Y quería empezar a vivir mi vida disfrutando de cada segundo que me quedara—. Y si lo haces bien —dije, recordando la forma en que mi tía se reía mientras corríamos por los aeropuertos para no perder los vuelos de conexión; cómo abría los brazos en la cima de Arthur's Seat, el Partenón, Santorini y cualquier colina con vistas impresionantes, como si quisiera abrazar el cielo; cómo siempre se tomaba su tiempo para elegir lo que quería comer del menú; cómo escuchaba a cada persona que conocía, se empapaba de sus historias y trataba de alcanzar la luna—. Si lo haces bien —repetí—, una vez es todo lo que necesitas.

Juliette se quedó callada un buen rato, hasta que se le contrajo la cara y empezó a llorar.

—¿Y si nunca encuentro a nadie más?

—¿Y si lo haces? —pregunté, apretándole las manos con fuerza—. Tienes derecho a descubrirlo.

Se lanzó a mis brazos con un sollozo y me estrechó con fuerza, escondiendo la cara en mi hombro. Me tomó tan desprevenida que me quedé rígida, pero si lo notó, no le importó, porque siguió abrazándome mientras lloraba en mi hombro. Le devolví el abrazo con torpeza y le di unas palmaditas en la espalda.

No sabía que nadie le había dicho nunca que se merecía algo mejor. No sabía que llevaba tiempo pensando en dejarlo. No tenía ni idea de lo infeliz que había sido, de lo desgraciada que se sentía. Me confesó que no se había dado cuenta hasta que yo le dije lo mucho que valía.

Sentí una punzada helada en el estómago porque, cuando por fin me soltó, se apartó y me dijo que tenía razón, no pude evitar pensar en mi diminuto cubículo, en los paisajes que colgaban en mi corcho y en la pila de guías de viaje amontonadas en el cajón de mi escritorio. Pensé en volver a casa cada día, al pequeño apartamento de mi tía, en tomar el tren cada mañana y en pasar el resto de mi vida planificando las aventuras de otros en una hoja de cálculo.

Y me di cuenta de que yo tampoco era feliz.

Las puertas de la sala de espera se abrieron de golpe y Drew apareció con una sonrisa tan amplia y deslumbrante que era contagiosa, y cualquier pensamiento que tuviera en mente se desvaneció al instante.

—¡Venga, vamos! —exclamó Drew, agarrándonos por las muñecas y obligándonos a ponernos de pie para sacarnos de la sala de espera

y llevarnos por el pasillo—. ¡Tenéis que conocerla! En serio, es maravillosa.

Y, efectivamente, Penelope Grayson Torres, que nació pesando tres kilos seiscientos gramos, era absolutamente maravillosa. Incluso cuando me llenó de babas.

Aquel lunes por la mañana, el despacho de Rhonda me recibió con un ambiente cálido y tranquilo cuando entré y dejé la carta sobre su mesa. Sin Fiona y Drew, la oficina carecía de la energía habitual, pero iban a estar de baja por maternidad durante los próximos meses. Odiaba la idea de que, cuando volvieran, yo ya no iba a estar allí. Desde los altavoces de Rhonda sonaba una lista de reproducción de pop; ella estaba recostada en su silla y hojeaba un manuscrito encuadernado, con las gafas sobre el puente de la nariz. Levantó la vista hacia mí y frunció el ceño al ver la carta, visiblemente confundida.

—¿Qué es esto?

El final. El comienzo.

Algo nuevo.

—Este verano me he dado cuenta de algo —empecé, retorciendo los dedos con nerviosismo—, y es que ya no soy feliz. Llevaba tiempo sintiéndome así, pero no entendí el motivo hasta que un viejo amigo regresó a mi vida.

Rhonda se irguió, tomó la carta y la abrió.

—Siento que esto te haya tomado por sorpresa… Ni yo me lo esperaba. Todavía no tengo claro qué quiero hacer —continué mientras ella leía mi carta de renuncia y su expresión se endurecía—, pero creo que esto no es lo mío. Te agradezco muchísimo la

oportunidad, y lo siento de verdad.

Porque tenía la sensación de que le había hecho perder siete años de su tiempo. Porque sentía que me había ido despojando de partes de mí misma para encajar en las expectativas que creía que debía cumplir. Nunca iba a llevar tacones ni americanas; ya no quería eso, y pensar en ello me asustaba un poco, pero también me resultaba emocionante.

No fui capaz de mirarla al darme la vuelta para marcharme, pero entonces Rhonda me dijo:

—Yo no descubrí quién quería ser hasta que estuve cerca de los cuarenta. Tienes que probarte muchos zapatos hasta dar con aquellos con los que realmente te sientas cómoda. Nunca te disculpes por eso. En cuanto encontré los míos, supe que había tomado la decisión correcta, y he sido feliz durante veinte años.

—Apenas aparentas tener cincuenta —comenté.

Soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Anda, vete —me dijo, blandiendo mi carta—. Y disfruta todo lo que puedas.

Y eso fue exactamente lo que hice.

Aunque aún tenía por delante dos semanas para pasarle mis tareas a Juliette y ayudar a Rhonda en la búsqueda de mi reemplazo, metí todas mis pertenencias en una sola caja (tal y como Drew había anticipado) y me di cuenta de que, en el fondo, siempre había sabido que no me quedaría allí para siempre. Porque nunca llené mi mesa con objetos personales, ni decoré el corcho con fotos de mi familia y amigos. Ni siquiera llegué a cambiar el fondo de pantalla de mi ordenador.

Me limité a estar presente.

Y eso ya no era suficiente.

Una vez entregada mi renuncia, todo en la oficina me parecía raro. Juliette y yo comíamos en el césped de Bryant Park y, poco a poco, le fui transfiriendo mis autores y cerrando mis asuntos pendientes. También manteníamos a Fiona y a Drew al tanto de todos los cotilleos del trabajo.

Después de la preapertura de hyacinth, Drew no tuvo noticias de James ni de su agente hasta el martes siguiente, e incluso entonces, solo fue para informarnos de que iban a tomar una decisión final pronto, aunque sin especificar cuándo. Por lo visto, habían estado tan ocupados con los últimos preparativos para la apertura oficial del restaurante que no habían podido ponerse en contacto con nosotros antes. No tuve el valor de decirle a Drew que estaba segura de que había echado a perder cualquier posibilidad de que firmara con nosotros, porque estaba segura de que él me odiaba. O, como mínimo, que no quería volver a verme jamás. Pero Drew estaba tan ocupada con su recién nacida que seguro que ni siquiera pensó en James.

Y si James de verdad quería verme, sabía dónde vivía, aunque parecía que hasta el apartamento quería mantenernos separados.

36
Temporada de turismo

Lo peor de dejar mi trabajo fue encontrar la manera de decírselo a mis padres. Unos padres brillantes en todo lo que hacían. Unos padres que jamás se rendían. Unos padres que me habían inculcado esa misma determinación.

Unos padres que insistieron en celebrar mi cumpleaños ese fin de semana, como siempre.

Unos padres a los que dije que sí porque los quería y no soportaba decepcionarlos.

Aun así, me temía que iba a hacerlo de todos modos.

—¡Cariño! —exclamó mi madre, haciéndome señas para que me acercara a la mesa donde ya estaban sentados mi padre y ella, aunque a esas alturas podría haber llegado con los ojos vendados.

Todos los años venían a la ciudad para mi cumpleaños. Reservaban la misma mesa, en el mismo sitio, el sábado anterior a mi cumpleaños y terminaban pidiendo lo mismo. Era una tradición que existía desde que tenía uso de razón, una especie de ritual inquebrantable.

Siempre almorzábamos en Eggverything Café, una pequeña y acogedora cafetería de la calle Ochenta y cuatro. Mi madre siempre pedía el plato número dos: dos tortitas, dos huevos fritos y dos salchichas quemadas; no doradas, literalmente quemadas. Mi padre tampoco variaba, escogía la tortilla suprema, que no era más que una

tortilla con pimientos, champiñones y tres tipos diferentes de queso, sin cebolla, y un café descafeinado. De pequeña, me había propuesto no pedir lo mismo dos veces, pero después de casi treinta años yendo allí, era imposible no repetir.

Si mi tía era de las que siempre probaban cosas nuevas, mis padres eran expertos en la repetición constante de lo cotidiano.

Era parte de su encanto. Más o menos.

Cuando me acerqué a su mesa, mi padre se levantó y me envolvió en uno de sus abrazos de oso, con su barba áspera rozándome la mejilla. Era un hombre corpulento y daba unos abrazos que te dejaban sin respiración. Me levantó y me hizo girar en el aire, y al bajarme de nuevo, el suelo pareció tambalearse un poco.

—¡Hija! —exclamó con su potente vozarrón—. ¡Cuánto tiempo!

—¡Ay, pero mírate! ¡Se te ve agotada! —dijo mi madre, sujetándome la cara y dándome un beso en la mejilla—. Tienes que dormir más, jovencita.

—He tenido unas semanas un poco raras en el trabajo —expliqué cuando nos sentamos a la mesa.

—Bueno, ¡ahora estás aquí! Y como cumpleañera, no vas a pensar en nada relacionado con el trabajo en al menos… —Mi madre consultó su *smartwatch*— cuatro horas.

«¿Cuatro?».

—No pongas esa cara de entusiasmo —dijo mi padre con ironía al ver la expresión de auténtico suplicio que debía de haber puesto—. Nunca vienes a vernos, así que no nos queda otra que hacer este largo viaje para verte.

—No es tan largo —repuse—. Vivís en Long Island, no en Maine.

Mi madre hizo un gesto con la mano para restar importancia a mi comentario.

—Aun así, deberías ir a vernos más a menudo.

La camarera nos reconoció al instante, y como ya sabía lo que pedían mis padres, me miró con curiosidad, esperando que escogiera algo nuevo, pero al repasar la carta, me di cuenta de que ya lo había probado todo.

—Creo que voy a pedir unos gofres de arándanos.

Alzó ambas cejas.

—¿No comiste eso la última vez?

—Sí, pero esta vez los quiero con ese sirope de arce de Vermont que tenéis. Y el café más grande que puedas traerme.

La mujer anotó el pedido en su libreta y se marchó.

Mi madre empezó a hablar, comentando el nuevo tapizado de los asientos del tren, lo eternas que se le estaban haciendo las obras de la autopista y lo frustrante que le estaba resultando su nuevo médico, que no tenía ni idea de su medicación. Se le daba de maravilla quejarse. Lo hacía a menudo y con entusiasmo. Mi padre, por su parte, hacía años que había desarrollado la habilidad de asentir y escuchar.

Mi madre y Analea no podían ser más distintas. Eran como las caras opuestas de una misma moneda: una harta de las novedades, y la otra buscándolas sin descanso.

Notaba una opresión en el estómago porque sabía que tarde o temprano me iban a preguntar por el trabajo.

—Bueno —dijo mi padre—, ¿cómo va lo del libro?

«No, aún no. Demasiado pronto».

—Pues…

Justo en ese momento, la camarera nos trajo la comida, lo que distrajo a mis padres de inmediato. Por suerte, empezaron a comentar que debía de haber un cocinero nuevo porque los huevos

de mi madre no estaban como de costumbre. Yo me puse a picotear mis gofres de arándanos, que estaban bastante buenos, sobre todo cubiertos con ese sirope de arce de Vermont. Luego mis padres me preguntaron qué tal me iba en el apartamento y yo me interesé por el condominio para pájaros de mi padre (un conjunto de casitas apiladas como si fueran un complejo de lujo para aves; le avisé de que terminaría invadido de palomas si lo construía, pero no me creyó… hasta que sucedió).

Cuando terminamos de comer, mi madre se levantó para ir al baño y mi padre arrastró su silla un poco más cerca de mí y me robó el último trozo de gofre.

—No le hagas caso a tu madre con lo de que pareces cansada, sabes que no lo decía en serio.

Le di la vuelta al cuchillo de mantequilla y me miré en el reflejo. Estaba claro que mis padres y yo éramos familia: tenía la nariz enrojecida de mi padre, sus ojos marrón claro y el ceño de mi madre. No tenía mucho de mi tía Analea; quizá por eso siempre me empeñé tanto en parecerme a ella.

—No tengo tan mala cara, ¿verdad?

—¡No! —replicó enseguida, con la rapidez de quien llevaba años evitando caer en esa misma trampa con mi madre—. Por supuesto que no. Por eso he dicho que no le hagas caso a tu madre. De hecho, se te ve feliz. Relajada. ¿Ha pasado algo bueno en el trabajo?

Ladeé la cabeza, dudando sobre qué responderle. Aunque, si tenía que decírselo, ese era tan buen momento como cualquier otro.

—En realidad… he dejado el trabajo.

A mi padre se le desencajó la mandíbula y parpadeó un par de veces con sus grandes ojos marrones.

—¿Te han ofrecido algo en otro sitio?

—No.

—Entonces…

—Sí. —Aparté la mirada—. Sé que ha sido una decisión estúpida, pero… Este verano me he dado cuenta de que no era muy feliz allí. No ha sido lo más sensato, lo sé, pero en cuanto presenté mi renuncia, sentí como si me quitara un peso de encima. Me sentí liberada. —Volví a mirarlo, con la esperanza de que me entendiera, aunque nunca hubiera renunciado a nada en su vida.

Se quedó pensativo unos treinta segundos. Eso era lo que más me gustaba de mi padre. Era amable y paciente. Era el equilibrio perfecto para mi madre, que siempre reaccionaba de manera enérgica y precipitada. Por eso prefería contarle primero a él las noticias importantes antes de que ella se enterara.

—Creo que nada dura para siempre —acabó diciendo, eligiendo con cuidado sus palabras—. Ni lo bueno ni lo malo. Así que busca y encuentra lo que te haga feliz y disfrútalo mientras puedas.

Dejé el cuchillo y puse la servilleta sobre el plato.

—¿Y si no soy capaz de encontrarlo?

—Puede que no —admitió—, pero quién sabe, tal vez sí. Nunca se sabe lo que te depara el futuro, cariño. —Me revolvió el pelo como solía hacer cuando era pequeña y me guiñó un ojo—. No le des demasiadas vueltas, ¿de acuerdo? Tienes algunos ahorros…

—Y puedo vender el apartamento de Analea —añadí en voz baja.

Alzó las cejas.

—¿Estás segura?

Asentí. Llevaba tiempo pensándolo.

—No quiero vivir allí eternamente. Es como si todavía estuviera con ella, y estoy cansada de vivir en el pasado.

Casi de manera literal, de hecho.

Se encogió de hombros y se recostó en la silla.

—Pues ya está. Tu madre y yo estamos aquí para lo que necesites. ¡Ah, mi amor! —exclamó de pronto, al darse cuenta de que mi madre estaba de pie, detrás de nosotros, probablemente desde hacía un rato —. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Mi madre se irguió todo lo alta que era y me miró fijamente. «Oh, no».

—Lo suficiente —respondió.

Mi padre y yo nos miramos del mismo modo, sellando un pacto silencioso: si mi madre decidía enterrar a uno de los dos en una fosa anónima, el otro se encargaría de sacarlo de allí.

Entonces mi madre se sentó, se volvió hacia mí y me tomó el rostro con ambas manos. Tenía los dedos largos, con las uñas pintadas de color rosa a juego con las flores de su blusa.

—¿Has dejado el trabajo, Clementine?

Dudé un instante, con las mejillas aplastadas entre sus manos.

—¿S…Sí?

Me escudriñó con la mirada. Antes de jubilarse, había sido terapeuta conductual y solía aplicar muchas de esas técnicas con mi padre y conmigo. Luego me soltó y dejó escapar un suspiro cansado.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba.

—Lo siento…

—No lo hagas. Me alegro —añadió. Me rodeó las manos con las suyas, que estaban heladas. Sus manos me recordaron a las de mi tía Analea. Mi madre y yo nunca nos habíamos entendido del todo, y aunque quise seguir sus pasos, terminé pareciéndome más a su hermana—. Por fin estás pensando en ti, cariño.

Aquello me dejó desconcertada.

—Pensaba que os ibais a enfadar.

Mis padres intercambiaron una mirada perpleja.

—¿Enfadados? —repitió mi madre—. ¿Por qué íbamos a estarlo?

—Porque estoy dejando algo. Me estoy rindiendo.

Mi madre me apretó las manos.

—Oh, cariño. No te estás rindiendo, solo estás explorando un nuevo camino.

—Pero tú y papá siempre lográis que las cosas funcionen. Seguís adelante, sin importar lo complicado que se vuelva todo. —Parpadeé, intentando contener las lágrimas que me ardían en los ojos. Cómo no, mi crisis personal tenía que ocurrir en el Eggverything Café, donde los camareros llevaban camisetas con huevos estampados y chapas con juegos de palabras absurdos sobre huevos—. Siento que he fracasado por no ser capaz de seguir adelante.

—No digas eso. Eres una de las personas más valientes que conocemos.

Mi padre asintió.

—¡Por Dios! Si decidiste ser publicista de libros por una conversación que tuviste con un desconocido en un taxi. Eso demuestra más valentía que cualquier cosa que haya hecho yo nunca. Tardé diez años en decidir ser arquitecto.

Tenía razón. El día que regresé de mi verano en el extranjero, compartí un taxi con un desconocido después de dejar a mi tía en el Monroe. Me preguntó por el libro que llevaba, una guía de viaje en la que había dibujado durante todo el verano.

—Solo serás feliz cuando vivas tu propia aventura —dijo mi madre —. No la de Analea, ni la de quien quiera que sea tu pareja, ni la que los demás creen que debes seguir… la tuya. —Dio una palmada y le hizo una señal al camarero para que nos trajera la cuenta—. ¡Ya casi

hemos terminado! ¿Quién quiere tomar un helado de cumpleaños del carrito que hay frente al MET e ir a dar un paseo por el parque? —preguntó, con un brillo de emoción en los ojos, porque era justo lo que hacíamos siempre para… bueno, eso.

Me guardé sus palabras en lo más hondo de mi corazón y seguí a mis padres para comprar unos sándwiches de helado. Luego caminamos por el parque en aquel espléndido sábado dorado de principios de agosto, fingiendo que no hacía demasiado calor y que la luz no era demasiado intensa, aunque ya hubiéramos vivido esa escena un millar de veces.

Repetirlo tenía su encanto: sentarnos en los mismos bancos del parque, dar de comer a los mismos patos en el estanque… Algo tan arraigado y natural. No era exactamente predecible, porque cada ocasión tenía sus variaciones, pero sí tenía esa calidez de lo conocido.

Como reencontrarse con un viejo amigo siete años después.

37
El último adiós

Después de despedirme de mis padres en la estación de tren, volví a casa. Al apartamento de mi tía.

A *mi* apartamento.

Los cambios no tenían por qué ser malos, por mucho que mi tía se hubiera empeñado en creerlo. Ni tampoco eran siempre buenos. A veces, simplemente eran cambios, solo algo distinto.

Las cosas cambiaban, las personas cambiaban.

Yo también había cambiado. Podía hacerlo. Quería hacerlo. Y lo había hecho.

Pero había cosas que nunca cambiaban, como el Monroe. Siempre me dejaba sin aliento cuando me acercaba a él, como si fuera el protagonista de una serie entrañable de cuentos infantiles sobre una niña; una niña que, quizá, se llamara Clementine. Siempre había un portero en la entrada, un señor mayor llamado Earl, que se sabía el nombre de todos los vecinos y nunca dejaba de saludarlos. El ascensor siempre olía como si alguien se hubiera olvidado la comida, el espejo del techo siempre te devolvía la imagen con un leve desfase y el hilo musical era espantoso.

—Vas a estar bien —le dije al reflejo, y ella pareció creerlo.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta. Había recorrido aquel pasillo tantas veces con mi maleta que me sabía de memoria cada desnivel y desperfecto de la moqueta. Hacía siete años, había pasado

por ese mismo pasillo con el pasaporte en la mano y un montón de guías de viaje en la mochila. Había vuelto de Europa con mi tía, agotada, deseando darme una ducha, y con la sensación de que mi vida entera se desplegaba ante mí como las páginas de una novela que el autor aún no sabía escribir.

Me había licenciado en Historia del Arte, una carrera sin una única salida. Me había planteado opositar para conservadora de museo, trabajar en una galería o incluso hacer un posgrado. Pero ninguna de esas opciones terminaba de convencerme. Creía que nada lo haría. Había pasado todo el verano pintando sobre un viejo ejemplar de *La guía definitiva para viajar por Europa,* que había robado de una tienda de segunda mano en Londres, añadiendo paisajes sobre lugares turísticos y restaurantes recomendados.

Cuando dejé a mi tía en su apartamento, estaba tan agotada que ni sentía los pies. Salí del Monroe y paré a un taxi sin darme cuenta de que alguien más acababa de subir. Abrí la puerta y entré, solo para encontrarme con un desconocido que me miraba con perplejidad.

Me dijo que me lo quedara yo; yo insistí en que lo tomara él y, al final, nos dimos cuenta de que ambos íbamos hacia la universidad, así que decidimos compartirlo y pagar a medias.

Ahora que había vuelto a la realidad, el futuro se abría ante mí en una ciudad en la que tenía que encontrar trabajo y una carrera profesional. Pero lo único en lo que podía pensar era en *La guía definitiva para viajar por Europa* y en el logotipo del pequeño martillo, y una idea empezó a tomar forma en mi cabeza.

Mi compañero de trayecto me habló del apartamento que estaba a punto de alquilar con dos de sus amigos y de lo emocionado que estaba por quedarse a vivir en la ciudad. Y entonces me preguntó:

—¿Y tú qué? —No recordaba bien su aspecto (vaqueros

desgastados y una camiseta blanca sencilla), en realidad apenas recordaba ese día. Además, había conocido a tantas personas en los últimos meses que todas las caras empezaban a parecerse.

Incluso aquellas que cambiarían mi vida.

—Creo que quiero trabajar con libros —le dije, sorprendiéndome incluso a mí misma—. ¿Es raro? —añadí con una risa nerviosa—. ¡No tengo ni idea de cómo funciona el mundo editorial! Es una locura, ¿verdad?

Me sonrió y, al pensar en ello, casi podía ver su rostro de nuevo. La curva de su sonrisa. La calidez de su mirada.

—No, para nada —respondió—. Creo que vas a ser extraordinaria.

Y ese fue el germen de una idea que, semanas después, me llevó a enviar currículos a todas las ofertas editoriales para las que estuviera mínimamente cualificada. Solo necesitaba meter el pie en alguna. Una única oportunidad.

Lo siguiente que supe fue que estaba en una entrevista preliminar en la sala de conferencias de Strauss & Adder, sentada frente a una mujer tan elegante y segura de sí misma que parecía haber nacido para llevar pintalabios rojo y tacones con estampado de leopardo. Supe al instante que quería ser como ella, igual que ella. Una persona con su vida bajo control. Alguien con éxito. Que tenía claro quién era.

Pero en mi afán por ser como Rhonda, nunca me detuve a pensar en qué partes de mí misma había dejado atrás.

Supongo que igual que James.

Ambos habíamos cambiado, aunque cada uno a su manera.

Me detuve en el apartamento B4. Mi apartamento. Saqué las llaves del bolso y giré la cerradura. Al abrir la puerta, una ráfaga de aire fresco me envolvió… y el corazón me dio un vuelco. Otra vez esa

sensación. Tan leve, que parecía una ilusión. El roce del tiempo sobre mi piel al atravesar el umbral y sumergirme en el pasado.

El apartamento estaba en penumbra, salvo por la cálida luz del atardecer que entraba por las ventanas del salón. Nome y Jodas estaban sobre el aparato del aire acondicionado, acicalándose. Todo estaba en su sitio: las mantas dobladas, los cojines mullidos.

Unas mantas que no eran mías. Y el sillón orejero de mi tía seguía en su rincón.

El apartamento me había llevado de nuevo al pasado.

Saqué el móvil y miré la fecha. Justo hacía siete años estaba volviendo con mi tía de aquel viaje. ¿Llegaba demasiado tarde?

Pero cuando entré en la cocina, lo encontré sentado a la mesa. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca con el cuello dado de sí. Y de repente, el desconocido del taxi tomó forma en mi recuerdo. Cuando él saliera de ese apartamento, nos encontraríamos en la acera. Compartiríamos un taxi. Me dolió el alma al darme cuenta de que nos habíamos cruzado una y otra vez, como barcos en la noche.

Levantó la vista y sus ojos grises se iluminaron al verme.

—Limón…

Mi cuerpo reaccionó antes que yo. Corrí hacia él y él me abrazó con fuerza, apoyando la cara contra mi abdomen.

—¿Eres real? —murmuró, porque la última vez que habíamos estado juntos en esa época me había desvanecido delante de sus narices. Cada día que volvía al apartamento, había rezado para que me llevara de regreso con él y poder explicárselo, pero nunca ocurrió.

Deslicé los dedos por su pelo, memorizando su suavidad, la forma en que sus rizos castaño rojizos se enredaban en mis yemas.

—Sí, y lo siento. Siento no habértelo dicho.

Se apartó un poco y me miró con esos preciosos ojos claros.

—¿Eres un fantasma?

Me reí, aliviada, porque sí, lo era y, no, no lo era. Porque era complicado. Porque ahora entendía lo que significaba esa sensación, esa calidez etérea que me envolvía. Lo besé en los labios.

—Quiero contarte una historia —le dije—, sobre un apartamento mágico. Puede que al principio no me creas, pero te prometo que es verdad.

Y le hablé de un lugar extraño, de un sitio suspendido entre dos tiempos que se fundían como los colores de una acuarela. Un espacio que, a veces, parecía tener voluntad propia. Solo le conté las partes mágicas, las que se adherían a mis huesos como un caldo caliente en invierno. Le hablé de mi tía y de la mujer a la que amó a través del tiempo, de su miedo a que la felicidad terminara desmoronándose. Y también le hablé de su sobrina, que tenía tanto miedo a arriesgarse a algo bueno, que prefirió conformarse con lo seguro, renunciando a partes de sí misma para encajar en la persona que creía que debía ser.

—Hasta que conoció a alguien en aquel terrible y maravilloso apartamento que la hizo desear un poco más.

—Debió de ser alguien muy importante para ella —susurró.

Recorría su cara con los dedos, memorizando la forma de sus cejas y el contorno de su mandíbula.

—Lo es —murmuré.

Me besó despacio, disfrutándolo, como si yo fuera su sabor favorito. Quería perderme en sus caricias y quedarme allí para siempre, pero había algo en mí que insistía en volver al presente, al lugar al que pertenecía.

—¿Por qué siete? —preguntó al cabo de un momento, frunciendo

el ceño—. ¿Por qué siete años?

—¿Por qué no? Es un número de la suerte… O quizá —bromeé— sea la cantidad de arcoíris que verás. O de los vuelos que perderás. O de las tartas de limón que quemarás. O los años que tendrás que esperar antes de que vuelvas a encontrarme. —Empecé a alejarme, pero él me sujetó por la cintura y me atrajo de nuevo hacia sí.

—Si no te suelto, nunca tendré que esperar por nada —dijo con convicción, apretando mis manos entre las suyas—. Podríamos quedarnos aquí para siempre.

Qué idea tan bonita.

—Sabes que no podemos —repuse—, pero me encontrarás en el futuro.

Su expresión se endureció.

—Puedo encontrarte ahora. Hoy mismo. Te buscaré por todas partes. Te…

—No sería yo, Iwan.

Siete años atrás, no habría sido buena para él. Con veintidós años, recién salida de mi primer desengaño amoroso, después de haberme pasado el verano recorriendo el mundo con mi tía, besando a desconocidos en bares oscuros. En aquel entonces no buscaba el amor, lo fabricaba una y otra vez para olvidar al chico que me había roto el corazón. Ahora apenas recordaba su nombre: ¿Evan? ¿Wesley? Un chico de clase media, de un barrio residencial, que conducía un coche ecológico y tenía los ojos puestos en la facultad de Derecho.

Siete años atrás, todavía no sabía quién era. Me estaba probando distintos roles, diferentes versiones de mí misma, intentando descubrir con cuál me sentía más cómoda.

Siete años atrás, él era ese friegaplatos con los ojos llenos de

ilusión, jabón bajo las uñas y camisetas dadas de sí que intentaba lograr su sueño. Y en el presente era un hombre seguro de sí mismo, con brillo propio, alguien que parecía tenerlo todo bajo control, aunque cuando sonreía, las grietas quedaban al descubierto. Unas grietas que muchos fingirían no ver, pero que yo no solo veía, sino que también amaba.

Así era el amor, ¿verdad? No era un flechazo repentino, sino entregarse una y otra vez a la misma persona. Era seguir enamorándose de ella mientras cambiaba, mientras se transformaba en alguien nuevo. Aprender a descubrir y abrazar cada versión de ella con cada aliento. No ofrecía certezas ni era sencillo y nunca se podía prever cuándo llegaría ni cómo evolucionaría.

El amor era una invitación a lo desconocido, un salto al vacío que solo tenía sentido si se daba juntos.

Y amaba tanto a ese hombre que tenía que dejarlo ir. A ese él. Al del pasado.

Porque el de mi presente seguía siendo maravilloso, aunque más gastado por la vida, pero también más completo. Y ahora me sentía como una imbécil por haberlo comparado con el hombre que había conocido en el pasado. Me había imaginado que sería como ese Iwan, solo que más viejo. Pero todos cambiamos.

—Y entonces, ¿quién seré dentro de siete años, cuando me encuentres? —preguntó, inseguro, como si temiera que su yo futuro no me gustara.

Pero no tenía por qué preocuparse.

—Tú —le dije, inclinándome hasta apoyar la frente contra la suya, absorbiendo cada detalle de ese Iwan del pasado, ese chico al que aún no le habían roto el corazón, que todavía no entendía la letra de ese tipo de canciones. Quería abrazarlo. Quería envolverlo en una

manta y protegerlo de todo. Quería estar a su lado, acompañarlo en ese trayecto. Pero no lo haría. No todavía.

—Vas a viajar por todo el mundo —le dije—. Vas a cocinar en mil lugares, a empaparte de culturas, sabores e historias como un girasol bebe del sol. Y estoy segura de que la gente verá en ti una chispa especial, que notará la pasión que pones en lo que haces, y algún día crearás recetas de las que se hablará en revistas, recibirás a comensales de todo tipo, prepararás platos exquisitos y la gente se enamorará de ellos. Y de ti.

Esbozó una sonrisa.

—Entonces sí que me has conocido en el futuro.

—Sí —respondí, grabando en mi memoria el roce áspero de su mejilla con la incipiente barba y el sutil pliegue de su entrecejo, como si estuviera luchando por contener las lágrimas—. Y tú, Iwan —susurré como una promesa—, vas a ser extraordinario.

38

Fantasmas

Nos besamos por última vez justo antes de que el reloj del microondas marcara las cinco y él murmurara que tenía que irse. Le había dicho a mi tía que saldría a las cuatro, pero ya llevaba una hora de retraso, y aún tenía que ir a trabajar en el turno de tarde y llegar a su nuevo apartamento.

—Te hice caso y convencí a mi amigo para que se viniera a vivir conmigo a la ciudad. ¿Te acuerdas? ¿El de la receta de fajitas? Hemos alquilado un sitio en el Village.

Eso significaba que, durante los próximos siete años, Iwan iba a vivir en la otra punta de la ciudad, lejos de donde yo residía, encima de un restaurante griego en Greenpoint, antes de que me mudara al apartamento de mi tía.

—Creo que puede salir bien —contesté, reprimiendo una sonrisa.

—¿Ah, sí? Me fío de tu palabra.

Nos quedamos un momento más en la puerta. Luego apoyé las manos en su pecho y lo empujé hacia atrás.

—Vete —le dije—. Volveremos a vernos.

—¿Seguiré siendo tan guapo como ahora? ¿Estaré calvo? Ay, por favor, dime que no me voy a quedar calvo.

Me reí y le di otro empujón.

—Anda, vete.

—Vale, está bien —repuso con una sonrisa. Me agarró de la

muñeca una última vez, me dio un beso en el interior de la mano y me miró fijamente, como si quisiera memorizar cada detalle—. Te veo dentro de unos años. ¿Me lo prometes, Limón?

—Te lo prometo… Ah, otra cosa, Iwan.

—¿Sí?

—Lo siento.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

Me limité a sonreírle, con un poco de vergüenza y un punto de tristeza, porque cuando volviera a encontrarme con él, estaría tan obsesionada con desear que siguiera siendo quien fue, que no vería al hombre en quien se había convertido. Él volvería a verme, pero yo no estaba tan segura de si lo haría.

Aquello era el final. Ese último instante con su mano rodeándome la muñeca y la luz de la tarde filtrándose por las ventanas, brillante y suspendida en el aire de esa manera tan propia de agosto, que resaltaba los tonos cobrizos y dorados de su cabello.

«Creo que te quiero», quise decir, pero no a ese Iwan.

Me besó una última vez, a modo de adiós, y se marchó para tomar un taxi que acabaría compartiendo con una chica que aún no sabía quién quería ser y que tardaría años en averiguarlo. Hablarían sobre banalidades, él acabaría descubriendo un secreto y luego se despedirían en Washington Square Park.

La puerta se cerró y, durante un segundo, esperé que el apartamento me llevara al presente, pero la cocina continuó en silencio y las palomas arrullaban en el alféizar de la ventana. Así que me quedé allí un rato más, con los ojos cerrados, existiendo un último instante en un tiempo en el que mi tía aún vivía.

Cuando murió, me pregunté qué pasaría si metía toda mi vida en

una maleta y me iba. Correr una carrera contra mi tristeza por todo el mundo y ver quién ganaba. Pero en el fondo sabía que nunca podría correr lo suficiente.

La echaba de menos todos los días. La añoraba de formas que todavía no entendía, de maneras que no descubriría hasta años más tarde. La echaba de menos con una sensación de culpa inmensa, a pesar de que no hubiera podido hacer nada. Ella nunca quiso que nadie viera al monstruo sobre su hombro, así que lo ocultó, y cuando por fin este le tendió la mano y ella la aceptó, nos rompió el corazón.

Y ese dolor nos seguiría persiguiendo una y otra vez a todos los que la queríamos. Era un dolor que no se curaba con palabras bonitas y buenos recuerdos. Era un dolor que existía porque, una vez, ella también existió. Yo cargaba con ese dolor, con ese amor y con aquel día horrible, terrible. Pero me acostumbré a ellos. Aprendí a convivir con ellos.

A veces, las personas a las que amas se marchan antes de que la historia termine.

A veces, se van sin decir adiós.

Y a veces se quedan en pequeños detalles. En la melodía de un musical. En el aroma de su perfume. En el sonido de la lluvia, en la sed de aventuras, en la nostalgia de ese limbo entre dos terminales de aeropuerto.

La odié por marcharse, pero la adoré por quedarse todo el tiempo que pudo.

Y jamás le desearía ese dolor a nadie.

Recorrí su apartamento una última vez, recordando todas las noches que pasé en su sofá, todas las mañanas en que me preparó huevos, el esmalte de uñas en el marco de la puerta donde medíamos mi estatura, los libros de su despacho. Deslicé los dedos

por los lomos repletos de rostros e historias que nos acompañaron.

De toda la gente, de todas las experiencias, de todos los recuerdos que me hicieron ser quien era gracias a su amor.

Oí abrirse la puerta y salí de su despacho. ¿Se le habría olvidado algo a Iwan?

—Iwan, si te has vuelto a dejar el cepillo de dientes… —Dejé la frase a medias al ver a la mujer en el umbral de la cocina, vestida con su ropa de viaje.

Dejó caer las maletas, su expresión pasó de la confusión a la sorpresa y, finalmente, al asombro. Luego esbozó una sonrisa cálida y deslumbrante antes de abrir los brazos. Se me encogió el corazón con una mezcla de pena, alegría y amor. Un amor infinito por ese fantasma mío.

39
Cuando te conocí

Me senté en uno de los bancos frente a Van Gogh con una petaca de vino y tres de mis mejores amigas. Nos la fuimos pasando, compartiendo sorbos mientras me cantaban el cumpleaños feliz y me daban sus regalos.

Una novela romántica de Juliette.

—¡Es la última de Ann Nichols! La he conseguido antes de su lanzamiento, pero no se lo digas a nadie.

Y Drew y Fiona me sorprendieron con una preciosa y elegante funda para el pasaporte.

—Porque ya va siendo hora de que lo uses de nuevo —dijo Fiona con una sonrisa.

Las abracé a todas, agradecida por tener unas amigas como ellas, presentes cuando no las necesitaba y más aún cuando sí. Normalmente, celebrábamos los cumpleaños en el bar donde hacíamos nuestras sesiones de «Vino y lamentos», el miércoles más próximo a la fecha. Pero sabían que, al caer ese año en miércoles, me iría al MET. Al fin y al cabo, mis rutinas de cumpleaños eran sagradas, y yo era la digna hija de mis padres. Así que me sorprendieron en las escaleras, totalmente desprevenida. No me había esperado ver a Drew y a Fiona hasta dentro de una semana, como mínimo, pero se presentaron con Penelope, que dormía plácidamente sobre el pecho de Drew en uno de esos fulares

portabebés.

Mi tía y yo solíamos visitar a Van Gogh antes de emprender nuestros viajes, pero ese año no tenía ninguno planeado. Aun así, seguía siendo agradable sentarse allí, como en mis años universitarios, beber un poco de vino y escuchar a mis amigas hablar de arte, como si todas fuéramos unas expertas en la materia.

—Me gusta ese marco —comentó Juliette—. Es tan… austero.

—Parece caoba —señaló Fiona, antes de que Penelope Grayson Torres emitiera un sonido que, por lo visto, le indicó que algo no iba bien. Tomó a la pequeña de los brazos de Drew y dijo—: Necesito encontrar un baño. ¿Drew?

—Creo que hay uno por aquí. Ahora volvemos —añadió Drew, levantándose junto con su mujer.

—Tranquilas, no hay prisa —les dije, viendo cómo desaparecían por el pasillo.

Juliette recogió un mapa que alguien había dejado en uno de los bancos y mencionó que hacía mucho tiempo que no visitaba el museo.

—Deberías dar una vuelta por él. He venido tantas veces que creo que me sé de memoria todas las placas.

Le pareció una idea estupenda, así que se fue en dirección al ala Sackler, dejándome sola.

Por fin sola, en la relativa calma de estar rodeada de turistas, me acomodé en el banco y contemplé los Van Gogh, situados entre otros pintores postimpresionistas de la época, como Gauguin y Seurat. A pesar del silencio que intentaban guardar los visitantes de la Galería 825, sus pasos arrastrados resonaban sobre el suelo de madera en espiga.

Cerré los ojos, solté el aire despacio y eché de menos a mi tía.

Siempre decía que le fascinaba la obra de Van Gogh, y quizá por eso a mí también me gustaba. Pero sabiendo todo lo que sabía ahora, tal vez Analea lo admiraba por otras razones. Quizá le gustaba que él siguiera creando sin ser consciente de su propio valor. O la idea de ser imperfecto, y aun así, digno de amor. Quizá se sintiera identificada con un hombre que había librado una batalla constante contra sus propios demonios. Las últimas palabras de Vincent van Gogh, después de que su hermano intentara consolarlo, asegurándole que se recuperaría de la herida de bala que él mismo se había infligido, fueron: «*La tristesse durera toujours*».

«La tristeza durará siempre».

Y no era mentira. Había tristeza, había desesperación y había dolor, pero también había risas, alegría y alivio. Nunca había amor sin duelo, ni duelo sin amor, y prefería pensar que mi tía había vivido gracias a todo ello. Por toda la luz, el amor y la alegría que supo hallar en las sombras de aquello que la atormentaba. Vivió porque amó, y vivió porque fue amada, y qué maravillosa existencia nos brindó.

No me di cuenta de que Drew había vuelto hasta que se aclaró la garganta, con las manos en la espalda de manera sospechosa, como si ocultara algo. Fiona no la acompañaba.

—Hola, perdona. No quería darte esto delante de todo el mundo…

—¿Qué es? —pregunté.

—Espero que no te enfades conmigo, pero… —Me enseñó un paquete y me lo entregó—. Cuando lo tiraste, yo… lo saqué de la basura. He estado esperando el momento más adecuado para dártelo, pero… creo que nunca hay un momento adecuado para esto.

Era el paquete que había tirado a la basura, el de mi tía que se había perdido en el correo.

Lo tomé y recorrí con los dedos la letra pulcra de mi tía.

—Siento si te ha sentado mal, pero…

—No. —Parpadeé para contener las lágrimas—. Gracias. Me arrepentí mucho de haberlo tirado.

Sonrió.

—Bien. —Luego se agachó y me abrazó—. Te queremos, Clementine.

Le devolví el abrazo.

—Yo también os quiero mucho.

Me dio un beso en la mejilla y empezó a marcharse de nuevo, pero la detuve un momento.

—¿Te han dicho algo? ¿Sobre James Ashton?

¿Lo había fastidiado todo? Pero me daba miedo hacer esa pregunta porque no tenía ni idea de lo que había pasado con la subasta. Si no recordaba mal, se cerraba ese día. Seguro que había elegido a Faux, o a Harper, o a…

A Drew se le iluminaron los ojos y asintió con una sonrisa. Se sentó en el borde del banco, me agarró las manos con fuerza y anunció:

—¡Lo tenemos! Me lo han dicho justo antes de venir a darte la sorpresa.

El alivio aflojó la tensión de mis hombros.

—Lo has conseguido.

—Aún tenemos que concretar algunos aspectos del contrato, pero sí, es nuestro.

—Es tuyo —la corregí.

Su sonrisa se desvaneció un poco.

—Strauss y Adder no va a ser lo mismo sin ti.

—Va a ser igual que siempre, y con tu talento, James Ashton alcanzará su máximo potencial, estoy segura.

Se animó con mis palabras.

—Tienes razón, y deberías gritarlo a los cuatro vientos.

Y eso fue lo que hice. Me puse de pie, señalé a Drew y grité:

—¡Atención, todos!

Drew palideció.

—No, espera, para…

—¡Por favor, un aplauso para Drew, la editora de libros más amable y encantadora del mundo! —proclamé, mientras ella intentaba que me callara y me agarraba para que me sentara. El encargado de la sala me lanzó una mirada de agotamiento—. ¡Y acaba de conseguir el libro de sus sueños en una subasta!

Hubo una ronda de tímidos aplausos cuando Drew volvió a bajarme al banco, con la cara completamente roja.

—¡Calla! ¡Para ya! ¿Se te ha ido la cabeza? ¿Quieres que nos echen?

Me reí.

—Voy a celebrar cada cosa buena que te pase —le prometí.

El encargado de la sala, que ya había empezado a venir hacia nosotras, decidió que no merecía la pena, se dio la vuelta y regresó a su puesto junto a la puerta.

—Menudo peligro tienes —me dijo Drew.

—Pero me quieres.

—Sí, las dos lo hacemos —reconoció. Volvió a mirar el paquete—. ¿Vienes a buscarnos cuando termines?

—Cuenta con ello.

—Muy bien. —Y se fue en busca de Fiona.

En cuanto se marchó y la sala recuperó su silencio, bajé la mirada hacia el paquete a mi lado en el banco. Era pequeño, del tamaño de una postal; no me extrañaba que se hubiera perdido. Tenía al menos media docena de sellos de aduanas, testigos de su largo y

accidentado viaje. Costaba creer que hubiera llegado a mis manos, pero ahí estaba.

Metí los dedos bajo el papel marrón de embalaje y lo abrí. Era una guía de viaje de Islandia. *Ævintýri Bíður*, de Ingólfur Sigurðsson. Lo busqué en Google y me lo tradujo como «La aventura te espera».

Y dentro había una nota:

> ¡Para organizar nuestro viaje del año que viene! La encontré en una pequeña y encantadora librería de segunda mano en Canterbury, Inglaterra.
>
> Te quiero, AA

Torcí la boca y los ojos se me llenaron de lágrimas. Había estado pensando en ese viaje y organizándolo, a pesar de no estar del todo segura de querer ir.

Cerré la nota, la metí de nuevo en la guía, un recordatorio del viaje que nunca haría, y volví a mirar a Van Gogh.

Jamás llegaría a saber si quiso marcharse o no, si fue un accidente o una decisión premeditada, pero preferí pensar que, en un mundo paralelo, estábamos subiendo a un avión rumbo a Islandia; ella con su abrigo de viaje celeste, el pelo recogido en un pañuelo y el Kindle repleto de novelas románticas, y yo pintando escenas en *Ævintýri Bíður*.

Sí, aquello me gustaba. Era una buena historia.

Sin embargo… esta también lo era. Un poco más triste, sí, pero era mía. Aunque Islandia ya no estaba en los planes, la aventura seguía esperándome. Así que abrí la primera página, saqué mi lápiz y empecé a dibujar a la familia con la niña al otro lado de la sala. Sus padres la llevaban de la mano mientras ella tiraba de ellos de un cuadro a otro, contando los pájaros que había en cada uno. Si no

había ningún pájaro decía: «¡Nada!», y pasaba al siguiente. Como era de esperar, esbocé una bandada de palomas detrás de ella.

Seguro que mis amigas andaban arrastrándose unas a otras por el MET, viendo armaduras, esfinges y Rembrandts, mientras yo me quedaba sentada allí, dejando que mi corazón fluyera sobre el papel.

No me di cuenta de que un hombre se había sentado a mi lado hasta que la niña se acercó a él y le preguntó:

—¿Te gustan los pájaros?

—La mayoría —respondió con tono amable—, aunque tengo mis dudas con las palomas.

—¡Me encantan las palomas! —exclamó ella antes de volverse hacia sus padres—. ¡Mamá, papá, ahora vamos a contar las palomas de los cuadros! —Y sin esperar respuesta, se los llevó hacia la siguiente sala, que, por lo que recordaba, estaba llena de cuadros con aves.

El hombre a mi lado se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas, mientras observaba los cuadros. Llevaba una camisa de un suave tono lavanda, con las mangas remangadas, dejando a la vista los tatuajes dispersos que llevaba en los brazos, como si se los hubiera hecho por impulso, sin pensárselo demasiado.

Lo miré…

—¿Iwan? —pronuncié su nombre en un susurro, temiendo estar equivocada. No tenía el mismo aspecto impecable de la última vez. Llevaba el pelo castaño rojizo despeinado y la camisa arrugada. Pero entonces me miró con esos preciosos ojos de un gris claro y supe al instante cómo pintarlos: con tonos de negro, blanco, crema, dorado y azul, nacarados y etéreos. Me sonrió con la misma sonrisa torcida del hombre al que había conocido en aquel pequeño apartamento del Upper East Side, donde el tiempo se estrellaba contra sí mismo como

las olas chocando en direcciones opuestas.

Estaba a punto de felicitarlo por haber escogido a Drew, la única elección correcta, intentando sonar irónica y divertida para ocultar mi pesar y las fisuras de un corazón a un suspiro de romperse, cuando me dijo:

—Felicidades, Limón.

—¿Qué? —Me quedé en blanco.

Sacó un pequeño ramo de girasoles.

—Feliz cumpleaños.

Lo acepté con cierta duda. Se había acordado de mi color favorito.

Por supuesto que se había acordado. Seguía siendo la misma persona detallista y atenta de siempre. A pesar de los cambios, algunas cosas nunca cambiaban.

—Lo siento —le dije—. No debería haber dicho nada el otro día; y mucho menos en tu inauguración.

—Puede ser —replicó, juntando las manos.

Nos quedamos en silencio un instante, contemplando los cuadros. Los turistas iban y venían a nuestro alrededor, llenando la galería con un murmullo constante.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —pregunté al cabo de un rato.

Me miró de reojo.

—Tú me lo dijiste. Mencionaste que siempre venías aquí en tu cumpleaños. —Soltó una risa breve—. No te imaginas la de veces que me he planteado venir los años anteriores. Sentarme aquí, a tu lado, a ver si… quizá… me reconocías.

—¿Del taxi? —pregunté.

Asintió.

—Pero siempre me faltó valor. Y luego, cuando entraste en aquella reunión editorial… —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—.

Intenté parecerte un tipo interesante.

—Lo conseguiste. Quizá demasiado —añadí.

Se rio y se volvió hacia mí.

—¿Te gustaría… cenar conmigo? Conozco un restaurante en NoHo. Le han hecho algunos cambios estos días.

—No lo sé… ¿Qué tal está? ¿Merece la pena?

—No está mal —respondió—. O eso espero —agregó después de una pausa.

No pude evitar sonreír.

—En ese caso, no nos queda más remedio que ir a comprobarlo —comenté.

Él se levantó y me tendió la mano. La tomé y al instante me invadió una sensación familiar; el mismo vértigo que sentía cuando corría tras mi tía por las terminales de los aeropuertos, sin aliento, con el mundo girando a mi alrededor.

Era la emoción del comienzo de algo nuevo.

40

Alcanzar la luna

—Cierra los ojos —me pidió cuando bajamos del Uber frente a su restaurante.

La tarde había dado paso a una puesta de sol dorada preciosa, y la luz que se filtraba por las calles se reflejaba en las ventanas del restaurante, impidiéndome ver el interior.

—¿Por qué? ¿Vas a secuestrarme? —bromeé. Puso los ojos en blanco antes de taparme los ojos con las manos para que no mirara —. Si hace falta una palabra de seguridad, la mía es «sasafrás».

—Camina hacia delante… Espera, cuidado con dónde pisas —añadió, justo cuando pasaba por encima de algo y entraba al restaurante. Oí la puerta cerrarse tras de mí. Dentro hacía frío y reinaba un silencio absoluto. Mientras me llevaba más adentro, supe por el eco de nuestros pasos que estábamos solos.

—¿Es un poni? —pregunté—. ¡Ay! No me digas que por fin me vas a preparar la sopa de guisantes.

—¿Puedes dejar las bromas un momento? Esto es importante. Quédate justo aquí —indicó, colocándome en un punto concreto del suelo. Me mordí el labio inferior, intentando no sonreír demasiado—. Bien —dijo—. Tres… Dos…

Soltó un prolongado suspiro.

—Uno.

Y apartó las manos de mis ojos.

Unas lámparas rústicas colgaban del techo, proyectando una suave luz dorada sobre las mesas oscuras de caoba, la mayoría pequeñas, decoradas con unos adorables ramos de jacintos violetas en jarrones de cristal y velas que titilaban. Las paredes eran de un tono verde salvia, no rojas (aunque el rojo ya no habría quedado bien), salpicadas de una colección variada de cuadros de distintos tamaños y estilos.

Se apresuró a sacar una silla de debajo de una mesa.

—Hará falta un poco de tiempo para que se ablanden —comentó mientras me sentaba y me acercaba a la mesa—, pero creo que podemos esperar.

—¿Es cuero de verdad?

—Cuero sintético, pero no se lo digas a los críticos. —Me guiñó un ojo. Luego agarró un menú de la mesa y me lo entregó. Era prácticamente idéntico al que había visto allí hacía casi dos semanas, salvo por un detalle. Bueno, en realidad, dos. Y por supuesto, mencioné el que no se esperaba—. ¿Has puesto la primera letra del nombre en mayúsculas?

Me fulminó con la mirada y luego señaló el postre.

—Voy a hacer la dichosa tarta de limón. Pero los fideos con hielo seco se quedan —añadió en un tono más bajo.

Se me escapó una pequeña sonrisa. Me gustaba la iluminación del lugar; creaba un ambiente tenue y envolvente. Romántico.

—Me parece un buen trato —respondí, sin apartar la vista del menú. Aunque ahora tenía una sonrisa de oreja a oreja porque había añadido otro plato. *Pommes frites*—. ¿Perdona? ¿Qué has dicho?

Se arrodilló a mi lado, con una mano en mi rodilla, hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura. Era tan guapo que quería delinear sus facciones, dibujar la nitidez de su mandíbula, pintar el

color de su cabello. En una guía de viaje, lo incluiría en la sección de «Lugares pintorescos» porque nunca me cansaría de contemplar su cara, ni en años… ni en décadas. Quería verlo envejecer, descubrir cómo el tiempo grababa arrugas en su sonrisa.

—¿Es esto lo que te imaginabas? —preguntó, recorriendo el restaurante con la mirada—. Después de que me recordaras que lo que hizo aquella comida perfecta fue mi abuelo, miré a mi alrededor y empecé a preguntarme qué partes de este restaurante eran realmente mías.

Negué con la cabeza.

—Todas eran tuyas, en todo momento. Me equivoqué.

—No del todo —replicó, tirando de mí para que me pusiera de pie —. Las sillas fueron una elección pésima, eran demasiado incómodas.

—Cierto —reconocí, con una sonrisa de alivio.

—Y la iluminación era demasiado intensa, como si estuviera poniendo a todo el mundo bajo un foco. Pero —añadió—, a diferencia del friegaplatos de hace siete años, ahora sé que prefiero las mesas pequeñas. Son más íntimas. Aunque puede que el blanco fuera un poco pretencioso. —Me llevó al centro del restaurante y se colocó detrás de mí, con los brazos alrededor de mi cintura y apoyando la barbilla en mi hombro. Luego me giró lentamente hacia un espacio vacío en la pared—. Es para ti, por si algún día encuentras la inspiración y quieres poner algo ahí.

Entrelacé los dedos con los suyos en mi cintura y apreté los labios, conteniendo las lágrimas.

—¿En serio? —susurré. Sentí cómo asentía en mi hombro.

—Claro que sí. Llevo toda la vida trabajando para crear un lugar donde la gente esté a gusto. Un lugar al que quieran venir, disfruten

de una comida perfecta con sus abuelos y se sientan como en su casa. Este Hyacinth soy yo. No el de hace siete años, ni la imagen pública de mí, sino yo. Y tú me has ayudado a recordarlo, Limón.

Me giré en sus brazos y miré a ese hombre adorable. Una mezcla entre el friegaplatos idealista y el chef consumado, con algo del niño cuya comida perfecta era un plato de patatas fritas y algo del adulto que hacía unas tartas de limón exquisitas.

—Y me encanta cómo cada rincón de este restaurante cuenta una historia —continuó—. Cómo el ambiente le da voz. Es una historia que habla del pasado… —dijo pegando su frente a la mía— encontrándose con el presente.

—O del presente encontrándose con el pasado —le recordé.

Se llevó mi mano a los labios y la besó.

—Y también del presente conociendo al presente.

—Y —sonreí, recordando a la chica del taxi compartido—, del pasado reencontrándose con el pasado.

—Creo que estoy enamorado de ti.

Parpadeé.

—¿C…Cómo?

—Clementine. —Pronunció mi nombre de una forma que me pareció una promesa, un juramento contra la soledad y el dolor, algo que podría escuchar el resto de mi vida sin cansarme—. Te quiero. Eres testaruda, te preocupas demasiado por todo, siempre frunces el ceño cuando piensas, ves cosas en la gente que ellos mismos han olvidado. Me encanta cómo te ríes y cómo te sonrojas. Me enamoré de la mujer que conocí en el apartamento B4, pero creo que a ti te quiero un poco más.

Me tragué el nudo en la garganta y sentí cómo mi corazón se iluminaba por dentro, latiendo con una fuerza ensordecedora.

—¿En serio?

Me agarró de la barbilla, alzando mi rostro hacia el suyo, y susurró:

—Sí. Te quiero, Limón.

Sentí que podía volar y llegar hasta el cielo.

—Yo también te quiero, Iwan.

Se inclinó hacia mí, con el aroma de su loción para después del afeitado impregnado en su piel.

—Ahora, voy a besarte —murmuró con voz ronca.

—Por favor.

Y me besó allí, en un instante robado de un miércoles cualquiera por la noche, en un restaurante que parecía un reflejo de su alma. Su beso tenía un sabor dulce e intenso, como el comienzo de algo nuevo. Sonreí contra su boca y susurré:

—Y yo que pensaba que para ti el romance estaba en un trozo de chocolate.

Dejó escapar una risa profunda.

—Una vez conocí a una chica que juraba que lo había encontrado en un buen *cheddar*. —Bajó las manos a mi cintura y empezó a balancearme suavemente, adelante y atrás, al son de una melodía imaginaria—. ¿Qué te apetece esta noche, Limón?

Lo besé de nuevo.

—Tú, me apeteces tú.

—¡Para cenar! —Soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás. Luego añadió en un tono de voz más bajo—. Y después, soy todo tuyo.

—¿Me prometes que no me vas a juzgar?

—Nunca.

—Quiero un sándwich de crema de cacahuete y mermelada.

Volvió a reír, con una calidez radiante, y me besó en la mejilla.

—De acuerdo.

Me llevó a la cocina impoluta y me preparó un sándwich con los extremos sobrantes de un pan casero, compota de uva y una mantequilla de cacahuete natural. El pan estaba tierno, y cuando lo besé, su boca tenía el dulzor inconfundible de la uva.

Me habló de los nuevos chefs de su cocina y después me preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora con el resto de tu vida, Limón?

Ladeé la cabeza, pensativa, mientras él se acercaba y le daba un mordisco a mi sándwich.

—No lo sé, pero creo que debería comprobar si mi pasaporte sigue en regla.

—¿Vas a viajar?

—Puede ser. Y, quién sabe, quizá intente alcanzar la luna.

Como estábamos sentados en la encimera, se inclinó un poco y me besó con dulzura en los labios.

—Creo que es una idea estupenda.

Dejé el resto del sándwich y deslicé los dedos por el cuello de su camisa, disfrutando del contraste entre el calor de su piel y mis manos heladas. En realidad, lo que más deseaba en ese momento no era comida.

—¿Quieres volver a mi apartamento?

Esbozó una sonrisa de medio lado.

—Solo si adivinas cuál es mi color favorito.

—Bueno, eso es fácil —dije, y le susurré la respuesta al oído.

Se rio con fuerza, con un brillo de diversión en los ojos.

—¿He acertado, James Iwan Ashton? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Al principio, no tenía del todo claro cuál era, pero luego me di

cuenta de que me lo había estado diciendo todo el tiempo, repitiéndolo una y otra vez cada vez que pronunciaba mi nombre.

Porque su color favorito era el mismo que el mío.

El Monroe estaba en calma aquel atardecer. El cielo aún conservaba los últimos destellos de sol, tiñendo el horizonte de rosas y azules, mientras guiaba a Iwan al interior del edificio de doce plantas, con sus criaturas de piedra aferradas a las cornisas y la música de los violines flotando desde los apartamentos. Earl estaba en el mostrador de recepción, leyendo una novela de Agatha Christie. Alzó la vista y nos saludó con un gesto de la mano antes de volver a sumergirse en la lectura, mientras nosotros cruzábamos el vestíbulo hacia los ascensores.

—No te imaginas la de veces que he pasado por delante de este edificio esperando verte —comentó cuando entramos—. Tenía un poco de miedo de que ese hombre terminara reconociéndome.

—Es un milagro que no volviéramos a encontrarnos después del taxi —dije—. ¿Qué habrías hecho?

Se mordió el labio inferior.

—Un montón de cosas que seguro que no están bien vistas entre la gente educada.

—Vaya, ahora sí que me tienes intrigada. —Alcé la vista—. Mira hacia arriba —le indiqué. Cuando lo hizo, me acerqué y le susurré algo al oído. Un instante después, mi reflejo en el espejo le repitió las mismas palabras y vi cómo abría los ojos como platos. Me miró con intensidad, mientras el rubor ascendía por su cuello y se extendía por sus mejillas, haciendo que sus pecas resaltaran aún más. Observé cómo se pasaba la lengua por los dientes inferiores, con la boca

ligeramente entreabierta.

—¿En serio? —musitó.

Me encogí de hombros. La puerta del ascensor se abrió en la cuarta planta.

—Tal vez —respondí con una sonrisa enigmática, tirando de él para sacarlo al pasillo.

Pasamos junto a una sucesión de puertas escarlatas, cada una con un llamador con forma de cabeza de león. Al llegar a la puerta del apartamento B4, me atrajo hacia él, me envolvió en sus brazos y me apoyó contra la madera antes de atrapar mis labios con los suyos. Me besó con fervor, como si llevara años esperando saciar su sed.

—Jamás lo olvidé —murmuró, apartándose lo justo para tomar aire.

Subí las manos por su pecho.

—¿El qué?

—Lo bien que besas. Durante estos siete años —confesó apoyando la frente en la mía—, he tenido muchas citas, he besado a muchas personas, he intentado enamorarme una y otra vez, pero no podía dejar de pensar en ti.

Me quedé sin palabras.

—¿Los siete años enteros?

—Dos mil quinientos cincuenta y cinco días. No es que los haya contado —añadió, aunque estaba claro que sí lo había hecho. Y eso hizo que las mariposas en mi estómago revolotearan de pura felicidad. Siete años. Siete años enteros.

—Bueno, ya no tienes que esperar más —susurré.

Esbozó una sonrisa torcida maravillosa antes de volver a besarme, despacio, saboreando el momento.

—No —murmuró contra mis labios, depositando otro beso en la

comisura de mi boca—. Pero la espera ha valido la pena, Limón.

—Dilo otra vez. —Porque me seguía encantando cómo pronunciaba mi apodo con ese leve acento sureño.

Noté su sonrisa contra mi boca mientras llevaba una mano a mi rostro y volvía a besarme como si nunca tuviera suficiente de mí. Sinceramente, podía pasarme el resto de mi vida con sus labios sobre los míos. Devoró mi boca con la suya, con más ansia, más hambre. Se inclinó y bajó las manos hasta mis caderas. Recorrí la hilera de botones de su camisa con los dedos, y al llegar a su abdomen, deslicé la mano entre dos de ellos, rozando su piel con las yemas. Me habría quedado en ese instante para siempre, sin mapas, sin guías de viaje ni itinerarios. Solo él y yo.

Hasta que caí en la cuenta.

—Aún estamos en el pasillo.

—¿Ah, sí? —Me besó la mejilla.

—Sí.

Depositó otro beso en mi sien, en mi nariz, y volvió a quedarse a un suspiro de mi boca.

—Entonces, será mejor que entremos.

—Sí, mejor. —Lo atraje hacia mí para besarlo una vez más. Después, abrí la puerta de mi apartamento y entramos a trompicones, enredados en un torbellino de brazos y piernas.

Nos descalzamos en la entrada justo cuando la puerta se cerró detrás de nosotros y avanzamos a tientas por el pasillo. Bajó las manos por mi espalda y me levantó en el aire. Le rodeé la cintura con las piernas, pegándome aún más a su cuerpo. Hundí los dedos en su cabello castaño rojizo. Era como un brandi que ansiaba saborear en un día soleado, un atardecer dorado en el que quería sumergirme, una noche con pizza congelada y una tarta de limón

que nunca salía igual.

Me sentó en la encimera de la cocina y dejó un rastro de besos por mi cuello.

—Esa planta no estaba antes —murmuró, echando un vistazo al poto sobre la encimera.

—Se llama Helga. No creo que le importe.

Se rio contra mi piel.

—Mejor. —Me mordisqueó el hombro mientras deslizaba los dedos por mi falda. Bajó la cremallera y me la quitó. Luego me desabrochó los botones de la blusa y depositó un beso justo entre mis pechos.

Le desabroché los botones de la camisa uno a uno, acariciando la marca en forma de media luna en su clavícula antes de continuar… pero entonces me detuve. Rocé con los dedos un tatuaje nuevo; uno que no había visto antes. Fruncí el ceño.

—¿Cuándo te lo hiciste?

Bajó la vista hasta el tatuaje y luego me miró con timidez.

—Hace unos siete años. Ahora está un poco descolorido…

—Es una flor de limón.

—Sí —respondió, mirándome con intensidad, como si quisiera leer mi expresión. Se había tatuado una flor de limón sobre el corazón.

—¿Qué le dices a los demás cuando te preguntan por él?

Su timidez dio paso a una sonrisa dulce, cálida y envolvente como el chocolate derretido.

—Les hablo de una chica de la que me enamoré en el lugar indicado, pero en el momento equivocado.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Y qué les vas a decir ahora?

—Que por fin nos hemos encontrado en el momento justo.

—Todo era cuestión de tiempo —susurré.

—Más bien de sincronización —replicó, antes de besarme de nuevo. Luego bajó la boca por mi abdomen hasta el borde de mi ropa interior, que deslizó con delicadeza. Enredé los dedos en su cabello mientras me susurraba palabras de adoración ahí mismo, en mi cocina. Apoyó las manos en mis muslos con infinita ternura y los separó despacio. Dios, cuánto amaba a ese hombre. Lo amé con todo mi ser mientras besaba cada rincón de mi piel y me llevaba en brazos hasta el dormitorio. Se tomó su tiempo para recorrer con los dedos las cicatrices de mis rodillas, recuerdos de caídas de niña. Sus manos ásperas y cálidas repasaron las pecas de mi espalda y besó con dulzura la cicatriz de mi ceja derecha, fruto de un encuentro demasiado cercano con un cristal. Me echó el pelo hacia atrás y me besó con tal intensidad, que en ese momento supe exactamente a qué se refería mi tía cuando decía que siempre sabías el momento exacto en el que te enamorabas…

Yo también lo supe.

Más o menos.

Me enamoré con cada beso suyo, pero lo cierto es que había empezado a enamorarme mucho antes: días, semanas, incluso meses. Me enamoré un poco en aquel taxi que compartí con un desconocido, y un poco más cuando, siete años después, le pedí que se quedara. Me fui enamorando entre cenas con vino y risas, entre bailes al son de violines, entre fajitas a medianoche en el parque y aceras resplandecientes de plástico reciclado. Me precipité de cabeza a algo tan profundo, tan aterrador y maravilloso que no me di cuenta de cuánto me había enamorado hasta que se sentó a mi lado, frente al cuadro de un artista muerto, y me dijo que me quería.

Y me lo demostró con cada caricia, con cada beso, con cada susurro

mientras recorría mi cuerpo como si quisiera memorizarlo y descubría cómo volvíamos a ser dos piezas encajando. Dios, era infinitamente mejor que hacía siete años. «Excelente desempeño, caballero». De repente, dejé de preocuparme por todas aquellas mujeres que recordaba de su Instagram. Habían sido años de práctica, y ahora yo estaba cosechando los frutos.

Atrapó mis manos entre las suyas y, mientras nos movíamos al unísono, pronunció mi nombre con una devoción casi mágica, como si fuera un hechizo. O el inicio de una receta secreta. «¿Para el desastre? No, ni hablar».

Me mordisqueó el lateral del cuello, justo debajo de la oreja. Me apreté contra él, queriendo eliminar cualquier distancia entre nosotros. Quería entrar en su torrente sanguíneo, fundirme con sus huesos, convertirme en parte de él.

—Llevo años soñando con este momento —murmuró, besándome la base del cuello—. Contigo.

—¿Y qué tal está siendo la realidad? —pregunté, aferrándome a él, sin querer soltarlo jamás.

—Infinitamente mejor.

Me reí y lo besé, y él aceleró el ritmo mientras nuestros corazones latían al unísono. Ya no hubo más palabras, solo el abismo en el que nos precipitamos juntos, encontrándonos en el lugar adecuado, en el momento preciso.

Y lo amé.

Amé sus cicatrices, las quemaduras de cocina en sus brazos, el absurdo tatuaje del batidor detrás de su oreja. Amé la forma en que sus rizos se enredaron en mis dedos, y más aún que entre ellos hubiera tres canas.

Solo tres.

Seguramente yo le daría unas cuantas más.

Nos reímos y exploramos nuestros cuerpos centímetro a centímetro, como si fueran territorios familiares y desconocidos a la vez. La noche fue perfecta, mi corazón rebosaba felicidad. Me sentí dichosa, tan dichosa de haberme enamorado en una noche como esa, en la que tuve la certeza de que, por fin, había alcanzado la luna… y algo más.

EPÍLOGO

Permanecemos

En la cuarta planta del Monroe, en el Upper East Side, había un apartamento pequeño y abarrotado que adoraba.

Lo adoraba porque, por las mañanas, la luz entraba en la cocina con una inclinación perfecta, bañándolo todo con un resplandor dorado, como la yema de huevo, y en la quietud de las diez de la mañana, las motas de polvo flotaban en el aire como estrellas.

Lo adoraba porque tenía una elegante bañera con patas ornamentadas del tamaño perfecto para acurrucarse dentro y ponerse a pintar. Porque los libros se amontonaban sin orden en el despacho y un poto medio mustio trepaba alrededor de bustos de poetas muertos hacía mucho tiempo. Y porque, por las tardes, recordaba a mi tía paseándose por el salón, con el pelo recogido en un pañuelo vistoso, envuelta en su bata favorita de «Asesiné a mi marido a sangre fría», con un martini en una mano y la vida bien sujeta en la otra.

Lo adoraba porque en el marco de la puerta del dormitorio había marcas de diferentes colores de esmaltes de uñas, recuerdo de los veranos en los que mi tía medía mi estatura.

Y adoraba ese apartamento porque me encantaba ver a Iwan en él, tarareando canciones pop de los noventa mientras se movía por la cocina, de la tabla de cortar a los fogones y de ahí al fregadero, lanzándome miradas furtivas con aquellos ojos que parecían piedras

preciosas. Casi podía verme regresando a esos instantes una y otra vez, solo para recordar su sonrisa y cómo me llamaba Limón con su voz grave y aterciopelada.

Incluso mientras metíamos todo en cajas, seguía adorando aquel apartamento. Cuando me besé los dedos y los apoyé en la pared para despedirme por primera y última vez, quise quedarme allí para siempre, pero Iwan me agarró de la mano y me llevó a la puerta principal, hacia un futuro incierto y brillante.

Siempre había pensado que nada se quedaba. Que nada permanecía.

Pero me equivocaba.

Porque había un apartamento en el Monroe, en el Upper East Side, lleno de magia, que me enseñó a decir adiós.

Y ya no era mío.

Pero eso no importaba, porque me llevaba conmigo todos los buenos momentos: las paredes, los muebles, la bañera con patas, el sillón del color de los huevos de un petirrojo y la imagen de mi tía girando conmigo por el salón. Porque, sin importar a dónde fuera, siempre llevaría mi hogar dentro de mí.

Porque lo que de verdad importa nunca se va del todo.

El amor permanece.

El amor siempre permanece. Y nosotros, también.

Agradecimientos

Cada libro es un proceso.

Mientras escribo esto, *A siete años de ti* se encuentra en la fase de corrección, lo que significa que apenas está dando sus primeros pasos y empezando a llegar a los primeros lectores. Escribir los agradecimientos en este punto siempre me parece un ejercicio de intuición porque la novela no se va a publicar hasta dentro de seis meses y todavía no sé exactamente a quién debo dar las gracias. Y, como en este proceso la gente va y viene, seguro que me olvidaré de algún nombre.

El mundo editorial cambia constantemente, tanto para quienes trabajan en él como para quienes escribimos desde él, pero por ahora, estas son las personas que han apoyado *A siete años de ti* y también mi novela anterior, *El amor ha muerto.*

Esta historia en particular, no sería lo que es hoy (ni en realidad lo que será dentro de seis meses) sin la dedicación y el talento de mi increíble editora, Amanda Bergeron, quien supo ordenar todas mis ideas caóticas y me ayudó a darles forma hasta convertirlas en estas páginas encuadernadas que ahora tienes en las manos.

También quiero dar las gracias a mi agente, Holly Root, por estar siempre ahí para mí. No podría pedir una mejor compañera en mis aventuras creativas. Gracias por decir sí a todas mis ideas descabelladas.

A todo el equipo de Berkley: Sareer Khader, Danielle Keir, Tina Joell, Jessica Mangicaro, Craig Burke y Jeanne-Marie Hudson. A mi correctora, Janine Barlow; y a Alaina Christensen, Christine Legon y Daniel Brount. A mis revisores de pruebas: Michelle Hope, Megha Jain y Jennifer Myers. Y, por supuesto, al equipo de ventas, a los diseñadores de marketing, a los libreros, a los bibliotecarios y a los lectores. Gracias por hacer que disfrute tanto de mi profesión.

Vi-An Nguyen, la portada que diseñaste es preciosa. Y gracias también a Anthony Ramondo, por el increíble estilo visual que le das a mis novelas románticas.

A mis amigas y compañeras de escritura: Nicole Brinkley, Katherine Locke y Kaitlyn Sage Patterson. Gracias por ser mis conejillos de indias una y otra vez.

Puede que os parezca una tontería, pero también quiero dar las gracias a mi gata, Paprika (Pepper, mi querida Pepper), que ha estado a mis pies mientras escribía casi todas mis novelas. Ha sido una compañera fiel en una profesión que suele ser bastante solitaria. Ahora está enferma, y no sé qué nos deparará el futuro, pero por el momento, sigue aquí, tumbada en mi cama.

Hay algo mágico en pensar que, cuando vuelva a leer estos agradecimientos en el futuro, recordaré este instante: mi gata sobre la cama, el café enfriándose en la mesa y la ropa sucia acumulándose en el cesto. Un regalo de mí para mí.

Y ya que estamos, para terminar, quiero darme las gracias a mí misma. Porque lo he conseguido. He escrito una novela. No importa cuántas haya escrito antes ni cuántas escriba después: me sigue pareciendo increíble haber escrito esta. He logrado algo que no creí posible: convertir el torbellino de ideas en mi cabeza en palabras impresas en una página. Y eso, sin duda, es un pequeño milagro.

Espero que esta sensación no desaparezca nunca.

Guía de lectura

Cada libro es una cápsula del tiempo.

La persona que soy en este momento, mientras escribo esto seis meses antes de que *A siete años de ti* llegue a las librerías, no es la misma que seré cuando tú leas estas palabras. En cierto modo, los libros son como un apartamento mágico: capturan un momento único en el tiempo en el que un autor escribe una historia que quizá, algún día, un futuro tú visitará y leerá.

Cuando empecé esta novela era alguien distinto a quien fui al terminarla. Al revisar los primeros borradores, siento que es como asomarme a una ventana y reencontrarme con alguien a quien conocía a la perfección: cómo tomaba el desayuno, cuáles eran sus restaurantes favoritos, cuál fue el peor día de su vida… con la diferencia de que ahora sé lo que viene después.

El duelo adopta muchas formas. Puede ser un monstruo susurrándote al oído. Puede ser un amigo que se sienta contigo en la mesa. Puede ser un recuerdo atrapado en un aroma, las sutiles y delicadas notas de un perfume floral. Puede alcanzarte en plena noche, justo cuando te giras en la cama para seguir durmiendo. Incluso puede encontrarte en tus sueños.

Y ese duelo (su forma, su voz, la manera en la que nos enfrentamos a él) es diferente para cada persona.

Cuando vuelvo a leer el primer borrador de *A siete años de ti*, veo

cómo intenté plasmar el tipo de duelo que Clementine sentía por su difunta tía. Y aunque creo que estuve cerca de lograrlo, era un sentimiento, una vivencia que solo me podía imaginar.

Y de pronto, un día soleado de finales de marzo, ya no tuve que imaginarlo.

Es extraño cuando tu vida se detiene de golpe, cuando llega el peor día sin previo aviso y lo cambia todo, y, sin embargo, el mundo sigue girando como si nada. Mi abuelo se suicidó y yo tenía que escribir un libro. Mi abuelo ni siquiera dejó una nota, y yo tenía que seguir adelante con entrevistas, grabaciones y presentaciones en las que tenía que sonreír. Mi abuelo había muerto, y yo tenía que responder preguntas sobre un libro que hablaba del duelo y de la despedida… Y sí, sé lo irónico que suena.

Cuando vuelvo a leer el primer borrador de *A siete años de ti*, lo primero que pienso es en lo… bonito que lo escribí. Acogedor, cálido, como un abrazo reconfortante, pero sin decir absolutamente nada.

Así que, unos meses después, reorganicé mi espacio de escritura, porque no soportaba sentarme en la misma silla, en la misma esquina de la mesa en la que estaba el día que mi madre me llamó llorando (aún revivo ese momento en mis pesadillas), y escribí un segundo borrador de *A siete años de ti.* Escribí una nueva versión más distante, más desapegada de mis emociones de lo que he escrito nunca, porque ni siquiera yo quería quedarme demasiado tiempo atrapada en ese dolor. Podría haber cambiado la historia. Podría haber eliminado a la tía de cada rincón de este libro y haber escrito algo nuevo (mi editora me habría dejado, es maravillosa y muy comprensiva), pero no creo que hubiera sido capaz.

Y, al final, lo intenté una vez más. La última. Esta.

Y se convirtió en el libro que ahora tienes en tus manos.

Ojalá pudiera decir que he escrito sobre el suicidio de la manera correcta, de la forma perfecta, pero sé que no es así. Soy un caos, tiendo a la floritura en mis palabras y he intentado abordar esta terrible experiencia con amor y respeto porque, aunque tengo el corazón roto, quiero a mi abuelo.

Este libro es muy personal para mí, de un modo que me deja al descubierto, crudo y sin filtros.

No soy la persona que era cuando terminé aquel primer borrador color de rosa de *A siete años de ti*, y, para cuando leas esto, ya no seré quien soy en este preciso instante, al poner el punto final a esta frase. Un libro es una cápsula del tiempo. Y por mucho que cambie, por mucho que evolucione o por mucho que aprenda, este libro seguirá siendo el mismo. Permanecerá inmutable, guardando para siempre las partes de mí que dejé entre sus páginas.

Sé que no seré la misma en el futuro, y cada vez que regreses a este libro (si es que alguna vez lo haces), tú tampoco lo serás. Y sí, creo que hay algo mágico en ello. La magia de un recuerdo. Un fragmento de creatividad nacido de la persona que fuiste en otro tiempo. El arte no cambia, pero tú sí, y con cada cambio, también varía lo que el arte significa para ti. Aun así, te permite mirar atrás y recordar la persona que fuiste y a aquellos a quienes amaste y sigues amando.

Cambia, sí, pero en pequeños detalles. Y al mismo tiempo, todo sigue ahí.

Todo permanece.

Si tú o algún ser querido estáis atravesando un mal momento y tenéis pensamientos suicidas, por favor, contactad con la fundación de prevención del suicidio de tu país.

Preguntas para el debate

1. El duelo es difícil de sobrellevar, sobre todo cuando llega de forma abrupta y traumática. ¿Cómo afronta Clementine el suyo? ¿E Iwan?
2. El apartamento solo puede viajar siete años al futuro o al pasado. Si pudieras hacerlo, ¿qué elegirías? ¿A quién te gustaría encontrar allí y por qué?
3. En mi familia tenemos la historia del «jersey de las empanadillas» de mi bisabuela, la prenda que siempre llevaba cuando las preparaba. Dicen que aún huele a empanadillas y al suave perfume floral que usaba. ¿Tienes algún plato o receta que te recuerde a tu hogar?
4. Iwan afirma que la comida es un lenguaje universal. ¿Estás de acuerdo con él?
5. Al final del libro, Clementine se embarca en una nueva aventura tras darse cuenta de que ya no es la misma persona que cuando comenzó su carrera en el mundo editorial. ¿Alguna vez has pensado en cambiar de profesión? ¿Qué te llevó a planteártelo? ¿Lo hiciste?
6. En el mundo culinario, es fácil pensar que los restaurantes con estrellas Michelin son los mejores, pero todos tenemos ese pequeño bar de barrio al que siempre queremos volver. ¿Cuáles son tus restaurantes favoritos y por qué? (¡No te

cortes, danos nombres!)

7. ¿Crees que un chef que innova con nuevas recetas y sabores tiene más talento que el que perfecciona una receta clásica hasta convertirla en una obra maestra?
8. Clementine siente una profunda admiración por el arte, sobre todo por Vincent van Gogh. ¿Hay alguna obra de arte que te conmueva? (Puede ser un libro, una pintura, una película o incluso un cómic… ¡todo vale!) Y si es así, ¿por qué?
9. Si tuvieras un billete de avión para viajar a cualquier lugar del mundo, ¿a dónde irías? ¿Y a dónde crees que fue Clementine?

LIBROS RECOMENDADOS PARA

A siete años de ti

Sal grasa ácido calor: El arte de dominar los cuatro elementos de la buena cocina — Samin Nosrat.

Confesiones de un chef — Anthony Bourdain.

Tu mundo y el mío: Postales del Antropoceno — John Green.

La princesa prometida — William Goldman.

Así se pierde la guerra del tiempo — Amal El-Mohtar y Max Gladstone.

Garlic and Sapphires: The Secret Life of a Critic in Disguise — Ruth Reichl.

Everything I Need I Get from You: How Fangirls Created the Internet as We Know It — Kaitlyn Tiffany.

Cada corazón, un umbral — Seanan McGuire.



#SíSoyRomántica